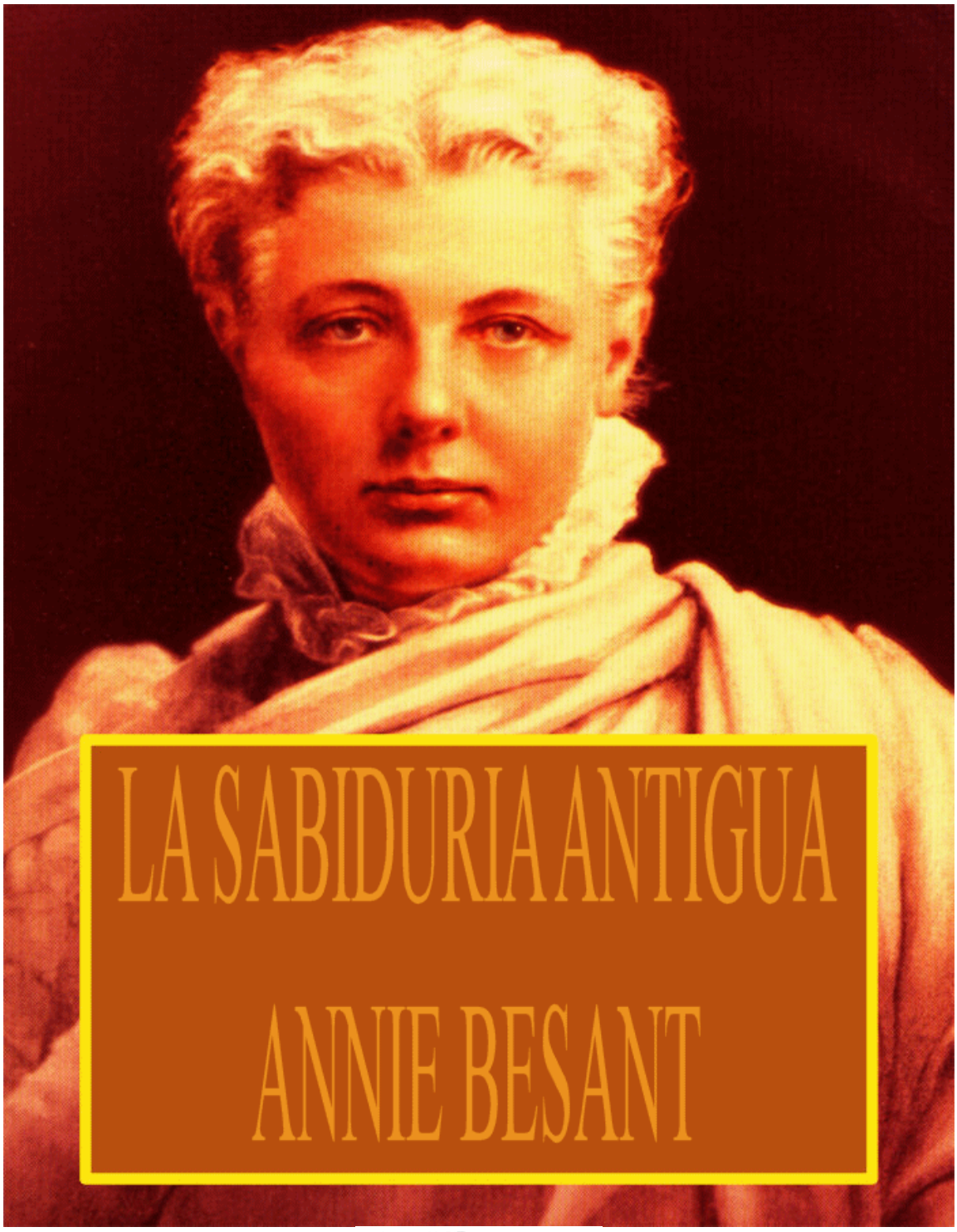
LA SABIDURIA ANTIGUA
ANNIE BESANT



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCION

LA UNIDAD FUNDAMENTAL DE TODAS LAS RELIGIONES

El pensamiento recto es condición necesaria de la vida recta. La rectitud de juicio es indispensable para la rectitud de conducta. Ya se nos presente con el nombre sánscrito, Brahma-Vidya, o con el de Teosofía, derivado del griego, la Sabiduría Divina viene en nuestro auxilio para realizar ese doble objeto presentándose a la vez como filosofía racional entre todas y como religión y ética universales. Hablando de las Santas Escrituras, un cristiano devotísimo decía una vez que había en ellas fondos que podrían pasar a nado un niño y abismos donde se hundiría un gigante. Podemos decir otro tanto de la Teosofía, pues entre sus enseñanzas, las hay tan sencillas y prácticas, que una inteligencia vulgar puede comprenderlas y aplicarlas, mientras otras son tan profundas que la más vigorosa inteligencia desmaya en el esfuerzo de conocer todo su alcance.

El presente volumen está destinado a ofrecer al lector una exposición sencilla y clara de la doctrina teosófica, a mostrar que sus principios generales y sus enseñanzas forman una concepción coherente del universo, y a suministrar los pormenores necesarios para poner de manifiesto el encadenamiento recíproco de esos principios y de esas enseñanzas. Una obra clásica elemental no puede tener la pretensión de exponer toda la ciencia acopiada en obras de más abstrusa didáctica; pero debe presentar claramente y de una ojeada los datos fundamentales del asunto, de modo que si bien haya mucho que añadir, haya poco que quitar. En el cuadro que forma un libro semejante, el estudiante podrá colocar los detalles que le sugieran sus estudios ulteriores.

Echando una ojeada sobre las grandes religiones de la humanidad, se ve cuánto tienen de común en ideas dogmáticas, morales y filosóficas. El hecho está universalmente reconocido; pero su explicación se discute de modo muy diverso. Pretenden unos que las religiones han germinado en el campo de la ignorancia humana, donde la imaginación las cultivó, elaborándolas

gradualmente desde las formas más groseras como el animismo y el fetichismo. Sus analogías se deben así a los fenómenos universales de la naturaleza, imperfectamente observados y explicados a capricho. Semejante escuela da como clave universal el culto del sol y de los astros. Para otra escuela, la clave no menos universal está en el culto fálico. El miedo, el deseo, la ignorancia y la admiración llevaron al salvaje a personificar los poderes de la naturaleza, y luego los sacerdotes se aprovecharon de esos terrores y esperanzas, transformando los mitos en Biblias y los símbolos en hechos, mediante sus imaginaciones melancólicas y sus inquietantes contiendas; como la base era en ambas la misma, la semejanza en los resultados era inevitable. Así hablan los doctores de la Mitología comparada, y bajo el peso de tal cúmulo de pruebas, las gentes sencillas callan, aunque no queden convencidas por completo. No pueden, en efecto, negar las analogías; pero se preguntan con vaga inquietud: Las concepciones más sublimes de los hombres, sus más halagüeñas esperanzas, ¿sólo son el resultado de los sueños del salvaje o de las adivinaciones de los ignorantes? Los grandes héroes y mártires de la humanidad, todos los que han vivido, trabajado y sufrido, ¿murieron en la ilusión forjada por los hechos astronómicos o por las disimuladas obscenidades de los bárbaros?

La segunda explicación de la base común a las varias religiones humanas, postula la doctrina de una enseñanza original, que indica una fraternidad de grandes instructores espirituales. Semejantes maestros, fruto de los ciclos pasados de la evolución, tuvieron por misión instruir y guiar a la humanidad nacida sobre nuestro planeta. Ellos transmitieron a las razas y a las naciones, a su vez, las verdades fundamentales de la religión bajo la forma más adecuada a las necesidades especiales de aquellos que debían recibirlas. Según este sistema, los fundadores de las grandes religiones son miembros de la fraternidad única, y fueron ayudados en su misión por una pleyade de individuos un poco menos elevados que ellos, iniciados y discípulos de grados diversos, eminentes por su intuición espiritual, por su saber filosófico o por la pureza de su moral. Tales hombres son los que han dirigido a los pueblos nacientes, los que los civilizaron y dieron leyes (Como monarcas los gobernaron; como filósofos los instruyeron; y como sacerdotes los guiaron). Así es que todos los pueblos de la antigüedad se arrogan hombres eminentes, semidioses y héroes de los que se descubren vestigios en las respectivas literaturas, códigos y monumentos.

Muy difícil parece negar la existencia de semejantes hombres, en presencia de la tradición universal de los documentos escritos aun subsistentes, y de las ruinas prehistóricas, para no citar otros testimonios que recusaría el ignorante. Los libros sagrados de Oriente son los más fidedignos testimonios de la

grandeza de quienes los escribieron. ¿Qué puede compararse con la sublimidad espiritual de su pensamiento religioso, con el esplendor intelectual de su filosofía, con la amplitud y pureza de su moral? Ahora bien; cuando hallamos que cuanto esos libros contienen sobre Dios, sobre el hombre y el universo, son enseñanzas substancialmente idénticas, bajo múltiple variedad aparente, no será temerario referirlas a un cuerpo céntrico y original de doctrina. A este cuerpo doctrinal le damos el nombre de Sabiduría Divina, que es lo que significa la palabra griega Teosofía.

Como origen y base de todas las religiones, a la Teosofía no se le puede oponer ninguna otra. La Teosofía purifica y revela el alto significado interno de tanta doctrina adulterada por el error en su exposición exotérica y pervertida por la ignorancia y la superstición. En cada una de esas formas se reconoce y defiende la Teosofía, tratando también de mostrar la sabiduría que oculta.

Para ser teósofo no hay necesidad de dejar de ser cristiano, budista o indo. Basta con que el hombre sondee profundamente en el corazón de su propia fe, que abrace las verdades espirituales con gran firmeza, y que comprenda sus enseñanzas sagradas con más amplio espíritu. Después de haber dado origen a las religiones, la Teosofía las justifica y defiende; pues roca y cantera es de donde se sacaron y extrajeron. Ante el tribunal de la crítica intelectual viene a justificar la Teosofía las más profundas aspiraciones y los más nobles sentimientos del corazón humano. Comprueba las esperanzas que nos forjamos sobre el hombre y ennoblece más nuestra fe en Dios.

La verdad de esta aserción se evidencia más cuanto más estudiamos las diversas Escrituras santas del mundo. Algunas selecciones operadas en el conjunto de materiales disponibles bastarán para establecer el hecho y guiar al investigador en la búsqueda de nuevas pruebas.

Las verdades fundamentales de la religión pueden resumirse así:

1º- La Existencia real, única, eterna, infinita e Incognoscible.

2º- De ella procede el Dios manifestado que desenvuelve su unidad en dualidad, y ésta en trinidad.

3º- De la Trinidad manifestada proceden las innumerables inteligencias Espirituales, guías de la actividad cósmica.

4º- El hombre, reflejo de Dios manifestado, es, por lo tanto, fundamentalmente trino; y su “Yo” interno y real es eterno y uno con el “Yo” universal.

5º- Evoluciona por encarnaciones repetidas, a las cuales le impele e deseo y de las que se liberta por el conocimiento y el sacrificio, llegando a ser divino en acto como lo ha sido siempre en potencia.

La China, cuya civilización está reducida a estado fósil, fue poblada en otros

tiempos por los Turanios, cuarta subdivisión de la cuarta Raza Raíz que habitó el continente de la desaparecida Atlántida y que cubrió con sus ramificaciones la superficie del globo. Los Mongoles, séptima y última subdivisión de la misma raza, reforzaron más tarde la población de esa comarca, de suerte que en China encontramos tradiciones de la mayor antigüedad, anteriores a establecimiento en la India, de la quinta raza, la raza Aria. En el Ching Chang Ching o Clásico de la Pureza, encontramos un fragmento de Escritura antigua de singular belleza, donde se percibe ese espíritu de calma característico de la "enseñanza original". En el prólogo de su traducción Mr. Legge dice de este tratado:

Este libro se atribuye a Ko Yuan (o Hsuan), un Taoísta de la dinastía de Wu (222 – 227 J.C.). Se cuenta que este sabio alcanzó la condición de inmortal y se la da generalmente este título. Se le representa realizando milagros, entregado a la templanza y muy excéntrico en sus procedimientos.

Al naufragar cierta vez, surgió de las aguas con los vestidos enjutos y anduvo tranquilamente sobre las olas. Ascendió a los cielos en pleno día. Estos relatos pueden quizás atribuirse a invenciones de época muy posterior.

Hechos semejantes se atribuyen con frecuencia a los iniciados de diferentes grados y no son necesariamente puras fantasías. Lo que Ko Yuan dice a este propósito en su libro nos interesará sin duda mucho más:

"Cuando alcancé el verdadero Tao, había recitado ya este Ching (libro) diez mil veces. Es lo que practican los espíritus celestes, y jamás fue comunicado a los sabios de este mundo inferior. Se me dio por el Jefe Divino del Hwa Oriental quien lo había recibido del Jefe Divino de la Puerta de Oro y éste de la Madre Real de Occidente."

Ahora bien; el título de Jefe Divino de la Puerta de Oro era el de un iniciado que gobierna el imperio tolteca en la Atlántida, y su empleo parece indicar que el Clásico de la Pureza fue llevado de la Atlántida a China cuando los turanios se separaron de los toltecas. Esta idea la corrobora el contenido de este tratadito que tiene por asunto el Tao, literalmente "la Vía", nombre que designa la Realidad una en la antigua religión turania y mongola. Así leemos:

"El Gran Tao no tiene forma corporal, pues El es quien ha engendrado y nutrido el cielo y la tierra. El Gran Tao no tiene pasiones, pero El es la causa de las revoluciones del Sol y de la Luna. El Gran Tao no tiene nombre, pero es el que asegura el crecimiento y conservación de todas las cosas."

Tal es el Dios manifestado como unidad; pero la dualidad aparece enseguida:

"El Tao (aparece bajo dos formas: el Puro y el Confuso) posee (las dos condiciones de) movimiento y reposo. El cielo es puro y la tierra es confusa; el cielo se mueve y la tierra está quieta. Lo masculino es puro y lo femenino

es confuso; lo masculino se mueve y lo femenino está quieto. Lo radical (Pureza) desciende, y el producto (Confuso) se extiende en todo sentido, y así fueron engendradas todas las cosas."

Este pasaje es interesantísimo, porque evidencia los dos aspectos activo y receptivo de la naturaleza, estableciendo la diferencia entre el Espíritu generador y la Materia criadora; distinción familiarizada posteriormente.

En el Tao Teh Ching, la doctrina tradicional sobre lo Inmanifestado y lo manifiesto se expresa claramente:

"El Tao que puede suceder no es el Tao eterno e inmutable. El nombre que puede ser nombrado no es el nombre eterno e inmutable. El que no tiene nombre es El que ha engendrado el cielo y la tierra; el que no posee nombre es la Madre de todas las cosas... Bajo estos dos aspectos es idéntico en realidad; pero a medida que el desarrollo se produce, recibe diferentes nombres. Al conjunto lo llamamos Misterio."

Los que estudian la Cábala recordarán uno de los Nombres Divinos: "El Misterio oculto". Más adelante leemos:

"Hubo algo indefinido y completo que vino a la existencia antes que el cielo y la tierra. Como Eso era tranquilo y sin forma, aislado y sin cambio, se extendió por todos sitios sin peligro (de ser agotado). Eso puede considerarse como la Madre de todas las cosas. Eso cuyo nombre ignoro, lo llamo el Tao. Haciendo un esfuerzo para darle un nombre, lo llamo el Grande. Eso Grande pasa (en un oleaje continuo). Pasando, Eso se aleja. Alejado, Eso vuelve."

Es interesante encontrar aquí esta noción de fusión y reabsorción de la Vida-Una, noción tan familiar en la literatura inda. El versículo siguiente nos parece, por lo tanto, muy familiar:

"Todas las cosas bajo el cielo han salido de Eso considerado como existente (innominado). Esa existencia, ella mima ha salido de Eso considerado como no existente (e innominado)."

A fin de que el Universo pueda llegar a ser, lo Inmanifestado debe engendrar lo Único, de donde proceden la Dualidad y la Trinidad:

"El Tao produjo el Uno; el Uno produjo el Dos; el Dos produjo el tres; los Tres produjeron todas las cosas. Todas las cosas dejan tras sí la obscuridad (de donde han salido) y avanzan para abrazar la luz (de la que emergen) en tanto que se armonizan por el soplo de vida."

El "Soplo del Espacio" estaría mejor traducido. Habiendo salido Todo de Eso, Eso existe en Todo:

“El Gran Tao penetra todas las cosas. Se le encuentra a la derecha y a la izquierda... envuelve todas las cosas como en un traje y no tiene la pretensión de dominarlas. Puede nombrarse en las cosas más pequeñas. Todas las cosas retornan (a su raíz y desaparecen) sin saber que es El quien preside su vuelta. Puede nombrarse en las cosas más grandes.”

Chwang-ze (400 a J.C.) en su exposición de enseñanzas antiguas, alude a las inteligencias espirituales procedentes del Tao:

“Tiene en sí mismo su raíz y razón de ser. Antes que hubiera cielo y tierra, en los más remotos tiempos, existía con toda seguridad. De El proviene la misteriosa existencia de los espíritus y la misteriosa existencia de Dios.”

Sigue una lista de los nombres de esas inteligencias. Como el papel preponderante que desempeñan tales seres en la religión china es muy conocido, creo inútil multiplicar las citas sobre el particular.

El hombre es considerado como una trinidad, y el Taoísmo, según Mr. Legge, reconoce en él, espíritu, inteligencia y cuerpo; división que aparece clara en el Clásico de la Pureza, cuando se dice que el hombre debe libertarse del deseo para unirse con el Único:

“El Espíritu del hombre ama la pureza, pero su pensamiento le trastorna. El pensamiento del hombre ama la tranquilidad, pero sus deseos le arrastran. Si pudiera deshacerse constantemente de sus deseos, su pensamiento se tranquilizaría. Si su pensamiento queda limpio, su espíritu se purifica..... La razón por la cual los hombres son incapaces de llegar a ese estado, estriba en que no limpian su pensamiento ni abandonan sus deseos. Si el hombre llega a eximirse de sus deseos, cuando mira interiormente su pensamiento no es él; cuando exteriormente su cuerpo no es él; y cuando dirige sus ojos más lejos, hacia las cosas de fuera, nada hay de común entre ellas y él.”

Tras la enumeración de las etapas que conducen al estado de tranquilidad perfecta se pregunta:

“En ese estado de reposo independiente del lugar ocupado, ¿cómo puede surgir el deseo? Y cuando ningún deseo surge, entones nace la calma real y el verdadero reposo. Esta, calma real llega a ser una cualidad constante y responde (sin error) a las cosas exteriores. Ciertamente esa cualidad real y constante tiene en su posesión la naturaleza. En este reposo y tranquilidad constantes se encuentra la pureza y el reposo verdaderos. Quienquiera que posea esa absoluta pureza entra gradualmente en el (la inspiración del) verdadero Tao.”

Las palabras *inspiración del*, añadidas por el traductor, velan más bien que esclarecen el sentido; porque entrar en el Tao está conforme con la idea expresada y con lo que se dice en otras escrituras sagradas.

El Taoísmo insiste mucho en la abdicación del deseo. Un comentador del

Clásico de la Pureza observa que la comprensión del Tao depende de la absoluta pureza, y que “la adquisición de esa pureza absoluta depende enteramente de la abdicación del Deseo; urgente lección práctica que surge de este tratado.”

El Tao Teh Ching dice: “Siempre sin deseos hemos de hallarnos si queremos profundizar todo el misterio, pues poseídos por el deseo, sólo podremos conocer lo externo.”

No parece que la reencarnación se enseñara de modo que pudiera comprenderse, aunque se encuentran pasajes que implican una admisión tácita de la idea fundamental, considerando al ser a través de sucesivos nacimientos, así animales como humanos. Chwang-ze nos refiere la historia original e instructiva de un moribundo al que su amigo dice:

“El Creador es grande en verdad” ¿Qué hará de ti ahora? ¿Dónde te llevará? ¿Hará de ti el hígado de un ratón o la pata de un insecto? Szelai respondió: Dondequiera que un Padre diga a su hijo que vaya, al este, al oeste, al sur o al norte, el hijo obedece... He aquí un gran fundidor ocupado en fundir el metal. Si el metal se endereza de pronto (en el crisol) y dice “yo quiero ser un (espada parecida al) Moijsh”, el gran fundidor encontraría la cosa seguramente extraña. Pues del mismo modo, si una forma en camino de amoldarse gritara: “Yo quiero ser un hombre, quiero ser un hombre”, el Creador encontraría la cosa con toda seguridad sorprendente. Una vez comprendido que el cielo y la tierra no son sino un vasto crisol y el Creador un gran fundidor, ¿a qué parte podrá obligarnos ir que no nos convenga? Nacemos como de un sueño tranquilo y morimos en calmoso despertar.”

Si pasamos a la quinta raza, la raza Aria, encontraremos las mismas enseñanzas incorporadas a las más antigua y grande de las religiones arias: la religión Brahmánica. La Eterna Existencia se proclama en el Chhâdogyopanishad como "exclusivamente una y sin par”. Dice:

“Quiero eso: multiplicar para el bien del Universo.”

El supremo Logos, Brahman, es triple: ser, consciencia y bondad; y de él se dice:

“De Este procede la vida, la inteligencia y todos los sentidos; el éter, el aire, el fuego, la tierra que lo soporta todo.”

En ninguna arte se pueden encontrar descripciones más grandiosas del Ser Divino que en las escrituras indas. Son tan familiares que bastarán para el caso breves indicaciones. He aquí algunas muestras de esas joyas preciosas que se encuentran con profusión:

“Manifestado, próximo, moviéndose en lo secreto, permanece grave donde reposa todo lo que se mueve, todo lo que respira y cierra los ojos. Entiende que hay que adorar. Esto, a la vez ser y no ser, lo mejor, más allá del

conocimiento de todas las criaturas. Luminoso, más sutil que lo sutil; de El han salido los mundos con sus habitantes. Esto es el imperecedero Brahman; Esto es también Vida, Voz y Pensamiento... En la diadema de oro más elevado, está el inmaculado, el invisible Brahman; es la pura luz de las Luces, conocida por los que conocen el yo... el imperecedero Brahman esta delante, detrás, a la derecha, a la izquierda, arriba y abajo, penetrando todas las cosas. Brahman es en verdad Todo y lo mejor".

"Más allá del Universo, Brahman, el Supremo, el Grande, está oculto en todos los seres según sus cuerpos respectivos, soplo único de todo el Universo, el Señor; conociéndole (los hombres) se hacen inmortales. Conozco ese Espíritu poderoso, Sol que brilla más allá de las tinieblas... yo le conozco indestructible, antiguo, el alma de todos los seres, omnipresente por naturaleza, el que es llamado Sin Nacimiento por los que conocen a Brahman, a quien llaman el Eterno."

"Cuando no hay tinieblas ni día ni noche ni ser ni no ser, Shiva únicamente (subsiste) todavía. Es indestructible. Debe ser adorado por Savitri; de El ha salido la Sabiduría antigua. Ni en el principio ni en el fin, ni en su medio puede comprenderse. No hay nada comparable a El, cuyo nombre es gloria infinita. La mirada no puede determinar su forma, pues no pueden contemplarla los ojos. Los que le conocen por el corazón y por la inteligencia, moran en su corazón y se inmortalizan."

La idea de que el hombre en su yo interior es idéntico al yo del universo ("Yo soy Aquél"), esa idea, impregna tan profundamente todo el pensamiento indo, que comúnmente se designa al hombre como: "la ciudad divina de Brahma", "la ciudad de las nueve puertas", y se dice "que Dios reside dentro de su corazón".

"No hay más que una manera de ver el Ser indemostrable, eterno, inmaculado, más elevado que el éter, sin nacimiento, la gran Alma eterna... Esa gran Alma, sin nacimiento, es la misma que reside como alma inteligente en todas las criaturas vivas, la misma que mora como el éter en el corazón. ¡En él duerme! A ella están sometidas todas las cosas; es el Soberano Señor de todas ellas. No puede acrecentarse por las buenas obras ni disminuirse por las malas. Quien todo lo gobierna es el Soberano Señor de todos los seres, el conservador de todos, el puente y el soporte de los mundos que les impide caer y destruirse" (Brihadaranyakopanishad, IV). iv. 20-22 Trad. Del Dr. E. Roer).

Cuando se considera a Dios como Aquel que desarrolla el universo, aparece con toda claridad su triple carácter, en Shiva, Vishnu y Brahma, o también en Vishnu durmiendo sobre las aguas. El Loto nace de su seno y en el Loto Brahma. El hombre es igualmente triple según el Mundakopanishad, el yo

está condicionado por el cuerpo físico, el cuerpo sutil y el cuerpo mental, elevándose luego, fuera de todos esos medios, en el único sin dual. De la Trimurti (Trinidad) proceden los numerosos dioses encargados de dirigir el universo, y de ella se dicen en él:

"Adorad, ¡OH dioses!, a Aquel que, imagen del año, cumple el ciclo de sus días. Adorad esa Luz de las luces, como la eterna vida." (VI –iv – 16.).

Es superfluo decir que el brahmanismo enseña la doctrina de la reencarnación, pues toda su filosofía de la existencia descansa sobre la peregrinación del alma a través de sucesivas muertes y nacimientos. No hay un solo libro que no reconozca esta verdad. El hombre está unido por sus deseos a esa rueda de cambio, y en consecuencia debe librarse de ella por el conocimiento, la devoción y la extinción de los deseos. Cuando el alma conoce a Dios se liberta. La inteligencia purificada por el conocimiento le contempla. El conocimiento unido a la devoción halla la morada de Brahma. Quien conoce a Brahma, se convierte en Brahman. Al cesar los deseos, el mortal se hace inmortal, y alcanza a Brahma.

El budismo, en su modalidad septentrional, está completamente de acuerdo con las religiones más antiguas, pero en su modalidad meridional parece haber abandonado la idea de la Trinidad Lógica, como la Existencia Una de donde esa Trinidad procede. El Logos en su triple manifestación se designa como sigue: Amitabha, el primer Logos, la Luz sin límites; Avalokitershvara o Padmapani (Chenresi), el segundo; Mandjusri, el tercero, representa la Sabiduría creadora y corresponde a Brahma. El budismo chino parece que no contiene la idea de una existencia primera, más allá del Logos; pero el budismo de Nepal postula a Adi-Buddha de quien Amitabha procede. Eittel considera a Padmapani como representación de la Providencia compasiva, y como correspondiente en parte a Shiva, pero como el aspecto de la Trinidad budista que produce las encarnaciones. Parece más bien representar la misma idea de Vishnu, al que está estrechamente unido por el Loto que tiene en la mano (fuego y agua o Espíritu y Materia como elementos primordiales del universo).

En cuanto a la reencarnación y al Karma, son en el budismo doctrinas tan fundamentales, que no es preciso insistir en ello sino para señalar la vía de la liberación, y para observar que como el Señor Buddha fue un indo que predicaba a los indos, considera en todo momento en sus enseñanzas que sus oyentes conocen y profesan las doctrinas brahmánicas. Fue purificador y reformador, pero no iconoclasta; atacó los errores introducidos por la ignorancia, más no las verdades fundamentales de la Sabiduría Antigua.

"Los seres que siguen el sendero de la Ley, que ha sido bien enseñada,

alcanzan la otra orilla del gran mar de los nacimientos y de los muertos, tan difícil de franquear.” (Udanavarga. XXIX-37)

El deseo es lo que ata al hombre, y debe desembarazarse de él:

“Para el preso en las cadenas del deseo es durísimo libertarse, dice el Bienaventurado. Los hombres constantes que no se preocupan de la dicha conseguida por los deseos, rechazan sus lazos y se alejan enseguida (hacia el Nirvana)... La humanidad no tiene deseos duraderos: los deseos son transitorios en quienes los experimentan. Libertaos de lo perecedero y no os detengáis en el lugar de la muerte.” (Ibíd. II-6-8.)

“El que ha extinguido el deseo de los bienes terrenos, el estado de pecado, los lazos de la vista y de la carne, que ha descuajado el deseo, ése, digo que es un Brahman.” (Ibíd. XXXIII-68)

Y el Brahman es el hombre “que está en su último cuerpo”. Y se dice que está en él, quien “conoce sus moradas (existencias) anteriores; que ve el cielo y el infierno; el Muni que ha encontrado el medio de poner fin al nacimiento.” (Ibíd. XXXIII-55.)

En los exotéricos libros santos hebreos, la idea de la Trinidad no surge claramente, aunque la dualidad sea evidente, y el Dios de que se habla en ellos sea sin duda alguna el Logos y no el único Inmanifestado:

“Yo Soy el Señor y no hay otro; Yo he formado la luz y he creado la obscuridad; he hecho la paz y he creado el mal; Yo soy el Señor que ha hecho todas esas cosas.” (Is. XLVII-7.)

Filón, sin embargo, expone claramente la doctrina del Logos; y se la encuentra también en el cuarto Evangelio:

“En el principio era el Verbo (Logos), y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Todas las cosas fueron hechas por él; y nada de lo que fue hecho, se hizo sin él.” (San Juan I-i-3.)

En la Cábala está claramente enseñada la doctrina del Uno, de los Tres, de los Siete y de los múltiples:

“El Anciano de los ancianos, el Desconocido de los desconocidos, tiene forma y al mismo tiempo no la tiene. Tiene una forma sobre la que sostiene el mundo. Al mismo tiempo, no tiene forma, puesto que no puede comprenderse. Cuando revistió en el principio esta forma (Kether, la Corona, el Primer Logos), dejó proceder de sí nueve luces brillantes (La Sabiduría y la Voz, que con Kether formaron la Tríada; luego los siete Sephiroh inferiores...). Es el Anciano de los ancianos, el Misterio de los misterios, el Desconocido de los desconocidos. Tiene una forma que le pertenece, puesto que se manifiesta a nosotros (a través de ella) como el Hombre Anciano sobre todos, como el Anciano de los ancianos, y como el Supremo Desconocido entre todos los desconocidos. Pero bajo esa forma en la que se da a conocer sigue aún

desconocido.” (Zohar— La Cábala, por Isaac Myer, Págs. 274-275.)

Myer indica que la “forma” no es el Anciano de todos los ancianos, que es el Ain Soph.

Más adelante dice:

“Hay en el Santo de Arriba tres luces que se unen en una, y son la base de la Torah, y ésta abre la puerta a todos... ¡Venid y ved el misterio de la palabra! Aquí hay tres grados y cada uno existe por sí mismo, y, sin embargo, todos son Uno y están unidos en Uno y no están separados entre sí... Los Tres proceden de Uno, Uno existe en tres, es la fuerza entre Dos, Dos alimentan Uno, Uno nutre múltiples lados, y así Todo es Uno.” (Ibíd. 373-375-376.)

Es evidente que los hebreos enseñaron la doctrina de la pluralidad de dioses. “¿Quién es parecido a ti, ¡OH Señor!, entre los dioses?” (Éxodo. XV-II.). Consideraban también multitud de seres servidores y subordinados: los “hijos de Dios”, los “Ángeles del Señor”, las “diez cohortes angélicas”.

Sobre el comienzo del universo el Zohar enseña:

“En el comienzo era la Voluntad del Rey anterior a toda existencia manifestada por emanación fuera de esta Voluntad. Ella dibujó y grabó en la luz suprema y resplandeciente del Cuadrante (Tétrada sagrada), las formas todas de las cosas que, ocultas, debían aparecer manifestarse.” (Myer.__ La Cábala, Págs. 194-195.)

Nada puede existir en donde la Divinidad no está inmanente. En lo que respecta a la reencarnación, se enseña que el alma esta presente en la mente divina antes de venir a la tierra. Si el alma permaneciese pura durante su prueba, escaparía el renacimiento; pero esto parece que sólo fue una posibilidad teórica, porque se dice:

“Todas las almas están sujetas a la revolución (metempsicosis); pero los hombres no conocen los caminos del Señor, ¡bendito sea! Ignoran la manera cómo fueron juzgados en todo tiempo: antes de haber venido a este mundo y después de dejarlo.” (Ibíd., página 198).

En las Escrituras exotéricas, así hebraicas como cristianas, se encuentran rastros de esta doctrina, como, por ejemplo, en la creencia de la vuelta de Elías, y más tarde en su reaparición en la persona de Juan Bautista.

Si miramos a Egipto, encontraremos allí desde la antigüedad más remota, la Trinidad conocidísima de Ra (el Padre); Osiris-Isis, como dualidad o Segundo Logos; y Horus. Recuérdese el grandioso himno a Amón-Ra:

“Los Dioses se inclinan ante Tu majestad exaltando las almas del que las ha engendrado... y te dicen: Paz a todas las emanaciones del Padre inconsciente de los padres conscientes de los dioses... ¡OH Tú, productor de los seres!, adoramos las almas que emanan de Ti. Tú nos engendras, ¡OH Desconocido!, y te saludamos adorándote en cada alma dios que desciende de Ti y vive en

nosotros.” (Citado en La Doctrina Secreta, Vol. III, Pág. 486, Edic. Inglesa.)

Los “Padres conscientes de los dioses” son los Tres Logos; el “Padre inconsciente” es la Existencia Una, llamada inconsciente porque es infinitamente más y no menos que la limitación a la que atribuimos el nombre de conciencia.

En los fragmentos del Libro de los muertos, podemos estudiar las concepciones de la reencarnación del alma humana, de su peregrinación hacia el Logos y de su unión fidelísima con El. El famoso papiro del “escriba Ani triunfante en la paz” está lleno de rasgos que recuerdan al lector las Escrituras de otras creencias. Tales son su viaje a través del mundo inferior, la esperanza de restituirse a su cuerpo (forma que toma la reencarnación en los egipcios), y en fin su identificación con el Logos:

“Osiris Ani dice: Yo soy el Gran Uno, hijo del Gran Uno. Yo soy el fuego, hijo del fuego... He unido mis propios huesos y me he hecho entero, sano y joven una vez más. Yo soy Osiris, el Señor de la eternidad.” (XLIII, i, 4.)

En el examen crítico del libro de los muertos por Pierret encontramos este sorprendente pasaje:

“Yo soy el Ser de los nombres misteriosos, que se prepara a sí mismo las moradas para millones de años” (Pág. 22). “Corazón, que me viene de mi madre, mi corazón es necesario a mi existencia sobre la tierra... Corazón, que me viene de mi madre, corazón que me es necesario para mi transformación” (Págs. 113-114).

En la religión de Zoroastro encontramos la concepción de la Existencia Una, figurada por el espacio ilimitado de donde surge el Logos, Ahura-Mazda el creador:

“Supremo en omnisciencia y en bondad, sin rival en esplendor, la región de la luz es la residencia de Ahura-Mazda.” (The Bundahis. __Sacred Books of the. East V.3-4__V.2)

A él se rinde homenaje en primer lugar en el Yasna, la principal obra litúrgica de los zoroastrinos:

“Yo proclamo y cumpliré mi Yasna (culto) hacia Ahura-Mazda, el Creador, el radiante, el más grande y el mejor, el más hermoso (?) (Para nuestra concepción), el más firme, el más sabio y aquel entre todos los seres cuyo cuerpo es el más perfecto, el que cumple sus fines mas infaliblemente por el orden equitativo que ha establecido; hacia el que pone nuestras almas en la vía recta, el que irradia a lo lejos su gracia creadora de alegría, que nos ha hecho y formado, alimentado y protegido, el Espíritu bienhechor entre todos...” (S. B. of the E. XXXI, Págs. 195-196.)

El adorador rinde luego homenaje a los Ahmeshaspends y a otros dioses; pero el Dios supremo manifestado, el Logos, no se representa aquel como Tri-

Unidad. Como entre los hebreos, hubo en el culto exotérico la tendencia a perder de vista esta verdad fundamental. Felizmente podemos encontrar la huella de su enseñanza originaria, aunque desapareciera de las creencias populares. El Dr. Haug, en su Ensayo sobre los Parsis (Vol. V de Trübner´s Oriental series), dice que Ahura-Mazda (Aubarmazd u Hormazd) es el Ser Supremo y que de él fueron engendradas "dos causas primordiales, que, aunque diferentes, estaban unidas y produjeron el mundo de las cosas materiales, así como el mundo del espíritu" (página 303).

Esos dos principios fueron llamados gemelos y están presentes en todas las cosas, así en Ahura-Mazda como en el hombre. El uno engendra lo real, el otro lo no real, y estos dos aspectos se convirtieron posteriormente en los genios antagonistas del Bien y del Mal; pero en la enseñanza primitiva formaban evidentemente el Segundo Logos, cuyo signo característico es la dualidad.

Lo bueno y lo Malo son sencillamente la Luz y las Tinieblas, el Espíritu y la Materia, los gemelos esencialmente de universo, los Dos procedentes del Uno.

Criticando la idea posterior de los dos genios, dice el Dr. Haug: "Tal es la noción zoroastriana original de los Espíritus creadores, que forman sencillamente dos partes del Ser Divino. Pero ulteriormente, a consecuencia de errores y falsas interpretaciones, esta doctrina del gran fundador fue adulterada y llegó a corromperse. Spentomainyush (El Espíritu Bueno) fue considerado como uno de los nombres del mismo Ahura-Mazda, y como razón Angromainyush (El Espíritu Malo) estaba separado por completo de Ahura-Mazda, se consideró como su perpetuo enemigo. Así nació el dualismo de Dios y del Diablo" (Pág. 205).

La opinión de Dr. Haug parece corroborada por el Gatha Ahunavaiti dado a Zoroastro o Zaratushtra por los arcángeles el mismo tiempo que otros Gathas.

"En el principio había una pareja gemela, dos Espíritus, cada uno de actividad particular, a saber: el bien y el mal... Y esos dos espíritus unidos crearon la primera cosa (las cosas materiales): uno la realidad, otro la no-realidad... Y para socorrer esta vida (para acrecentarla) Armaiti acudió con sus riquezas, la inteligencia buena y verdadera. Ella, la eterna, creó el mundo material...

Todas las cosas perfectas, reconocidas como los seres mejores, se recogen en la morada magnífica de la Buena inteligencia, la Sabia y la Justa." (Yasna, Págs. 149-151.)

Aquí encontramos los tres Logos. Ahura-Mazda, el primero (el principio), la Vida Suprema; en El y por El los dos gemelos, el Segundo Logos; luego

Armaiti, la inteligencia, Creador del Universo, el Tercer Logos. Mas tarde aparece Mithra y viene a obscurecer hasta cierto punto, en la religión exotérica la verdad primitiva. De ella se ha dicho: "Ahura Mazda la estableció para conservar y velar todo este universo. Nunca dormida, siempre en vela, guarda la creación de Mazda." (Mihir. Yast. XXVII. 103.__S.b. of the East, XVIII.)

Mithra era un dios subordinado, la Luz del Cielo, como Varuna era el cielo mismo, una de las grandes inteligencias directoras. Las más elevadas de esas inteligencias fueron los seis Ahmeshaspends, presididos por Vohuman, el Buen Pensamiento de Ahura-Mazda. Ellos son los "que administran toda la creación material". (S. B. of the East, V. Pág. 10, nota.)

La reencarnación no se consigna en las obras que se han traducido hasta el presente, y tal creencia no se encuentra tampoco en los países modernos. Pero encontramos en ellos la idea de que el Espíritu, en el hombre, es una chispa cuyo fin es ser un día llama y reunirse con el Fuego Supremo; lo cual implica un desarrollo para el cual es indispensable el renacimiento. El Zoroastrismo quedará incomprendido mientras no se hallen los Oráculos Caldeos y los escritos que a ellos se refieren, porque realmente de ahí procede su origen.

Yendo hacia Occidente, hacia Grecia, encontramos el sistema Órfico, del que Mr. G. R. S. Mead nos habla en su obra titulada Orpheus. La inefable obscuridad, Tres veces desconocida, tal era el nombre dado a la Existencia Una.

"Según la teología de Orfeo, todas las cosas proceden de un principio inmenso, al que la pobre y débil concepción humana nos obliga a designar con un nombre, aunque sea completamente inefable. Ese principio es, según el lenguaje referente de los egipcios, una obscuridad tres veces desconocida, en cuya contemplación toda ciencia se convierte en ignorancia." (Thomas Taylor, citado en Orpheus, Pág. 94.)

De ahí procede la Trinidad Primordial: el Bien universal el Alma universal y la Mente universal. He aquí, pues, nuevamente la Trinidad Lógica, Mr. Mead se expresa en los siguientes términos:

"La primera tríada que se puede manifestar al intelecto no es sino una reflexión o representación de lo que no puede manifestarse. Sus hipóstasis son: a) el Bien que es supra-esencial; b) el Alma (el alma del mundo), esencia auto-determinante; c) El Intelecto (o la Inteligencia), que es una esencia indivisible e inmutable." (Ibíd., Pág. 94.)

Luego viene una serie de Triadas siempre descendentes, que con decreciente esplendor reproducen las características de la primera hasta llegar al hombre, que "contiene en sí mismo potencialmente la suma y la substancia del universo... la raza de los hombres y de los dioses es una". (Pindar, que era uno de los pitagóricos, citado por San Clemente, Strom, v, 709.) "Por eso se ha

llamado al hombre microcosmos o mundo pequeño, para distinguirle del macrocosmos, universo o mundo grande". (Ibíd., Pág. 271.)
El hombre posee el *vodg* (Nous) o inteligencia real, el *soloy* (Logos) o parte racional y el *akoyoc* (alogos) o parte irracional; las dos primeras forman cada una Triada nueva, y presentan así la división septenaria más elaborada. El hombre era considerado también como poseedor de tres vehículos: el cuerpo físico, el cuerpo sutil y el cuerpo cruciforme o *auyoelong* (Augoeides), que "es el cuerpo causal o vestido Kármico del alma, donde se acumula su destino, o mas bien todos los gérmenes de la causalidad pasada. Esta es aquí el "alma hilo", como se le llama a veces, el cuerpo que pasa de encarnación en encarnación". (Ibíd., Pág. 284.)

En cuanto a la reencarnación: "de acuerdo con todos los adeptos a los misterios en todos los países, los órficos creían en ella". (Ibíd., Pág. 292.)

Mr. Mead cita en apoyo de su aserto numerosos testimonios y demuestra que Platón, Empédocles, Pitágoras y otros enseñaron tal doctrina. Únicamente por la virtud podían los hombres ligarse de la "Rueda de las vidas".

Taylor, en las notas a sus "Obras Selectas de Plotino", cita un pasaje de Damascio a propósito de las enseñanzas de Platón sobre lo que hay más allá del Uno, la Existencia In-manifestada:

"Parece, en verdad, que Platón nos lleva inefablemente a través del Uno como intermediario hasta lo Inefable más allá del Uno, que es actual objeto de nuestra discusión. Llega por una ablación del Uno, como llega al Uno por una ablación de las demás cosas... Lo que está más allá del Uno debe honrarse con perfectísimo silencio... El Uno, en verdad, quiere existir por sí mismo sin ningún otro. Pero lo Desconocido más allá del Uno es absolutamente inefable, y confesamos que no podemos conocerle ni ignorarle, aunque está recubierto por nosotros de un velo de súper ignorancia. Por consecuencia, estando próximo de Eso, el Uno está por sí obscurecido: pues estando próximo del principio inmenso, si se me permite decirlo así, está en cierto modo en el santuario de ese silencio verdaderamente místico... El principio está por encima del Uno y de todas las cosas, porque es más sencillo que cada uno de ellos" (páginas 341 – 343).

Las escuelas pitagóricas, platónica y neoplatónica tienen tantos puntos de contacto con el pensamiento indo y budista que es evidente su derivación de una fuente única. R. Garbe, en su obra Die Samkhya Philosophie (III. Págs. 85-105) señala esos puntos, y su opinión puede resumirse así:

Lo más sorprendente es la semejanza __o mejor dicho, la identidad— de la doctrina del Uno o del Único en los Upanishads y en la escuela de Elea. La doctrina de Xenófanes sobre la unidad de Dios y del Cosmos y sobre la inmutabilidad del Único, y más aún la de Parménides, que consideraba la

realidad como atributo exclusivo del Único increado, indestructible y omnipotente, mientras que todo lo que es múltiple y está sujeto a cambio sólo es apariencia, y enseña además que ser y pensar no son sino una misma cosa; semejantes doctrinas son completamente idénticas a la enseñanza esencial de los Upanishads y a la filosofía Vedanta de donde se derivan. En época más remota todavía, la opinión de Tales, de que todo lo existente ha salido del agua, se parece sorprendentemente a la doctrina védica, según la cual el universo salió del seno de las aguas. Más tarde Anaximandro adoptó como origen de todas las cosas una Substancia eterna, infinita e indefinida de donde proceden todas las substancias definidas y a la que vuelven; hipótesis idéntica a la que se encuentra en el fondo de la filosofía Sankhya, a saber, la Prakriti, fuera de la cual se desarrolla todo el aspecto material del Universo. Y la frase célebre expresa la opinión característica de la doctrina Sankhya de que todas las cosas se modifican continuamente, sin cesar, bajo la actividad incesante de las tres *gunas*. Empédocles, a su vez, enseño un sistema de trasmigración y evolución idéntico en suma al Sankhya, y así su teoría de que nada puede venir a la existencia si de antemano no existe, presenta una identidad aun más estrecha con una de las doctrinas características de la citada filosofía.

Las doctrinas de Anaxágoras y de Demócrito están en muchísimos puntos en íntima conformidad con las doctrinas indas, especialmente las ideas del segundo sobre la naturaleza y el papel de los dioses. Lo mismo puede decirse de Epicuro, sobre todo respecto de algunos detalles. Pero sobre todo en las doctrinas de Pitágoras encontramos más íntima y frecuente identidad en la enseñanza y en la argumentación, y la tradición explica esas analogías diciendo que el mismo Pitágoras visitó la India y aprendió en ella su filosofía.

En tiempos más recientes vemos que algunas ideas notoriamente sankhyas y budistas juegan un papel preponderante en el pensamiento gnóstico. El extracto siguiente de Lausen, citado por Garbe (Pág. 97), nos ofrece un ejemplo:

"El budismo, en general, establece una distinción clarísima entre el Espíritu y la Luz, no considerando a esta última como inmaterial. Sin embargo, se encuentra también en esta religión una enseñanza que se aproxima mucho a la doctrina gnóstica. Según esa enseñanza, la Luz es la manifestación del Espíritu en la materia, en la que la Luz puede aminorarse y totalmente obscurecerse. En este último caso la Inteligencia acaba por caer en completa inconsciencia. De la Suprema Inteligencia se dice que no es Luz ni No-luz, ni Obscuridad ni No-obscuridad, puesto que todas esas expresiones indican relaciones entre la Inteligencia y la Luz, relaciones que no existen desde el origen; y únicamente cuando más tarde la Luz envuelve a la Inteligencia, le sirve de intermediaria en sus relaciones con la Materia. Síguese de ahí que la

Teoría budista atribuye a la Suprema Inteligencia el poder de engendrar la Luz fuera de sí, y en esto están también de acuerdo el budismo y el gnosticismo."

Garbe observa aquí, que la concordancia entre los puntos examinados del gnosticismo con los de la filosofía Sankhya, es más completa todavía que con el budismo. Así, mientras esa manera de ver las relaciones entre la Luz y el Espíritu pertenece a una fase muy reciente del budismo, y no forma el carácter esencial del mismo, la filosofía Sankhya, por el contrario, enseña con precisión y claridad que el Espíritu es Luz. Más recientemente aún, la influencia del pensamiento Sankhya se encuentra claramente notada en los neoplatónicos, hasta el punto de que la doctrina del Logos o del Verbo, aunque no de origen Sankhya, revela en sus detalles que fue tomada de la India, donde tan preponderante papel en el sistema brahmánico desempeña la concepción de Vach, el Verbo divino.

Pasando a la religión cristiana, contemporánea de los sistemas gnóstico y neoplatónico, encontraremos sin esfuerzo la mayoría de las básicas enseñanzas que nos son familiares.

El triple Logos aparece en la Trinidad. El primer Logos, fuente de toda vida, es el Padre; el segundo, dualístico, es el Hijo, el Dios-hombre; y el tercero, la Inteligencia creadora, él es Espíritu Santo, que al moverse en las aguas del caos da existencia a los mundos. Luego vienen los "siete espíritus de Dios" y las cohortes de ángeles y arcángeles.

Es indiscutible la Existencia Una de donde todo procede y a donde todo vuelve, cuya naturaleza nadie puede descubrir. Pero los grandes doctores de la iglesia católica postulan siempre la insondable Divinidad incomprensible, infinita, y, por lo tanto, necesariamente Una e indivisible. El hombre está hecho a "imagen de Dios". Es, pues, triple en su naturaleza: espíritu, alma y cuerpo. Es la morada de Dios, el templo de Dios, el templo del Espíritu Santo; frases que son eco fiel de la enseñanza inda. En el Nuevo Testamento la doctrina de la reencarnación está más fácilmente admitida que claramente enseñada. Así, Jesús, al hablar de San Juan Bautista, declara que es Elías "que debe venir", haciendo alusión a las palabras de Malaquias: "Yo os enviaré a Elías el profeta". Y más adelante, en otro lugar, a una pregunta acerca de que la venida de Elías había de preceder a la del Mesías, contesta: "Elías ha venido ya y ellos no le han conocido". Vemos a los discípulos sobrentender una vez más la reencarnación cuando preguntan si un hombre nace ciego en castigo de sus pecados, Jesús, en su respuesta, no rechaza la posibilidad del pecado prenatal; se contenta con no considerarlo como causa de la ceguera en aquel caso. La frase tan notable del Apocalipsis (III. 12): "A quien venciere, le haré columna en el Templo de mi Dios, y no saldrá jamás fuera", se ha considerado

como significativa de la liberación de la reencarnación. Los escritos de algunos Padres de la Iglesia abogan con mucha claridad a favor de una corriente creencia en la reencarnación. Algunos pretenden que enseñan únicamente la preexistencia del alma; pero semejante opinión no me parece corroborada por los textos.

La unidad de enseñanza moral no es menos sorprendente que la identidad de las concepciones del universo y los testimonios de todos los que, fuera de su prisión de carne, llegan a la libertad de las esperas superiores. Es claro que ese cuerpo de enseñanza primordial fue confiado a guardas inteligentes que lo enseñaron en las escuelas y formaron los discípulos. La identidad de esas escuelas y su disciplina se evidencia al estudiar su enseñanza moral, las condiciones impuestas a los discípulos y los estados mentales y morales a que llegaban.

En el Tao Teh Ching encontramos una distinción mordaz entre las diversas categorías de estudiantes:

"Los estudiantes de la clase más elevada, cuando oyen hablar del Tao, lo practican sinceramente. Los de la clase media, tanto parecen seguirle como abandonarle; y los estudiantes de la clase inferior, cuando oyen hablar de él, se ríen grandemente." (S. B. of East, XXXIX. Op. cit. XLI-i).

En el mismo leemos:

El sabio pone su propia persona la última, hallándola, sin embargo, la primera. La trata como extraña, y sin embargo la preserva. ¿No es por carencia de fin personal y privado por lo que tales fines se realizan? (VIII. 2.). Está desprovisto de vanidad y por eso brilla; no tiene presunción y por eso se le distingue; no se vanagloria y se le reconoce mérito; no se muestra suficiente y por eso adquiere superioridad; y porque está libre de toda lucha, nadie puede luchar contra él. (XXII.2.) No hay crimen mayor que alimentar la ambición; ni calamidad más grande que estar descontento de la propia suerte; ni falta más gravísima que el deseo de obtener. (XLVI.2.) Para los que son buenos (conmigo), soy bueno, y también para los que no lo son; así (todos), por ser sinceros. (XLIX.I.) El que posee abundantemente todos los atributos (del Tao) aseméjase a un niño. Los insectos venenosos no le morderán, las fieras no le acometerán y las aves de rapiña no le tocarán. (LV.I.). Tengo tres cosas preciosas que estimo y guardo con el mayor cuidado. La primera es la dulzura; la segunda, la economía; y la tercera, no codiciar lo de otro... La dulzura está segura de vencer aún en el combate, manteniéndose con firmeza. El cielo salvará al que la posee, pues (precisamente) su dulzura le protegerá (LXVII.2-4.)

En los indos había discípulos escogidos, considerados como dignos de instrucción especial, a quienes el "Gurú" transmitía la enseñanza secreta,

mientras que las reglas generales de la vida moral pueden recopilarse en las Leyes de Manu. Los Upanishads, el Mahabharata y muchos otros tratados:

"Que se diga lo que es verdad y lo que agrada; que no se profiera ni verdad desagradable ni falsedad agradable: tal es la ley eterna. (Manu, IV. i38.) No haciendo mal a ningún ser se acumulan poco a poco méritos espirituales (IV.238.) Para ese hombre dos veces nacido que no ocasiona el menor daño a los demás seres creados, no habrá daño alguno (de ninguna parte) el día en que se liberte de su cuerpo. (VI.40.) Aquel que sufre con paciencia las injurias, no insulta a nadie ni se hace a consecuencia de su cuerpo (perecedero) enemigo de ninguno. El que no responde con cólera a la cólera, con su pensamiento fijo en el Yo buscando en el Yo su refugio, purificados por el fuego de la sabiduría, muchos entran en mi Ser. (Bhagavad Gita, IV. io) El supremo gozo para el yogui, cuyo manas (la inteligencia) está en calma, cuya naturaleza pasional está apaciguada, es estar sin pecado y ser como un Brahman. (VI.27.). El hombre que no tiene resentimientos con ningún ser, el hombre amigo y compasivo, sin apegos, sin egoísmos, equilibrado en el placer y en el dolor, amante de perdón, que siempre está atento, es armonioso, y dueño de sí. Y el que ha consagrado su pensamiento (manas) y su corazón (buddhi), ese amigo mío, me es querido en verdad." (XII. 13-14.)

Pasemos a Buda. Le encontramos rodeado de arhats a quienes transmite enseñanzas secretas. Su doctrina pública nos enseña que:

El sabio, por la sinceridad, la virtud y la pureza, se transforma en una isla que marea alguna puede sepultar. (Udanavarga, IV. 5) El sabio en este mundo conserva preciosamente la fe y la sabiduría, que son sus grandes tesoros, y rechaza toda otra riqueza. (X.9.) Quien alimente rencor contra los que le quieren mal, jamás podrá ser puro; y en cambio, quien no lo alimenta, pacifica a los que le odian. Como el odio es fuente de miseria para la humanidad, el sabio no conoce el odio. (XIII.12.). Triunfad de la ira no encolerizándonos, triunfad del mal por el bien, triunfad de la mentira por la verdad (XX.18.)

El Zoroastrismo enseña a loar a Ahura-Mazda. Dice:

"¿Lo hermosísimo, lo puro, lo inmortal, lo brillante, todo esto es bueno. Honremos al espíritu bueno, al reino bueno, la ley buena, y la buena sabiduría. (Yasna, XXXVII.) Que el contento, la bendición, la inocencia y la sabiduría de los puros descienda a este lugar. (Ibíd., LIX.) La pureza es el mejor bien. Los dichosos son los más puros en pureza (Ashem vohu.) Todos los buenos pensamientos, las buenas palabras, las buenas acciones se realizan con conocimiento. Todos los malos pensamientos, las malas palabras, y las malas acciones se realizan sin conocimiento. (Mispa Kumata.)" (Extractos del Avesta en Ancient Iranian and Azoroastrian Morals, por Dhunjibhoy Jamsetji Medhora.)

Los hebreos tuvieron sus “escuelas de profetas” y en su Cábala y obras exotéricas encontramos las enseñanzas morales aceptadas:

“¿Quién subirá la cuesta del Señor y se mantendrá en su santo lugar? El que tenga limpios el corazón y las manos, el que no esté henchido de vanidad ni jure en falso (PS. XXIV.3, 4.) ¿Qué exige de ti el Señor, sino obrar justamente, ser misericordioso e ir humildemente con tu Dios? (Mich VI.8.) Los labios de la verdad se afirmarán para siempre, pero una lengua embustera sólo durará un instante. (Prov. XII. 19.) ¿Por ventura no es ésta la abstinencia que escogí? : rompe las ataduras de impiedad, desata los pesados haces, despacha libres a aquellos que están quebrantados y quebranta todo yugo. Parte con el hambriento tu pan y a los pobres y peregrinos mételos en tu casa; cuando vieres al desnudo cúbrelo y no desperdicies su carne (Is. LVIII. 6,7.)”

También el maestro cristiano tenía enseñanzas secretas para los discípulos y les hacia esta recomendación: “No arrojéis a los perros lo que es sagrado, ni echéis margaritas a los puercos.” (Mat.VII.6.) Para la enseñanza pública podemos tomar las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña así como los siguientes preceptos:

“Más yo os digo: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian... Sed, pues, perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto. (Mat.V. 44, 48.) El que halle su alma la perderá, y el que perdiere su alma por mí la hallará. (X.39.). Cualquiera, pues, que se humillare como este niño éste es el mayor en el reino de los cielos. (XVIII.4.) Mas el fruto del espíritu es: caridad, gozo, paz, paciencia benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad. Contra esas cosas no hay ley. (Galátas. V.22, 23.) Amaos los unos a los otros, porque el amor viene de Dios y quien ama nace de Dios y le conoce. (Juan, IV.7.)

La escuela de Pitágoras y la de los neoplatónicos perpetuaron la tradición en Grecia. Sabemos que Pitágoras adquirió parte de su saber en la India, así como Platón estudió y fue iniciado en las escuelas de Egipto. De las escuelas griegas tenemos informaciones muy precisas, más que de otra alguna de la antigüedad. La de Pitágoras tenía discípulos juramentados de una parte, y de otra una disciplina externa. El círculo interior pasaba por tres grados en cinco años de prueba. (Para más detalles, véase Orpheus, de G. R S. Mead, Págs. 263 y siguientes) La disciplina externa se describe así:

“Es menester ante todo entregarnos a Dios por completo. Cuando un hombre reza, no debe pedir ningún beneficio particular, plenamente convencido de que recibirá lo que es justo y conveniente, según la sabiduría divina y no según el interés egoísta de sus deseos. (Diod. Sic. IX.4i.) Únicamente por su virtud llega el hombre a la bienaventuranza, y esto es

privilegio exclusivo del ser racional. (Hippodamo, De Felicitate, II.284) En sí, por su propia naturaleza, el hombre no es bueno ni dichoso, pero puede serlo por la enseñanza de la verdadera doctrina (*mathesios cai pronaias potideetai*). (Hippo. Ibid.) El deber más sagrado es la piedad filial. "Dios derrama sus bendiciones sobre quien honra y reverencia al autor de sus días", dice Pampelus. (De Parentibus, Orelli. Op. Cit., II.345.) La ingratitud con los padres es el mayor y más abominable crimen, escribe Perictiona (Ibid, 350), que se supone fue la madre de Platón. La pureza y delicadeza de todas las obras pitagóricas eran notables. (Oelian, Hist., Var. XIV.19) En lo que respecta a la castidad y al matrimonio sus principios son de absoluta pureza. Al mismo tiempo, el gran maestro recomienda la castidad y la continencia, pero pide que los casados engendren antes de entregarse al celibato absoluto, a fin de que los hijos se procreen en condiciones de perpetuar la vida santa y la transmisión de la ciencia sagrada. (Jámblico, Vit. Pythag.; y Hierocles AP. Stob. Serm. XLV.14.) Esto es en extremo interesante, porque encontramos la misma recomendación en el Manava Dharma Sastra, el famoso código indo... El adulterio se condenaba con gran severidad. (Jámb., Ibid.) Se prevenía además al marido que tratase a la mujer con extrema dulzura, porque la había tomado por compañera ante los dioses. (Véase Lascaulz. Zur Geschichte der Ehe bei den Griechen en las MEM. de l´Acad. De Baviere, VII.107 y siguientes).

El matrimonio no era unión animal, sino lazos espirituales. Por eso, a su vez, la mujer debía amar al esposo más que a sí misma y obedecerle en todo. Es interesante hacer notar que los mejores caracteres de mujer que nos presenta la Grecia antigua, fueron formados en la escuela de Pitágoras, los mismos que los del hombre. Los autores antiguos dicen que esta disciplina logró formar, no sólo mejores ejemplos de castidad de pureza y de sentimiento, sino también de sencillez de modales, perfecta delicadeza y gusto sin precedentes para las cosas más serias. Esto está admitido hasta por los autores cristianos. (Véase Justino, XX.4...) Entre los miembros de la escuela, la idea de justicia presidía todas las acciones, observaban la más estricta tolerancia y la más perfecta compasión en sus mutuas relaciones; porque la justicia es el principio de toda virtud, según Polo (ap. Stob. Serm. VIII, edi. Schow, p.232.) La justicia mantiene el alma en paz y en equilibrio. Es la madre del orden armónico en todas las comunidades, y la que engendra la concordia entre el esposo y la esposa, y el amor entre el amo y el siervo.

Todo pitagórico estaba ligado por su palabra, debiendo, en fin, vivir el hombre de tal modo que estuviese dispuesto a morir en cualquier instante (Hipólito. Filos, VI. — Ibid. P. 263-267.)

Interesante es la manera cómo se consideran las virtudes en las escuelas

neoplatónicas. Se establece en ellas clara distinción entre la simple moralidad y el desarrollo espiritual. En otros términos, como dice Plotino, “el fin no está en ser inmaculado, sino en llegar a Dios”. El primer grado consistía en hallarse sin pecado al adquirir las “virtudes cívicas”, que hacen al hombre perfecto en su conducta (las virtudes físicas y éticas formaban los grados inferiores); la razón dirigía y embellecí entonces a la naturaleza irracional. Luego venían las “virtudes catárticas” propias de la razón pura, libertadoras de los lazos de la generación; después las “virtudes teóricas”, que elevaban el alma al contacto de las naturalezas superiores a la suya; y finalmente las “virtudes paradigmáticas”, que le dan a conocer el verdadero ser.

“Síguese de ahí que el que obra según las virtudes cívicas es un hombre justo, pero el que obra por las virtudes catárticas únicamente es un hombre demoníaco, o mejor un buen demonio. El que obra por las virtudes teóricas, ése es un Dios; y el que lo hace según las virtudes paradigmáticas, ése es el Padre de los dioses”. (Nota en La Prudencia intelectual, p.325-332.)

Gracias a diversas prácticas, los discípulos aprendían a abandonar su cuerpo para elevarse a regiones superiores. Como una hierba se saca de su vaina, el hombre interior debía deslizarse de su cubierta exterior o corporal. El “cuerpo luminoso” o “cuerpo radiante” de los indos es el “cuerpo fusiforme” de los neoplatónicos, el en que el hombre se eleva para encontrar el yo, “que no puede percibirse ni por el ojo ni por la palabra ni por los demás sentidos (literalmente, Dioses), ni por la autoridad ni por los ritos religiosos. Sólo por la sabiduría serena, por la pura ciencia, se puede ver, en la meditación, al Único Indivisible. Ese yo sutil lo conocerá la inteligencia en que la quíntuple vía (los sentidos) esté dormida. La inteligencia de toda criatura está invadida por esas vías, pero en cuanto se purifica, se manifiesta el Yo en ella”. (Mundakopanishad, III. II, 8, 9.)

Sólo entonces puede entrar el hombre en la región donde la separación no existe, donde las “esferas han cesado”. G. R. S. Mead, en su introducción a Plotino de Taylor, cita un pasaje de Plotino en que describe una región que es evidentemente el Turîya de los indos.

“Ven igualmente todas las cosas, no las sometidas a la generación, sino aquellas en que reside la esencia. Se ven a sí mismos en las demás. Todo es diáfano en ese lugar, nada obscuro ni resistente, y todo se ve por cada uno interiormente y de parte a parte. Como la luz encuentra en todas partes la luz, pues cada cosa contiene en sí todas las cosas, ve igualmente todo en cada una. De suerte que todas las cosas están en todas pares y que todo es todo. Del mismo modo cada una es todas. El esplendor en ese lugar es infinito. Porque todo allí es grande, incluso lo pequeño. El sol en ese sitio es al mismo tiempo todas las estrellas y cada una es a su vez el sol y todas las demás. En cada

una, sin embargo, predomina una cualidad diferente, pues al mismo tiempo todas las cosas son visibles en cada una. Igualmente, en ese lugar, el movimiento es puro, porque el movimiento no esta trastornado por un motor que difiera de él mismo" (p. LXXIII).

Descripción totalmente insuficiente, porque ésa es una región que ningún idioma humano puede describir. Únicamente quien tuvo los ojos abiertos, pudo trazar esas líneas.

Las concordancias que existen entre las religiones del mundo llenarían seguramente un gran volumen; pero el imperfecto esbozo que precede debe bastar como prefacio al estudio de la Teosofía, y como introducción a esta nueva y completa exposición de las verdades antiguas que alimentaron al mundo. Todas esas semejanzas revelan una fuente única, y esa fuente es la Hermandad de la Logia Blanca, la Jerarquía de los Adeptos que velan por la humanidad y la guían en su evolución. Ellas han conservado constantemente intactas esas verdades, y de cuando en cuando, según las necesidades de las épocas, las revelaron a los hombres. Frutos de mundos más elevados, de humanidades anteriores, productos de una evolución análoga a la nuestra __evolución que nos parecerá más inteligible a completar nuestro estudio— han venido en auxilio de nuestro globo, y desde los primeros tiempos hasta el presente, asistidos por la flor de nuestra humanidad, le han prodigado sus cuidados. Hoy también instruyen a discípulos ardorosos y los guían por el estrecho sendero. Hoy también puede hallarlos quien los busque, llevando en la mano, como ofrenda inicial, la caridad, la devoción, el deseo desinteresado de saber a fin de servir. Hoy también ordenan la antigua disciplina y descubren los antiguos misterios. Las dos columnas de la Logia Blanca son el Amor y la Sabiduría, y a través de su angosta puerta pueden pasar únicamente los que han desembarazado sus espaldas del fardo del deseo y del egoísmo.

Larga tarea nos aguarda. Comenzando por el plano físico, subiremos lentamente la escala del mundo; pero antes de entrar en este pormenorizado estudio, nos podrá ser útil echar una ojeada a vista de pájaro sobre la evolución y su objeto.

Antes que comenzara a existir nuestro sistema, un Logos lo concibió todo en su inteligencia. Todas las fuerzas, todas las formas, todas las cosas que, cada cual a su hora, surgirán a la vida objetiva, todo está primeramente como idea en el pensamiento divino.

El Logos trazó entonces la esfera de manifestación en cuyo interior quería desplegar su energía; y se limitó a sí mismo para ser la vida de su Universo.

A medida que observamos, vemos dibujarse gradualmente siete zonas sucesivas de diferente densidad. Siete grandes regiones aparentes, en cada una de las cuales nacen centros de energía, torbellinos de substancia

cósmica que se separan entre sí. En fin, la separación y a condensación se efectúan, al menos en lo que respecta a nuestro sistema actual, y vemos ante los ojos un sol central, símbolo físico del Logos, y siete grandes cadenas planetarias, compuestas cada una de siete globos. Si limitamos ahora el campo de observación a la cadena de que forma parte nuestro mundo, la veremos recorrer oleadas sucesivas de vida, formando los reinos de la naturaleza: primero los tres reinos elementales; luego los reinos mineral, vegetal, animal y humano. Limitando nuestra mirada al globo terrestre y a las regiones que le rodean, observaremos la evolución humana, y veremos al hombre desenvolver su sí mismo su propia conciencia por medio de larga serie de ciclos vitales.

Concentrando, en fin, nuestra mirada en un solo individuo, podemos seguir su crecimiento. Veremos que cada ciclo de vida contiene una triple división, y que está unido a todos los ciclos pasados cuyos resultados cosecha, y a todos los ciclos futuros, cuyos gérmenes siembra, por ley ineludible. De suerte que el hombre puede subir la pendiente en cada ciclo vital contribuyendo a elevarse en mayor grado de pureza, de devoción, de inteligencia y de utilidad, hasta llegar donde están los que llamamos Maestro, prontos a satisfacer a sus hermanos menores la deuda contraída con los Mayores.

Acabamos de ver que la fuente de que todo universo procede es un Ser Divino manifestado, al que la Sabiduría Antigua, bajo su forma moderna, da el nombre de Logos o Verbo. Este nombre está tomado de la filosofía griega; pero expresa perfectamente la idea antigua:

La palabra salida del Silencio,
La Voz, el Sonido por el que los mundos surgen a la existencia...

Echemos desde luego una ojeada sobre la evolución del “espíritu—materia”, a fin de comprender mejor la naturaleza de los materiales que nos ofrece el plano del mundo físico. La posibilidad misma de la evolución yace en las potencialidades sumergidas y ocultas en el espíritu—materia de ese mundo físico. Todo el proceso de la evolución es un desarrollo gradual, espontáneamente impelido desde el interior y solicitado exteriormente por seres inteligentes que pueden retardar o acelerar la evolución, sin sobrepujar nunca la norma de las capacites inherentes a los materiales. Es, pues, necesario que nos formemos idea de esas etapas primordiales de llegar a Ser universal; pero como la tentativa de una dilucidación detallada nos llevaría más allá de los límites que nos impone este tratado elemental, debemos contentarnos con una breve exposición.

Saliendo de las profundidades de la Existencia Una, del inconcebible e

inefable Uno, un Logos se impone a sí mismo un límite, circunscribiendo voluntariamente la extensión de su propio ser, para determinarse en el Dios Manifestado. Al trazarse el límite de su esfera de actividad, delimita también el área de su universo; y en esta esfera nace, evoluciona y muere este universo que en el Logos vive, se mueve y encuentra su ser. La materia del universo es la emanación del Logos, y las fuerzas y las energías del universo son las corrientes de su vida. Es inmanente y penetrante en cada átomo, y sostén donde se desarrollan todas las cosas. Es el principio y el fin, la causa y el objeto, el centro y la circunferencia. Es el fundamento inquebrantable sobre lo que todo respira. Esta en todas las cosas y todas están en él. Él. He aquí lo que los guardianes de la Sabiduría Antigua nos han enseñado sobre el origen de los mundos manifestados.

Por la misma fuente sabemos que el Logos se desarrolla en sí mismo, de sí mismo, en una triple forma.

El primer Logos, fuente del ser.

De el procede el segundo Logos, manifestando un doble aspecto, vida y forma, principio de dualidad; los dos polos de la naturaleza ante la cual se tejerá la trama del universo:

VIDA- FORMA, ESPIRITU- MATERIA, POSITIVO-NEGATIVO, ACTIVO RECEPTIVO, PADRE-MADRE DE LOS MUNDOS

En fin, el tercer Logos, inteligencia universal, en la que existe el arquetipo de toda cosa y es fuente de los seres, manantial de las energías formadoras y tesoro donde están almacenadas todas las formas ideales que se han manifestado y elaborado en la materia en los planos inferiores durante la evolución del universo.

Estos arquetipos son fruto de los universos pasados, transmitidos para servir de germen al universo presente.

La manifestación fenoménica de un universo cualquiera, en espíritu y materia, es finita como extensión y transitoria como duración. Pero las raíces del espíritu y la materia son eternas.

Un profundo escritor ha dicho que el Logos percibe la raíz de la materia (MULAPRAKRITI) como velo que cubre la Existencia Una, el Supremo Brahman (Parabrahman) según la denominación antigua.

El Logos se reviste de ese velo para producir la manifestación.

Se sirve del como de limite voluntariamente impuesto únicamente para hacer posible su actividad y del toma la materia para elaborar esos universos, siendo la vida animación que guía y rige toda forma. (Por esto ciertos libros sagrados de Oriente le llaman El Señor de Maya, porque Maya o ilusión es el principio de la Forma. La forma se considera como ilusión a consecuencia de su naturaleza transitoria y de sus perpetuas transformaciones. La vida expresada

bajo el velo de la forma es, al contrario, la realidad.)
De lo que pasa en los planos más elevados del universo, el séptimo y el sexto, no podemos tener sino muy vaga idea. La energía del Logos, al moverse en un torbellino de inconcebible rapidez, “abre agujeros en el espacio”, en la raíz de la materia; y ese remolino de vida limitado por una envoltura perteneciente a Mulaprakriti, forma el átomo primordial. Los átomos primordiales y sus agrupaciones diversas, diseminados en todo el universo, forman todas las subdivisiones del espíritu—materia del sétimo plano, una parte de esos innumerables átomos primordiales determinan torbellinos en el seno de agregados más densos de su propio plano. El átomo primordial, revestido así de una cubierta de espirales constituidas por combinaciones más densas del séptimo plano, viene a ser el último elemento de espíritu—materia, es decir, el átomo del sexto plano. Los átomos del sexto plano, con la infinita variedad d combinaciones que forman entre sí, constituyen las diversas subdivisiones del espíritu—materia del sexto plano cósmico. Y el átomo del sexto plano, a su vez, determina un torbellino en el seno de los agregados más densos de su propio plano, y con esos agregados más densos como envoltura, viene a ser lo más sutil de espíritu—materia, es decir, el átomo del quinto plano. El mismo proceso se repite luego para formar sucesivamente el espíritu—materia de los planos cuarto, tercero, segundo y primero. Tales son las siete grandes regiones del universo, al menos en lo que concierne a su constitución material. Por analogía, podremos formarnos una idea más clara de ello, cuando comprendamos perfectamente las modificaciones del espíritu—materia de nuestro propio mundo físico. (El estudiante encontrará esta concepción más clara si considera los átomos del quinto plano como Atma, los del cuarto como Atma envuelta en la substancia de Buddhi, los del tercero como Atma envuelto en la substancia de Buddhi Manas y Kama; y los del segundo plano como Atma envuelta en la substancia de Buddhi Manas Kama y Sthula. Sólo la cubierta externa es activa en cada plano; pero los principios internos, aunque latentes, no dejan de estar presentes y prontos a despertar a la vida activa en el arco ascendente del ciclo de la evolución)
Él término espíritu- materia se emplea con objeto de significar que no hay materia muerta.
Toda materia es viva y las partículas más pequeñas tienen vida.
La ciencia afirma con verdad al decir “no hay fuerza sin materia ni materia sin fuerza”
La fuerza y la materia están unidas por indisoluble lazo a través de todas las edades de la vida del universo y nada puede separarlas.
La materia es la forma y no hay forma que no exprese vida; el espíritu es vida, y no hay vida que no este limitada por una forma.

TAMBIEN EL LOGOS,
EL SEÑOR SUPREMO, TIENE EL UNIVERSO POR FORMA,
MIENTRAS DURA LA MANIFESTACION.

La involución de la vida del Logos como fuerza animadora de cada partícula y su envolvimiento sucesivo en el espíritu- materia de los diferentes planos, de suerte que los materiales de cada uno, además de las energías que le son propias, contienen en estado latente u oculto todas las posibilidades de forma y de fuerza pertenecientes a los planos superiores, esos dos hechos evidencian la evolución cierta y dan a la mas ínfima partícula las potencias que, gradualmente transformadas en poderes activos la capacitan para entrar en las formas de seres mas elevados. La evolución puede resumirse así en una sola frase, diciendo que":
Es el tránsito de las potencias latentes al estado de poderes activos".
La segunda gran oleada de evolución, la evolución de la forma del yo—conciencia, se examinarán más adelante.
Estas tres corrientes de evolución que pueden observarse en la tierra con relación a la humanidad; fabricación de materiales, construcción de la casa y desarrollo del ser que vive en ella, o mejor, según los términos antes empleados, evolución del espíritu –materia, evolución de la forma y evolución del yo – conciencia.
Si el lector puede fijarse puede en esta idea, se obtendrá una indicación precisa y útil para guiarse a través del laberinto de los hechos.

Podemos pasar ahora al examen detallado del plano físico, en el que nuestro mundo existe y al que pertenece nuestro cuerpo carnal.

Lo que ante todo nos llama más la atención cuando examinamos los materiales de este plano, es su inmensa diversidad.
Los objetos que nos rodean son de variedad infinita, minerales, vegetales, animales, todos difieren en su constitución.
Además la materia dura o blanda, transparente u opaca, tenaz o maleable, dulce o amarga, agradable o nauseabunda, coloreada o incolora. De esa conjunción surgen, como clasificación fundamental los tres grandes estados generales de la materia: sólido, líquido y gaseoso.
Un examen más atento nos muestra que los sólidos, líquidos y gases están constituidos por combinaciones de cuerpos simplicísimos, llamados por los químicos elementos, que también pueden existir en estado sólido, líquido y gaseoso sin intercambiar de naturaleza.
Así el elemento químico oxigeno entra en la composición de la madera

formando con algunos otros elementos las fibras leñosas sólidas; existe igualmente en la savia, formando con otros elementos una combinación líquida, el agua; y finalmente subsiste por sí mismo como gas.
Bajo estas tres condiciones es siempre oxigeno, y puede además reducirse de estado gaseoso a liquido y de este al sólido sin dejar de ser oxigeno puro; y lo mismo ocurre con los demás elementos.
Obtenemos así tres subdivisiones o estados de la materia en explano físico: los sólidos, los líquidos y los gases. Obtenemos así tres subdivisiones o estados de la materia en el plano físico: los sólidos, los líquidos y los gases. Prosiguiendo nuestra indagación encontramos un curto estado, el éter; e investigaciones todavía más minuciosas nos enseñan que el éter existe bajo cuatro estados tan claramente definidos como los estados sólido, líquido y gaseoso. Tomemos el oxígeno como ejemplo. Así como puede reducirse del estado gaseoso al líquido, y de esta al sólido, también puede elevarse a partir del estado gaseoso, a través de los cuatro estados etéreos, de los que el último está constituido por el último átomo físico. Cuando este átomo físico se descompone, la materia abandona por completo el plano físico y pasa al plano superior inmediato. La lámina adjunta presenta tres cuerpos en el estado gaseoso y en los cuatro estados etéreos. Se observará que la estructura del último átomo físico es la misma para todos, y que la diversidad de los elementos químicos se debe a la diversidad de combinaciones que forman entre sí esos últimos átomos físicos. La séptima subdivisión del espíritu—materia física está formada, pues, por átomos homogéneos. La sexta, por combinaciones heterogéneas muy sencillísimas de esos átomos, cada una de los cuales se conduce como unidad nueva. La quinta y la cuarta lo están por combinaciones de creciente complejidad, condiciéndose cada una también como unidad. La tercera, en fin, se compone de organizaciones todavía más complicadas, consideradas por los químicos como los átomos gaseosos de los elementos. En esta subdivisión, gran número de las combinaciones consideradas ha tomado nombres especiales: oxígeno, nitrógeno, cloro, etc., y cada combinación nuevamente descubierta otro nombre a su vez. La segunda subdivisión se compone de combinaciones en estado líquido; unas consideradas como elementos, como el bromo; otras como compuestos, como el agua. En fin, la primera subdivisión contiene los sólidos que se consideran como elementos: yodo, oro, plomo etc; o como compuestos: madera, piedra, creta, etc.

El plano físico puede servir de modelo al estudiante, según ese tipo general, podrá por analogía formarse idea de las subdivisiones del espíritu—materia de los demás planos. Cuando el teósofo habla de un plano, entiende una región completamente compuesta del espíritu—materia en todas las combinaciones

que se derivan de un tipo especial de átomo. Tales átomos fundamentales son a su vez unidades complejas organizadas de materia análoga. Su vida es la vida del Logos, velada bajo mayor o menor número de envolturas, según el plano considerado. Su forma se compone de la materia más grosera o materia *sólida* del plano inmediato superior. Un plano no es, pues, sólo una idea metafísica, sino una subdivisión de la naturaleza.

Hasta ahora hemos estudiado los resultados de la evolución del espíritu—materia en nuestro mundo físico, subdivisión la más inferior del sistema a que pertenecemos. Durante edades sin cuento la corriente de evolución del espíritu—materia formó la substancia cósmica, y en los materiales de nuestro globo vemos el resultado de ese trabajo de elaboración.

Pero cuando estudiamos los seres que habitan este mundo físico, tenemos que considerar la evolución de las formas constituyentes de los organismos aparte de los materiales.

Cuando la evolución de los materiales alcanzó un grado suficiente, la segunda gran oleada de vida procedente del Logos dio el impulso a la evolución de la forma y fue la fuerza organizadora (En tanto que Atma-buddhi es indivisible en acción, y por esto denominada la Mónada, todas las formas tienen Atma-Buddhi como vida reguladora.) de su universo, ayudado en la construcción de formas por medio de combinaciones de espíritu—materia, por innumerables cohortes de seres llamados constructores (Algunos de estos Constructores son inteligencias espirituales de orden elevadísimo; pero el nombre se aplica también a los elementos o espíritus de la naturaleza. —V. más adelante el capítulo XII.)
La vida del Logos que reside en el corazón de cada forma es la energía central directora y regente.

Es imposible estudiar aquí al pormenor esa construcción de las formas sobre los planos superiores. Baste decir que todas las formas existen como idea en la inteligencia del Logos, y que por esa segunda oleada de vida se manifiesten para servir de modelos a los constructores. En el tercero y el segundo plano, las primeras combinaciones de espíritu—materia están organizadas de manera que pueden fácilmente agruparse en formas para desempeñar momentáneamente el papel de unidades independientes y encargarse de dar poco hábito de estabilidad al espíritu—materia cuando se encuentra bajo forma de organismo. Este proceso determina en el tercero y segundo plano la existencia de tres reinos llamados *elementales*, y las de substancia que se forma en ellos llevan generalmente el nombre de *esencia elemental*. Esta esencia se moldea, por agregaciones, en formas que subsisten cierto tiempo para dispersarse en seguida. La vida expansiva del Logos, o Mónada, evoluciona descendiendo a través de esos tres reinos, y alcanza fácilmente el

plano físico, donde comienza a agrupar en torno de ella las partículas de éter que mantiene en formas diáfanas atravesadas por corrientes vitales. En esas formas se congregan los materiales más densos, constituyendo los primeros minerales. Estos evidencian admirablemente, como puede comprobarse viendo cualquier obra de cristalografía, los datos numéricos y geométricos que sirven para la construcción de las formas. Igualmente nos aseguramos por muchísimos testimonios, de que la vida obra en todos los cuerpos minerales, aunque se encuentre en ellos verdaderamente aprisionada, limitada y reducida en sumo grado. El fenómeno de la "fatiga de los metales" muestra que son también cosas vivas. Pero baste decir aquí que la doctrina oculta los considera como tales, puesto que sabe, según acabamos de ver, como la vida se encuentra involucionada en ellos.

Habiendo adquirido una gran estabilidad de forma en muchos de los minerales, La Mónada evolutiva elabora una plasticidad más grande en el reino vegetal, continuando esa plasticidad con estabilidad provista de organización. Estos caracteres de estabilidad y plasticidad combinados, adquieren todavía expresión más equilibrada en el reino animal y alcanzan finalmente el sumo equilibrio en el hombre, cuyo cuerpo físico está constituido por compuestos más instables, que permiten una gran adaptación, pero que se unen por una fuerza central de combinación que resiste a la disgregación general hasta en las condiciones más diversas.

El cuerpo físico del hombre contiene dos divisiones esenciales; el cuerpo denso, cuyos elementos están formados de las tres subdivisiones del plano físico, sólido, liquido y gaseoso; y del doble etéreo, de un gris violeta o azulado compenetrado con el cuerpo material compuesto de materiales tomados de las cuatro subdivisiones superiores del mismo plano.

La función general del cuerpo físico consiste en recibir los contactos del mundo exterior y transmitirles al interior como efectos materiales para trabajar sobre ellos, a fin de allegar conocimiento al ser consciente que reside en el cuerpo.

El doble etéreo llena, además del papel especial de intermediario, el de agente transformador, gracias al cual la energía vital irradiada por el sol pueda adaptarse al uso de las partículas más densas.

El sol separa nuestro sistema el gran observatorio de fuerzas eléctricas, magnéticas y vitales, que derrama con abundancia.

Estas corrientes vivificadoras se asimilan por el doble etéreo de los minerales, los vegetales y los hombres y se transforman en las diversas energías vitales necesarias para cada ser. (La vida solar así apropiada recibe el nombre de PRANA y viene a ser el soplo de vida de cada criatura. PRANA es el

nombre que sirve para designar la vida universal asimilada por una entidad de la que esta separada)

El doble etéreo las absorbe, las especializa y las distribuye por el cuerpo material. Se ha observado que, en estado de buena salud, el doble etéreo transmite también una cantidad de energía vital mucho mayor que la exigida por el cuerpo físico para su mantenimiento.

El excedente irradia en todos sentidos y puede utilizarse por los organismos más débiles.

Se da el nombre de aura de salud a la porción de doble etéreo que se desborda del cuerpo físico y que lo rodea algunos centímetros en todos los sentidos.

Se le puede observa sobre toda la superficie del cuerpo en líneas que irradian como los radios de una esfera.

Estas líneas se inclinan hacia el suelo cuando hay poca vitalidad y la salud esta debilitada; pero cuando las fuerzas reviven, irradian de nuevo perpendicularmente a la superficie del cuerpo.

Esta es la energía vital, especializada por el doble etéreo, que el magnetizador gesta para restaurar las fuerzas o curar la enfermedad, y a la que se mezclan comúnmente otras corrientes más sutiles.

Tal es la causa de la depresión de la energía vital que atestigua el agotamiento del magnetizador cuando prolonga el exceso de trabajo.

El cuerpo humano es sutil o denso en su contextura, según los materiales tomados del plano físico para su composición.

Cada subdivisión de la materia suministra substancias más sutiles o más densas.

Compárese, por ejemplo, el cuerpo de un carnicero con el delicado sabio. Ambos contienen sólidos; pero cuanto difiere su cualidad.

Sabemos también que se puede refinar un cuerpo grosero y hacerse más basto uno delicado.

El cuerpo cambia sin cesar.

Cada partícula es una vida y las vidas van y vienen.

Un cuerpo vibrante las atrae al mismo diapasón que ellas y la rechaza un cuerpo de naturaleza opuesta.

Todas las cosas viven en vibraciones rítmicas, se atraen por la armonía y se separan por la disonancia.

Un cuerpo puro rechaza las partículas impuras porque tienen una vibración incompatible con la suya; y al contrario, un cuerpo grosero las atrae por el acuerdo de esas vibraciones.

De lo que se infiere que si el cuerpo cambia su ritmo de vibración arroja gradualmente de su seno los elementos constituyentes que no pueden vibrar al

unísono, reemplazándolos con otros tomados de la naturaleza externa mas en armonía con él.

La naturaleza suministra los materiales vibrando según todos los modos posibles y cada cuerpo ejerce su selección mas adecuada.

En la construcción primitiva de los cuerpos humanos, la selección debiese a la Monada de la Forma; pero ahora el hombre es un ser consciente y preside, por lo tanto, su propia construcción.

Por su pensamiento hace resonar la tónica de su armonía individual y determina los ritmos que son los factores más poderosos en las modificaciones continuas de su cuerpo físico y sus demás cuerpos.

A medida que aumenta su conocimiento, aprende a edificar su cuerpo físico con ayuda de una nutrición pura, facilitando él ponerle a diapasón. Aprende así a vivir según el axioma de la pureza: “Alimento puro, pensamiento puro y un continuo recuerdo de Dios”.

La criatura más elevada, si vive sobre el plano físico, es sobre este plano el virrey del Logos, responsable según la extensión de sus poderes, del orden, paz, y buena armonía que debe reinar en dicho plano.

Y ese deber no pude cumplirse sin la triple condición que acabamos de enunciar.

El cuerpo físico, al tomar sus elementos de todas las subdivisiones del plano físico, es apto para recibir impresiones de toda clase y responder a ellas.

Los primeros contactos serán las más sencillas y groseras clases, y como la vibración emitida por la vida interior en respuesta a la excitación externa suscita entre las moléculas del cuerpo movimientos correspondientes, poco a poco el sentido del tacto se desarrolla sobre la superficie del organismo permitiendo reconocer la presencia de objetos.

A medida que se forman los órganos especiales, para recibir las vibraciones de determinados géneros, el valor del cuerpo aumenta y se prepara para ser un dic en explano físico el vehículo de una entidad propiamente consciente.

Cuantas mas impresiones diversas puede recibir, mayor Será su utilidad, porque solo las impresiones a que pueda responder llegaran a la conciencia de ser encarnado.

Aun ahora, a nuestro alrededor, en la naturaleza física, hay una infinidad de vibraciones que se nos escapan por completo, porque nuestro cuerpo físico es incapaz de recibirlas, es decir, de vibrar al unísono.

Bellezas inimaginables, sonidos armoniosos y sutilidades delicadas chocan contra los muros de nuestra prisión y pasan inadvertidas.

Aun no se ha desarrollado el cuerpo perfecto que vibrara respondiendo a todos los estremecimientos de la naturaleza como arpa cólica al soplo del céfiro.

Cuando el cuerpo puede recibir las vibraciones las trasmite a los centros

físicos de su sistema nervioso sumamente complejo. Igualmente las vibraciones etéreas que acompañan a todas las vibraciones de los materiales más densos, se reciben por el doble etéreo y se transmiten a los centros correspondientes.

La mayoría de las vibraciones de la materia densa se transforman en energía química, en calor o en otras formas de energía física.

Las vibraciones etéreas ocasionan acciones magnéticas y eléctricas y se transmiten al cuerpo astral, donde alcanzan la inteligencia.

Así es como las informaciones del mundo exterior llegan al ser consciente que habita en él cuerpo o al "Señor del cuerpo" como se le llama a veces.

A medida que las vías de información se perfeccionan por el ejercicio del ser consciente se desarrolla gracias a los materiales que suministran a su pensamiento.

Ahora bien:

El bien: hombre de nuestros días ha evolucionado todavía poco y su doble etéreo no es suficientemente armónico para transmitirle regularmente las impresiones recibidas independientemente del cuerpo material, así como tampoco, para fijarlas en el cerebro.

A veces sin embargo, la transmisión se efectúa y tenemos entonces la clarividencia en su forma más inferior, visión por el doble etéreo de los objetos cuya envoltura más material es un cuerpo etéreo.

Como veremos hombre anima una serie de vehículos: físico, astral y mental, y es importante saber y recordar que, en nuestra evolución ascendente, el vehículo inferior, el cuerpo físico denso, es el primero que rige y racionaliza la conciencia.

El cerebro físico es el instrumento de la conciencia en estado de vigilia sobre el plano físico, y en el hombre puro evolucionado la conciencia funciona aquí de un modo más efectivo que en cualquier otro vehículo. Sus potencias son inferiores a las de los vehículos más sutiles, pero sus realizaciones son más grandes, y el hombre se conoce como "yo" en el cuerpo físico antes de descubrirse en los demás.

Pero si esta mas evolucionado que el promedio de su raza, no se revelara aquí abajo sino en los limites permitidos por su organismo físico, porque de conciencia únicamente puede manifestar sobre el plano físico lo que el vehículo físico es capaz de recibir.

En general el cuerpo denso y el cuerpo etéreo no se separan jamás en la vida terrestre.

Funcionan juntamente, en el estado normal, como las cuerdas altas y bajas de un mismo instrumento cuando se efectúa un acorde; pero ejercen además funciones distintas, aunque coordinadas. En condiciones de poca salud o de

sobreexcitación nerviosa el doble etéreo puede proyectarse anormalmente en gran parte fuera del cuerpo denso.

Este ultimo tiene entonces una conciencia muy vaga o se haya en estado de trance según sea la mayor o menor proporción de substancia etérea exteriorizada. Los anestésicos del cuerpo la mayor parte del doble etéreo, de suerte que la conciencia no puede afectar su vehículo material ni ser afectada por él, rompiéndose el lazo de comunicación.

En las personas de organización ahora llamadas *MEDIUMS,* la separación del cuerpo etéreo y del cuerpo denso se efectúa fácilmente, y el doble etéreo exteriorizado suministra en gran medida la base física necesaria a las "materializaciones".

Al dormir, cuando la conciencia deja el vehículo físico que utiliza en estado de vigilia, el cuerpo denso y el cuerpo etéreo descansan conjuntamente.

Pero en la vida del sueño físico funciona independientemente uno del otro hasta cierto punto.

Las impresiones recibidas en la vigilia se producen automáticamente en el cuerpo, y el cerebro material y el cerebro etéreo se llenan ambos de imágenes fragmentarias e incoherentes, donde las vibraciones se atropellan, por decirlo así, entre ellas mismas, produciendo las combinaciones más grotescas.

Las vibraciones externas vienen igualmente a afectar esos dos vehículos, y las combinaciones (asociaciones) frecuentemente repetidas en estado de vigilia son traídas nuevamente a la actividad por corrientes astrales de la naturaleza análoga.

Las imágenes producidas en nuestro sueño engendradas espontáneamente o suscitadas por una fuerza externa, se hallan determinadas en gran parte por la pureza o impureza de nuestros pensamientos en estado de vigilia.

Al acaecer el fenómeno que se llama muerte, la conciencia se evade y despoja al cuerpo etéreo de la envoltura densa.

Rompe así el lazo magnético que unía esas dos partes del cuerpo físico en la vida terrestre, y el ser consciente permanece envuelto por algunas horas, en su vestido etéreo.

A veces se manifiesta en tal estado a las personas que están cerca del. Bajo una forma nebulosa, vagamente consciente y muda; el fantasma.

El doble puede igualmente verse después que el ser consciente se ha evadido del, flotando sobre la tumba donde el cadáver material yace, y se disgrega lentamente con el tiempo.

Cuando llega el momento de renacer, el cuerpo denso, en su desarrollo prenatal, sigue paso a paso al doble etéreo que esta constituido gradualmente con anticipación. Puede decirse que esos dos cuerpos determinan los límites en que el ser consciente ha de vivir y trabajar durante su vida terrestre. Este

asunto se esclarecerá más completamente en el capítulo IX, que tiene por objeto el Karma.

El plano astral es la región del universo vecina, si podemos emplear esta palabra, del plano físico.
En el plano astral la vida es más activa y la forma más plástica que en él físico.
El espíritu –materia se encuentra allí, por lo tanto, más altamente vitalizado y más sutil que en todos los grados del mundo físico.
En efecto: según hemos visto ya, el último átomo físico que constituye el éter más sutil, tiene como envoltura innumerables agregados de la materia astral más grosera.
Se dice la palabra vecino la cual es muy impropia, porque sugiere la idea de que los planos del universo están dispuestos en zonas concéntricas de modo que al término de uno señale el principio del otro; cuando más bien son esferas concéntricas penetradas mutuamente y separadas entre sí, no por oposición, sino por diferencia de constitución; lo mismo que el aire y el agua y el éter en el sólido más denso, la materia astral penetra en toda la sustancia física.
El mundo astral está sobre nosotros, bajo nosotros, alrededor de nosotros y también nos atraviesa.
Vivimos y nos movemos en él, pero es intangible, invisible, silencioso e imperceptible, porque estamos separados de él por la presión del cuerpo físico, y las partículas físicas son demasiado densas para vibrar bajo la acción de la materia astral.

En este capítulo vamos a estudiar el aspecto general del plano astral, dejando a un lado, para considerarlas separadamente, las condiciones especiales que presenta la vida de ese plano con relación a los seres humanos que lo atraviesan llenándolo de la tierra al cielo.

El espíritu—materia del plano astral tiene subdivisiones análogas a las del plano físico que acabamos de describir en el capítulo dedicado a dicho plano.
Encontraremos aquí, como en el plano físico, innumerables combinaciones que forman los sólidos, los líquidos, los gases y los éteres astrales.
Pero en este plano la mayoría de las formas materiales tienen, cuando se las compara con las formas del plano físico, un brillo y una traslucidez que les ha valido el epíteto impropio, pero que aceptado por el uso no hemos de cambiarlo.
Como no hay nombres especiales para las subdivisiones del espíritu—materia astral, podemos emplear las designaciones terrestres.
La idea esencial que hemos de fijar, es lo que los objetos astrales son

combinaciones de materia física, y que la disposición del mundo astral se asemeja muchísimo a la de la tierra, estando constituida en gran cantidad por los dobles astrales de los objetos físicos.
Una particularidad, sin embargo, detiene y desconcierta al observador poco acostumbrado, en parte, a causa de la traslucidez de los objetos astrales, y en parte también a consecuencia de la naturaleza misma de la visión astral (la conciencia está menos sujeta en la materia astral sutil que en su prisión terrestre); toda cosa es transparente: en anverso y el reverso, lo interior y lo exterior, son visibles al mismo tiempo.
Hace falta mucha experiencia para ver correctamente los objetos, y aquel que ha desarrollado la visión astral sin estar todavía al corriente de su empleo, se expone a ver todas las cosas trastocadas y a cometer los más disparatados yerros.

Otra característica sorprendente, que desconcierta a veces al principiante, es la rapidez con que cambian de contornos las formas astrales, sobre todo las que no se relacionan con ninguna matriz terrestre.

Una entidad astral puede modificar su aspecto por completo con pasmosa rapidez, porque la materia astral toma forma bajo cada impulso del pensamiento, y la vida retoca constantemente esa forma para darse nueva expresión.
Cuando la gran oleada de vida de la evolución de la forma atraviesa de alto a bajo el plano astral, constituyendo sobre este plano el tercer reino elemental, la Mónada atrae a su alrededor combinaciones de materia astral, y da esas combinaciones, conocidas con el nombre de esencia elemental, una vitalidad particular y la propiedad característica de tomar forma instantáneamente bajo el impulso de las vibraciones mentales.
Esa esencia elemental forma muchísimas variedades en cada subdivisión del plano astral.
Podemos formarnos una idea de ello suponiendo el aire visible; fenómeno producido por un gran calor que hiciese la atmósfera perceptible bajo la forma de ondas vibrantes, y que nos pareciera animado de un movimiento ondulatorio continuo iluminando de cambiantes colores como los del nácar.

Esa misma atmósfera elemental responde sin cesar a las vibraciones del pensamiento, del sentimiento y del deseo.
Las formas surgen en ella bajo el impulso de esas fuerzas como las burbujas en el agua hirviente.

La duración de la forma así engendrada depende de la fuerza de impulsión que la origina; la nitidez de sus contornos, de la precisión del pensamiento; y su coloración, de la cualidad del mismo. (Intelectual, religioso, pasional, etc.)

Los pensamientos vagos e inconsistentes que engendran con frecuencia las

inteligencias poco desarrolladas, reúnen en torno de ellos, cuando llegan al mundo astral, nubes difusas de esencia elemental que van de aquí para allá atraídas por otras nubes de análoga naturaleza, se detienen en el cuerpo astral de las personas cuyo magnetismo bueno o malo los atrae y se disuelven al fin después de cierto tiempo para reintegrarse en la atmósfera general de esencia elemental.
Mientras conservan su existencia separada, son entidades vivas que tienen por cuerpo la esencia elemental y por vida animadora un pensamiento.
Se les da entonces el nombre de elementales artificiales o pensamientos—formas.

Los pensamientos claros y precisos tienen forma definida, un contorno firme y limpio y su aspecto varía al infinito.
Están modeladas por la vibraciones del pensamiento de un modo análogo al de las figuras que encontramos en el plano físico determinadas por las vibraciones del sonido.
Las figuras vocales y las figuras mentales ofrecen gran analogía entre sí, porque la naturaleza, a pesar de su infinita variedad, es en cuanto a sus principios muy económica y reproduce los mismos procedimientos operatorios en todos los planos sucesivos a su imperio.
Esos elementales artificiales, claramente delimitados, tienen una vida más larga y más activa que sus hermanos nebulares, y ejercen una acción muchísimo más poderosa sobre el cuerpo astral, y a través de él sobre el mental, de aquellos de donde han salido.
Originan por su contacto vibraciones análogas a ellos y los pensamientos se extienden así de inteligencia a inteligencia sin necesidad de expresión física.
Además pueden dirigirse por el pensador hacia la persona que desea alcanzar, y su potencia depende de la fuerza de su voluntad y de la intensidad de su potencia mental.

En los hombres de cultura media, los elementales artificiales creados por el sentimiento o el deseo son más vigorosos y precisos que los creados por el pensamiento.
Así, una explosión de ira dará una potente fulguración roja, claramente dibujada, y una cólera sostenida engendrará un peligroso elemental de color rojo, puntiagudo, dentellado, pero bien organizado para dañar.
El amor, según su cualidad, determinará formas más o menos admirables de color y de dibujo, que podrá ofrecer todos los tonos desde el carmín hasta los matices más exquisitos y delicados del rosa, semejantes a los pálidos reflejos de la aurora o del crepúsculo, en nubes difusas o en formas protectoras de vigorosa ternura.
Comúnmente las amantes oraciones de una madre afectan formas angélicas

cerca del hijo, que apartan de él las influencias perniciosas que sus propios pensamientos pudieran atraer.

Un rasgo característico de esos elementales, es que dirigidos por la voluntad hacia determinada persona, están animados de la tendencia a cumplir la voluntad del ser que los crea.

Un elemental protector se colocará cerca de su objeto, buscando todas las oportunidades de alejar el mal, de atraer el bien, no conscientemente, sino por espontáneo impulso que lleva por la línea de menor resistencia.

Del mismo modo, un elemental animado por un pensamiento malo, gravitará alrededor de su víctima espiando la ocasión para dañarle.

Pero ni uno ni otro pueden producir impresión, a menos que haya en el cuerpo astral de la persona a quien se dirigen algún elemento susceptible de vibrar acorde con ellos facilitando su fijación.

Si no encuentra en esa persona materia análoga para ello, entonces, por una ley de su misma naturaleza, vuelven a lo largo de la trayectoria que han recorrido, siguiendo la estela magnética que han dejado tras si y caen sobre su propio creador con una fuerza proporcional a la de su proyección.

Conocidos son los casos en que un pensamiento de odio mortal, impotente para alcanzar a quien iba dirigido, a causado la muerte de su proyector.

En cambio los pensamientos saludables, dirigidos a una persona indigna, recaen como bendiciones sobre aquel que los engendra.

La comprensión, siquiera rudimentaria, del mundo astral, obrará como poderoso estímulo del buen pensamiento.

Hará nacer en nosotros la noción de una gran responsabilidad respecto a los pensamientos, las emociones y los deseos que hemos desencadenado en esa región.

Hay muchas fieras, que desgarran y devoran, entre los pensamientos de que el hombre puebla el plano astral.

Pero por ignorancia y no sabe lo que hace.

Uno de los fines que se propone la enseñanza teosófica levantando parcialmente el velo del mundo desconocido, es dar a los hombres una base más firme de conducta, una apreciación más racional de las causas sólo visibles por sus efectos en el mundo terrestre.

Pocas doctrinas hay más importantes por su alcance moral que esta doctrina de la creación y dirección de los pensamientos—formas, o elementales artificiales.

Por ella aprende el hombre que el pensamiento no le afecta exclusivamente, que sus pensamientos no le afectan a él solo, sino que en cada instante de su vida pone en libertad, en el ambiente, ángeles y demonios de cuya creación es responsable y de cuya influencia se le pedirá cuenta.

Al conocer la ley regularán los hombres su pensamiento en concordancia de la misma.

Si en vez de considerar los elementales artificiales separadamente, los tomamos en conjunto, comprenderemos sin dificultad la importante acción que ejercen en la producción de los sentimientos nacionales y de la raza, y por lo tanto en la formación de los prejuicios.

Todos crecemos en una atmósfera en que pululan elementales acopiadores de ciertas ideas.

Los prejuicios nacionales, la manera nacional de considerar las cosas, los tipos nacionales de sentimiento y de pensamiento, todo eso obra sobre nosotros desde que nacemos y aun antes de nacer.

Todo lo vemos a través de esa atmósfera que refracta más o menos los pensamientos y en la que vibra nuestro propio cuerpo astral acordonándose con ella.

De ahí que la misma idea sea apreciada diferentemente por un indo, un inglés, un español o un ruso.

Las concepciones fáciles para uno son casi inabordables para otro.

Estamos todos dominados por nuestra atmósfera nacional, es decir, por esa porción del mundo astral que más inmediatamente nos rodea.

Los pensamientos de los demás, vaciados así en el mismo molde, obran sobre nosotros y provocan vibraciones sincrónicas, refuerzan los puntos de concordancia que nos rodean y afinan y suavizan las divergencias.

Esa influencia continua, sufrida por medio de nuestro cuerpo astral, nos imprime el sello nacional y traza en nuestras energías mentales los canales por donde se deslizarán más fácilmente.

Día y noche esas corrientes influyen sobre nosotros y la misma inconsciencia en que nos hallamos sobre su acción nos la hace más afectiva.

Como la mayoría de las gentes tiene más receptividad que iniciativa, reproduce así automáticamente los pensamientos que hasta ellos llegan.

Y de esa manera se alimenta y refuerza la atmósfera nacional.

Cuando el hombre comienza a ser sensible a las influencias astrales ocurre, a veces que se abate de pronto, o se siente por lo menos exaltado por un terror completamente inexplicable y casi irracional, que arroja sobre él una fuerza capaz de paralizarle.

Toda resistencia es inútil contra ello y no puede por lo menos de indignarse quien la sufre.

La mayoría de los hombres han debido experimentar más o menos, en tal caso, ese temor indefinible, ese dolor, al aproximarse un invisible no sé qué, el sentimiento de una presencia misteriosa, de no estar solo.

Este sentimiento procede, en parte, de una hostilidad que anima al mundo elemental natural contra la raza humana, hostilidad debida a la reacción sobre el astral de las fuerzas destructoras puestas en juego por la humanidad en el plano físico.
Pero es también atribuible a la presencia de elementales artificiales de naturaleza hostil, engendrados por el pensamiento del hombre.
Los pensamientos de odio, envidia, venganza, rencor, mala intención y descontento se producen por millones, de suerte que el plano astral esta lleno de elementales artificiales cuya vida consiste en tales sentimientos.
¡Qué oleadas de desconfianza y de suspicacia nos encontramos también, como veneno arrojado por el ignorante contra todos los que por su maneras o su aspecto tienen para él algo raro y poco común!
La ciega desconfianza respecto de todo forastero, el desdeñoso menosprecio hacia naturales de otras comarcas, contribuyen también a las malas influencias del mundo astral.
Tales pensamientos crean día y noche en el plano astral legiones ciegamente hostiles, y el choque sobre nuestro propio cuerpo astral engendra ese sentimiento de terror vago, resultante de las vibraciones antagónicas que se sienten sin poder comprenderlas.

Además de los elementales artificiales, el mundo astral contiene una población densa, en la que se omiten, como lo hacemos aquí, los seres humanos desembarazados de su cuerpo físico por la muerte.
Encontramos aquí innumerables legiones de elementales naturales o espíritus de la naturaleza, divididos en cinco clases: del éter, del fuego, del aire, del agua y de la tierra.
Los cuatro últimos fueron llamados por los ocultistas de la Edad Media: salamandras, silfos, ondinas y gnomos.
Es inútil decir que otras dos clases complementan el septenario; pero no nos interesan por ahora, puesto que aun no se manifiestan.

Estos son los verdaderos elementales o criaturas de los elementos tierra, agua, aire, fuego y éter.
Estos seres tienen por misión realizar las actividades que se refieren a sus elementos respectivos.
Constituyen los canales a través de los que las energías divinas operan en medios diversos; y son en cada elemento la expresión viva de la ley.
A la cabeza de cada una de esas divisiones se encuentra un Ser superior (I) (llamados deva o dios por los indos. —El estudiante querrá conocer, sin duda, los nombres sánscritos de los cinco dioses de los elementos manifestados. Helos aquí: Indra, señor del Akasha o éter del espacio. Agni, señor del fuego. Pavana, señor del aire. Varuna, señor del agua. Kshiti, señor de la tierra), jefe

de un ejército poderoso, inteligencia suprema y directora de la demarcación de la naturaleza que los elementales de la clase considerada administran y en donde realizan sus energías.

Agni, el dios del fuego, es, por lo tanto, una entidad espiritual superior que preside las manifestaciones del fuego en todos los planos del universo y ejerce su administración por medio de las legiones de elementales del fuego.

Una vez conocida la naturaleza de esos seres y los métodos que permiten dirigirles, se hacen posibles y comprensibles los llamados milagros u obras mágicas, que atraen de cuando en cuando la atención de la prensa.

El procedimiento es el mismo, ya se admita francamente como resultado de las artes mágicas, ya se atribuya a los espíritus.

Existen personas que pueden tomar en sus manos una braza de carbón encendido sin experimentar daño alguno.

El fenómeno de la levitación (suspensión de un cuerpo grave en el aire sin sostén visible) y el que consiste en andar sobre el agua, pueden efectuarse con el auxilio de los elementales del aire y del agua respectivamente, aunque se emplee con frecuencia otro método.

Como los elementos entran en la constitución del cuerpo humano y uno de ellos predomina en él según la naturaleza de la persona, todo ser está relación con los elementales, y aquellos que particularmente le son favorables predominan en el mismo.

Las, consecuencias de este hecho, frecuentemente observable, se atribuyen por el vulgo a la “suerte”.

Se dice que una persona “tiene buena mano” para los cuidados de las plantas, para encender el fuego o para encontrar manantiales, etc.

La naturaleza, con sus fuerzas ocultas, nos advierten a cada paso; pero somos muy tardos en recibir sus indicaciones.

La tradición oculta muchas veces una verdad en un proverbio o en una fábula; pero nosotros hemos pasado ya, según parece, la edad de todas esas “supersticiones”.

Encontramos igualmente en el plano astral espíritus de la naturaleza—este nombre les cuadra mejor que el de elementales—que se ocupan de la construcción de formas en los reinos mineral, vegetal, animal y humano.

Hay espíritus de la naturaleza que dirigen las energías vitales en las plantas, que construyen los cuerpos, molécula por molécula, en el reino animal, y que presiden la construcción del cuerpo astral de los minerales, las plantas y los animales, así como de la construcción del cuerpo físico humano.

Tales son la hadas y los silfos de las leyendas, “los seres pequeños” que juegan tan gran papel en la demótica o folklore en cada nación, los niños encantadores e irresponsables de la naturaleza, fríamente relegados por la

ciencia en manos de las nodrizas.
Día vendrá en que los sabios más esclarecidos de futuras épocas los restituyan al lugar que les corresponde en el orden natural; pero entre tanto el poeta y el ocultista creen en su existencia, uno por la intuición de su genio y otro por la visión de sus sentidos internos ampliamente desarrollada.
La multitud se burla de ambos, del segundo sobre todo; pero no importa: la sabiduría se rehabilitará un día por sus hijos.

La circulación activa de las corrientes de vida en el doble etéreo de las formas minerales, vegetales y animales, despierta poco a poco de su estado latente la materia astral implicada en su constitución atómica y molecular.
Semejante materia empieza a vibrar muy débilmente primero en los minerales.
La Mónada de la Forma ejerce su poder organizador y atrae sobre sí algunos materiales con cuya ayuda los espíritus de la naturaleza construyen el cuerpo astral mineral, masa difusa sin organización precisa.

En el reino vegetal, el cuerpo astral se encuentra más organizado y comienza a manifestarse su característica especial: la sensación; así pueden observarse en la mayoría de las plantas, sensaciones sordas y difusas de bienestar o de enfermedad, que son el resultado de la actividad creciente del cuerpo astral.
Las plantas gozan vagamente del aire, del sol y de la lluvia, que buscan como a tientas, mientras se alejan cuando esas condiciones son nocivas.
Unas buscan la luz, otras la oscuridad, responden a las excitaciones y se adaptan a las condiciones externas; en fin, en algunos tipos más elevados, aparece definido el sentido del tacto.

En el reino animal, el cuerpo astral está más desarrollado, y en los individuos superiores alcanza una organización bastante clara para mantener su conexión durante cierto tiempo después de la muerte del cuerpo físico, y para tener existencia independiente en el plano astral.

Los espíritus de la naturaleza que presiden la construcción del cuerpo astral animal y humano han recibido el nombre especial de elementales del deseo (I) (Se les llama kamadevas, dioses del deseo) Porque están poderosamente animados por deseos de toda clase que introducen continuamente en la constitución de los cuerpos astrales del hombre y de los animales, las variedades de esencia elemental análogas a las de que su propia forma está compuesta, de suerte que esos cuerpos adquieren, como parte integrante de su estructura, los centros sensoriales y las diversas actividades pasionales.
Esos centros se excitan a la actividad por los impulsos que reciben de los órganos físicos densos y se trasmiten a través de los órganos físicos etéreos hasta el cuerpo astral, y mientras los centros astrales no son atacados, el

animal no experimenta ni placer ni dolor.
Herid una piedra y no expresará dolor; contiene moléculas físicas densas y etéreas, pero no tiene cuerpo astral organizado.
El animal, en cambio, siente dolor inmediatamente al choque, porque posee centros astrales de sensación, que los elementales del deseo han tejido con su propia naturaleza.

Como en la obra de esos elementales sobre el cuerpo astral interviene una nueva consideración, terminaremos desde luego la revista de habitantes del plano astral, antes de pasar al examen de la forma astral humana más compleja.

Según acabamos de decir, el cuerpo del deseo (I) (Kamarupa es el nombre teosófico del cuerpo astral, de Kama, deseo, y rupa, forma.), O cuerpo astral de los animales lleva en el plano astral existencia independiente, aunque efímera, así que la muerte destruye su envoltura física.
En los países "civilizados" esos cuerpos astrales animales contribuyen muchísimo al sentimiento general de hostilidad de que se ha hablado más arriba.
La matanza organizada en los mataderos y la afición al deporte de la caza, lanzan todos los años al mundo astral millones de seres llenos de horror, de temor y de aversión hacia el hombre.
El número comparativamente mínimo de los seres a quienes se deja morir en paz, se pierde entre las innumeras legiones de los asesinados; y las corrientes que engendran, arrojan del mundo astral sobre las razas humanas y animales influencias que tienden a acrecentar su división porque de un lado suscitan el temor y la desconfianza "instintivas" y de otro la propensión a la crueldad.

Semejantes sentimientos se han excitado sobremanera hace algunos años por los métodos fríamente meditados de tortura científica, conocidos con el nombre de vivisección; métodos cuyas crueldades sin cuento han introducido nuevos horrores en el mundo astral por su reacción sobre los culpables, agregando al mismo tiempo el abismo que separa al hombre de sus "pobres parientes".

Independientemente de lo que podemos llamar la población normal del mundo astral, encuéntrense en él transeúntes llevados por su trabajo y que no podemos por menos de mencionar.
Algunos de ellos vienen de nuestro propio mundo terrestre, mientras otros vienen de regiones elevadas.

Entre los primeros, muchos son Iniciados de diversos grados, algunos de ellos miembros de la Gran Logia Blanca, la Hermandad del Thibet o del Himalaya, como se la llama frecuentemente (I) (Algunos miembros de esta Logia han dado origen a la Sociedad Teosófica), mientras que otros pertenecen

a diferentes logias ocultas extendidas por el mundo, cuyo color característico varía desde el blanco hasta el negro pasando por todos los matices del gris (II)

(Los ocultistas desinteresados, consagrados por completo al cumplimiento de la voluntad divina, o que trabajan por adquirir esas virtudes, se llaman blancos. Los egoístas que trabajan contra el fin divino se llaman negros.

La abnegación que irradian el amor y la devoción caracterizan a los primeros; y el egoísmo, el odio y la arrogancia son los signos de los segundos.

Entre ambos hay clases cuyo motivo es mixto, que no han comprendido claramente la necesidad de evolucionar hacia el Ser Único o hacia el Yo separado. A estos les llamamos grises, y se dirigen a uno u otro de ambos grupos indicados.)

Todos son hombres que viven en un cuerpo físico y que han aprendido a despojarse a voluntad de su envoltura corpórea para obrar, en plena conciencia, en su astral.

Los hay de todos los grados de saber y virtud; benéficos y malhechores, fuertes y débiles, pacíficos y terribles.

Encontramos aquí además muchos aspirantes jóvenes, no iniciados todavía, que aprenden a servirse de su vehículo astral y que se ocupan en obras de beneficencia o de maleficio, según el sendero que se disponen seguir.

Se encuentran igualmente en este plano simples psíquicos y otros soñolientos, errando a la ventura mientras sus cuerpos físicos duermen o se hallan en trance.

Viene, en fin, la multitud de hombres ordinarios.

Millones de cuerpos astrales flotan así inconscientes del mundo que los envuelve, a una distancia mayor o menor de los cuerpos físicos profundamente dormidos.

En cada una de esas formas astrales, la conciencia humana se repliega sobre sí misma absorta en sus pensamientos, retirada, por decirlo así. En lo íntimo de su seno astral.

Como veremos muy pronto, el ser consciente de su vehículo astral, se escapa cuando el cuerpo duerme, y pasa al cuerpo astral; pero permanece inconsciente de lo que le rodea hasta que el cuerpo astral está bastante desarrollado para funcionar independientemente del cuerpo físico.

Alguna vez se puede ver en este plano a un discípulo (Chela) que ha franqueado el umbral de la muerte, y se prepara a una reencarnación inmediata bajo la dirección de su Maestro.

Goza evidentemente de plena conciencia, y trabaja como los demás discípulos que tan sólo se separan de su cuerpo físico dormido.

Veremos que en cierto grado le esta permitido al discípulo reencarnar inmediatamente después de la muerte.
Debe entonces esperar en el mundo astral una ocasión favorable para renacer.

Los seres humanos ordinarios, en vías de reencarnación, pasan igualmente a través del plano astral como se indicará luego.
No tiene ninguna relación consciente con la vida general del plano; pero las actividades pasionales y sensorias de su pasado determinaron una afinidad entre ellos y algunos elementales del deseo, y estos últimos se agrupan a su alrededor favoreciendo la construcción del nuevo cuerpo astral para la existencia terrestre que se prepara.
Pasemos al examen del cuerpo astral humano durante el período de existencia física.
Estudiaremos su naturaleza y su constitución al mismo tiempo que sus relaciones con el mundo astral; y para ello consideraremos sucesivamente: A) el cuerpo astral de un hombre poco evolucionado; B) el de un hombre medianamente evolucionado; y C) el de un hombre espiritualmente desarrollado.
A) —El cuerpo astral de un hombre poco evolucionado forma una masa nebulosa mal organizada e imprecisa.
Contiene materiales (materia astral y esencia elemental) tomados de todas las subdivisiones del plano astral, pero con predominio de los elementos procedentes del astral inferior; de suerte que es denso y de textura gruesa, a propósito para responder a todas las excitaciones relativas a las pasiones y a los apetitos.
Los colores engendrados por los ritmos vibratorios de esos materiales son compactos, cenagosos y sombríos.
Los matices dominantes son: rojo oscuro y verde sucio.
Ningún cambiante, ni chispazo alguno hay en esos cuerpos astrales.
Las diversas pasiones se manifiestan en forma de vagas oleadas pesadísimas, o muy violentas, como relámpagos.
Así la pasión sexual producirá una oleada de carmín sucio, y la ira un relámpago rojo siniestro.

El cuerpo astral es mayor que el físico, y se extiende 25 a 30 centímetros alrededor de aquél, en el caso que consideramos.
Los centros de los órganos sensorios claramente señalados, actúan cuando les afecta desde fuera; pero en reposo, las corrientes vitales son apáticas, y el cuerpo astral permanece inerte e indiferente porque no recibe excitación de los mundos físico ni del mundo mental (I) (El estudiante reconocerá aquí el predominio de la guna Tâmasica, la cualidad de tinieblas o inercia de la naturaleza)

Característica constante del estado primitivo es que la actividad se determina más bien por excitación externa que por iniciativa interna del ser consciente.
Para que una piedra se mueva es preciso empujarla; una planta crece bajo la acción de la luz y de la humedad; y un animal se hace más activo cuando le aguijonea el hambre.
El hombre poco desarrollado necesita excitarse de una manera análoga.
Es menester que la inteligencia haya evolucionado parcialmente para que empiece a tomar la iniciativa de la acción.
Los centros de las facultades superiores (I) (Las siete ruedas. Estos centros se llaman así por el aspecto giratorio que presentan, parecido a las ruedas de fuegos artificiales cuando se ponen en movimiento); emparentados con el funcionamiento independiente de los sentidos astrales, apenas son visibles.
En este grado, el hombre necesita toda suerte de sensaciones violentas para su evolución, a fin de sacudir su naturaleza y ejercitarse en la actividad.
Los choques violentos, tanto de placer como de dolor, procedentes del mundo externo, son necesarios para despertar y aguijonear la acción que tanto más se acrecienta y favorece, cuanto más numerosas y violentas sean las sensaciones.
En este estado primitivo, la calidad importa poco: la cantidad y el vigor son condiciones esenciales.

La moralidad del hombre dimanará de sus pasiones.
Un leve movimiento de abnegación en sus relaciones con la esposa, con el hijo o el amigo, constituirá el primer paso en el camino ascendente.
Este movimiento provocará vibraciones en la materia más sutil del cuerpo astral, y atraerá hacia él mayor proporción de esencia elemental de la misma naturaleza.
El cuerpo astral renueva constantemente sus materiales por influencia de las pasiones. Apetitos, deseos y emociones.
Todo buen impulso fortifica las partes más sutiles de ese cuerpo, expulsa algunos elementos groseros y permite la recepción de materiales más delicados, atrayendo sobre sí elementales de naturaleza benéfica, que ayudan a favorecer el proceso de renovación.
Todo mal impulso produce en cambio efectos contrarios; tiende a fortificar los elementos groseros, a expulsar los elementos sutiles, hace entrar en el cuerpo astral materiales impuros y atrae elementales que favorecen el proceso de deterioro.

En el caso que consideramos, las potencias morales e intelectuales del hombre son de tal modo embrionarias, que podemos decir que la construcción de su cuerpo astral y su modificación se cumple más bien en él que por él.
Esas operaciones dependen antes de circunstancias externas que de su propia voluntad; pues como acaba de decir, el carácter distintivo de su ínfimo grado

de evolución estriba en que el hombre está moviendo desde el exterior por medio de su cuerpo, y no desde el interior mediante su inteligencia,
Así denota considerable progreso el que el hombre pueda moverse por su voluntad, por su propia energía, por su iniciativa, en vez de moverse por el deseo, es decir, por la respuesta a una atracción o a una repulsión externa.

Durante el sueño, el cuerpo astral, que sirve de envoltura al ser consciente, se desliza fuera del organismo físico, dejando juntamente dormidos el cuerpo denso y al etéreo.
Pero en este grado, la conciencia del hombre no está despierta todavía en su cuerpo astral, porque no puede encontrar nada parecido a los contactos violentos que le estimulan cuando está en forma física.
Sólo los elementales de naturaleza densa pueden afectarle, provocando en su envoltura astral vibraciones difusas que se reflejan en el cerebro etéreo y denso, donde determinan los sueños de sexualidad bestial.
En el cuerpo astral flota inmediato al cuerpo físico, retenido por su poderosa atracción, y no puede alejarse de él.
B) — En el hombre medianamente desarrollado desde el punto de vista moral e intelectual, el cuerpo astral manifiesta inmenso progreso respecto del tipo anterior. Sus dimensiones son más considerables, sus materiales de naturaleza diversa mejor escogida, y las esencias, más sutiles, dan al conjunto cierta potencia luminosa; mientras que la expresión de las emociones superiores determina en él admirables corrientes de color.
La forma del cuerpo es menos vaga y ondulante que en el caso anterior; es clara, precisa, y reproduce la imagen de su poseedor.
Este cuerpo astral está evidentemente en camino de ser un vehículo práctico para uso del hombre interior, vehículo límpido y establemente organizado, apto al mismo tiempo para funcionar, prestar servicio y mantenerse independientemente del cuerpo físico.
No obstante su gran plasticidad, tiene forma determinada, a la que vuelve invariablemente así cesa el esfuerzo que ha modificado su aspecto. Su actividad es constante y está en vibración perpetua, revistiendo tonos cambiantes que varían al infinito.
Las “ruedas” son más claramente visibles, aunque no funcionen todavía (I) (Notarán aquí la preponderancia de la guna rajásica o cualidad—pasional de la naturaleza.)
Esta forma astral responde vivamente a todos los contactos que lleguen a ella a través del cuerpo físico, y la afectan igualmente las influencias internas procedentes del ser consciente.
La memoria y la imaginación estimulan, pues, el cuerpo astral, y éste, a su vez, pone el cuerpo físico en actividad en vez de estar movido exclusivamente

por él como en el caso anterior.

La purificación sigue siempre la misma marcha: expulsión de elementos inferiores por la producción de vibraciones contrarias, y asimilación de materiales más sutiles en reemplazo de los eliminados.

Pero en el caso presente, el desarrollo moral e intelectual del hombre coloca esta construcción casi enteramente en sus propias manos, puesto que las excitaciones de la naturaleza exterior no le balancean de un lado para otro, sino que razona, juzga y resiste o cede según lo que estima bueno.

Por el ejercicio de su pensamiento conscientemente dirigido puede afectar profundamente a su cuerpo astral, cuyo perfeccionamiento prosigue desde entonces con rapidez creciente.

Y para llegar a ese resultado no es necesario que el hombre comprenda con exactitud el modus operandi, como para ver tampoco necesita comprender las leyes de la luz.

Durante el sueño, ese cuerpo astral bien desarrollado, se desliza, como ordinariamente, de su vestidura física, pues no está tan retenido cerca de él como en el caso precedente.

Va a lo lejos en el mundo astral, arrastrado por las corrientes astrales, en tanto que el ser consciente, en el interior del cuerpo, incapaz de dirigir todavía sus movimientos, aunque despierto, se ocupa en gozar sus propias imágenes y actividades mentales.

Puede igualmente recibir a través de su envoltura astral impresiones que transforma enseguida en imágenes mentales.

De esta manera el hombre adquiere conocimientos fuera del cuerpo físico y puede trasmitirlos al cerebro bajo la forma de sueño o de visión.

Y aun cuando los lazos de la memoria cerebral faltaren, los conocimientos adquiridos podrán infiltrarse insensiblemente hasta la conciencia en estado de vigilia.

C) —El cuerpo astral de un hombre espiritualmente desarrollado está compuesto de las partículas más sutiles de cada sub división de materia astral, con preponderancia de las calidades más elevadas.

Ese cuerpo forma, pues, un objeto admirable de luz y de color.

Tonos desconocidos en la tierra nacen en él bajo los impulsos que preceden de la inteligencia purificad.

Las “ruedas de fuego” justifican ahora el nombre que se les da, y su movimiento rotatorio denota la actividad de los sentidos superiores.

Un cuerpo semejante es un vehículo de conciencia en la más amplia acepción de la palabra.

En el curso de la evolución fue vivificado en cada uno de los órganos y

dirigido bajo el poder absoluto de su poseedor.
Cuando en esa envoltura, el hombre deja su cuerpo físico, no experimenta la menor solución de continuidad en su estado consciente.
Deja sencillamente su vestido más grueso y se liberta de un gran peso.
Se puede mover en todos los sentidos en los límites de la esfera astral con rapidez increíble, no hallándose por las condicionantes de la vida terrestre.
Su cuerpo responde a su voluntad, refleja su pensamiento y le obedece; sus medios de servicio se centuplican y sus poderes están totalmente guiados por su virtud.
Las ausencias de partículas densas en su cuerpo astral le eximen además de responder a las seducciones de objetos inferiores del deseo.
Semejantes tentaciones no pueden alcanzarle y se separan de él.
Todo el cuerpo vibra solamente para responder a las más elevadas emociones; el amor se derrama en abnegación y la energía se yugula por la paciencia.
Dulce, tranquilo, sereno, lleno de fuerza, pero sin agitación alguna, tal es el hombre a quién "todos los siddhis están prontos a servir" (I) (Aquí predomina la guna sáttvica, la cualidad de armonía, felicidad y pureza. Los siddhis son los poderes hiperfísicos.)

El cuerpo astral es un puente tendido sobre el abismo que separa la conciencia humana del cerebro físico.
Los impulsos recibidos por los órganos sensoriales y trasmitidos, como se ha visto, a los centros densos y etéreos, pasan enseguida a los centros astrales correspondientes.
Una vez allí, los elabora la esencia elemental y los transforma en sensaciones, para presentarle finalmente al hombre interior, como objetos de su conciencia, las vibraciones correspondientes suscitadas por las vibraciones astrales en la materia del cuerpo mental.
Por medio de estas sucesivas gradaciones del espíritu—materia, de sutilidad creciente, pueden transmitirse al ser consciente los groseros contactos de los objetos terrestres.
Del mismo modo, las vibraciones determinadas por su pensamiento pueden pasar por el mismo puente hasta el cerebro físico para suscitar en él vibraciones físicas correspondientes a las vibraciones mentales.
Tal es la normal y regular manera cómo la conciencia recibe las impresiones del exterior y las devuelve a su vez al exterior.
En esa transmisión y paso de vibraciones en uno y otro sentido consiste principalmente la evolución del cuerpo astral.
Esa doble corriente obra sobre él a un tiempo en lo interior y exterior, determina su organización y auxilia su general crecimiento.

A medida que el cuerpo astral se desarrolla, se afina su contextura, su

forma exterior gana nitidez y se completa su organización interna.
Impelido a responder a la conciencia con perfección creciente, gradualmente se hace apto para servirle de vehículo separado y trasmitirle con precisión las vibraciones recibidas directamente del mundo astral.
La mayoría de los lectores tendrán, sin duda, alguna experiencia de esas impresiones que proceden de fuente externa sin que puedan atribuirse a contacto físico, y que no tardan en confirmarse por algún hecho material.
Así el cuerpo astral siente a menudo las impresiones directamente y las trasmite a la conciencia, mostrándose muchas veces bajo forma de previsiones comprobadas a no tardar.

Cuando el hombre está avanzado el grado varía según los individuos por una serie de consideraciones que no son de este lugar) se establecen comunicaciones entre el cuerpo físico y el astral, y entre éste y el mental.
La conciencia pasa entonces sin interrupción de un estado a otro, y el recuerdo no presenta esas lagunas que, en el hombre ordinario, interponen una fase de inconsciencia al paso de un plano a otro.
El hombre puede además ejercer libremente sus sentidos astrales mientras su conciencia funciona en el cuerpo físico.
Las más amplias vías de información, abiertas por los sentidos hiperfísicos, vienen a ser peculio de su conciencia en estado vigilia.
Los objetos que fueron antes para él materia de fe, se convierten en materia de conocimiento, y puede comprobar personalmente la exactitud de gran parte de las enseñanzas teosóficas respecto de las regiones inferiores del mundo invisible.

.....

Cuando se divide el hombre en “principios”, es decir, en maneras de manifestarse la vida, los cuatro inferiores, designados con el nombre de “cuaternario inferior”, se consideran funcionantes en los planos astral y físico.
El cuarto principio es entonces Kama, el deseo, es decir, la vida en función en el cuerpo astral y condicionada por él.
Semejante principio está caracterizado por el atributo de la sensibilidad, que se manifiesta bajo la forma rudimentaria de sensación, o bajo la más compleja de la emoción o cualquiera otra manera mediadora.
Todo esto se resume en la palabra “deseo”; es decir, lo atraído o rechazado por los objetos según proporcionen gusto o disgusto al “yo” personal.
El tercer principio es Prana, la vida especializada para el mantenimiento del

organismo físico.
El segundo principio es el doble etéreo, y el primero el cuerpo denso.
Estos tres principios actúan en el plano físico.

En clasificaciones ulteriores H. P. Blavatsky descarto de la lista de los principios prana y el cuerpo físico denso: prana, por ser la vida universal, y el cuerpo físico denso por no ser sino el complemento del cuerpo etéreo, formado de materiales siempre cambiantes insertos en la matriz etérica.
Adoptando esta manera de ser, llegamos a la grandiosa concepción filosófica de la Vida Una, del Yo Único, manifestado como Hombre, con aspectos diversos y transitorios según las condiciones que le imponen las formas vivificadas.
La vida misma permanece idéntica en el centro, pero se muestra bajo apariencias diferentes, cuando se la mira desde fuera, según el género de materia que contiene uno u otro cuerpo.
En el cuerpo físico, es Prana, que vitaliza, rige y coordina; y en el astral es Kama, que siente, goza y sufre.
La encontraremos todavía bajo otros aspectos al pasar a los planos más elevados; pero la idea fundamental es siempre la misma, y también una de las ideas raíces de la Teosofía, una de esas ideas que, claramente fijadas, sirven de hilo conductor a través del intrincado laberinto de nuestro mundo.

EL KAMALOKA

Este término significa literalmente: lugar o sitio del deseo, y sirve, como ya se ha dicho, para designar una parte del plano astral, una región separada del resto de ese plano, no como lugar distinto, sino como el estado consciente especial en que se encuentran los seres que hay en él (I) (Los indos llaman a este estado Pretaloka, el lugar de los Pretas. Un preta es el ser humano que ha perdido su cuerpo físico, pero que no se ha despojado del vestido de la naturaleza animal. No puede ir muy lejos con ese vestido, y queda preso en él hasta que sobreviene la disgregación.)

Contiene los seres humanos privados del cuerpo físico por el golpe de la muerte, destinados a sufrir ciertas transformaciones purificatorias antes de entrar en la vida pacífica y feliz propia del hombre verdaderamente dicho, del alma humana. (I) (El alma es el intelecto humano, el lazo entre el Espíritu Divino en el hombre, y su personalidad inferior. Es el Ego el individuo, el Yo que se desarrolla por la evolución. En el lenguaje teosófico es Manas, el Pensador. La inteligencia, tal como se concibe de ordinario, es la energía del Manas que obra a través de las limitaciones del cerebro físico.)

Esta región representa y engloba las condiciones atribuidas a los diferentes

estados intermedios, infiernos o purgatorios, que todas las grandes religiones consideran como residencia temporal del hombre tras el abandono de su cuerpo físico y antes de su entrada en el cielo.
No contiene lugar alguno de tortura externa, porque el infierno eterno, en el que creen algunos sectarios de espíritu estrecho, no es sino una pesadilla de la ignorancia, del odio y del miedo.
Comprende sin embargo, a decir verdad, condiciones de sufrimiento, temporales y purificadoras, efectos de causa que ha realizado el hombre durante su vida terrestre.
Son así tan naturales y tan inevitables como las consecuencias de nuestras derrotas en el mundo, porque vivimos en un universo regido por leyes, según las cuales, todo germen debe fructificar según su especie.
La muerte en nada cambia la naturaleza mental y moral del hombre, y el cambio de estado al pasar de un mundo a otro destruye su cuerpo físico pero deja al hombre tal cual era.

El estado Kamaloka se encuentra en cada una de las subdivisiones del plano astral, de suerte que podemos considerar el Kamaloka como comprendido de siete regiones que se designarán a continuación: primera, segunda, y tercera región, y así hasta la séptima contando de abajo hacia arriba. (I) (Estas regiones se numeran frecuentemente de arriba abajo. Esto importa poco, y aquí se numeran de abajo hacia arriba según el método adoptado en esta obra.)
Se ha visto ya que entran en la composición del cuerpo astral materiales tomados de todas las subdivisiones del plano; pero la recombinación especial de estos materiales es lo que separa a los hombres de una región de los de otra, aunque los de una misma región pueden comunicarse entre sí.
Las siete regiones de las subdivisiones correspondientes al plano astral, difieren en densidad, y la densidad de la forma exterior de la entidad purgatorial determina la región se encuentra limitada.
Estas diferencias en el estado de la materia impiden el paso de una región a otra.
Las gentes de una región no pueden comunicarse con las de otra, como el pez no puede comunicarse con el águila.
El medio necesario para la vida de uno sería fatal para la vida del otro.

Al morir el cuerpo físico, el doble etéreo, con Prana y los demás principios, todo el hombre por consiguiente, menos el cuerpo denso, se retira del tabernáculo de carne (término que designa perfectamente la envoltura exterior del ser.)
Todas las energías vitales que irradian al exterior vuelven al interior reunidas con Prana; su retirada se manifiesta por el sopor que invade a los órganos

físicos de los sentidos.
Los órganos están prestos a servir como siempre; pero el ser interior que gobierna, el que ve por ellos, él oye, toca, siente y gusta, se va; sin él, solo son los sentidos simples agregados de materia, viva, es verdad, pero sin poder alguno de percepción.
Lentamente el sueño del cuerpo se retira, envuelto en el doble etéreo y absorto en la contemplación del panorama de su vida pasada, que se desarrolla ante él, a la hora de la muerte, hasta en sus menores detalles.
En ese cuadro están todos los sucesos de su vida, grande y pequeños.
Ve sus ambiciones realizadas o fallidas, sus esfuerzos, triunfos, derrotas, amores y odios.
La tendencia predominante del conjunto surge claramente; el pensamiento director de la vida se afirma y se imprime profundamente en el alma, señalando la región en donde pasará la mayor parte de su existencia póstuma.
Solemne es el instante en que el hombre, frente a frente de su vida, oye salir de labios de su pasado el augurio de su porvenir.
En breve espacio de tiempo se ve como es, reconoce el fin de su vida y sabe que la ley es poderosa, justa y buena.
Luego de roto el lazo magnético entre el cuerpo denso y el etéreo, estos asociados de toda una vida se separan, y salvo en casos excepcionales, el hombre cae en apacible inconsciencia.

La calma y el respeto deben presidir la conducta de quienes rodean el lecho del moribundo, a fin de que un silencio solemne facilite el examen de su pasado al alma que se va.
Los gritos y lamentos ruidosos producen sobre ella penosa impresión y pueden perturbar el mantenimiento de su impresión.
Es desde luego a la vez impertinente y egoísta interrumpir por el disgusto de una pérdida personal, la calma que le debe ayudar y apaciguar.
La religión ha prescripto sabiamente oraciones para los agonizantes, porque mantienen la calma y provocan aspiraciones desinteresadas que ayudan al moribundo.
Como todo pensamiento amante, contribuyen a defender y proteger.

Algunas horas después de la muerte, unas treinta y seis por regla general, el hombre se retira del cuerpo etéreo.
Este último, abandonado a su vez como cadáver inerte, queda cerca del cadáver denso y comparte con él su suerte.
Si el cuerpo denso se entierra, el doble etéreo flota sobre la tumba, disgregándose lentamente; y la penosa impresión que muchas personas experimentan al visitar los cementerios, se debe en gran parte a la presencia de los cadáveres etéreos en descomposición.

Por el contrario, cuando se quema el cuerpo, el doble etéreo se dispersa rápidamente, porque pierde su punto de apoyo y su centro de atracción física.
Esta es una de las razones, entre otras muchas, para preferir la cremación a la inhumación, como medio de disponer de los cadáveres.

La retirada del hombre de su doble etéreo va acompañada de la retirada de Prana, que vuelve desde entonces al gran depósito de la vida universal; mientras que el ser humano, presto a pasar a Kamaloka, sufre una recomposición de su cuerpo astral, por lo que éste podrá someterse a las transformaciones purificadoras que necesita la liberación del hombre mismo. (I) (Esta recomposición determina lo que los indos llaman Yätanä o cuerpo de sufrimiento; o bien en caso de hombres perversos, que tengan en su cuerpo astral preponderancia de elementos densísimos, el Dhruvam, o cuerpo fuerte.)
Durante la vida terrestre, los diversos estados de la materia astral se mezclan con la formación del cuerpo astral, como hacen los sólidos, los líquidos y los gases en el interior del cuerpo físico.
La recomposición del cuerpo astral después de la muerte, apareja la separación de esos materiales por orden de densidad, en una serie de envolturas o capas concéntricas, la más sutil dentro y la más densa fuera, estando cada capa formada por la materia de una sola subdivisión del plano astral.
El cuerpo astral viene a ser, pues, un conjunto de siete capas superpuestas, un séptuple estuche de sustancia astral, donde puede decirse muy bien que el hombre está preso, pues solo la ruptura de esas capas le ha de libertar.
Se comprenderá ahora la importancia capital de la purificación del cuerpo astral durante la vida terrestre.
El hombre queda detenido en cada una de esas subdivisiones del Kamaloka hasta que la envoltura de materia de esa subdivisión esté suficientemente disgregada para permitirle pasar a las subdivisiones siguientes.
Además, según la actividad conscientemente desplegada por el ser durante su vida en tal o cual estado de la materia astral, se encontrará despierto y consciente en la región que le corresponda después de su muerte; o bien no hará sino pasar, inconscientemente, absorto por sueños agradables y quedar retenido durante el tiempo que en aquel estado exija la disgregación mecánica de su envoltura.

El hombre espiritualmente desarrollado, que ha purificado su cuerpo astral hasta el punto de que los elementos estén tomados tan sólo de la materia más sutil de cada subdivisión del plano, no hará sino atravesar el Kamaloka sin detenerse en él.
Su cuerpo astral se disgregará con rapidez extrema y quedará sin disgusto en el lugar que su destino le asigne, según el grado de evolución que haya alcanzado.

Un hombre menos evolucionado, pero cuya vida haya sido pura y sobria, que no haya estado apegado a las cosas de la tierra, atravesará el Kamaloka con vuelo menos rápido; soñará pacíficamente, inconsciente de lo que lo rodee, mientras su cuerpo mental vaya desechando sucesivamente las diversas capas astrales, y despertará por fin al alcanzar las moradas celestes.

Otros, menos desarrollados todavía, despertarán después de haber atravesado las regiones inferiores del plano astral, readquiriendo conciencia en la división que corresponda a su actividad consciente durante la vida terrestre, pues el ser se despierta al contacto de las impresiones familiares, aunque las reciba entonces directamente por el cuerpo astral sin auxilio del cuerpo físico.

Los que hayan vivido en el seno de las pasiones animales despertarán en la región que corresponda a esas pasiones, pues cada hombre se coloca exactamente en el sitio que él mismo se asigna.

El caso de supresión brusca de la vida física por accidente, suicidio, asesinato o muerte repentina bajo cualquier forma que sea, merece atención especial, porque difiere de la muerte ordinaria que sigue al agotamiento de las energías vitales por vejez o enfermedad.

Si la víctima es pura y de tendencias espirituales, será objeto de protección especial y dormirá tranquilamente hasta el término de su existencia física normal.

Pero si es de otro modo, quedará consciente, aunque incapaz de darse cuenta de que ha perdido su cuerpo físico, y obsesionada a veces durante algún tiempo por la escena fatal de horrores a que no puede sustraerse.

En todo ese tiempo quedará en la región del plano astral con la que esté en relación por la zona más externa de su cuerpo astral.

Para un alma semejante, la vida regular del Kamaloka comienza cuando ha agotado la trama de su existencia terrestre normal; y tiene conciencia muy viva de los objetos físicos astrales que la rodean.

Un asesino ejecutado por su crimen, continúa (según el testimonio de uno de los Maestros que instruyeron a H. P. Blavatsky) viviendo y reviviendo en Kamaloka la escena del crimen y los sucesos siguientes, repitiendo sin cesar su acto diabólico, volviendo a pasar por todos los terrores de la prisión y del suplicio.

Del mismo modo, un suicida repetirá automáticamente los sentimientos de desesperación y temor que precedieron a su crimen, y renovará casi indefinidamente con lúgubre persistencia el acto fatal y la lucha de la agonía.

Una mujer muerta el llamas, presa de terror loco después de esfuerzos desesperados para escaparse, creó tal tempestad de emociones tumultuosas, que cinco días después luchaba todavía desesperadamente viéndose rodeada de llamas y rechazando violentamente todos los esfuerzos que se hacían para

tranquilizarla.
Otra mujer, en cambio, ahogada en una tempestad, murió con el corazón tranquilo y lleno de amor, teniendo a su niño en brazos, más allá de la muerte pudo ser observada, durmiendo sosegadamente y soñando con su marido y sus hijos que se le aparecían en dichosas visiones tan límpidas como la realidad.

En los casos más comunes, la muerte por accidente es un desventaja real, resultado de alguna falta grave (1) (No es necesario por una falta cometida en la vida presente. La ley de casualidad se estudiará con detenimiento en el capítulo IX); pues el hecho de tener plena conciencia en las regiones inferiores del Kamaloka, estrechamente unidas a la tierra, entraña inconvenientes y hasta peligros.
El hombre está absorto por proyectos e intereses que han ocupado su vida y tiene conciencia de la presencia de las gentes y de las cosas que a ello se refieren.
Se siente casi irresistiblemente lanzado a efectuar todos sus esfuerzos para influir en negocios a que sus pasiones y sentimientos le atan todavía.
Se encuentra, pues, ligado por sus deseos al mundo físico, aunque ha perdido ya todos los órganos habituales de actividad.
El único medio para llegar a la paz en apartar resueltamente su pensamiento de la tierra y fijarlo en cosas más altas; pero el número de los que tienen valor para tal esfuerzo es comparativamente muy reducido, a pesar de los auxilios que siempre ofrecen los trabajadores del plano astral, cuya tarea consiste en ayudar y guiar a los que han dejado este mundo (I) (Estos trabajadores son discípulos de algunos de los Grandes Maestros que guían y ayudan a la humanidad y que tienen el deber especial de socorrer a las almas necesitadas de asistencia.)
Con frecuencia esas almas sufrientes, incapaces de soportar su inacción forzada, buscan la ayuda de un sensitivo con el que puedan relacionarse para ocuparse una vez más en los negocios terrestres.
A veces también, obsesionando a algún médium disponible, se esfuerzan en emplear su cuerpo para sus propios fines.
Contraen así grandes responsabilidades para lo por venir.
No sin razón oculta la Iglesia nos enseña esta oración: “De guerra, de asesinato y muerte repentina, líbranos Señor:”

Podemos ahora considerar una a una las subdivisiones del Kamaloka para formarnos idea de las condiciones que el hombre separa, en este estado intermedio, por los deseos que nutre durante su vida física.
Porque es preciso recordar que la suma de vitalidad en cualquiera de las capas, y por consiguiente el período de la detención correspondiente, dependen de la suma de energía comunicada durante la vida terrestre al género de materia

astral de la que esa capa se compone.
Si las pasiones más bajas han sido activas, la materia astral más densa, fuertemente vitalizada predominará en cantidad.
Este principio tiene aplicación a través de todas las regiones del Kamaloka, de suerte que el hombre, durante su misma vida, puede darse cuenta exactísima del porvenir inmediato que se prepara cada día siguiente a la muerte.

La primera división, la más inferior, contiene las condiciones que responden a los diferentes géneros de "infiernos" descritos por los libros santos indos y buddhistas.
Es preciso comprender que el hombre, al pasar de uno a otro de esos estados purgativos, no se desembaraza realmente de las pasiones y de los viles deseos que le han llevado allí.
Semejantes elementos persisten, porque son parte integrante de su carácter y quedan latentes, como en germen, en la mente, para estallar y formar su naturaleza pasional cuando esté pronto a renacer en el mundo físico.
Su estancia en la más baja región del Kamaloka se debe exclusivamente a la presencia, en su cuerpo Kámico, de gran proporción de materia perteneciente a esta región; y queda prisionero en ella hasta que la capa de que se compone está suficientemente disgregada para permitir al hombre ponerse en contacto con la región inmediata superior.

La atmósfera de ese lugar es sombría, pesada, triste, deprimente en grado inconcebible; parece impregnada de todas las influencias más opuestas al bien.
Tal es su carácter esencial, engendrado por los mismos cuyas malas pasiones le han llevado a ella.
Todo deseo y sentimiento hórrido encuentra allí los materiales más adecuados para su expresión.
No falta nada de lo que puede haber en un lugar más infecto, sin contar con que todos los horrores que se ocultan a la vida física se manifiestan allí en toda su espantosa desnudez.

El carácter repugnante de esta región acrecentase por el hecho de que, en el mundo astral, la forma de adapta al carácter.
El hombre presa de pasiones malsanas tiene, pues, todo el aspecto de lo que es.
Los apetitos bestiales dan al cuerpo astral aspecto bestial, y las terribles formas, semi—humanas, semi—animales, son la vestidura más adecuada a las almas parecidas a las bestias.
En el mundo astral nadie puede ser hipócrita ni disimular sus malos pensamientos bajo el velo de apariencia virtuosas.
Todo lo que es un hombre, se ofrece en su forma y en su aspecto exterior,

irradiando belleza cuando su pensamiento es noble, y infundiendo fealdad cuando es vil.
Se comprenderá, pues fácilmente, cómo los Maestros, tales como Buddha, con la visión infalible de aquellos a quienes todos los mundos están abiertos, pudieron describir lo que veían en esos infiernos con un lenguaje de terrible realismo, que parece increíble a los lectores de hoy, porque olvidan que las almas, una vez libertadas de la materia grosera y poco plática del mundo físico, se aparecen bajo la forma que les corresponde, teniendo exactamente el aspecto de lo que son en verdad.
En este mismo mundo de aquí abajo, un facineroso envilecido tiene por lo general aspecto repugnante.
¿Qué habrá de esperar, pues, de la materia astral plástica, que se adapta al menor impulso de los deseos criminales?
Es completamente natural, pues, que un hombre tal revista forma horrible y que se manifieste con verdadero lujo de odiosas transformaciones. Conviene recordar que la población de ese abismo del Kamaloka se compone de la escoria de la humanidad; asesinos, bandidos, criminales de todo género, borrachos, libertinos; en una palabra, de todo lo más vil del género humano.
Nadie se encuentra allí, con la conciencia despierta a lo que le rodea a no ser un culpable de un crimen brutal, de una crueldad obstinada y persistente, o víctima de algún vicio abyecto.
Las únicas personas de carácter más elevado que sin embargo se encuentran retenidas allí por algún tiempo, son los suicidas que poniendo fin a sus días intentaron sustraerse a los castigos terrestres.
No hacen sino agravar su situación.
No se encuentran allí, naturalmente, todos los suicidas, porque el suicidio puede haberse efectuado por motivos muy diversos; se encuentran los que cobardemente quisieron evitar las consecuencias de sus propias acciones.

Aparte de la lobreguez del lugar y de las compañías abyectas que encuentra, el hombre mismo es allí el creador inmediato de su propia miseria.
Como no experimenta otro cambio que la pérdida de su velo corporal, manifiesta sus pasiones con toda su fealdad original y su brutal desnudez.
Llenos de apetitos feroces e insaciables, inflamados de venganza, odio y concupiscencias que no pueden satisfacer, por falta de órganos, las almas vagan furiosas y ávidas a través de aquél lúgubre ambiente.
Se congregan en los peores lugares de la tierra, cerca de las casas de lujuria, de los sitios de embriaguez, excitando los concurrentes asiduos a esos lugares a la deshonestidad y a la violencia, buscando el momento de obsesionarlos y llevarlos a los mayores excesos.
La sofocante atmósfera que se observa en esos sitios se debe en gran parte a la

presencia de esas entidades ligadas a la tierra, poseídas de pasiones abyectas y de infames deseos.
Los médium, a menos que no tengan carácter noble y puro, son principalmente el objeto de sus ataques.
Con frecuencia, faltos de voluntad, debilitados por el abandono pasivo de su cuerpo a la ocupación temporal de otras entidades desencarnadas, quedan poseídos por esos seres malos y arrastrados a la intemperancia y a la locura.
Los asesinos ejecutados, llenos de terror, de odio y de venganza in—saciados, renuevan sin cesar su crimen por impulso maquinal y reproducen mentalmente los terribles sucesos, envolviéndose en una atmósfera de pensamientos—formas (formas creadas) de crimen.
Llevados hacia cualquiera, alimentan sentimientos de odio o de venganza e incitan a cometer el crimen que meditan.
Se verá a veces, en esta región, aun asesino constantemente seguido por su víctima, a cuya angustiosa presencia no puede sustraerse, forma inerte que persigue sus pasos con persistencia inquebrantable, a pesar de los esfuerzos que haga aquél para desembarazarse de ella.
Y la víctima, a menos que no tenga carácter vil, es inconsciente, y su propia inconsciencia contribuye a acrecentar el horror en el culpable a quién persigue maquinalmente.

Aquí también encontramos el infierno del vivisector, pues la crueldad atrae el cuerpo astral los materiales más densos y las combinaciones más repugnantes de la materia astral.
Vive entre las formas de sus mutiladas víctimas, gimientes, trémulas, aullantes, vivificadas no por las almas de los mismos animales, sino por la vida elemental estremecida de odio contra el sacrificador.
Este mismo, con regularidad automática, repite sus nefastos experimentos, consciente de su horror, imperiosamente lanzado a infligir de nuevo el tormento por la costumbre contraída en su vida terrestre.

Antes de abandonar esta triste región recordaremos que no hay en ella castigos arbitrariamente infligidos por lo exterior, sino que son inevitable efecto de las causas que ha puesto en juego cada uno.
Durante su vida física, esos hombres cedieron a los más viles impulsos, atrajeron y asimilaron a su cuerpo astral los materiales que únicamente pueden vibrar en respuesta a esos impulsos.
Ahora, pues, ese cuerpo que ellos mismos construyeron, se convierte en prisión de su alma y ha de caer arruinado antes de que logre evadirse de él.
¿El borracho no tiene forzosamente que vivir aquí abajo, en su repugnante cuerpo físico, abrazado por el alcohol?
Pues la misma ley le obligará vivir en Kamaloka, en su cuerpo astral no menos

repugnante.
La semilla sembrada se recoge según su especie; tal es la ley en todos los mundos y nadie puede sustraerse a ella.
A decir verdad, el cuerpo astral no es allí ni más escandaloso ni más horrible que cuando el hombre vivía sobre la tierra y producía en torno a él una atmósfera fétida por sus emanaciones astrales; pero las gentes de la tierra no se daban cuenta de su fealdad, porque astralmente son ciegas.

Cuando consideramos, además, a esos desgraciados que son nuestros hermanos, podemos consolarnos pensando que sus sufrimientos son temporales y que dan a la vida del alma una lección sumamente necesaria.
Bajo la reacción de las leyes de la naturaleza que violó, aprende la existencia de estas leyes y la miseria que inevitablemente dimana de no observarla en la vida y conducta del hombre.
La naturaleza no nos economiza nada; pero en último término sus lecciones son elocuentes, porque aseguran nuestra evolución y conducen al alma a la conquista de la inmortalidad.

Pasemos a una región menos sombría.
La segunda subdivisión del mundo astral puede considerarse como reproducción astral del mundo físico.
Con efecto, la materia de esta región predomina en la composición en la composición del cuerpo astral de los objetos materiales, así como en la mayoría de los hombres.
Ninguna región esta más estrechamente relacionada con el mundo físico.
La mayoría de los “muertos” residen aquí durante cierto tiempo y gran número de ellos tienen aquí plena conciencia.
Se interesaron por la nimiedades y trivialidades de la existencia, se apegaron a las fruslerías; muchos se dejaron dominar por su naturaleza inferior y murieron llevados vivos sus apetitos, deseos y goces físicos.
Cómo tal fué el empleo de sus energías vitales, edificaron su cuerpo astral con materiales que responden con facilidad a los contactos físicos.
Después de la muerte, este cuerpo astral sólo puede retenerlos en la proximidad de objetos terrestres.
Estas gentes son, en su mayoría, descontentos, ambiciosos, inquietos, con más o menos sufrimiento según su intensidad de los deseos que no pueden satisfacer.
Algunos sufren de hecho una angustia real y en ella permanecen largo tiempo hasta que se limpian de sus concupiscencias terrenas.
Muchos de ellos prolongan inútilmente su estancia tratando de comunicarse con la tierra, de llevar a ella los intereses a que están ligados, a favor de los médium que les prestan el cuerpo físico, supliendo así la carencia del suyo

propio.

De esta región proviene, en general, la vana charlatanería, tan conocida del que haya frecuentado las secciones espiritistas públicas—charla de portera y moralidad de la casa de huéspedes.

El elemento femenino está en mayoría.

Estas almas, ligadas a la tierra, tienen por lo general escasa inteligencia, y sus comunicaciones no revisten otro interés, para el que ya está convencido de la existencia del alma después de la muerte, que el que tendría su conversación en la tierra.

Además, como aquí abajo, esos desgraciados son tanto más afirmativos cuanto más ignorantes e imponen a sus fieles, como última concepción del mundo invisible, el conocimiento limitado que ellos mismos tienen.

Después de la muerte, como antes de ella,

Confunden las hablillas de su pueblo
con los grandes rumores del universo.

Se encuentran también en esta región las gentes que muertas con alguna preocupación tratan de comunicarse con sus amigos a fin de arreglar el asunto terrestre que les preocupa.

Si no logran manifestarse, o trasmitir su deseo a algún amigo bajo la forma de sueño, pueden ocasionar muchas molestias por golpes u otros ruidos hechos para atraer la atención o provocados inconscientemente por sus impacientes esfuerzos.

En tal caso, una persona competente hará obra de caridad comunicando con la entidad angustiada para saber lo que desea.

Esta intervención bastará en ocasiones para devolver la quietud amenazada.

En esta región, el alma está fácilmente expuesta a fijar su atención en la tierra, aunque no lo solicite espontáneamente.

Semejante flaco servicio lo hacen con demasiado frecuencia los tristemente apasionados y el ardiente deseo que de su querida presencia sienten los amigos que dejó en la tierra.

Los pensamientos—formas engendrados por estos sentimientos, se posan alrededor del alma y la despiertan de pronto cuando duerme apasiblemente.

Otras veces, cuando tiene conciencia, su atención queda violentamente atraída hacia la tierra de que debe alejarse.

En el primer caso, sobre todo, el egoísmo inconsciente de los amigos que hay en la tierra, perjudica a los muertos amados, de tal modo, que esos mismos amigos serían los primeros en lamentarlo si fueran conscientes.

Quizá la comprensión de los sufrimientos infligidos sin necesidad por esta

causa a los que abandonaron la tierra, ayude a algunos a reconocer la autoridad de los preceptos religiosos que ordenan la sumisión a la ley divina y la represión del dolor excesivo y tumultuoso.
La tercera y la cuarta región del Kamaloka difieren poco de la segunda y pueden considerarse casi como etéreas.
La cuarta es más sutil que la tercera, pero las características generales de las tres regiones son las mismas.
Encontramos aquí almas de un tipo más evolucionado, y aunque estén retenidas en este lugar por la envoltura debida a la actividad de los interese terrestres, su atención se dirige por lo general hacia adelante y no hacia atrás.
Mientras no se les llama por fuerzas a los negocios de la vida física, pasan sin preocuparse de ellos.
Permanecen, sin embargo, accesibles todavía a las impresiones terrestres, y el interés cada día más débil que tienen por los asuntos mundanos puede despertarse por los clamores de aquí abajo.
Un gran número de personas instruidas y reflexivas que , no obstante, se dejaron absorber por los cuidados del mundo, tienen conciencia en esas regiones.
Se les puede obligar a comunicarse por los médium, pero es raro que busquen por sí mismos tal comunicación.
Sus palabras tienen con toda evidencia mayor valor que las que preceden de los de la segunda región.
No ofrecen, sin embargo, más interés que la conversación de esas mismas personas en su vida.
La iluminación espiritual no procede, por lo demás, del Kamaloka.
La quinta subdivisión del Kamaloka ofrece muchas características nuevas.
Su aspecto es claramente luminoso o radiante y muy atractivo para quien sólo está acostumbrado a los sombríos colores de la tierra, justificando el epíteto de astral, estrellado, que se da al conjunto del plano.
Aquí se encuentran todos los cielos materializados que tan importantes papel desempeñan en las religiones del mundo.
Las cacerías celestes del piel roja; en el Walhalla del escandinavo; el paraíso lleno de Huríes, del musulmán; la Nueva Jerusalén de oro y puertas de piedras preciosas, del cristiano; el cielo lleno de liceos, del reformador materialista; todos tienen aquí su sitio.
Los rígidos devotos que se apegan desesperadamente a la “letra que mata”, encuentran aquí la satisfacción literal de sus deseos.
Gracias a su `potencia imaginativa, alimentada por la corteza estéril de los libros santos del mundo, construyen inconscientemente con materia astral los castillos en el aire en que sueñan.

Las creencias religiosas más extrañas encuentran aquí su realización informe y temporal, y los sectarios de las letras de todas las religiones, deseosos de su exclusiva salvación en el cielo más materialista que pueda imaginarse, encuentran satisfacción en este lugar que les conviene perfectamente, rodeados como se hallan de las mismas condiciones a las que ajustaron su fe.
Los religiosos y filántropos que no tuvieron otro propósito que ejecutar sus propios caprichos e imponer al prójimo su manera de ver, en vez de trabajar desinteresadamente por el acrecentamiento de la virtud y de la dicha humanas, se encuentran aquí a sus anchas y organizan reformatorios, asilos y escuelas con plena satisfacción personal; y en ocasiones se regocijan al meter mano astral en cualquier asunto terreno, a favor de un médium dócil al que dirigen con la mayor condescendencia.
Edifican astralmente iglesias, casas escuelas, reproduciendo los cielos materiales que ambicionaron, y aunque a la mirada clarividente puedan parecer sus construcciones imperfectas, y con algo dolorosamente grotesco, para ellos nada dejan de desear.
Los sectarios de una misma religión se reúnen y cooperan de maneras diferentes, formando comunidades que difieren entre sí tanto como las comunidades análogas de aquí abajo.
Cuando se les atrae hacia la tierra, buscan en general, correligionarios y compatriotas, no por afinidad natural, sino porque las barreras del idioma persisten en Kamaloka, como denotan los mensajes recibidos en los círculos espiritistas.
Las almas de esta región toman a veces vivo interés por las tentativas efectuadas para establecer comunicaciones entre este mundo y el suyo; y de ahí que de la religión inmediatamente superior provengan los espíritus guías de gran número de médium.
Esas almas saben generalmente que hay ante ellas una posibilidad de existencia más elevada, y que están destinadas a pasar, tarde o temprano, a mundos donde la comunicación con esta tierra no les será posible.

La sexta región del Kamaloka asemejase a la quinta, pero es mucho más sutil.
Se encuentra poblada principalmente de almas más evolucionadas, que acaban de gastar la envoltura astral, a través de la cual sus energías mentales se manifestaron en gran parte durante la vida física.
Su detención se debe al preponderante papel desempeñado por el egoísmo de su vida intelectual y artística, y a que prostituyeron sus talentos, de un modo refinado y delicado, en pro de la naturaleza sensible.
Les rodea todo cuanto de más bello en Kamaloka, porque su pensamiento creador modela la sustancia luminosa de su estancia pasajera en paisajes

admirables, en palpitantes océanos de luz, en montañas con picos de nieve, en fértiles llanuras y en escenas de hechizante belleza, aun comparadas con lo más exquisito de la tierra.
Se encuentran igualmente aquí los devotos de las religiones, pero de tipo más elevado que de la subdivisión precedente, con sentimientos más justo de sus propias limitaciones.
Todos confían seguramente en dejar su estancia actual para pasar a más elevada esfera.

La séptima y superior subdivisión del Kamaloka, está ocupada casi exclusivamente por los intelectuales, hombres y mujeres, que tuvieron sobre la tierra vigorosos materialismo o estuvieron de tal modo sujetos a los medios por los cuales el mental inferior adquiere conocimientos en el cuerpo físico, que continúan persiguiendo esos conocimientos según el antiguo método, aunque con facultades más desarrolladas.
Recuerda uno instintivamente cuan hostil era Carlos Lamb a quién la idea de que en el cielo había de adquirir el conocimiento por "no sé que raro procedimiento de intuición" en vez de adquirirlo en "sus queridos libros".
Más de un sabio vive durante años, y siglos a veces (según H. P. Blavatsky) en una verdadera biblioteca astral, recorriendo ávidamente todas las obras que tratan de su tema favorito, perfectamente satisfecho de su suerte.
Quienes concentraron toda su energía en una dirección cualquiera de investigación intelectual y abandonaron el cuerpo físico sin calmar su sed de conocimientos, continúan persiguiendo su objeto con infalible persistencia, unidos por ese trabajo al mundo físico.
Con frecuencia tales hombres son todavía escépticos en cuanto a las posibilidades superiores que les aguardan, retroceden ante la perspectiva de lo que les parece realmente una segunda muerte, la pérdida de la conciencia que precede al nacimiento del alma a la vida superior del cielo.
Los políticos, los hombres de estado y los hombres de ciencia permanecen algún tiempo en esta región, despojándose lentamente de su envoltura astral, sujetos todavía a la existencia terrestre por el vivo interés que prestan a los movimientos en que tan gran papel desempeñaron y por el esfuerzo que hacen para efectuar astralmente aquellos proyectos que la muerte les impidió realizar.

Para todos, salvo para la ínfima minoría que no experimentó sobre la tierra un sólo movimiento de amor desinteresado o de aspiración intelectual, que vivió sin reconocer jamás algo elevado que su yo; para todos llega, tarde o temprano, un tiempo en que por fin se desatan las ligaduras del cuerpo astral.
El alma adquiere momentáneamente conciencia de lo que le rodea, conciencia semejante a la que sigue a la muerte física, pues se despierta por un

sentimiento de felicidad intensa, inmensa, insondable, imposible de imaginar aquí abajo, de la felicidad del mundo celeste, del mundo a que por naturaleza pertenece el alma.
Pudo haber nutrido muchas pasiones viles y bajas, muchas codicias vulgares y sórdidas; pero ha visto resplandores de naturaleza más elevada, resplandores interrumpidos, esparcidos, de una región más pura.
Entonces, estos resplandores maduran por ser ya época de la cosecha, y los pobres y débiles recogen el fruto que les pertenece.
Por esto va el hombre muy lejos a recoger esa cosecha celeste, a fin de comerla y asimilarse sus frutos.

El cadáver astral, como se le llama a veces, o el cascarón astral de la entidad de que es parte, se compone de restos de las siete capas concéntricas anteriormente descritas, restos mantenidos en conjunto por la remanencia magnética del alma.
Cada capa o corteza, a su vez, se disgrega hasta reducirse a fragmentos esparcidos, que quedan sujetos, por la atracción magnética, a las capas que todavía subsisten.
Cuando todas quedan reducidas a semejante condición, incluso la séptima, la más interna, el hombre mismo escapa dejando tras sí esos restos.
El cascarón flota luego a través del mundo astral, repitiendo de una manera automática sus vibraciones acostumbradas, y a medida que el magnetismo remanente va perdiéndose, se descompone el cascarón cada vez más y acaba por disolverse del todo, restituyendo sus materiales al fondo común de la materia astral, como el cuerpo físico devuelve al mundo físico los elementos de que se componía.

El cascarón astral va de un lado a otro según las corrientes astrales, y si no esta muy descompuesto puede vitalizarse por el magnetismo de las almas encarnadas en la tierra, siendo así capaz de alguna actividad.
Absorbe el magnetismo como una esponja el agua, repitiendo con intensidad marcadísima las vibraciones a que ha estado acostumbrado en otro tiempo.
Semejantes vibraciones se ponen de manifiesto generalmente bajo la acción de algún pensamiento común al alma desaparecida y a sus amigos terrestres, y el cascarón, así vitalizado, puede desempeñar muy regularmente el papel de inteligencia comunicante.
Se distingue, sin embargo, aparte del empleo de la visión astral, por la repetición automática de los pensamientos familiares, así como por la carencia de toda idea original y de todo conocimiento adquirido después de la muerte física.

Así como las almas pueden hallar en su progreso obstáculos opuestos por los amigos ignorantes e irreflexivos, es posible, igualmente, que reciban

socorro por esfuerzos sabios y bien dirigidos.
Por eso, todas las religiones, que conservan algún vestigio de la oculta sabiduría de sus fundadores, prescriben preces u oraciones fúnebres.
Estas oraciones, como las ceremonias que las acompañan, son más o menos eficaces según el conocimiento, el amor y la fuerza de voluntad que las anima.
Tienen por base el principio universal de la vibración, según la cual está construido, modificado y conservado el universo.
Los sonidos engendran vibraciones y modelan la materia astral en formas determinadas que el pensamiento anima por medio de las palabras.
Estos pensamientos—formas se dirigen hacia la entidad que está purgando, y obran sobre su astral precipitando su disolución.
Con la decadencia del saber oculto, estas ceremonias han venido a ser cada vez menos eficaces y hasta de utilidad casi nula.
Sin embargo, cuando se efectúan por un hombre de saber, ejercen la influencia apetecida.
Por lo demás, cada uno puede ayudar a sus muertos amados enviándoles pensamientos de amor y de paz, y haciendo votos por un rápido progreso a través del Kamaloka y por su liberación de las trabas astrales.
Que nuestros muertos no sigan solitarios su camino, sin el auxilio de nuestros pensamientos—formas más cariñosos, abandonados a los ángeles custodios que deben guiarlos y animarlos en su marcha hacia la dicha.

EL PLANO MENTAL
SABIDURÍA ANTIGUA

Según su nombre indica, el plano mental es el dominio propio de la conciencia cuando actúa como pensamiento.
En el plano de la inteligencia, no en función por medio del cerebro, sino en su propio mundo, libertada de las ligaduras del espíritu—materia físico. La palabra inglesa man (hombre) viene de la sánscrita man, raíz del verbo que significa pensar.
Así man (hombre significa pensador, designándose al hombre por la inteligencia como su más característico atributo.

En inglés encontramos únicamente la palabra mind (mente) para designar a la vez la propia conciencia intelectual y los efectos producidos sobre el cerebro físico por las vibraciones de la conciencia.
Pero debemos considerar ahora la conciencia intelectual como entidad distinta, como individualidad y ser real.
Las vibraciones de su vida son pensamientos son imágenes y no palabras.
Esta individualidad es Manas, el Pensador (I) (De la palabra Manas se deriva

el nombre técnico: plano manásico, traducido por plano mental. Le podemos llamar el plano de la inteligencia propiamente dicha, para distinguir sus actividades de las de la inteligencia operante en la carne)
Es él yo que revestido de la materia de las subdivisiones superiores del plano mental trabaja bajo las condiciones que esa materia le impone.
Sobre el plano físico se revela su presencia por las vibraciones que transmite al cerebro y al sistema nervioso.
Estos órganos responden a las vibraciones de su vida por las vibraciones simpáticas; pero a causa de la densidades sus materiales, no pueden reproducir sino una parte muy débil de las vibraciones recibidas, y aún de manera muy imperfecta.
Del mismo modo que la ciencia afirma la existencia de una inmensa serie de vibraciones del éter, serie de la cual sólo percibimos un fragmento, el espectro solar luminoso, el aparato físico del pensamiento, el cerebro y el sistema nervioso, no pueden pensar sino un pequeño fragmento de la inmensa serie de vibraciones mentales emitidas por el Pensador en su propio mundo.
Los cerebros muy receptivos responden a un grado que convenimos en denominar gran potencia intelectual; y los excepcionalmente receptivos responden a lo que se llama genio.
En fin, los cerebros excepcionalmente inertes responden solamente al grado denominado idiotez.
Cada uno de nosotros envía a su cerebro millones de ondas mentales a las que el órgano puede responder por la densidad de sus materiales; y lo que se llama poder mental de un hombre está en relación directa con esta sensibilidad.
Antes de estudiar al Pensador convendrá considerar el mundo que ocupa, es decir, el plano mental mismo.

El plano mental es el que sigue al astral.
No está separado de él sino por la diferencia de los materiales, lo mismo que el plano astral del plano físico.
Podemos así repetir en la comparación del plano mental y del astral lo ya dicho al comparar el plano astral y el plano físico.
La vida sobre el plano mental es más activa que en el astral y la forma en él es más plástica.
El espíritu—materia se halla mucho más vitalizado y sutil que la materia del mundo astral.
El átomo más sutil de materia astral contiene en su cubierta esferoidal innumerables agregados de la materia mental más densa, de suerte que la disgregación del átomo astral pone en libertad una cantidad de materia mental de variedades muy densas.

En tales condiciones, se comprenderá que es muy activa la acción de las

fuerzas vitales sobre este plano, puesto que la masa que ha de mover es infinitamente menor.
La materia está animada de un movimiento continuo e incesante, toma forma al menor estremecimiento de vida, y se adapta sin vacilación a los menores matices de esas vibraciones.
La substancia mental, como se la ha llamado, hace aparecer denso, pesado y empañado al espíritu—materia astral, tan maravillosamente luminoso cuando se le compara con la materia física.
Pero la ley de analogía conserva todo su valor, y será para nosotros un hilo conductor a través de esta región súper—astral, lugar que es nuestro lugar de nacimiento, nuestra verdadera patria, aunque lo ignoremos, presos como estamos en un país de destierro, y a pesar también de la extravagancia que reviste a nuestros ojos la descripción de esta región gloriosa.
Aquí también, como en los dos planos inferiores, hay siete subdivisiones del espíritu—materia; y aquí también, estas variedades forman innumerables combinaciones de toda clase de complejidad, constituyendo los sólidos, los líquidos, los gases y los éteres del plano mental.
Esto no es más que una manera de hablar, porque la palabra sólido parece absurda aun hablando de las formas más sustanciales de la materia mental, y no tenemos otros calificativos de los que se basan sobre las condiciones físicas.
Bástenos comprender, por lo demás, que este plano sigue la ley y orden general de la naturaleza, que apareja para nuestro globo una base septenaria; y que las siete subdivisiones de su materia decrecen en densidad con relación unas a otras como los sólidos, los líquidos, los gases y los éteres; y que la séptima y última subdivisión se hallan exclusivamente compuesta de los más sutiles átomos mentales.

Estas subdivisiones se clasifican en dos grupos, a los que se les ha dado el nombre no muy apropiados y al primer intento ininteligible, de: “no formal” y “formal” (I) (En sánscrito Arupa y Rupa. —Rupa significa forma, envoltura, cuerpo.)
Las cuatro subdivisiones inferiores constituyen el segundo grupo, y los tres superiores el primero.
Esta agrupación es necesaria porque hay una distinción muy real, aunque es muy difícil de definir.
Estas regiones corresponden en la conciencia humana a las mismas divisiones de la inteligencia, como se verá más claramente luego.
Quizás se podría expresar mejor semejante distinción diciendo que, en las cuatro subdivisiones inferiores, las vibraciones de la conciencia dan origen a formas, imágenes o representaciones, apareciendo cada pensamiento como

una forma viva; mientras que en las tres subdivisiones superiores, aunque la conciencia también produce vibraciones, parece más bien emitirlas como una ola poderosa de energía viva que no se incorpora en imágenes distintas mientras está en esa región superior, sino que engendra formas múltiples, ligadas entre sí por una condición común, desde que penetra en los mundos inferiores.
La más íntima analogía que se puede encontrar para la concepción que se trata de exponer es la de los pensamientos abstractos y los concretos.
La idea abstracta de un triángulo no tiene forma, pero sirve para designar todas las figuras limitadas por tres líneas rectas, cuyos ángulos suman dos rectos.
Tal idea, condicionada, pero sin forma, al proyectarse en el mundo inferior, dará origen a una infinita variedad de triángulos, rectángulos, isósceles, escálenos, de colores y dimensiones variados, que satisfagan todas las condiciones; triángulos concretos con propia y definida forma.

Es impotente la palabra para mostrar claramente la diferencia entre las dos maneras de actuar la conciencia en ambas regiones; porque las palabras son símbolos de imágenes, pertenecen a las operaciones del mental inferior en el cerebro y se basan exclusivamente sobre sus operaciones.
Mientras que la región “sin forma” pertenece a la razón pura, que jamás trabaja en los estrechos límites del lenguaje.

El plano mental es el que refleja la Inteligencia Universal en la Naturaleza, el plano que, en nuestro pequeño sistema, corresponde al de la Gran Inteligencia en el Cosmos (I) (Mahat, el tercer Logos o la Inteligencia Divina creadora; El Brahmâ de los indos, el Mandujusri de los buddhistas del Norte., el Espíritu Santo de los cristianos)
En sus regiones superiores existen todas las ideas arquetipos que se hallan actualmente en vías de evolución concreta; y en sus regiones inferiores esas ideas se elaboran en formas sucesivas para reproducirse enseguida en el mundo astral y en el físico.
La materia del plano es susceptible de combinarse al impulso de vibraciones mentales, y puede formar cuantas combinaciones sea capaz de imaginar el pensamiento.
De la misma manera que el hierro puede convertirse en arado para el labrador o en espada para el guerrero, la materia mental puede modelarse en formas que aprovechen o perjudiquen.
La vida del Pensador, en vibración continua, modela la materia que le rodea, y su obra se educa a la voluntad que la engendra.
En esta región el pensamiento y la acción, el propósito y el hecho son la misma cosa.

El espíritu—materia es el esclavo dócil de la vida y se adapta espontáneamente a cada impulso creador.

Por su velocidad y sutilidad, estas vibraciones que modelan en pensamientos—formas la materia del plano mental, dan también nacimiento a exquisitas coloraciones constantemente cambiantes: ondas de tintes varios como las irisadas del nácar, pero etéreas y luminosas en grado incomparable, que resbalan sobre todas las superficies y penetran todas las formas, de modo que cada una de ellas ofrece una armonía de colores tornasolados, vivos, luminosos y delicados, como no se conocen en la tierra.

Las palabras son incapaces de expresar la exquisita belleza y brillo de las combinaciones de esa materia sutil, trémula de vida y de movimiento.

Todos los videntes que lo atestiguan, indos, buddhistas, y cristianos hablan con éxtasis de su gloriosa belleza y confiesan que son incapaces de describirla. Parece que toda descripción, por hábiles que sean sus términos, no sirven sino para rebajarla.

Los pensamientos—formas juegan naturalmente un papel considerable entre las criaturas vivas que actúan en el plano mental.

Asemejase a las que hemos hallado en el mundo astral, salvo que son mucho más luminosas, más brillantemente coloreadas, más vigorosas, más persistentes y más vitalizadas.

A medida que las cualidades intelectuales superiores se señalan más claramente en quién las engendra, presentan un contorno más definido y tienden a una singular perfección geométrica, al mismo tiempo que ha una pureza de luz y de color no menos admirable.

No hay necesidad de decir que, en el estado actual de la humanidad, las formas nebulosas e irregulares predominan como producto habitual de inteligencias mal dirigidas.

No obstante, también se encuentran en el plano astral pensamientos artísticos de rara belleza, y así no es extraño que los pintores, después de entrever un instante su ideal en sueños, se impacienten por no poder expresar su radiante belleza con los colores de este mundo.

Estos pensamientos—formas están constituidos por la esencia elemental del plano.

Las vibraciones del pensamiento modelan la esencia elemental en forma adecuada, de la que el pensamiento es vida animadora.

Encontramos aquí, pues, los elementos artificiales idénticos, en su modo de formación, a los del mundo astral, todo lo que se ha dicho en el capítulo II sobre su generación e importancia, puede repetirse a propósito de los elementales del plano mental; pero hay que tener en cuenta la responsabilidad adicional adquirida, a consecuencia de la mayor fuerza y de la permanencia

característica de los elementales de este mundo superior.

La esencia elemental del plano mental está formada por la Mónada en el estado de descendencia que precede inmediatamente a su entrada en el mundo astral.

Constituye entre las cuatro subdivisiones inferiores del plano mental el segundo reino elemental.

Las tres subdivisiones superiores, "sin forma", están ocupadas en el primer reino elemental.

Aquí el pensamiento produce en la esencia elemental irisaciones brillantes, corrientes coloreadas y relámpagos de fuego vivo, en vez de incorporarse en formas definidas.

La esencia elemental toma, por decirlo así, su primera lección de actividad orgánica, de acción combinada; pero no reviste aún las limitaciones definidas de las formas.

En las dos grandes divisiones del plano mental viven inteligencias innumeras, cuyo cuerpo inferior está formado de materia luminosa y de la esencia elemental del plano:

Seres Resplandecientes que guían el proceso del orden natural y dirigen las legiones de entidades inferiores de que ya se ha hablado, pero sometidos a su vez, en sus múltiples jerarquías, a los Soberanos Señores de los siete elementos (I) (Estos seres son los Arupa Devas y los Rupas Devas de los indos y buddhistas, los Señores de los cielos y la tierra de los zoroástricos, los Arcángeles y Ángeles de los cristianos y mahometanos.)

Son, como se imagina comúnmente, seres de gran conocimiento, de inmenso poder y de esplendente aspecto; criaturas radiantes y brillantísimas con mil cambiantes parecidos al arco iris de los colores celestes.

Llenos de real majestad respiran tranquila energía y tienen expresión de fuerza irresistible.

Aquí se presenta al espíritu la descripción del gran vidente cristiano cuando habla de un arcángel poderoso:

"Había un arco iris sobre su cabeza; su rostro se parecía al sol y sus pies a dos columnas de fuego" (I) (Apocalipsis, X- I.)

Sus voces son como sonido de profundas aguas, como eco de la armonía de las esferas.

Son los guías del orden natural y mandan a legiones inmensas de elementales del mundo astral.

De suerte que sus cohortes persiguen incesantemente la obra de la naturaleza con regularidad y precisión infalibles.

En el plano mental inferior hay numerosos Chelas que trabajan en su cuerpo mental (2) (Cuerpo ordinariamente llamado Mayavi Rupa o forma

ilusoria, cuando este dispuesto para funcionar independientemente en el mundo mental.) Libertados temporalmente de la envoltura física.
Cuando el cuerpo carnal está sumergido en profundo sueño, el Pensador, el hombre real, puede escaparse de él a fin de trabajar libre de trabas en esta región superior.
De ahí qué, al obrar directamente sobre la esfera mental de sus semejantes, les sugiera buenos pensamientos, presentándoles ideas nobles, y los pueda ayudar y confortar más viva y eficazmente que a través de la prisión del cuerpo físico.
Percibe más claramente sus necesidades y puede así socorrerlos de manera más perfecta.
Su mayor privilegio y su más intenso goce consiste en ayudar a sus hermanos que luchan, sin que tengan conocimiento de sus servicios ni la menor idea del poderoso brazo que les aligera el yugo, de la dulce voz, que muy por lo quedo los consuela en sus penas.
Ni se les ve ni se les reconoce.
En la tarea ayuda a amigos y enemigos con igual placer y la misma libertad, repartiendo entre los hombres las diversas corrientes bienhechoras dimanantes de los grandes Protectores de las superiores esferas.

También se hallan algunas veces en esta región las formas gloriosas de los Maestros, aunque generalmente residan en las subdivisiones más elevadas del mundo “sin forma”.
También descienden hasta este plano en ciertas épocas otros Grandes Seres, cuando la compasión requiere de su parte que se manifiesten en planos inferiores.

Sean humanas o no, estén en su cuerpo o fuera de él, la comunicación es prácticamente instantánea entre las inteligencias que funciona conscientemente en este plano, porque se produce con la rapidez del pensamiento.
Las barreras del espacio han perdido su fuerza de separación, y para ponerse en contacto un alma con otra basta con dirigir su atención hacia ella.
La comunicación no sólo es rápida, como se acaba de decir, sino que es igualmente completa si las almas se encuentran en el mismo grado de evolución.
Las palabras no pueden impedir o aminorar la comunicación; el pensamiento pasa de uno a otro ser, o, mejor dicho, cada ve el pensamiento tal como lo concibe el otro
Las verdaderas barreras entre las almas son las diferencias de evolución.
El alma menos evolucionada no conoce en el alma que lo está más, sino aquello que puede percibir, y es evidente, y es evidente que sólo la más adelantada tiene conciencia de esa limitación, puesto que la otra recibe todo lo

que puede contener.
Cuanto más evolucionada está un alma, más conciencia tiene de lo que la rodea y más íntimamente se aproxima a la realidad; pero el plano mental tiene también sus velos de ilusión, aunque menos numerosos y más transparentes que los del mundo físico.
Cada alma está rodeada de su propia atmósfera mental, y como todas las impresiones le llegan a través de esta atmósfera, todas están más o menos expuesta a las ilusiones cuanto más transparente, pura y menos teñida por la personalidad esté su atmósfera.

Las tres subdivisiones superiores del plano mental son la morada del Pensador, que reside en una u otra según su grado de evolución.
La inmensa mayoría evolucionada en grados diversos, vive en él ínfimo de esos tres niveles.
Un número comparativamente reducido de almas vigorosamente intelectuales habita en el segundo nivel.
Empleando una frase más aplicable al plano físico que al plano mental, diremos que el Pensador asciende a ese segundo nivel cuando en él prepondera la materia más sutil de esa región, y de este modo opera el cambio necesario.
No hay naturalmente ascensión, propiamente hablando, ni cambio de lugar; ocurre sólo que el Pensador comienza a percibir vibraciones de esa materia sutil, que provoca en él una respuesta, pudiendo él mismo desde entonces emitir fuerzas que hagan vibrar esas tenues partículas.

Es indispensable que el estudiante se familiarice con el hecho de que su ascenso en la escala de la evolución no implica cambio alguno de lugar, sino sencillamente mayor aptitud para recibir las impresiones.
Todas las esferas están en torno a nosotros, sean la astral, la mental, la búdica, la nirvánica, o ya se trate de mundos más elevados aún, hasta la vida del Ser Supremo.
No tenemos necesidad de movernos para encontrarlas, pues están aquí mismo; pero nuestra grosera percepción nos aparta de ellas con mayor lejanía que si estuvieran a muchos miles de kilómetros.
No tenemos conciencia de lo que nos afecta, de lo que provoca en nosotros vibraciones de respuesta.
A medida que nos hacemos más receptivos, que nos organizamos con materia más delicada, entramos en contacto con los mundos más sutiles.
Al hablar, pues de la ascensión de un nivel a otro, significamos que tejemos nuestros vestidos con materiales más sutiles y que podemos recibir a través de ellos los—contactos de mundos semejantes.
Más profundamente significa esto, que en él Yo envuelto por todos esos

vestidos, los poderes divinos pasan del estado latente al activo y emiten al exterior las vibraciones sutiles de su vida.

El Pensador que ha alcanzado este segundo nivel, tiene plena conciencia de lo que le rodea y recuerda su pasado.

Conoce los cuerpos que le revisten, por medio de los cuales está en contacto con los planos inferiores y puede influir determinadamente sobre esos cuerpos y dirigirlos.

Prevé las dificultades y obstáculos que le aguardan como resultado de una conducta descuidada en vidas anteriores, y se esfuerza en infundirles la energía necesaria para el cumplimiento de su tarea.

La dirección en que ha de emplearla se deja sentir a veces en la conciencia inferior como una fuerza imperiosa e impulsiva que vence toda resistencia y le traza al ser una línea de conducta cuyas razones no aparecen claras a la confusa visión de los vehículos astral y mental.

Los hombres que realizaron grandes acciones nos dan frecuente testimonio de ello, cuando afirman haber tenido conciencia de una irresistible fuerza interior que los movía, poniéndolos en a imposibilidad de obrar de otra manera.

Y es que entonces obraban como hombre reales.

El Pensador, el hombre exterior, obra conscientemente a través de sus cuerpos, que desempeñan en este momento su verdadero papel de vehículo de la individualidad.

A medida que la evolución se cumpla, todos alcanzarán estos altos poderes.

En el tercer nivel, el más elevado de la región superior del plano mental, residen los Egos de los Maestros y sus discípulos o Chelas, los Iniciados.

La materia de está región predomina desde luego en el cuerpo del Pensador.

En el seno de esta región, foco de las más sutiles energías mentales, ejercen los Maestros su benéfica tarea en pro de la humanidad, vertiendo a torrentes sobre las regiones inferiores el ideal sublime, el pensamiento inspirador, el anhelo de fe sincera, todas las fuerzas espirituales e intelectuales de que tan necesitado se halla el hombre.

Cada fuerza allí engendrada irradia en multitud de direcciones como de un foco luminoso, y las almas más nobles y puras pueden recibir con mayor facilidad sus auxiliadoras influencias.

Un descubrimiento sorprende de los secretos de la naturaleza; una nueva melodía embelesa el oído de un gran músico; la resolución de un problema largo tiempo meditado, se ofrece a la mente del filósofo sublime; una energía nueva de esperanza y de amor caldea el corazón del filántropo infatigable; y sin embargo, aún entonces se creen abandonados los hombres y sin auxilio, a pesar de que sus mismas frases; “Se me ha ocurrido este pensamiento, “Me ha venido esta idea”, “He sido sorprendido por este descubrimiento”, atestiguan

inconscientemente la verdad de que su Yo no ignora, aunque sea invisible a los ojos del cuerpo.

Pasemos ahora al estudio del Pensador y de su vehículo, tales como se les encuentra en el hombre que habita en la tierra.

Se llama cuerpo mental el de que está revestida la conciencia y por el cual se encuentra condicionada en las cuatro subdivisiones inferiores del plano mental.

Este cuerpo está constituido por combinaciones de la materia de las cuatro subdivisiones.

Al acercarse una nueva encarnación, el Pensador, el Individuo, que es la verdadera alma humana cuya formación se explicará al fin del capítulo, irradia una porción de su energía en vibraciones que atraen alrededor de él una envoltura de materia formada por las cuatro subdivisiones inferiores de su propio plano.

La materia atraída corresponde a la naturaleza de las vibraciones emitidas; los elementos más sut6iles responden al llamamiento de las vibraciones más rápidas y toman forma bajo su influencia; y las combinaciones más groseras responden a las vibraciones más lentas.

Como un hilo metálico que vibra espontáneamente, respondiendo a otro hilo del mismo peso y de la misma tensión, pero que permanece mudo a vibraciones de hilos diferentes, las materias de diversos órdenes se armoniza en correspondencia con los diversos órdenes vibratorios.

La naturaleza, pues, del cuerpo mental del Pensador está exactamente determinada por las vibraciones que él emite; y ese cuerpo se llama mental inferior, o Manas inferior, porque está constituido por la materia de las subdivisiones inferiores del plano mental, y condiciona al Pensador en sus operaciones ulteriores.

Las sutilísimas y rapidísimas energías necesarias para mover esa materia y obtener una respuesta, no se pueden manifestar sino a través de ella.

El Pensador está forzosamente limitado y condicionado en su expresión.

Esta es la primera de las cárceles en que se encierra durante su vida encarnada, y mientras sus energías funcionan en ella, se encuentra excluido en gran parte de su propio y más elevado mundo, porque su atención se fija en las energías que tienden al exterior y su vida se proyecta con ellas en el cuerpo mental inferior, designando con términos de vestidos, estuche, envoltura o vehículo: expresiones significativas de que el Pensador no es el cuerpo mental, sino que construye ese cuerpo y se sirve de él para expresar de sí mismo en la región mental inferior.

No hay que olvidar que las energías del Pensador, en proceso de exteriorización, atraen cerca de él la materia más densa del plano astral para

formar su cuerpo astral, y que durante la encarnación de su vida, las energía que se manifiestan a través de los estados inferiores de la materia mental, se convierten muy fácilmente por ella en vibraciones lentísimas a las que responde la materia astral, vibrando continuamente los dos cuerpos de acuerdo hasta llegar a compenetrarse estrechamente.
Cuanto más se asimilan las combinaciones de materia densa por el cuerpo mental, más íntima se hace esa unión, por lo que ambos cuerpos se clasifican juntamente y aun se consideran como único vehículo (I) (Así el teósofo habla de Kama—Manas para designar la inteligencia que trabaja en y con la naturaleza del deseo, afectando la naturaleza animal y afectada por ella. Los vedantinos clasifican ambos cuerpos juntos y consideran él yo como funcionante en el Manomayâkosha, envoltura compuesta del mental inferior de las emociones y de las pasiones. El psicólogo europeo hace del sentimiento una de las secciones de la triple división del intelecto, e incluye en los sentimientos las emociones y las sensaciones)
Al abordar el estudio de la reencarnación veremos la capital importancia de este hecho.

El tipo del cuerpo mental del hombre que desciende a una encarnación nueva, se determina por el grado de evolución del mismo hombre.
Como en el estudio del cuerpo astral, podemos examinar en el cuerpo mental tres tipos de hombres diversamente evolucionados: A), un individuo no evolucionado; B), un individuo medianamente desarrollado; C), un individuo espiritualmente evolucionado.
A) En el individuo no evolucionado es casi imperceptible el cuerpo mental, porque sólo consta de una pequeñísima cantidad de materia mental sin organización, tomada principalmente de las subdivisiones ínfimas del plano.
Sufre casi exclusivamente la influencia de los cuerpos inferiores; y las tormentas astrales desencadenadas por el contacto de los objetos sensibles determinan en él vibraciones de poca intensidad.
Así, cuando no está estimulado por esas vibraciones astrales, queda casi inerte y aun responde con pereza al estímulo.
No engendra interiormente ninguna actividad definida, y sólo los choques del mundo exterior pueden provocar una respuesta clara.
Cuanto más violentas son, tanto más contribuyen al progreso del hombre, pues cada vibración responsiva acelera el desarrollo embrionario del cuerpo mental.
Los placeres tumultuosos, la cólera, la ira, los sufrimientos, el terror, todas estas pasiones producen terribles torbellinos en el cuerpo astral y suscitan débiles vibraciones en la materia del cuerpo mental.
Estas vibraciones provocan un comienzo de actividad en la conciencia mental y la estimulan a añadir gradualmente cierta actividad propia a las impresiones

recibidas de fuera.
Hemos visto que el cuerpo mental está tan íntimamente unido con el astral, que ambos obran como un cuerpo único; pero las facultades mentales nacientes añaden a las pasiones astrales cierta fuerza y cierta cualidad que no se manifiestan cuando esas pasiones obran como fuerzas puramente animales.
Las impresiones en el cuerpo mental duran más que las efectuadas en el astral, y aquél las reproduce de una manera consciente.
Aquí comienzan la memoria y la imaginación.
Esta facultad se despierta poco a poco, a medida que las imágenes del mundo externo obran sobre la sustancia del cuerpo mental y modelan sus materiales a su propia semejanza.
Tales imágenes, nacidas del contacto de los sentidos, atraen a ellas la materia mental más densa y pueden reproducirse a la voluntad por los nacientes poderes de la conciencia.
Esta reserva de imágenes acumuladas tiende a estimular la actividad interiormente engendrada, por el deseo de experimentar una vez más, por medio de los órganos externos, las vibraciones que han dejado un recuerdo agradable y evitar las que determinaron disgusto.

El cuerpo mental comienza desde entonces a excitar al astral, y a reanimar en él los deseos que en el animal duermen mientras no se despiertan por un estímulo físico.
Por esto encontramos en el hombre poco evolucionado el continuo anhelo de placer que no se nota jamás en los animales; la codicia, crueldad y doblez desconocidas en el reino inferior.
Los poderes conscientes del pensamiento, puestos al servicio de los sentidos, hacen del hombre un bruto más peligroso y feroz que ningún otro, y las fuerzas más profundas y sutiles inherentes al espíritu—materia mental prestan a la naturaleza pasional una violencia y agudeza que no se encuentran en las razas inferiores.
Pero estos excesos llevan en sí mismos, gracias a los sufrimientos de que son causa, el germen de su propia corrección.
Estas penosas experiencias obran sobre la conciencia y provocan imágenes nuevas sobre las que la imaginación actúa, estimulando a la conciencia a resistir a ciertas vibraciones que le llegan del mundo exterior por mediación de su cuerpo astral, y entonces comienza a emplear su voluntad para< retener el impulso de las pasiones en vez de abandonarse a ellas.
Una vez en juego estas vibraciones de resistencia, atraen al cuerpo mental combinaciones sutilísimas de materia mental, expulsando las combinaciones groseras que vibran en respuesta a las notas pasionales del cuerpo astral.

Gracias a esta lucha entre las vibraciones provocadas por las imágenes

pasionales y las vibraciones contrarias debidas a la reproducción imaginativa de experiencias penosas de otro tiempo, se desenvuelve el cuerpo mental, empieza a tener organización definida y a ejercer una iniciativa cada vez mayor frente a las actividades externas.
Mientras la vida terrestre se aplica a cosechar experiencias, la vida intermedia se emplea en asimilar, como veremos detalladamente en otro capítulo, esas mismas experiencias.
De suerte que a cada nueva vuelta a la tierra, el Pensador se encuentra en posesión de mayor conjunto de facultades para construir su cuerpo mental.
Así, el hombre no evolucionado, esclavo de sus pasiones, se transforma en medianamente evolucionado, cuya inteligencia es campo de batalla donde las pasiones y las potencias mentales luchan con fortuna diversa y con fuerzas casi iguales.
En este período, el hombre evoluciona gradualmente hacia la dominación de su naturaleza inferior.
B) En el hombre medianamente evolucionado es más vigoroso y de mayor tamaño el cuerpo mental.
Revela cierta organización y contiene bastante cantidad de materia de la segunda, tercera y cuarta subdivisiones del plano mental.
La ley general que rige la construcción y transformación del cuerpo mental podrá estudiarse aquí con algún provecho, aunque esté basada sobre el mismo principio que ya vimos operando en los reinos inferiores de los mundos astral y físico.
El ejercicio vigoriza y la inacción atrofia y acaba por destruir.
Cada vibración provocada en el cuerpo mental determina en la región afectada una modificación de sus elementos constitutivos.
La materia que no puede vibrar al unísono se elimina y reemplaza por materiales convenientemente tomadAs de la reservas verdaderamente inagotables que se encuentran alrededor.
Cuanto más se repite un conjunto de vibraciones, más se desarrolla la región afectada del cuerpo mental; de ahí, dicho sea de paso, el perjuicio que irroga al cuerpo mental la especialización exagerada de sus energías.
Este error de método en la utilización de fuerzas determina un desarrollo desigual y desequilibrado del cuerpo mental.
En la región continuamente ejercitada hay tendencia a la plétora, y tendencia a la atrofia en otras regiones acaso muy importantes.
El ideal está en perseguir un desarrollo general armónico y proporcionado; y para eso basta el análisis tranquilo de sí mismo y la justa adaptación de los medios a los fines.

El conocimiento de esta ley permite explicar algunas experiencias muy

conocidas y forja la esperanza en un progreso seguro.
Cuando se emprende un nuevo estudio o se introduce un cambio en el sentido de una más elevada moralidad en la evidencia, las primeras etapas están llenas de dificultades y a veces se abandona el esfuerzo porque parecen insuperables los obstáculos.

Al comienzo de una nueva empresa mental, cualesquiera que sea, todo el automatismo del cuerpo mental rehuye el esfuerzo.
Sus materiales, acostumbrados a vibrar de cierta manera, no pueden adaptarse a los nuevos impulsos.
La primera etapa del trabajo consiste, pues, principalmente, en realizar esfuerzos preliminares que, aunque no provoquen en el cuerpo mental vibraciones adecuadas, son cuando menos indispensables para que surjan las vibraciones armónicas, porque tienden a rechazar del cuerpo los antiguos materiales refractarios y a atraer combinaciones simpáticas.
En este tiempo el hombre no tiene conciencia de progreso alguno, sino de lo inútil de sus esfuerzos y de la resistencia inerte que encuentra; pero al cabo de cierto tiempo, si persiste, los materiales nuevamente adquiridos empiezan a funcionar recompensándole los esfuerzos que creyera estériles.
Finalmente, expulsados todos los materiales viejos y ya en función los nuevos, triunfa sin el menor esfuerzo y realiza su deseo..
El período verdaderamente crítico es el primer paso, o la primera etapa.
Pero si tenemos confianza en la ley, tan infalible en sus operaciones como todas la s de la naturaleza, y si renovamos con persistencia nuestros esfuerzos, debemos necesariamente triunfar.
El conocimiento de este hecho puede servirnos para animarnos en medio de las tribulaciones que de otro modo nos llevarían a la desesperación.

He ahí, pues, cómo el hombre medianamente desarrollado puede proseguir sus esfuerzos, descubriendo con gozo que a medida que resista más y más a las solicitaciones de la naturaleza inferior, pierden su poder sobre él, porque expulsa de su cuerpo mental todos los materiales que pueden producir vibraciones simpáticas.
Cuando el cuerpo mental sólo contenga las combinaciones más sutiles de las cuatro subdivisiones inferiores del plano mental, adquirirá la forma radiante y exquisitamente bella del estadio siguiente.
C) El hombre espiritualmente desarrollado ha eliminado ya del cuerpo mental las combinaciones groseras, de suerte que los objetos de los sentidos no encuentran materiales capaces de responder simpáticamente a sus vibraciones.
Este cuerpo mental sólo contiene combinaciones de las más sutiles, pertenecientes a las cuatro subdivisiones del mundo mental inferior; además, la substancia del tercero y cuarto súplanos entra por mucho en la composición

de los dos primeros.
Es, pues, sensible a todas las operaciones superiores del intelecto, a las impresiones delicadas de las artes superiores y a todas las puras vibraciones de las emociones sublimes.
Un cuerpo tal permite al Pensador revestido de él, expresarse más completamente en la región mental inferior y en los mundos astral y físico.
Sus materiales pueden responder a una escala de vibraciones mucho mayor y los impulsos procedentes de arriba los moldean en un organismo más noble y más sutil.
Se aproxima el momento en que ése cuerpo este pronto pana trasmitir todas las vibraciones emitidas por el Pensador, susceptibles de expresión en las subdivisiones inferiores del plano.
El Ego tendrá entonces el instrumento perfecto para desempeñar plenamente su papel en la región mental inferior.

A modificar en gran manera la educación moderna y hacerla más útil al Pensador que lo es actualmente, contribuirá una clara comprensión de la naturaleza del cuerpo mental.
Las características generales de este cuerpo dependen de las vidas anteriores del Pensador sobre la tierra; echo del que podremos convencernos íntimamente al estudiar la Reencarnación y el Karma.
El cuerpo está construido en el plano mental y sus materiales dependen de las cualidades que el Pensador ha acumulado en él como resultados de experiencias anteriores.
Todo lo que puede hacer la educación es dirigir los estímulos exteriores adecuados para despertar las facultades útiles que ya posee el Pensador; pero al mismo tiempo debe propender a la atrofia y desarraigo de las malas inclinaciones.
Favorecer el desenvolvimiento de las facultades innatas y no recargar la memoria con abrumador cúmulo de palabras: tal es el objeto de la educación verdadera.
La memoria no necesita cultivo como facultad distinta, porque depende de la atención, es decir, de la firma concentración del pensamiento sobre el objeto estudiado y de la afinidad natural que existe entre el objeto y la inteligencia del niño.
Si el objeto agrada, es decir, si la inteligencia tiene aptitudes en tal sentido, no hará falta la memoria para sostener la atención.
Por esto la educación, orientándose hacia las facultades innatas del niño, debe arraigar el hábito de la firme y sostenida concentración de la atención.

Pasemos ahora a la división “sin forma” del plano mental, a esa región que es la verdadera patria del hombre a través del ciclo de sus reencarnaciones.

En ella nace el alma incipiente, el Ego niño, individualidad embrionaria en el momento en que comienza su evolución humana propiamente dicha.

La forma del Ego, del Pensador, es ovoide, y por eso H. P. Blavatsky da el nombre de huevo áureo al cuerpo de Manas que persiste a través de todas las encarnaciones.

Está formado de la materia de las tres subdivisiones superiores del plano mental, es de exquisita finura y parece un velo desde su primera aparición.

A medida que se desarrolla se convierte en un objeto radiante de gloria y belleza suprema: "El Ser luminoso", como justamente se le ha llamado (2) (Este es el Augoeides de los neoplatónicos, o el cuerpo espiritual de San Pablo)

¿Qué es, pues, el Pensador?

Ya lo hemos dicho: él Yo divino, limitado o individualizado en una forma sutil formada por materiales de la región "sin forma" del plano mental (3) (Es decir, él Yo cuando funciona en el estuche del Discernimiento; el Vignyânamayakosha, la clasificación vedan tina)

Esta materia, aglomerada alrededor de un rayo del Yo, de un rayo vivo de la Luz Una, que es la vida del universo, separa a ese rayo de su fuente en lo que concierne al mundo externo.

Lo envuelve como un velo traslúcido y lo transforma así en "un individuo".

La vida que le anima es la vida del Logos, pero al principio todas las fuerzas de esa vida están latentes y veladas.

Todo está en él potencialmente en estado de germen, como el árbol en el germen minúsculo de la semilla.

Esta semilla está plantada en la tierra fecunda de la vida humana, a fin de que vivificadas las fuerzas latentes por el sol de la alegría y la lluvia de las lágrimas, pueden nutrirse con los jugos del mantillo vital que llamamos experiencia, y se desenvuelva en árbol potente a imagen del Señor que lo engendrara.

La evolución humana es la del Pensador.

Se reviste de cuerpos en los planos mental inferior, astral y físico.

Luego de gastados estos cuerpos a través de las vidas terrestres, astral y mental inferior, los deja sucesivamente en los diversos estados de ese ciclo de vida, a medida que pasa de un mundo a otro, pero acumulando siempre los frutos cosechados, para su aprovechamiento en cada plano.

Al principio, tan escasamente consciente como el cuerpo físico de un recién nacido, permanece como en soñolencia hasta que las experiencias obran sobre él desde lo exterior y le ayudan a despertar la actividad de alguna de sus fuerzas latentes.

Luego, poco a poco va desempeñando papel cada vez más importante en la

dirección de su existencia; y finalmente, conseguida la madurez, toma su vida entre sus propias manos t adquiere siempre creciente imperio sobre su destino futuro.

De extrema lentitud es el crecimiento del cuerpo permanente que con la conciencia divina constituye lo que llamamos el Pensador.

Su nombre técnico es el de cuerpo causal, porque reúne en sí los resultados de todas las experiencias, los cuales obran como causas y modelan las existencias futuras.

El cuerpo causal es el único permanente de cuantos el hombre necesita en su encarnación.

Sabemos, en efecto, que los cuerpos físico, astral y mental inferior se reconstruyen en cada encarnación.

Cada uno de ellos, al desaparecer, trasmite su residuo al cuerpo inmediatamente superior, y todos los residuos se acopian en el cuerpo permanente.

Cuando el Pensador vuelve a encarnar, exterioriza sus energías, compuestas de sus frutos, sobre cada plano sucesivo y atrae sobre sí uno tras otros nuevos cuerpos en armonía con su propio pasado.

En, cuanto al acrecentamiento del cuerpo causal, es, como hemos dicho, extremadamente lento, porque sólo puede vibrar en respuesta a impulsos susceptibles de expresión en la sutilísima materia que lo compone.

Únicamente se asimila estos impulsos en la textura de su ser.

Las pasiones, que tan importante papel juegan en las primeras fases de la evolución humana, no pueden por lo tanto afectar directamente el crecimiento del cuerpo causal.

El Pensador sólo asimila las experiencias que pueden reproducirse por las vibraciones del cuerpo causal; y esas experiencias deben pertenecer a la región mental, con carácter sumamente intelectual o moral.

Además, su materia sutil no puede hallar en el plano físico ninguna vibración simpática.

Con un poco de reflexión comprenderá cada cual cuán pobre es su vida cotidiana en materiales útiles para el desarrollo de ese cuerpo sublime.

Y de la lentitud de la evolución proviene la tardanza en el progreso.

Cuando el Pensador sea bastante potente para manifestarse de un modo más completo en cada vida sucesiva, la evolución se efectuará a gigantescos pasos.

La persistencia en la iniquidad repercute sin embargo indirectamente sobre el cuerpo causal y retarda su crecimiento.

Efectivamente, parece que la prolongada perseverancia en el mal determina cierta incapacidad para responder a las opuestas vibraciones del bien.

El crecimiento se retrasa así durante un período considerable, aun después de

haber cesado en la práctica del mal.
Para dañar directamente al cuerpo causal, hace falta una perversidad muy intelectual y sutil. El “pecado espiritual”, que mencionan las diversas Escrituras del mundo.
Felizmente es un caso tan raro como el bien espiritual.
Ni uno ni otro se encuentran sino en los seres altamente evolucionados, que siguen el sendero de la derecha o el de la izquierda. (I) (El sendero de la derecha es el que conduce a la humanidad divina, al Adeptado puesto al servicio de los mundos. El sendero de la izquierda lleva al Adeptado que intenta frustrar los progresos de la evolución en provecho de intereses individuales y egoístas. Se les llama también sendero blanco y sendero negro.)

La residencia del Pensador, del Hombre Eterno, es el quinto subplano, el nivel inferior de la región “sin forma” del plano mental.
Allí están las grandes masas de la humanidad, apenas despiertas, en la infancia de su vida.

El Pensador llega con lentitud al estado consciente, a medida que sus energías obran sobre los planos inferiores y adquieren en ellos experiencia.
Esta experiencia es absorbida al mismo tiempo que las energías exteriorizadas del Pensador, cuando a él vuelven cargadas con la cosecha de una vida.

El Hombre Eterno, él Yo individualizado, es el verdadero actor en cada uno de los cuerpos que le envuelven.
Su presencia da el sentimiento del Yo tanto al cuerpo como al intelecto, y el Yo es el principio que posee conciencia y por ilusión se identifica con aquél cuerpo en que despliega más activamente sus energías.
Para el hombre sensual él Yo es el cuerpo físico y el cuerpo de deseo; saca de ellos su gozo y los considera como a sí mismo porque su vida está en ellos.
Para el sabio, él Yo es la inteligencia, porque en el ejercicio de ella encuentra su alegría y en ella concentra su vida.
Un reducido número puede elevarse hasta las cumbres abstractas de la filosofía espiritual, para sentir como su Yo el Hombre Eterno cuyo recuerdo se extiende a través de las vidas pasadas y cuya esperanza abarca las futuras.
Los fisiólogos nos dicen que el dolor de un corte en un dedo no se siente realmente en donde la sangre fluye, sino en el cerebro, y que nuestra imaginación lo proyecta inmediatamente al exterior sobre la parte lesionada.
Dicen que es ilusoria la sensación de dolor en el dedo, pues la imaginación lo lleva al punto de contacto con el objeto que ocasiona la herida.
Así un hombre experimentará dolor en un miembro amputado, o mejor dicho, en el espacio que ese miembro ocupaba.
De un modo análogo él Yo único, el Hombre interior, experimenta sufrimiento o placer en los puntos de sus envolturas corporales que están en contacto con

el mundo exterior; y considera su envoltura como a sí mismo, ignorando que esa sensación es ilusoria, y que él mismo es él único ser que obra y recoge la experiencia en cada vehículo.

Con arreglo a estos conceptos, consideramos ahora las relaciones entre el mental superior y el mental inferior, y su acción sobre el cerebro.

Manas, el Pensador, es decir, la mente verdadera, es única, y no otra que él Yo en el cuerpo causal, fuente de energía innumeras, de vibraciones infinitamente diversas que irradian en torno de él.

Las más elevadas y sutiles de estas vibraciones se manifiestan en la materia del cuerpo causal, la única bastante delicada para responderlas.

Ellas constituyen lo que llamamos la Razón Pura, cuyos pensamientos son abstractos y cuyo método de conocimiento es la intuición.

“Su verdadera naturaleza es conocimiento”, y reconoce así la verdad a primera vista por su conformidad con ella.

Las vibraciones menos sutiles pasan al exterior, atrayendo la materia de la región mental inferior, y estas vibraciones constituyen el Manas inferior o mental inferior, que, por lo tanto, está constituido por las energías más groseras del mental superior, manifestadas en materia más densa.

Esto es lo que llamamos el intelecto, comprendiendo la razón, el juicio, la imaginación, la comparación y otras facultades mentales.

Sus pensamientos son concretos y tiene por método la lógica: discute, razona y deduce.

Estas vibraciones obran a través de la materia astral sobre el cerebro etéreo, y mediante éste sobre el cerebro físico denso, dando origen en él a otras vibraciones pesadas y lentas en reproducción de aquellas mismas.

Lentas y pesadas, porque las energías pierden mucho de su actividad, puesto que han de mover materia más pesada.

Esta aminoración de energía, cuando se inicia una vibración en un medio sutil para trasmitirse enseguida a un medio más denso, es cosa familiar para quien ha estudiado física.

Tocad un timbre al aire libre y suena claramente.

Tocadlo en un ambiente de hidrogeno, y las vibraciones del hidrogeno, al conmover a su vez las ondas atmosféricas aminorarán el sonido.

Las operaciones del cerebro, en respuesta a choques rápidos y sutiles del pensamiento, son igualmente débiles; y no obstante, constituyen lo que la mayoría de los hombres reconoce como estado consciente.

La importancia inmensa del funcionamiento mental de esa conciencia física proviene de que es el único intermediario por donde el Pensador puede recoger el fruto de la experiencia.

Mientras está dirigido por las pasiones, las sigue, y el Pensador, sin nutrición

alguna no puede desarrollarse.
Y mientras está totalmente absorbida por las actividades mentales del mundo exterior, sólo puede despertar las energías más ínfimas del Pensador.
Únicamente el día en que este puede hacer sentir el verdadero objeto de su vida, comienza a llenar sus funciones más útiles y a recoger las experiencias que despiertan y nutren las energías más elevadas del Pensador.
A medida que éste se desenvuelve, se hace cada vez más consciente de sus propios poderes, así como de las operaciones de sus energías sobre los planos inferiores, y sobre los cuerpos cuyas energías actúan cerca de él.
Comienza, en fin, a esforzarse en influir en esos cuerpos, utilizando la memoria del pasado para guiar su voluntad; y produce entonces sobre ellos las impresiones que llamamos "conciencia", si sé refieren a la moral, y "relámpagos de intuición", si iluminan el intelecto.
Cuando estas últimas impresiones son bastante frecuentes para que se las pueda considerar como normales, designamos su conjunto con la palabra "genio".

La evolución superior del Pensador está señalada por él más completo dominio que ejerce en lo sucesivo sobre sus vehículos inferiores, por su creciente susceptibilidad a su influencia, y por su contribución, siempre mayor, a su desarrollo.
Los que quieren colaborar deliberadamente en esta evolución pueden efectuarlo por una dirección metódica del mental inferior y de la naturaleza moral en esfuerzo constante y bien dirigido.
El hábito de un pensamiento sereno, sostenido y perseverante, sobre los objetos de meditación y estudio que no sean mundanos y exteriores, desenvuelve el cuerpo mental y lo mejora como instrumento.
El esfuerzo que tiende a cultivar el pensamiento abstracto es igualmente útil, porque eleva al mental inferior hacia el mental superior y atrae sobre sí los materiales más sutiles de su propia región.
Gracia a métodos semejantes todo hombre puede cooperar activamente a la evolución de su verdadero ser.
Cada progreso efectuado acelera los progresos siguientes.
Ningún esfuerzo se pierde, por mínimo que sea; todos producen efecto, y toda contribución recogida y trasmitida al interior se acopia en el tesoro del cuerpo causal para utilizarla ulteriormente.
Así la evolución, aunque lenta y llena de frecuentes soluciones de continuidad, va siempre en progreso, y la Vida Divina que sin cesar florece en cada alma, somete gradualmente todas las cosas a su imperio.

EL DEVACHAN
SABIDURÍA ANTIGUA

Devachán es el nombre que se da al Cielo en el tecnicismo teosófico.
Traducido literalmente significa: morada luminosa o morada de los Dioses (I)
(Devasthan, el lugar de los Dioses, es el término sánscrito equivalente. Es el Svarga de los indos, el Sukhâvati de los buddhistas, el cielo de los zoroastrinos y cristianos, así como el de los musulmanes menos materialistas.)
Es una región sumamente protegida del plano mental, de la que están excluidas por completo la tristeza y el mal por las Altas Inteligencias Espirituales que presiden la evolución humana, y en la que residen, tras el cumplimiento de su estancia en Kamaloka, los seres humanos despojados de sus cuerpos físicos y astral.
La existencia devachánica comprende dos períodos.
El primero transcurre en las cuatro subdivisiones inferiores del plano mental, dónde el Pensador conserva su cuerpo mental y permanece condicionado por él, en tanto que dura la asimilación de los materiales reunidos con la ayuda de ese cuerpo durante la vida terrestre que acaba de pasar.
El segundo se desarrolla en el mundo "sin forma", donde el pensador, desembarazado de su cuerpo mental, goza sin trabas de la vida que le es propia, en la plena conciencia y conocimiento a que ha llegado.

La duración total de la estancia en el Devachán depende de la calidad de materiales propios para la existencia devachánica, acopiados por el alma durante su vida terrestre.
La recolección de los frutos destinados a consumirse y a asimilarse en el Devachán comprende todos los pensamientos y todas las emociones puras engendradas durante la vida terrena, todos los esfuerzos intelectuales y morales y todas las aspiraciones del mismo orden, todos los recuerdos del trabajo útil efectuado y los proyectos ideados para el servicio de la humanidad; en una palabra, todo lo que es susceptible de convertirse en facultades mentales y morales a fin de ayudar a la evolución del alma.
Ni uno sólo de esos esfuerzos se pierde, por débil y efímero que haya sido.
Pero las pasiones egoístas y brutales no tienen allí cabida, porque no encuentran materiales adecuados para su expresión.
Además, todo el mal de la existencia pasada, aunque hubiese preponderado sobre el bien, no puede impedir la recolección del bien que se ha sembrado, por poco que haya sido éste; la escasez de cosecha puede abreviar la vida celeste, pero el hombre más depravado, si tuvo una leve aspiración al bien, si experimentó el más mínimo movimiento de ternura, tendrá en el Devachán un período de existencia donde el germen del bien anhelado y la chispa del bien

efectuado se desenvuelva en una tenue llama.

En otras épocas, cuando los hombres sentían el deseo del cielo y regulaban su vida con objeto de saborear sus delicias, la estancia devachánica era muy larga y duraba veces millares de años.

En la época presente, el espíritu humano se apega tanto y tan persistentemente a las cosas terrenas y tiene tan pocos pensamientos elevados, que el período devachánico ha quedado reducido a muy corto período.

De un modo análogo, la estancia en las regiones superior e inferior (I) (Estancia designadas por las palabras: Devachán Rupa, o Arupa, según se trate de las regiones Rupa o Arupa del plano mental.) del plano mental es respectivamente proporcional a la suma de pensamientos realizados en los cuerpos causal y mental.

Todos los pensamientos pertenecientes al yo personal, a la vida que acaba de extinguirse, con sus ambiciones, intereses, afectos, esperanzas t temores; todos estos pensamientos se desarrollan en la esfera devachánica, donde las formas subsisten todavía; mientras que los pensamientos que pertenecen al mental superior, a las regiones de la inteligencia abstracta e impersonal, se desenvuelven y asimilan en la región devachánica “sin forma”

La mayoría de los hombres no hacen más que entrar en esta región sublime, para salir de ella inmediatamente.

Algunos pasan allí gran parte de su existencia celeste, y otros permanecen casi la totalidad de esta existencia.

Antes de entrar en pormenores fijaremos algunas de las ideas fundamentales que regulan la existencia devachánica, aunque ésta difiere hasta tal punto de la vida física, que toda descripción corre el riesgo de extraviarse por su misma rareza.

Las gentes vulgares se fijan tan poco en su vida mental, aún en la vivida en su cuerpo físico, que ante la descripción de la vida mental fuera de él, pierden toda noción de realidad y les parece estar en el mundo de los sueños.

En primer término, conviene fijar la idea de que la vida mental es infinitamente más intensa, activa y más cercana a la realidad que la vida de los sentidos.

Lo que tocamos, oímos y gustamos, todo lo que hacemos aquí abajo, es mucho menos real que las cosas que percibimos en el Devachán; pero aun en este estado no vemos las cosas tales como son, pues cúbrenlas todavía dos velos.

Nuestro sentimiento de la realidad en este mundo es totalmente ilusorio; no conocemos los objetos ni los seres tales como son sin tan sólo las impresiones producidas por ellas en nuestros sentidos, y las conclusiones erróneas con frecuencia, que nuestra razón deduce del conjunto de esas impresiones.

Pónganse frente a frente las ideas que de un mismo hombre tienen su padre, su

amigo íntimo, la mujer amada, su rival en los negocios, su mayor enemigo y un conocido casual, y se verá cuánto difieren esas imágenes.
Cada cual puede suministrar únicamente la imagen o impresión producida sobre su propio espíritu, y ¡cuánto difieren esas impresiones del hombre real, visto en su integridad por los ojos que penetran en todos los velos!
De nuestros amigos conocemos la impresión que producen sobre nosotros y esa impresión está estrictamente limitada por nuestra facultad de percibir.
Un niño puede tener por padre a un gran hombre de estado, lleno de proyectos sublimes; pero ese guía de los destinos de una nación, sólo es para él su más divertido compañero de juego y el más seductor narrador de consejas.
Vivimos en la ilusión, pero tenemos el sentimiento de la realidad y esto basta para contentarnos.
En el Devachán estaremos todavía rodeados de ilusiones, pero próximas, en dos grados, a la realidad, como acabamos de decir; y allí también tendremos un sentimiento de realidad que nos satisfará completamente.

Las ilusiones terrestres no quedan desvanecidas, por lo tanto, en el cielo inferior, sino disminuidas; y el contacto de los seres en esta región es más real y más inmediato.
No hay que olvidar, en efecto, en efecto, que este cielo forma parte de un basto sistema de evolución, y que en tanto que el hombre no encuentra su Yo real, su propia irrealidad le sujeta a las ilusiones.
Un hecho contribuye, sin embargo, a darnos el sentimiento de realidad en la vida presente y el de irrealidad cuando estudiamos el Devachán, y es: que consideramos la vida terrestre en sí misma, sometidos como estamos a toda la fuerza de sus ilusiones, mientras que contemplamos el Devachán desde el exterior, libres por el momento de maya.

En el Devachán se invierten las condiciones, y los que se encuentran en él sienten que únicamente su vida es real y que la vida terrestre es un tejido de ilusiones y engaños.
En una palabra, están menos apartados de la verdad que quienes desde la tierra denigran su morada celeste.

Hemos de notar que el Pensador, revestido exclusivamente de su cuerpo mental, cuyos poderes puede utilizar libremente, manifiesta la naturaleza creadora de esos poderes en una medida imposible de concebir en el plano físico.
El pintor, el escultor, el músico, tienen en la tierra sueños de exquisita belleza, y crean sus visiones por la fuerza del pensamiento; pero cuando tratan de encarnar su sueño en los materiales groseros de la tierra, la obra queda muy por debajo de la creación mental imaginada.
El mármol es demasiado rígido para expresar la forma perfecta, y el color muy

pálido para reflejar la perfecta luz.
Pero en el cielo, todo lo que el artista piensa se plasma directamente en forma, porque la materia delicada
Y sutil del mundo celeste es la misma sustancia mental, por el medio en que trabaja normalmente la inteligencia limpia de toda pasión.
Y esa materia toma forma a la menor vibración del pensamiento.

Se sigue dé ahí que, en realidad, cada hombre crea su propio cielo, y que puede acrecentar indefinidamente la belleza de lo que le rodea, según la fuerza y riqueza de su inteligencia; y así, a medida que el alma desarrolla sus facultades, su cielo se hace más delicado y más exquisito.
Ella misma crea todas sus limitaciones, y a medida que gana en profundidad y expansión, su cielo se agranda y es más profundo.
Si el alma es débil y egoísta, pobre y mal desarrollada, la vida celeste participa de ese carácter mezquino, aunque representa siempre lo que de mejor hay en el alma, por mediano que sea.
Pero a medida que el hombre evoluciona, su vida en el Devachán es más completa, más rica, más real.
Las almas elevadas entran en relación más íntima y su comunicación es sin cesar más libre y profunda.
Por el contrario, una vida terrestre mezquina, vana e inútil, tiene por consecuencia en el Devachán, una existencia relativamente mezquina e incolora, subsistiendo sólo en ella los elementos morales y mentales.
No podemos tener más que lo que somos, y nuestra cosecha es proporcional a nuestra siembra.
No os engañéis: nadie se burla de Dios; porque lo que el hombre haya sembrado, eso, ni, más ni menos cosechará.
Nuestra indolencia y nuestra avidez quisieran cosechar donde no sembramos; pero en el universo, en el mundo de la ley, La Buena Ley, misericordiosamente justa, da a cada uno el exacto salario de su trabajo.

En el Devachán estaremos dominados por las impresiones o imágenes mentales que nos formemos de nuestros amigos.
En torno de cada alma se presentan aquellos a quienes amó sobre la tierra, porque la imagen de un ser amado, conservada intacta en el fondo del corazón, viene a ser en el cielo un compañero real y vivo para el alma.
No cambian allí los que hemos amado; serán para nosotros ni más ni menos lo que fueron aquí abajo.
Por la fuerza creadora de nuestro pensamiento en el Devachán modelamos en sustancia mental, la apariencia externa de nuestros amigos tal como afectó a nuestros sentidos en la tierra.
Lo que sólo era para nosotros en el mundo físico una imagen mental subjetiva,

viene a ser en el cielo una forma objetiva en sustancia mental viva, que reside en nuestra propia atmósfera mental; y lo que era vago aquí abajo, toma intenso y vivo aspecto.
¿Y que decir de la verdadera comunión de alma con alma? Es más íntima, más próxima, más amante que todo lo que conocemos en la tierra; porque, como hemos visto, en el plano mental no hay barreras entre las almas.
La realidad de la comunión de las almas es allí proporcional a la realidad de la vida de las almas.
La imagen mental de nuestro amigo es nuestra creación propia; su forma es tal como la que conocimos y amamos, y su obra se manifiesta a la nuestra a través de esa forma según el grado de simpatía que exista entre sus vibraciones respectivas.
Ahora bien: ningún contacto es posible con los que hemos conocido en la tierra, si nuestras relaciones sólo fueron las del cuerpo físico o del cuerpo astral, o si no hay acuerdo en la vida interior entre ellos y nosotros.
Por esto, en el Devachán no puede penetrar ningún enemigo, pues únicamente el acuerdo simpático de los espíritus y de los corazones unen allí a los hombres.
La separación del corazón y de la inteligencia implica separación en la vida celeste, pues nada inferior al corazón y a la inteligencia puede encontrar expresión en ella.
Con aquellos que nos adelantan en su evolución, nos ponemos en contacto en cuanto podemos comprenderlos.
Las inmensas regiones de su ser se extienden fuera de nuestro alcance; pero todo lo que podemos alcanzar, está en nosotros.
Además, esos hermanos mayores pueden ayudarnos y nos ayudan efectivamente en nuestra vida celeste, bajo condiciones que vamos a considerar.
Nos ayudan a ascender, nos elevan hasta ellos y nos colocan en situación de recibirlos.
No hay, pues, en el cielo separación de tiempo ni de espacio; pero hay separación por falta de acuerdo entre espíritus y corazones.

Vivimos, pues, en el cielo con todos los que amamos y admiramos; y el grado de nuestra comunión con ellos lo determinan los límites de nuestra capacidad, o de la suya si estamos más avanzados los volvemos a encontrar bajo las formas en que los amamos sobre la tierra y con el recuerdo perfeccionado de nuestras relaciones terrestres; porque el cielo es eflorescencia de cuanto no pudo florecer en la tierra, y los amores frustrados y tibios de esta vida se desarrollan allí con vigoroso poder.
Como la comunión es directa, no pueden equivocarse ni de palabra ni de

pensamiento que crea su amigo, o por lo menos todo lo que le es asequible de ese pensamiento.

El Devachán, el mundo celeste, es una mansión de felicidad y de dicha inefable, pero es también algo más que un reposo para el peregrino fatigado, pues allí se produce la elaboración y asimilación de cuanto tiene valor real en las experiencias adquiridas por el Pensador durante su pasada vida.

Todas estas experiencias se meditan dilatadamente y se transforman de manera gradual en facultades morales y mentales, en poderes adquiridos, con los que el hombre volverá a la tierra en su próxima reencarnación.

No asimilado a su cuerpo mental el recuerdo, subsistirá sólo para el Pensador que atravesando ese pasado sobrevivirá inmortal.

Ahora bien: las experiencias pasadas se trasmutan en aptitudes mentales, de suerte que si un hombre ha estudiado con profundidad un problema, el efecto de su trabajo será la creación de una facultad especial que le permita profundizar sin esfuerzo semejante cuestión cuando se le ofrezca coyuntura en una encarnación venidera.

Nacerá así con aptitudes especiales para tal género será estudioso y estará seguro de triunfar fácilmente.

Todo lo que ha pensado el hombre sobre la tierra se utiliza así en el Devachán: cada aspiración se transforma en poder, todos los esfuerzos estériles se convierten en facultades y en aptitudes.

Las luchas y las derrotas son materiales para forjar los instrumentos de victoria; y los sufrimientos y los errores son como brillantes y preciosos metales que se transformarán en voluntades sabias y justas.

Los proyectos de beneficencia que en la tierra fracasaron por falta de poder y de habilidad se elaboran por el pensamiento en el Devachán, ejecutándose, por decirlo así, detalle por detalle, desarrollándose bajo formas de facultades de la inteligencia, con poderes y habilidades necesarias.

Semejantes facultades se utilizarán en una vida futura sobre la tierra, cuando el estudiante aplicado renazca como genio y el devoto como santo.

La vida celeste, no es, pues, un simple sueño, ni un paraíso oriental de molicie y abandono, sino un estado donde la inteligencia y el corazón se desenvuelven libres de las materias groseras y de los cuidados triviales de la tierra, el estado en que forjamos las armas para asegurar nuestro progreso futuro tras los rudos combates terrenales.

Cuando el Pensador ha consumido, en su cuerpo mental, todos los frutos de su vida terrestre debidos a la actividad de ese cuerpo, lo abandona para vivir sin trabas en su propia residencia.

Todas las facultades mentales que encontraban expresión en los niveles inferiores del plano mental se retraen al interior del cuerpo causal, de la misma

manera que los gérmenes de la vida pasional se absorbieron en el cuerpo mental cuando este abandonó él cascaron astral a su disolución en el Kamaloka.
Todas esas energías mentales y pasionales se eclipsan un instante en el cuerpo causal, como fuerzas latentes faltas de materias en que manifestarse. (I)
(El estudiante encontrará aquí una sugestión fecunda sobre el problema de la continuidad de la conciencia tras el cumplimiento del ciclo del universo. Ponga a Ishvara (el Logos) en lugar del Pensador, y reemplace las facultades, fruto de la experiencia, por las almas humanas, frutos de un universo, y entonces entreverá que es la condición indispensable para la continuidad del estado consciente durante el intervalo que separa dos universos)
El cuerpo mental, la última vestidura temporal del verdadero hombre, se disgrega entonces; y sus materiales reingresan en el Océano común de materia, de donde fueron sacados en el último descenso del Pensador.
Así el cuerpo causal sólo subsiste como receptáculo y tesoro de cuanto ha sido asimilado en la vida pasada.
El Pensador, cumplido uno de los ciclos de su gran peregrinación, reposa por un momento en su región natal.

En este instante, su estado consciente depende por completo del grado de evolución conseguido.

En las primeras fases de su vida, el Pensador no puede sino dormir inconscientemente, al dejar los cuerpos que le servían de vehículos en los planos inferiores.
Su vida palpita dulcemente en él, asimilando algunos resultados, casi insignificantes, de su existencia terrestre, que pueden entrar en sus substancias, pero no tiene conciencia de lo que le rodea.
Ahora bien: a medida que progresa, este período de su vida adquiere más importancia y ocupa una parte más considerable de su existencia celeste.
Adquiere conciencia de sí, y por consiguiente de lo que le rodea, del no—yo; y la memoria le presenta todo el panorama de su vida a través de las edades pasadas.
Ve las causas que en la última existencia terrestre produjeron sus efectos, y estudia las nuevas causas que ha engendrado en esta última encarnación; absorbe y asimila en la textura de su cuerpo causal todo cuanto hay de más noble y sublime en el capítulo de la existencia que acaba de pasar; y por su actividad interior desarrolla y coordina los materiales que lo componen.
Se pone también en contacto directo con las grandes almas, estén encarnadas o no en aquel instante, y de su comunicación con ellas recibe enseñanzas de más firme sabiduría y más grande experiencia.
Cada vida celeste es sucesivamente más rica y profunda.

A medida que la potencia receptiva del Pensador se desarrolla, el saber entra en él en poderosas oleadas y más y más aprende a comprender las operaciones de la Ley y las condiciones del progreso evolutivo.
Torna así cada a la vida terrestre con mayor sabiduría, con poder más efectivo, con visión más clara del fin de la vida y con discernimiento más claro del sendero que a él conduce

Por poco evolucionado que esté el Pensador, llega para él un momento de visión clara en el instante de su vuelta a la vida de los mundos inferiores.
En un momento ve su pasado con las causas que contiene, preñadas de lo porvenir, y ante sus ojos desfila el plan general de su próxima encarnación.
Poco después las nubes de la materia inferior surgen en torno de él y su visión se pierde en las tinieblas.
Comienza el ciclo de una nueva encarnación; se despiertan los poderes del mental inferior y sus vibraciones reúnen los materiales de la región correspondiente para la formación del cuerpo mental, primer paso del nuevo ciclo.
Estas indicaciones deben bastar por ahora, pues se tratarán de un modo más especial en los capítulos consagrados a la Reencarnación.

Hemos dejado el alma adormecida, despojada de los últimos o jirones o restos de su cuerpo astral, presta a pasar del Kamaloka al Devachán, del purgatorio al cielo.
La conciencia adormecida se despierta a un sentimiento de gozo inefable, de felicidad indecible, de paz que sobrepuja a toda comprensión..
Las melodías más dulces resuenan en torno a ella, los matices más delicados fascinan sus ojos; la atmósfera misma parece un conjunto de música y de color, y todo el ser se inunda de luz y de armonía.
Luego, a través de la bruma de oro, aparecen sonriendo con dulzura, las figuras amadas sobre la tierra, idealizadas por la belleza que expresan sus emociones más nobles, más sublimes, sin la menor sombra de los cuidados y de las pasiones de los mundos inferiores.
¿Quién podrá referir la felicidad de ese sueño, la gloria de esa primera aurora de la existencia celeste?

Vamos a estudiar ahora detalladamente las condiciones que distinguen las siete sub—divisiones del Devachán.
Recordaremos que, en las cuatro subdivisiones inferiores, estamos en el mundo de formas, o mejor dicho, en un mundo donde todo pensamiento toma inmediatamente forma.
Este mundo “formal” pertenece a la personalidad, y cada alma se encuentra allí, por consiguiente, rodeada de todos los elementos de su vida pasada que han penetrado en su inteligencia y pueden expresarse en pura sustancia

mental.

La primera región, la inferior, es el cielo de las almas menos evolucionadas, cuya más alta emoción sobre la tierra fué un amor acendrado, sincero y a veces desinteresado hacia la familia y los amigos.

Puede haber ocurrido también que hayan experimentado admiración amante por una persona más pura y mejor que ellas, o que hayan deseado llevar una vida más elevada, o hayan tenido algún anhelo de expansión mental y moral.

Sin embargo, no disponen todavía de los materiales necesarios para modelar las facultades y su vida va así en progresión muy lenta.

Sus afectos de familia, alimentados un poco acrecentados, renacerán después de cierto tiempo con una naturaleza emocional y una tendencia más acentuada a reconocer un ideal superior y a obrar conforme al mismo.

Entretanto gozan de toda dicha que pueden contener; su vaso es pequeño, pero está colmado de felicidad, y su goce celeste se extiende a todo lo que pueden concebir.

La pureza de esta existencia y su armonía obran sobre sus facultades embrionarias, que solicitan dulcemente su atención, y comienzan a sentir los primeros estremecimientos interiores, precursores indispensables de todo nacimiento.

El segundo grado de la vida devachánica comprende los fieles de todas las religiones, cuyo corazón durante la vida terrestre se dirigió con amor hacia Dios, cualquiera que haya sido el nombre o la forma de adoración.

La forma puede haber sido menguada, pero su corazón se ha elevado por la aspiración, y allí encuentran el objeto de su culto y de su amor.

El Ser Divino les espera, tal como lo concibieran en la tierra, pero revestido de la radiante gloria de las substancias del Devachán, más hermosa y divina de lo que pueden imaginar los sueños más exaltados.

Es Ser Divino se limita a sí mismo para ponerse al alcance de su adorador; y cualquiera que sea la forma bajo que haya sido adorado, en ella se ofrece a las ávidas miradas del bienaventurado, cuyo corazón esta henchido por la correspondencia del Amor divino.

Las almas se abisman allí en éxtasis religioso, adorando al Único bajo las formas que su piedad prefirió en la tierra, en medio de su devoto entusiasmo en comunión con el Ser adorado.

En la morada celeste ningún creyente está desamparado, porque el Ser Divino es siempre visible bajo la forma familiar a cada uno.

Al resplandor de esa comunión, las almas crecen en pureza y en devoción, y cuando vuelven a la tierra estas cualidades se encuentran sumamente desarrolladas.

No cabe imaginar, sin embargo, que toda su existencia celeste se deslice en

éxtasis devoto, pues tienen también muchas ocasiones de edificar y fortalecer las demás cualidades de corazón y de la inteligencia.

En la tercera región encontramos a los eres sinceros y nobles que consagraron sus servicios a la humanidad sobre la tierra y fundieron de un modo generoso su amor a Dios en forma de trabajo para el hombre.

Recogen allí el fruto de sus buenas obras y desarrollan al mismo tiempo su disposición para servir y la sabiduría que utilizarán después.

Los proyectos de amplia beneficencia se suceden ante el pensamiento del filántropo.

Como un arquitecto, traza los planos del futuro edificio que construirá al regresar a la tierra, y madura los designios que ejecutará en su día.

Como un Dios creador, concibe de antemano un mundo de bondad, que se manifestará en la grosera materia física cuando llegue oportunidad de tiempo.

Estos serán los grandes filántropos de la tierra en los siglos venideros y encarnarán con dones innatos de amor desinteresado y realizadora fuerza.

El cuarto cielo es seguramente el que entre todos ofrece más variado carácter, porque en él se despliegan los poderes de las almas más avanzadas, en cuanto pueden expresarse en el mundo de las formas.

Se encuentran allí los primates del arte y de las letras, ejerciendo todos sus poderes de forma color y armonía, creando facultades mayores, con las que al renacer volverán a la tierra.

Los más potentes genios musicales de la tierra, que sobre ellas derramaron torrentes de armonía superior a toda descripción, así como el genio de Beethoven ya sin sordera, hacen este cielo más armonioso, arrancando a las esferas más altas inefables melodías que resuenan vibrantes por todos los ámbitos celestes.

Encuéntranse también allí los maestros de la pintura y de la escultura, aprendiendo colores nuevos y líneas de no soñada armonía.

Hay también otros, fracasados a pesar suyo en sus grandes aspiraciones, que se ocupan en transformar sus deseos en poderes y sus sueños en facultades y serán maestros en otra vida.

Igualmente se encuentran allí los verdaderos sabios e indagadores de la naturaleza, aprendiendo los secretos de las cosas.

Ante sus ojos se deslizan los sistemas del mundo, mostrando su mecanismo oculto con la trama delicadísima y compleja de las leyes que regulan sus transformaciones.

Y éstos volverán a la tierra con intuiciones ciertas de las vías misteriosas de la naturaleza y serán los autores de los grandes “descubrimientos” del porvenir.

En este cuarto cielo se encuentran también los estudiantes de una sabiduría más profunda, los celosos y respetuosos neófitos que han buscado a los

Instructores de la raza, los que han querido ardientemente encontrar un Maestro y han meditado con paciencia las enseñanzas de cualquiera de los grandes maestros espirituales de la humanidad.
Allí realizan sus aspiraciones y reciben la instrucción que creyeron buscar inutilmente; sus almas beben con avidez la sabiduría celestial, y sentados a los pies del Maestro crecen y progresan a grandes pasos.
Estos renacen sobre la tierra para instruir e iluminar y volverán al mundo con el sello de función sublime de instructores de la humanidad.

Muchos estudiantes que ignoran estas operaciones sutilísimas, se preparan un lugar en el cuarto cielo, mientras en el mundo terrestre meditan con verdadera devoción las páginas de cualquier maestro genial, las enseñanzas de cualquier alma elevada.
Forman así, sin saberlo, un lazo entre ellas y el maestro que aman y veneran; y en el mundo celeste se manifestará este lazo del alma, atrayendo a una mutua comunión a las almas que une entre sí.
Semejantes al sol que adentra simultáneamente sus rayos en gran número de habitaciones, estando iluminada cada una según su total capacidad para recibirlo, esas grandes almas del mundo celeste bañan con sus rayos centenares de imágenes mentales de ellas, creadas por sus fieles discípulos.
Estas imágenes están llenas de vida y animadas de la esencia misma del ser que representan, de suerte que cada estudiante tiene su maestro por instructor, sin poder monopolizarlo, sin embargo, en perjuicio de los demás.

El hombre reside, pues, en los cielos “formales”, durante un período determinado por la abundancia de materiales recogidos sobre la tierra.
Todo lo bueno que ha podido cosechar en la última vida personal encuentra allí su completo desarrollo, su realización total, hasta en los pormenores.
Después, según hemos visto, cuando todo está extinguido, apurada ya la última gota del cáliz de la dicha y consumida la última migaja del festín celeste, todo cuanto se ha transformado en facultad, todo lo de valor permanente, queda absorbido en el interior del cuerpo causal, y el Pensador se despoja de los últimos restos del cuerpo mental, por medio del que ha manifestado sus energías en las regiones inferiores del mundo celeste.
Despojado del cuerpo mental, continúa en su propio mundo a fin de elaborar cuantos elementos de la cosecha asimilada puedan encontrar en esta región elevada materiales propios para su expresión.

El gran número de almas vulgares, no hacen, por decirlo así, más que tocar un instante el nivel inferior del mundo “sin forma”.
Allí se refugian momentáneamente, puesto que todos sus vehículos inferiores se han dispersado; pero se hallan en tan embrionario estado que todavía no son capaces de poseer ningún poder activo para funcionar independientemente en

esta región.
Esas almas quedan inconscientes desde que se disgrega el cuerpo mental.
Tan sólo por un instante puede reaccionar su conciencia; el recuerdo ilumina su pasado, como un relámpago, y así ven las causas más salientes.
Un relámpago de previsión igualmente breve, ilumina su porvenir y ven los efectos que han de realizarse en la próxima existencia.
Tal es la única experiencia del mundo "sin forma" concedida a la mayoría, porque allí, como en todas partes, la cosecha es proporcional a la siembra, y si no se sembró nada, ¿cómo esperar cosecha?

Ahora bien: muchas almas sembraron durante su vida terrestre, con pensamientos profundos y noble conducta, mucho grano cuya recolección pertenece a esta quinta región celeste; así, es grande ahora su recompensa por haberse emancipado de la servidumbre de la carne y de las pasiones, y comienzan a sentir la vida real del hombre, la existencia sublime del alma misma, despojada de las vestiduras que pertenecen a los mundos inferiores.
Aprenden, además, las verdades por visión directa, y ven las causas fundamentales de la que son efecto los objetos concretos.
Aprenden, además, las verdades por visión directa, y ven las causas fundamentales de las que son efecto los objetos concretos.
Estudian las unidades subyacentes, cuya presencia está disfrazada en los mundos inferiores por la engañadora variedad de pormenores aparentes.
Obtienen así un profundo conocimiento de la Ley y aprenden a conocer sus operaciones inmutables bajo los fenómenos al parecer más dispares.
He aquí cómo se graban en el cuerpo indestructible las convicciones firmes e inquebrantables que en la vida terrestre se revelarán como certezas profundas e intuitivas del alma por encima y más allá de todo razonamiento.
Aquí todavía estudia el hombre su pasado, separando cuidadosamente el complejísimo haz de las causas que ha engendrado.
Nota sus mutuas reacciones, las fuerzas resultantes que de ellas proceden, y ve en parte cuáles serán sus efectos en las existencias que le reserva el porvenir.

En el sexto cielo encontramos las almas más avanzadas, que durante su vida terrestre sólo experimentaron débil apego a las cosas temporales y cuyas energías estuvieron consagradas por completo a la vida superior, intelectual y moral.
Para ellas el pasado no tiene velos, su recuerdo es perfecto y sin discontinuidad alguna; se preparan para la próxima vida la actividad de las energías destinadas a neutralizar un gran número de fuerzas contentivas y a reanimar y fortalecer a los que trabajan por el bien.
Tan clara memoria les permite adoptar determinaciones precisas y enérgicas sobre lo que ha de hacerse y lo que ha de omitirse; y pueden fijar sus

decisiones en los vehículos inferiores, en la existencia que se prepara, imposibilitando algunos males incompatibles con esa naturaleza íntima que el ser siente en sí, haciendo, por lo contrario, inevitables algunas costumbres que responden a las exigencias irresistibles de una voz interior que no tolera contradicción alguna.
Tales almas vienen al mundo con las más nobles y elevadas cualidades que hacen imposible una existencia vulgar y señalan al niño desde la cuna como uno de los campeones de la raza.

El hombre que llega a este sexto cielo ve desfilar ante sí los inmensos tesoros de la Inteligencia Divina en su actividad creadora, y puede estudiar los arquetipos de todas las formas que están en vías de evolución gradual en los mundos inferiores.
Puede bañarse en el insondable océano de la Sabiduría Divina y resolver los problemas que se refieren a la ejecución progresiva de esos arquetipos, comprendiendo, en fin, aquel bien parcial que parece ser un mal a los ojos de los envenenados por la carne.
En este horizonte agigantado, los fenómenos toman su justo valor relativo, y hombre ve allí la justificación de los “caminos del Señor”, que dejan de ser para él “insondables” en cuanto se refieren a la evolución de nuestros mundos inferiores.
Los problemas que se propuso inútilmente en la tierra y cuyas soluciones escaparon siempre de su ávida inteligencia, los resuelve por su intuición que rasga los velos fenoménicos y descubre los ocultos eslabones de la no interrumpida cadena de las causas.
Aquí también el alma goza de la presencia inmediata y de la plena comunión de las grandes almas que han cumplido su evolución en nuestra humanidad.
Libertada de las trabas que pone “el pasado” terreno, gusta “el eterno presente” de una vida inmortal y continua.
Aquellos a quienes en la tierra llamamos “muertos ilustres” son arriba vivientes gloriosos, y el alma, embriagada con su presencia, vibra al contacto de su potente armonía haciéndose cada vez más semejante a ellos.

Más sublime, más admirable brilla todavía el séptimo cielo, patria intelectual de los Maestros y de los Iniciados.
Alma alguna puede residir en él si no ha franqueado en la tierra la estrecha puerta de la Iniciación, la puerta “que conduce a la vida eterna” (I) (El iniciado sale del camino ordinario de la evolución y va hacia la perfección humana por un sendero más corto y escarpado)
Este mundo es la fuente de los más poderosos impulsos intelectuales y morales que se extienden sobre la tierra, y de él se derraman, en reparadoras corrientes, y las más sutiles energías.

La vida intelectual del mundo tiene su raíz en él, y de él recibe el genio sus más puras inspiraciones.
Para las almas que allí tienen su morada, poco importa que estén o no sujetas a los vehículos inferiores.
Su conciencia sublime no se interrumpe jamás ni su comunión con los que le rodean.
Cuando "encarnan" pueden comunicar esta conciencia a sus vehículos inferiores en proporción mayor o menor, según lo juzguen oportuno.
Sus determinaciones están guiadas cada vez más por la voluntad de los grandes Seres, identificados con la del Logos, con la Voluntad que converge sin cesar al mayor bien de los mundos, porque allí, los últimos vestigios de la separatividad (2) (Ahamkara, el principio que da nacimiento al Yo, principio necesario a la evolución de la conciencia, pero que debe eliminarse concluida su obra.), están en vísperas de eliminarse en todos los que no han alcanzado la liberación final, es decir, que todavía no son Maestros; y a medida que esos vestigios desaparecen, la voluntad humana se armoniza cada vez más con la voluntad que rige el universo.

He aquí un bosquejo de las siete zonas celestes, a una de las cuales pasa el hombre a su hora, tras el "cambio que llamamos muerte".
Porque la muerte es tan solo un cambio que liberta parcialmente al alma librándola de sus más pesadas cadenas.
Es el nacimiento a una vida más larga, el regreso del alma a su verdadera patria tras breve destierro en la tierra; el paso de la prisión de aquí abajo a la atmósfera libre de arriba.
La muerte es la más grande ilusión terrestre.
No existe la muerte: sólo cambian las condiciones de vida, porque la vida es continua, sin interrupción ni posibilidad de solución de continuidad.
"El espíritu es nonato, eterno, inmemorial, constante"; no perece al morir los cuerpos de que se ha revestido.
Creer en la muerte del espíritu cuando el cuerpo cae en el polvo, sería como creer que los cielos se hunden cuando se rompe un ánfora. (comparación empleada en el Bhagavad Purana.)

LOS PLANOS
BÚDDHICO Y NIRVÁNICO

Hemos visto que el hombre es un ser inteligente y dotado de conciencia, es decir, el Pensador, revestido de envolturas o de cuerpos pertenecientes a los planos mental inferior, astral y físico

Quédanos por estudiar ahora el Espíritu, que es su Yo más íntimo, la fuente de donde procede.

Este Espíritu Divino, rayo emanado del Logos y participe de su Esencia, posee la triple naturaleza del Logos mismo: y la evolución del hombre como hombre consiste en la manifestación gradual de los tres aspectos que se desenvuelven desde el estado latente al estado afectivo, repitiendo en miniatura en el hombre la evolución del mismo universo.

Por eso se ha llamado microcosmos al hombre al llamar macrocosmos al universo.

Y por eso también se le ha llamado el espejo del universo, la imagen o el reflejo de Dios (I) (<<Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza>>) (Génesis, I. 26.)

En, fin el viejo axioma:

“Como es arriba, así es abajo” expresa la misma correspondencia.

La presencia de esa divinidad encubierta garantiza, además, el triunfo final del hombre.

En el resorte oculto, la potencia motora por la que la evolución es, a la par, posible e inevitable; la fuerza ascensional que vence lentamente todos los obstáculos y todas las dificultades.

Es la presencia que Matthew Arnold presentía vagamente cuando hablaba de “la Potencia que fuera de nosotros mismos tiende hacia la perfección”.

Pero se equivocaba al decir: “fuera de nosotros mismos”; porque en verdad es el más íntimo Yo de todos; no nuestro yo separado, sino nuestro Yo. (Atma, el reflejo de Paramârmâ.)

Este Yo es él Único, y por eso se le llama la Mónada (se le llama la Mónada ya se trate de la Mónada del espíritu—materia, o Atma, o de la Mónada de la forma Atma—Buddhi o de la Mónada humana Atma—Buddhi—Manas. En los tres casos permanece una y desempeña el papel de unidad,, teniendo uno, dos o tres aspectos.); y conviene repetir que esta Mónada es el soplo vital del Logos, que contiene en sí misma, en germen o en estado latente, todas las potencias y atributos divinos.

Y semejantes potencias tienen que manifestarse por los choques procedentes de los contactos con los objetos del universo en que la Mónada se proyecta.

El roce engendrado solicita en respuesta las vibraciones de la vida sometida a esa excitación; y las energías de esa vida, pasan una a una, del estado latente al activo.

La Mónada humana, así llamada para distinguirla, presenta, como hemos visto, los tres aspectos del Ser Divino, porque es la imagen perfecta de Dios; y en el ciclo de la evolución humana, los tres aspectos se desarrollan sucesivamente.

Estos aspectos son los grandes atributos de la Vida Divina, manifestada en el universo: existencia, felicidad e inteligencia. (Satchitânanda se usa frecuentemente en las escrituras indas como nombre abstracto de Brahman, de quién las tres personas de Trimurti son manifestaciones concretas.)
Los tres Logos manifiestan respectivamente estos atributos con toda la perfección que requieren los límites de la manifestación.
En el hombre se desenvuelven estos aspectos en orden inverso: inteligencia, felicidad y existencia, significando esta última la manifestación de los poderes divinos.

Hasta ahora, en nuestro estudio de la evolución humana, hemos observado el desarrollo del tercer aspecto de la Divinidad oculta, o sea el de la conciencia como inteligencia.
Manas, el Pensador, el alma humana, es la imagen de la inteligencia universal, del tercer Logos, y toda aquella larga peregrinación en los tres planos inferiores está aplicada a la evolución de este tercer aspecto: el intelectual de la naturaleza divina en el hombre.
Mientras dura la evolución, podemos considerar las otras energías divinas como, por decirlo así, en estado de incubación en el ser humano, sin desarrollar aún activamente sus fuerzas en él.
Están replegadas en sí mismas, in--manifestadas.
Sin embargo, la preparación de estas fuerzas, anterior a su manifestación, prosigue poco a poco.
Gradualmente despiertan del sueño de la no—manifestación, que llamamos estado latente, por la energía siempre creciente de las vibraciones de la inteligencia.
El aspecto beatífico del Yo comienza desde entonces a emitir sus primeras vibraciones, y las palpitaciones nacientes de su vida manifestada se sienten de un modo vago.
Este aspecto beatífico se llama Buddhi en términos teosóficos.
Es una palabra derivada de otra sánscrita que significa sabiduría, y el principio así designado pertenece al cuarto plano del universo, el plano búddhico, donde todavía subsiste la dualidad, pero sin separación.
Se trata aquí de valerse inútilmente de palabras para exponer esta idea, porque las palabras pertenecen a los planos inferiores donde dualidad y separación son lo mismo.
Se puede, no obstante, dar concepto aproximado diciendo que es un estado en que cada uno es él mismo, con una claridad e intensidad a la que no se aproxima ninguno de los mundos inferiores, y donde cada uno siente al mismo tiempo que contiene a todos los demás, siendo uno e inseparable con ellos.
(Recuerde el lector la Introducción y vuelva a leer la descripción de este

estado dada por Plotino, que comienza por estas palabras: “Ven igualmente todas las cosas...>> Y note las frases siguientes: <<Cada una es igualmente a todas las demás>>, y <<en cada una, sin embargo, predomina una cualidad diferente>>.)

Lo más análogo en la tierra a este estado, es la condición de dos personas unidas por un amor puro e intenso, que hace de ellas como un ser único, de suerte que piensan, obran y viven al unísono, sin barrera entre ellas, sin distinguir entre lo mío y lo tuyo y sin separación de ninguna especie (Por esta razón, la felicidad del amor divino ha sido simbolizada, en muchas escrituras sagradas, por el amor profundísimo de los esposos, como en el Bhagavad—Gita de los indos y El Cantar de los Cantares de Salomón. Este es también el amor de que hablan los místicos sufíes y todos los místicos.)

El débil eco de esta región determina a los hombres a buscar la dicha en la unión con el objeto de su deseo, cualquiera que éste sea.

El aislamiento completo es la completa miseria.

Encontrarse desnudo, despojado de todo, suspendido en el vacío del espacio, en soledad absoluta, sin nada más que la propia individualidad; sentirse aislado de todo cuanto existe, encerrado siempre en él yo separado... es lo más intensamente horrible que pueda concebir la imaginación.

La antítesis de este infierno es la unión, y la perfecta unión es, por lo tanto, la perfecta felicidad.

Cuando entra en actividad este aspecto beatífico del Yo, sus vibraciones, análogamente a lo que sucede en los planos inferiores, atraen hacia ellas la materia del plano en que actúan.

Así se forma gradualmente el cuerpo búddhico o cuerpo de la bienaventuranza (1), perfectamente designado con este nombre. (1) (El Anandamayakosha o estuche de beatitud de los vedantinos. Es también el cuerpo del sol, el cuerpo solar de que a veces hacen mención los Upanishads y otros libros) La única manera de contribuir a la edificación de esta forma gloriosa, consiste en cultivar el amor puro, desinteresado, universal, benéfico, el amor que “no ansía nada para sí, que no conoce la parcialidad, que se da sin reservas”.

Esta efusión espontánea del amor es el más característico de los atributos divinos, el amor que lo da todo y nada pide.

Este amor crea el universo, lo conserva y dirige a la perfección y a la felicidad.

Y cada vez que el hombre extiende sobre todos los que lo necesitan, sin predilecciones ni diferencias, sin anhelo de recompensa, con el puro y espontáneo goce de la efusión, desarrolla el aspecto beatífico del Dios que hay en él y prepara el cuerpo de belleza e inefable dicha en el que se alzará el Pensador, libre de los límites de la separación, para hallarse consciente de su

propia individualidad y al mismo tiempo uno con todo lo que vive.
Esta es “la morada no construida con manos, la morada eterna en los cielos” de que habla San Pablo, el gran iniciado cristiano, que encomia la caridad y el amor puro sobre toda virtud, porque ella únicamente contribuye en la tierra a edificar esa gloriosa morada.
Por análoga razón los budistas llaman a la separatividad “la gran herejía”, y por eso también la “unión” es el fin que se proponen los indos.
Alcanzar la liberación, es libertarse de las limitaciones que nos dividen, y del egoísmo, raíz del mal, que una vez desaparecido, extingue para siempre el sufrimiento.

El quinto plano, el plano nirvánico, corresponde al supremo aspecto humano del Dios que hay en nosotros.
Los teósofos llaman a este aspecto Atma, o él Yo.
Este es el plano de la existencia pura, de los poderes divinos manifestados tan completamente como pueden serlo en nuestro quíntuple universo.
Lo que existe más allá, sobre el sexto y séptimo planos, está sumido en la in vislumbrada Luz de Dios.
Esa conciencia átmica o nirvánica es la que han alcanzado los Grandes Seres, primicias de nuestra humanidad, que han cumplido ya el ciclo de la evolución humana y a los que se les llama Maestros. (Se les llama también Mahatmas o grandes espíritus, y Jivanmuktas o almas libertadas. Están unidos a los cuerpos físicos con el fin de ayudar la humanidad. Otros muchos grandes seres viven también en el plano nirvánico.)
Estos han resuelto en sí mismos el problema que consiste en aliar la esencia de la individualidad con la ausencia de toda separación, y viven inmortales como inteligencias, perfectas en sabiduría, amor y poder.

Cuando la Mónada humana emerge del seno del Logos, asemejase a un finísimo hilo de luz, aislado por una cubierta de substancia búddhica, que se desprende del luminoso océano de Atma, del hilo pende una chispa que se rodea de una envoltura ovoide perteneciente a la región arrúpica o “sin forma” del plano mental.
“La chispa pende de la llama por el sutilísimo hilo de Fohat. (Libro de Dzyan, estancia VII. 5. Doctrina Secreta, I.)
A medida que la evolución progresa, es mayor y opalescente este huevo luminoso, y el hilo tenue se transforma en un canal cada vez más amplio, a través del cual fluye con más abundancia la vida átmica.
Finalmente estos tres elementos se funden, el tercero en el segundo y los dos en el primero, quedando unidos como una llama a otra llama de suerte que no es posible distinguirlos.

La evolución humana en el cuarto y quinto planos pertenecen a un período

futuro de nuestra raza; pero aquellos que escogen el difícil sendero de un progreso más rápido, pueden efectuarlo desde luego, como se explicará más adelante.
En este sendero el cuerpo de bienaventuranza evoluciona rápidamente, el hombre comienza a vivir más conscientemente en esta región sublime, y conoce la felicidad que engendra la carencia de barreras exclusivas, y la sabiduría que entra a torrentes cuando desaparecen los límites del intelecto.
El alma se separa entonces de la rueda que gira en los mundos inferiores y adivina la completa libertad del plano nirvánico.

La conciencia nirvánica es la antítesis de la aniquilación; es la existencia elevada a realidad e intensidad inconcebibles para quién sólo conoce la vida de los sentidos y de la mente.
Comparar la conciencia nirvánica con la del hombre sujeto a la tierra, fuera poner en parangón el esplendor del sol con un menguado candil.
Confundir el Nirvana con la aniquilación, so pretexto de que en el Nirvana han desaparecido los límites de la conciencia terrestre, es como si un hombre no conociese más luces que las del candil, negara la posibilidad de luz alguna sin mecha empapada en aceite.
El Nirvana existe.
Los que han entrado en él y viven esta vida gloriosa lo atestiguan en las Escrituras sagradas.
Además, también lo atestiguan los hijos de nuestra raza que han subido esta escala sublime de la humanidad perfecta, y se encuentran en relación con la tierra a fin de que nuestra raza, en su larga peregrinación, pueda subir sin tropiezo los peldaños.

En el Nirvana residen los Seres poderosos que han cumplido su evolución humana en universos anteriores y que salieron del seno del Logos cuando éste se manifestó para poner nuestro universo en existencia.
Son sus ministros en el gobierno de los mundos, los perfectos agentes de su voluntad.
Los Señores de todas las Jerarquías de dioses y de seres que viven bajo sus órdenes en los planos inferiores, tienen allí su residencia, porque el Nirvana es el corazón del universo de donde irradian todas las corrientes de vida cósmica, el corazón desde donde el Gran Aliento envía palpitaciones de vida a todas cosas, y el corazón a donde vuelve ese Aliento el día en que el universo toca a su término.
El Nirvana es la Vida Beatífica que anhela el místico en su ardiente celo.
El Nirvana es la Gloria sin velos, la Meta Suprema.

La fraternidad humana, mejor dicho, la fraternidad de todas la cosas,

encuentra base firme y sólida en los planos espirituales: átmico y búddhico.
Fuera de ellos no hay unidad real, no existe ninguna simpatía perfecta.
El intelecto es, en el hombre, el principio separativo que distingue él yo del no—yo, que tiene conciencia en sí mismo y considera toda cosa como exterior y extraña.
Es el principio de combatividad que lucha y se afirma.
Descendiendo a la base, a partir del plano intelectual, el mundo nos presenta una escena de lucha tanto más áspera cuanto más parte toma en ella intelecto.
La naturaleza pasional no es espontáneamente luchadora sino bajo el aguijón del deseo, cuando encuentra algún obstáculo entre ella y el objeto apetecido; pero a medida que el intelecto inspira su actividad, se torna cada vez más agresiva, porque trata entonces de satisfacer sus propios deseos futuros, y tiende a apropiarse una parte cada vez mayor de las reservas de la naturaleza.
En cuanto al intelecto, es por sí mismo batallador, y su naturaleza esencial consiste en afirmarse diferentemente de los demás.
Y aquí encontramos la raíz de la separatividad y la fuente inagotable de las disensiones humanas.

Ahora bien, cuando la conciencia alcanza el plano búddhico, la unidad se percibe inmediatamente.
Es como si el rayo separado, divergente respecto a los otros, se llegase hasta el sol mismo, fuente idéntica de todos los demás.
Supongan un ser vivo en el sol, inundado de luz, con la única misión de difundirla.
Semejante ser no establecería diferencia alguna entre los diversos rayos y con la misma complacencia vertería la luz en todas las direcciones.
Pues lo mismo puede decirse del hombre que ha alcanzado conscientemente el plano búddhico.
Siente vivamente en sí la fraternidad de que los demás hablan como de algo ideal, y se extiende hacia cualquiera que de su auxilio necesite, prodigando socorro mental, moral, astral o físico, según la necesidad sentida.
Considera a todos los seres como a él mismo, siente que todo lo que posee es tan de ellos como de él, mejor que de él, puesto que siendo menor su fuerza son mayores sus necesidades. Sucede lo que en una familia cuyos hermanos mayores soportan todas las cargas y preservan del dolor y la privación a los menores.

Por espíritu fraternal, la debilidad da derecho a la asistencia, a la protección cariñosa, no pudiendo jamás servir de pretexto para la opresión.
Precisamente por haber llegado a tan excelso nivel, manifestaron siempre los fundadores de las grandes religiones su dulcísima ternura, su desbordante compasión hacia la humanidad, proveyendo así a las miserias físicas como las

aflicciones morales, según las necesidades de cada cual.
La conciencia de esta unidad interna, la percepción del Yo Único que reside igualmente en todos, tal es la única base cierta de la fraternidad.
Otra cualquiera es deleznable y caduca.

A semejante percepción se añade la idea que el gado de evolución de todo ser humano o no humano, depende esencialmente de lo que podemos llamar su edad.
Algunos comenzaron su peregrinación a través de los tiempos mucho después que otros, y aunque las facultades sean las mismas para todos, hay quién las desarrolló de un modo más completo porque tuvo para ello más tiempo que sus hermanos más jóvenes.
Denostando y menospreciando el grano porque no es ya flor, la yema no podrá dar fruto ni el niño ser hombre; y denostando y menospreciando a las almas infantiles que nos rodean porque no han evolucionado tanto como nosotros, hacemos mal.
No nos denostemos por no ser todavía como dioses, porque ignoramos cuánto tiempo ocuparemos el puesto que ocupan hoy nuestros hermanos mayores.
¿Por qué increpar entonces a las almas más jóvenes que no se parecen todavía a nosotros?
La palabra “fraternidad” implica identidad de raza y desigualdad de desarrollo.
Y por esto representa exactamente el lazo que existe entre todas las criaturas del universo: identidad de Vida esencial y diferencias de grado en la manifestación de esta vida.
Tenemos nuestro origen, nuestro método de evolución y nuestro objeto; y las diferencias de edad y de nivel han de contribuir forzosamente a la formación de lazos más íntimos y amorosos.

LA REENCARNACIÓN
SABIDURÍA DIVINA

Ya estamos ahora en situación de estudiar con fruto una de las doctrinas esenciales de la Sabiduría Antigua: la doctrina de la reencarnación.

Nuestro concepto de la reencarnación puede aclararse más y ponerse más en armonía con el orden natural, si la consideramos como principio universal, y luego pasamos a observar el caso especial de la reencarnación del alma humana.
Al estudiarla, este caso especial se arranca generalmente de su sitio en el orden natural, y se le considera, con gran detrimento suyo, como fragmento

dislocado; pues toda la evolución consiste en una vida evolucionante que pasa de una forma a otra a medida que se desenvuelve, almacenando en sí misma la experiencia adquirida en dichas formas.
La reencarnación del alma humana no es la añadidura de un nuevo principio a la evolución, sino la adaptación del principio universal para adquirir las condiciones que exige la individualización de la vida en constante desenvolvimiento.

Mr. Lafcadio Hearn (Mr. Hearn se ha equivocado en la expresión, pero no, según se cree, en el concepto íntimo. Parte de su exposición del concepto budista de esta doctrina y el modo de usar la palabra <<Ego>>, extraviará al que lea su interesante artículo sobre el asunto, si no tiene muy presente la diferencia entre el ego real y el ilusorio.) ha expuesto este punto, al considerar el alcance de la idea de la preexistencia en el pensamiento científico de Occidente.
Dice:
"Con la aceptación de la doctrina de la evolución, las ideas antiguas vinieron a tierra y otras nuevas surgieron en todas partes, reemplazando los antiguos dogmas; y ahora tenemos el espectáculo de un general movimiento intelectual, en sorprendente dirección paralela con la filosofía oriental.
La rapidez sin precedente y lo multiforme del progreso científico durante los últimos cincuenta años, no podían menos de provocar un aceleramiento intelectual, igualmente sin precedente, entre los no científicos.
Que los organismos más elevados y complejos se han desenvuelto de los ínfimos y sencillos; que una sola base física es la substancia de todo el mundo viviente; que no puede trazarse línea alguna de separación entre el animal y el vegetal; que la diferencia entre la vida y la no-vida es sólo diferencia de grado y no de especie; que la materia no es menos incomprensible que la mente, al paso que ambas sólo son manifestaciones de la misma realidad desconocida: todas estas cuestiones se han convertido ahora en vulgaridades de la nueva filosofía.
Después que por primera vez fué reconocida la evolución física hasta por la teología, era fácil predecir que no podría retardarse indefinidamente el reconocimiento de la evolución psíquica, pues quedaba rota la barrera erigida por los antiguos dogmas que impedía a los hombres mirar hacia atrás.
Y hoy, para el estudiante de psicología científica, la idea de la preexistencia pasa del reino de la teoría al de los hechos, probando de plausible modo la explicación budista del misterio universal.

Consideremos la Mónada de forma Atma—Buddhi.
En esta forma, en la vida expirada del Logos, yacen ocultos todos los poderes divinos; pero, como es sabido, están latentes, no manifestados ni funcionantes.

Han de ser despertados gradualmente por choques externos, pues en la misma naturaleza de la vida está en vibrar en contestación a las vibraciones que la pulsan.
Como en la Mónada existen todas las posibilidades de vibración, toda vibración que obre en ella despertará el poder vibratorio correspondiente, y de este modo, una tras otra, pasaran todas las fuerzas del estado latente al activo.
En esto consiste el secreto de la evolución; el medio actúa en la forma de la criatura viva—téngase presente que todas las cosas viven--, y al trasmitirse esta acción a la vida por medio de la forma envolvente, la Mónada que está dentro de ella despierta vibraciones que responden y pasan al exterior desde la Mónada a la forma, poniendo a su vez en vibración sus partículas y volviéndolas a coordinar en forma correspondiente o adoptada al choque inicial.
Esto es la acción y la reacción entre el medio y el organismo, reconocida por todos los biólogos, y que algunos consideran como explicación suficiente de la evolución.
La observación paciente y cuidados de esta acción y reacción no da, sin embargo, explicación alguna de porque el organismo responde así al estímulo; y es necesario que la Antigua Sabiduría venga a descubrir el secreto de la evolución, señalando al Yo en el corazón de todas las formas, como la oculta fuente originaria de todos los movimientos de la Naturaleza.

Una vez comprendida la idea fundamental de una vida que encierra la posibilidad de contestar a todas las vibraciones que lleguen a ella desde el universo exterior, cuyas respuestas son gradualmente determinadas por la acción de fuerzas externas, conviene comprender la segunda idea fundamental: la continuidad de la vida y de las formas.
Las formas transmiten sus peculiaridades a otras formas que preceden de ellas, las cuales son parte de su propia substancia y se han separado para llevar una existencia independiente.
Por división, por brotes, por lanzamiento de gérmenes, por el desarrollo del fruto dentro de la matriz, se conserva la continuidad física, derivándose cada nueva forma de la precedente y reproduciendo sus características.
La ciencia agrupa estos hechos bajo el nombre de ley de herencia, y sus observaciones sobre la trasmisión de la forma son dignas de atención y delatan el modo de obrar de la Naturaleza en el mundo fenomenal.
Pero debe tenerse presente que esto se aplica a la construcción del cuerpo físico, en el cual entran los materiales suministrados por los padres.

Los modos de obrar más ocultos, las operaciones de la vida sin las cuales la forma no existiría, no han sido aún observadas, por no ser susceptibles de observación física, y este vacío solo pueden llenarlo las enseñanzas de la

Antigua Sabiduría, dadas por Aquellos que emplean poderes de observación Supra--físicos, y que por sí puede comprobar todo discípulo que pacientemente estudia en sus escuelas.

Hay continuidad de vida así como continuidad de forma, y la vida continua—cuyas energías latentes, cada vez en mayor número, se transforman en activas por el estímulo que reciben en las formas sucesivas—es la que resume en sí misma las experiencias obtenidas en las formas sucesivas de que se ha revestido; pues cuando la forma perece, la vida conserva los anales de esas experiencias en las mayores energías que han despertado, y se halla pronta a ser un alma de otras formas derivadas de la antigua, llevando consigo este acopio acumulado.

Mientras estuvo en la forma anterior, funcionó por su conducto, adoptándola a la expresión de cada nueva energía despertada; la forma traspasa estas adaptaciones, grabadas en su substancia, a la parte que separada de ella constituye su fruto, el cual, siendo de su substancia, ha de tener necesariamente las peculiaridades que a ésta caracterizan; la vida se vierte dentro de ese fruto con todos los poderes que ha despertado, y lo moldea aun más; y así una y otra.

La ciencia moderna prueba cada día más y más claramente que la herencia toma una parte siempre decreciente en la evolución de las criaturas superiores, que las cualidades mentales y morales no se trasmiten de padres a hijos, lo cual es tanto más patente cuanto más elevadas sean dichas cualidades; el hijo de un genio es muchas veces un imbécil, y padres vulgares dan nacimiento a un genio.

Debe existir un substrátum continuo, inherente a las cualidades mentales y morales, a fin de que puedan acrecentarse, pues de otro modo la Naturaleza, en este importantísimo ramo de su obra, produciría efectos vagos y sin causa, en lugar de demostrar en ellos continuidad ordenada.

En este punto la ciencia está muda; pero la Antigua Sabiduría enseña que dicho substrátum, continuo es la Mónada, receptáculo de todos los resultados, depósito en que se almacenan todas las experiencias como poderes activos en crecimiento.

Una vez bien comprendidos estos dos principios—de la Mónada con potencialidades que se convierten en poderes, y de la continuidad de la vida y de la forma—procedamos al estudio pormenorizado de su modo de obrar, y veremos que resuelve muchos de los embarazosos problemas de la ciencia moderna, así como aquellos otros que más atañen al corazón, de los que se ocupan el filántropo y el filósofo.

Principiemos por el estudio en la Mónada, cuando se halla sujeta a las influencias de los niveles arrúpicos de los planos mentales, del principio

mismo de la evolución de la forma.
Sus primeros estremecimientos para responder a las impresiones de que es objeto, atraen a su alrededor algo de la materia de este plano, y así tenemos la evolución gradual del primer reino elemental.
Los grandes tipos fundamentales de la Mónada son siete, imaginados a veces como semejantes a los siete colores del espectro solar, derivados de los tres primeros. (<<Así como es arriba es abajo. >> Instintivamente recordamos los tres Logos y los siete Hijos del Fuego primordiales, y en el simbolísmo cristiano a la Trinidad y los <<Siete Espíritus que están ante el trono>>, y en el Mazdeísmo a Ahura mazdao y los siete Ameshaspendas.)
Cada uno de estos tipos tiene peculiar colorido de características, y este colorido persiste durante el ciclo de eones de su evolución, afectando a todas las series de cosas vivas a que anima.
Entonces principia el proceso de subdivisión en cada uno de estos tipos, que continuará subdividiéndose, hasta llegar a la individualización.
Las corrientes puestas en acción por las energías incipientes de la Mónada—bastará seguir una evolución, pues las otras seis son iguales en principio—sólo tienen una breve vida de forma; sin embargo, cualquiera que sea la experiencia que en ellas se adquiera, está representada por un aumento de vida que responde en la Mónada, la cual es fuente y causa; y esta vida que responde consiste en vibraciones, muchas veces incongruentes entre sí, estableciéndose en la Mónada una tendencia hacia la separación, agrupándose juntas las fuerzas las fuerzas que vibran en armonía, determinando lo que pudiéramos llamar acción concentrada, hasta que se forman varias submónadas, si se nos permite por un momento esta expresión, parecidas en sus principales características, pero diferentes en los detalles, como matices de un mismo color.
Estas se convierten, a su vez, por los impulsos de los niveles inferiores del plano mental, en las Mónadas del segundo reino elemental, pertenecientes a la región de la forma de este plano, continuando el proceso con el aumento constante del poder responsivo de la Mónada, de suerte que cada una es la vida animadora de formas sin cuento, por cuyo medio recibe las vibraciones; y cuando la forma se desintegra sigue vivificando constantemente nuevas formas, continuando también el proceso de subdivisión por las causas ya descriptas.
Cada Mónada encarna así continuamente en formas y almacena dentro de sí, como poderes despiertos, todos los resultados obtenidos en las formas que ha animado.
Podemos considerar estas Mónadas como las almas de grupo de formas, y a medida que prosigue la evolución, estas formas muestran cada vez más

atributos, siendo éstos los poderes del alma monádica del grupo, manifestados por medio de las formas en que se encarna.
Las innumerables submónadas de este segundo reino elemental llegan pronto a un estado de evolución en que principian a responder a las vibraciones de la materia astral y comienzan entonces a obrar en este plano, convirtiéndose en las Mónadas del tercer reino elemental y repitiendo en este mundo más grosero todo el proceso verificado en el plano mental.
Hácense más y más numerosas como almas monádicas de grupos, mostrando más y más diversidad en los detalles, y a medida que las características especiales se definen con mayor fijeza, en cada vez menor el número de formas animadas por cada una.
Mientras tanto, puede decirse que la fuente de vida del Logos sigue supliendo nuevas Mónadas que forman en los niveles superiores, de manera que la evolución prosigue continuamente; y así que las Mónadas más evolucionadas encarnan en los mundos inferiores, son reemplazadas por las Mónadas nuevamente surgidas en los superiores.

Por este proceso siempre repetido de la reencarnación de las Mónadas o almas monádicas de grupos en el mundo astral, prosiguen aquellas su evolución hasta que se hallan en estado de responder a la acción ejercida en ellas por la materia física.
Cuando recordamos que los últimos átomos de cada plano tienen las paredes de sus esferas compuestas de materia más grosera del plano inmediatamente superior, es fácil comprender cómo la Mónada se hace apta para responder a la acción de un plano después de otro.
Cuando en el primer reino elemental se hubo acostumbrado la Mónada a vibrar en contestación a los choques de la materia de este plano, pronto empezó a contestar a las vibraciones recibidas, *por medio de las formas más groseras de esta materia*, de la materia del plano inmediatamente inferior.
Así en su revestimiento de las formas compuestas de los materiales más groseros del plano mental, sé hacia susceptible a las vibraciones de la materia atómica astral; y una vez encarnada en las formas de la materia astral más grosera, se hace igualmente idónea para responder a la acción del éter atómico físico, cuyas esferas tienen sus paredes compuestas de la materia astral más grosera.
De este modo puede considerarse que la Mónada llega al plano físico, y allí principia, o, mejor dicho, todas estas almas monádicas de grupos principian a encarnarse en formas físicas como películas que constituyen los dobles etéreos de los densos minerales futuros del mundo físico.
En estas formas o películas construyen los espíritus de la naturaleza los materiales físicos más densos, formándose de este modo los minerales de

todas clases, los vehículos más rígidos, en los que se encierra la vida evolucionadora, y por los cuales expresa el mínimum de sus poderes.

Cada alma monádica de grupo tiene su expresión mineral propia, alcanzando entonces un alto grado de especialización las formas minerales en que está encarnada. Estas almas monádicas de grupo son llamadas algunas veces en su totalidad la Mónada mineral o la Mónada encarnada en el reino mineral.

Desde este momento en adelante, las despertadas energías de la Mónada toman una parte menos pasiva en la evolución. Principian a tratar de expresarse activamente hasta cierto punto, cuando son llamadas a funcionar y ejercer activa influencia en el moldeado de las formas en que se hallan aprisionadas. Cuando han llegado a hacerse demasiado activas para su revestimiento mineral, se manifiestan los principios de las formas más plásticas del reino vegetal, evolución a que ayudan los espíritus de la naturaleza en los reinos físicos. En el reino mineral, han mostrado ya una tendencia hacia la organización definida de la forma: el trazado de ciertas líneas según las cuales, prosigue el desarrollo. Esta tendencia rige en lo sucesivo en la construcción de todas las formas y es causa de la exquisita simetría de los objetos naturales, familiar a todos los observadores. Las almas monádicas de grupos se someten en el reino vegetal a divisiones y subdivisiones con creciente rapidez, a consecuencia de la mayor variedad de influencias a que están sujetas, debiéndose a esta subdivisión invisible la evolución de las familias, géneros y especies. Cuando cualquier género, con su alma monádica de grupo genérica, se halla sujeta a condiciones muy variadas, esto es, cuando las formas relacionadas con ella reciben muy diversas influencias, desarróllase en la Mónada una nueva tendencia a subdividirse, desenvolviéndose varias especies, cada una de las cuales tiene su especifica alma monádica de grupo.

Cuando se deja obrar a la Naturaleza por sí sola, el proceso es lento, aun cuando los espíritus de la Naturaleza hacen mucho en la diferenciación de las especies; pero una vez el hombre se ha desarrollado y principia con sus sistemas artificiales de cultivo a ayudar el funcionamiento de una serie de fuerzas e impedir el de otras, entonces esta diferenciación puede efectuarse con rapidez considerable y pronto se desenvuelven las diferencias específicas. Mientras que la división efectiva no tiene efecto en el alma monádica de grupo la sujeción de la forma a las mismas influencias puede volver a destruir la tendencia separatista; pero completada ya la división, las nuevas especies quedan definida y firmemente establecidas y prontas a echar retoños propios.

En algunos individuos de larga vida del reino vegetal principia a manifestarse el elemento de la personalidad, cuyo pronóstico de individualización se debe a la estabilidad del organismo. En un árbol que viva

varias veintenas de años, la repetida ocurrencia de condiciones similares ejercen análoga acción: las estaciones que vuelven año tras otro con los movimientos consecutivos internos que determinan la elevación de la savia, el brotar de las hojas, el contacto del viento, de los rayos del sol y de la lluvia, todas estas influencias con su progreso rítmico, despiertan vibraciones a que responde el alma monádica del grupo, y como la sucesión de aquéllas se imprime por repetición constante, la ocurrencia de una conduce a la vaga expectación de su sucesora tantas veces repetida.

La naturaleza jamás desarrolla súbitamente una facultad, y esta vaga expectación de que hablamos es el preludio de lo que más tarde serán la memoria y la previsión.

En el reino vegetal aparecen también los preludios de la sensación, que en los individuos superiores se convierte en los individuos superiores se convierte en lo que el psicólogo oriental llamaría sensaciones "macizas" de placer y de disgusto. Hay que tener presente que la Mónada atrajo a su alrededor materiales de los planos por donde descendiera, y por tanto puede percibir la acción de estos planos, haciéndose sentir en primer término los impulsos más vigorosos de las formas más groseras de materia. Por último, las sensaciones de los rayos solares, así como el frío de su ausencia, se imprimen en la conciencia monádica; y su envoltura astral, vibrando débilmente, ocasiona la especie de ligera sensación maciza de que hemos hablado. La lluvia y las corrientes de aire, al afectar la constitución mecánica de la forma y su aptitud para comunicar vibraciones a la Mónada que le sirve de alma, son otros "pares de opuestos" cuyas funciones despiertan el reconocimiento de la diferencia, la cual es la raíz de todas las sensaciones, y más delante de todos los pensamientos. De este modo, por medio de las repetidas encarnaciones en las plantas, evolucionan las almas monádicas de grupos en el reino vegetal, hasta que las que sirven de alma a los individuos más elevados de dicho reino, llegan a estar en situación de dar el paso siguiente.

Este paso las lleva al reino animal, en donde desarrollan lentamente, en sus vehículos físicos y astrales, una personalidad ya determinada. Siendo el animal libre para moverse, hállase sometido a mayor variedad de condiciones que la planta, fija en un solo punto, y esta variedad promueve diferencias. Sin embargo, el alma monádica de grupo que anima cierto número de animales salvajes de la misma especie o subespecie, si bien recibe gran variedad de influencias, como quiera que éstas se repiten constantemente en su mayor parte, y están compartidas por todos los individuos del grupo, sólo se diferencia lentamente. Estas influencias ayudan al desarrollo del cuerpo físico y del astral, por cuyo medio adquiere mucha experiencia el alma monádica del grupo. Cuando perece la forma de un individuo del grupo, la experiencia

adquirida por esta forma se acumula en el alma monádica de todo el grupo, dándole color, por decirlo así. El ligero aumento de vida que aquélla obtiene, al verterse en todas las formas que componen su grupo, las hace partícipes de la experiencia de la forma que pereció, y de este modo, las experiencias continuamente repetidas, almacenadas en el alma monádica del grupo, aparecen en las nuevas formas como instintos, como “experiencias hereditaria acumuladas”. Cuando innumerables pájaros han muerto víctimas de las aves de rapiña, los polluelos acabados de salir del huevo se encogen al aproximarse uno de sus hereditarios enemigos; pues la vida en ellos encarnada conoce el peligro, siendo el instinto innato la expresión de este conocimiento. Así se forman los instintos maravillosos que preservan a los animales de innumerables peligros habituales, al paso que un peligro nuevo los encuentra desprevenido y los aturde.

Al ponerse los animales bajo la influencia del hombre, el alma monádica de grupo se desenvuelve con rapidez creciente, y por causas parecidas a las que afectan las plantas cultivadas, aceleran la subdivisión de la vida encarnada; la personalidad se desarrolla y se hace más y más saliente; en las primeras etapas casi puede decirse que es compuesta, pues tan por completo están dominadas las formas por el alma común, que toda una mónada de seres salvajes puede actuar como movida por una sola individualidad. Los animales domésticos de tipo superior, tales como el elefante, caballo, gato, perro, etc., muestran una personalidad más individualizada; por ejemplo, dos perros pueden obrar muy diferentemente bajo la influencia de las mismas circunstancias. El alma monádica de grupo encarna en un número cada vez menor de formas, a medida que se aproxima gradualmente al punto en que se alcanza la individualidad completa. El cuerpo de deseo o vehículo Kámico se desarrolla considerablemente, y después de la muerte del cuerpo físico persiste por algún tiempo con vida independiente en el Kamaloka. Finalmente, el número siempre decreciente de formas animadas por un alma monádica de grupo, llega a la unidad y anima una serie de formas simples, cuyo estado sólo difiere de la reencarnación humana por la falta del Manas, con sus cuerpos mental y causal. La materia mental que trajo consigo el alma monádica de grupo, empieza a hacerse susceptible a las influencias del plano mental, y entonces el animal se halla en estado de recibir la tercera gran emanación del Logos; el tabernáculo está dispuesto para albergar la mónada humana que es triple por naturaleza, siendo sus tres aspectos respectivamente denominados el Espíritu, el Alma espiritual y el Alma humana; o sea Atma, Buddhi, Manas. Sin duda alguna, en el transcurso de los ciclos de la evolución, la mónada evolucionadora de la forma podría desenvolver el Manas por medio del desarrollo progresivo; pero ni en la pasada raza humana ni en los animales al

presente, no es tal el curso de la Naturaleza. Cuando la morada estuvo dispuesta fue enviado el que debía habitarla: de planos superiores del ser descendió la vida átmica, velándose en Buddhi como en hilo de oro y mostrándose en su tercer aspecto: Manas. En los niveles superiores del mundo sin forma del plano mental, se produjo el Manas germinal dentro de la forma, surgiendo de esta unión el cuerpo causal embrionario. Esta es la individualización del espíritu, su clausura dentro de la forma; y este espíritu así encerrado en el cuerpo causal, es el alma, el individuo, el hombre real. Este es el momento de su nacimiento, porque, aunque su esencia es eterna, nonata y sin fin, su nacimiento en el tiempo como individuo es definido.

Además, esta emanación de vida llega a las formas en evolución, no de un modo directo, sino por intermediarios. Cuando la raza ha alcanzado el punto en que es apta para recibir la mente, los grandes seres llamados Hijos de la Mente lanzan en los hombres la chispa monádica de Atma-Buddhi-Manas, necesaria para la formación del alma embrionaria. Y algunos de estos grandes seres encarnaron realmente en formas humanas, para servir de guías e instructores a la humanidad en su infancia. Estos Hijos de la Mente habían completado su propia evolución intelectual en otros mundos, y vinieron a este mundo más joven, nuestra tierra, con objeto de prestar auxilio a la evolución de la raza humana. Son, en realidad, los padres espirituales de nuestra raza.

Otras inteligencias de grado mucho más inferior, hombres que habían evolucionado en ciclos precedentes en otro mundo, encarnaron también entre los descendientes de la raza que recibió sus almas infantiles del modo descrito. A medida que esta raza se desenvolvía, mejorábanse los tabernáculos humanos, y miríadas de almas que estaban esperando la oportunidad de encarnar, lo verificaron entre sus hijos. Estas almas, parcialmente desenvueltas, se mencionan también en los anales antiguos como Hijos de la Mente, porque poseían mentalidad, aunque relativamente poco desarrollada; almas niños, pudieran llamarse, para distinguirlas de las almas embrionarias de la masa de la humanidad y de las almas adultas de aquellos grandes Maestros. Estas almas niños, a causa de su más desenvuelta inteligencia, constituyeron los tipos directores en el mundo antiguo, las clases superiores en inteligencia, y, por tanto, aptas para adquirir conocimientos y para dominar a las masas de los hombres menos desarrollados. De este modo se han originado en el mundo las enormes diferencias mentales y morales que separan a las razas más desarrolladas de las menos desenvueltas, distinguiendo, aun dentro de los límites de una misma raza, al elevado pensador y al filósofo del tipo casi brutal de los hombres más perversos. Estas diferencias dependen sólo del grado de evolución, de la edad del alma, y han existido siempre en toda la historia de la humanidad de este globo.

Retrocédase cuanto se pueda en los anales históricos, y se encontrarán siempre juntas la inteligencia elevada y la baja ignorancia; y los anales ocultos, que nos llevan aún mucho más lejos, cuentan parecida historia de los primeros milenios de la humanidad. No debe esto apenarnos, como si unos hubiesen sido indebidamente favorecidos y otros injustamente cargados para la lucha de la vida. El alma más elevada tuvo su juventud y su infancia allá en mundos anteriores, en donde otras almas estaban tan por encima de ella como están ahora otras por debajo; el alma más ínfima tienen que subir a donde se hallan las más altas; y almas aún no nacidas ocuparán su puesto en la escala de la evolución. Las cosas presentes parecen injustas porque sacamos a nuestro mundo fuera de su lugar en la evolución, y lo colocamos aparte, aislado, sin antecesores ni sucesores. Nuestra ignorancia es la que supone injusticia; los métodos de la Naturaleza son iguales, y a todos sus hijos de infancia, juventud y edad madura. No es culpa suya que nuestra necedad exija que todas las almas ocupen el mismo grado de evolución a un tiempo mismo, y grite "Injusticia" si la exigencia no se realiza.

Se comprenderá mejor la evolución del alma, considerándola desde el punto en que la dejamos, cuando el hombre-animal se hallaba en estado de recibir y recibió el alma embrionaria. Para evitar toda mala inteligencia posible, conviene explicar que desde este momento no existieron dos mónadas en el hombre, o sea la que había construido el tabernáculo humano y la que descendió a este tabernáculo, y cuyo aspecto inferior era el alma humana. Citando otro símil de H. P. Blavatsky, diremos que así como dos rayos de sol pueden pasar a través del agujero de un postigo y mezclarse formando uno solo, aun cundo eran dos, así sucede con estos rayos de Sol supremo, el divino señor de nuestro universo. Cuando el segundo rayo penetró en el tabernáculo humano, se confundió con el primero, añadiendo meramente al mismo nueva energía, y brilló, y a la mónada humana, ya como unidad, principió su gran tarea de desenvolver en el hombre los poderes superiores de aquella Vida divina de donde procedía.

El alma embrionaria, el Pensador, tenía en un principio por cuerpo mental embrionario, la envoltura de materia mental que la mónada de forma había traído consigo, pero que aun no había sido organizada para ningún posible funcionamiento. Era tan sólo el mero germen de un cuerpo mental unido al germen de un cuerpo causal, y durante muchas Vidas dominaron en absoluto al alma los fuertes deseos naturales, precipitándola en el torbellino de sus propias pasiones y apetitos, donde era combatida por las furiosas olas de su propia animalidad sin freno.

Por repulsiva que en el primer momento pueda aparecer esta vida primitiva del alma, mirándola desde el estado más elevado que consideramos, es sin

embargo necesaria para la germinación de las semillas de la mente. El reconocimiento de la diferencia, la percepción de que una cosa es distinta de otra, es un preliminar esencial para pensar; y a fin de despertar esta percepción en el alma no pensante aún, son necesarios contrastes fuertes y violentos que, chocando con ella, le impongan sus diferencias: golpe tras golpe del placer desenfrenado, golpe tras golpe del dolor desesperante, así forma el mundo externo al alma por medio de la naturaleza de deseos, hasta que las percepciones principian lentamente a formarse y registrarse después de repeticiones innumerables. Las cortas adquisiciones hechas en cada vida se acumulan por el Pensador, y de este modo principia a progresar lentamente.

Lentamente en verdad, pues apenas si algo pensaba; y por tanto, apenas si hacia algo para la organización del cuerpo mental; y hasta que en éste no estuvieron grabadas gran número de percepciones como imágenes mentales, no hubo material sobre el que pudiera basarse al acción mental iniciada internamente; ésta principia cuando al juntar dos o más de estas imágenes mentales, resulta de ella alguna deducción, por elemental que sea. Esta deducción fue el principio del razonamiento, el germen de todos los sistemas de lógica que la inteligencia humana ha desenvuelto o se ha asimilado desde entonces. Todas estas inducciones se hicieron en un principio en beneficio de la naturaleza de deseos, para aumentar los goces y disminuir el dolor; pero cada una de ellas aumentaba la actividad del cuerpo mental y le estimulaba a obrar más prontamente.

Vemos, pues, que en este período de su infancia el hombre no tenía conocimiento del bien ni del mal: éstos no existían para él. El bien es lo que está de acuerdo con la voluntad divina, es lo que ayuda al progreso del alma, lo que tiende a fortalecer la naturaleza superior del hombre y a educar y subyugar la inferior; el mal es lo que retarda la evolución, lo que detiene al alma en los estados inferiores después de aprendidas las lecciones que en ellos se enseñan; lo que tiende al predominio de la naturaleza inferior sobre la superior, lo que asimila al hombre con el bruto, en vez de identificarle con el Dios que debiera desenvolver. Antes que el hombre supiera lo que era el bien, tenía que conocer la existencia de la ley, y esto sólo podía saberlo propendiendo a cuanto le atraía desde el mundo externo, abalanzándose a todo objeto de deseo, y luego aprendiendo por la experiencia, dulce o amarga, si su goce estaba en armonía o en oposición con la ley. Tomemos como ejemplo un hecho vulgar: la comida de manjares apetitosos; y véase como el hombre niño podía aprender con esto la existencia de una ley natural. La primera vez, sació el hambre, satisfizo el gusto, y sólo placer resultó de la experiencia, porque su acción estaba en armonía con la ley. En otra ocasión, deseando aumentar el placer, comió demasiado y sufrió las consecuencias, porque entonces violó la

ley. Para la inteligencia que alboreaba, debió ser experiencia confusa que lo causante de placer, se convertía en dolor por el exceso. Una y otra vez el deseo le inducía a excederse, y en cada ocasión experimentaba las dolorosas consecuencias, hasta que, finalmente, aprendió la moderación, esto es, aprendió a ajustar sus actos corporales, en este punto, a la ley física; pues vio que había condiciones que le afectaban y que no podía dominar, y que sólo conformando sus actos a las mismas, podía asegurar la felicidad física. Experiencias semejantes afluyeron a él por medio de todos los órganos corporales, con constante regularidad; la satisfacción de sus deseos le ocasionaba placer o dolor, según se hallasen o no en armonía con las leyes de la Naturaleza, y a medida que fue aumentando la experiencia, principió a guiar sus pasos, a influir en sus decisiones. Y en cada nueva vida no tenía que principiar de nuevo tal aprendizaje, porque a cada nacimiento aportaba algún aumento de facultades mentales, un depósito de experiencias cada vez mayor.

Ya hemos dicho que el desenvolvimiento en aquellas primeras etapas era muy lento, porque no existía más que el albor de la acción mental, y cuando el hombre abandonaba su cuerpo físico al morir, empleaba la mayor parte del tiempo en Kamaloka, pasando en sueño un corto período devachánico para la asimilación inconsciente de leves experiencias mentales, no bastante desarrolladas aún para la vida activa celeste, la cual tenía en perspectiva para mucho más adelante. Sin embargo, el cuerpo causal permanente existía allí, como receptáculo de sus cualidades, que conservaba para mayor desenvolvimiento en la próxima vida terrestre. La función que el alma monádica de grupo representaba en los primeros grados de la evolución, está representada en el hombre por el cuerpo causal, y esta entidad permanente es la que en todos los casos hace posible la evolución. Sin él, la acumulación de las experiencias mentales y morales, que se muestran como facultades, sería tan imposible como la acumulación de las experiencias físicas, que aparecen como cualidades características de raza y de familia, sin la continuación del plasma físico. Almas sin pasado venidas a la existencia desde el no ser, con peculiaridades mentales y morales determinadas, es un concepto tan monstruoso como lo fuera el de niños que apareciesen repentinamente sin proceder de parte alguna, sin estar relacionados con nadie ni con nada, pero mostrando, sin embargo, tipos definidos de raza y de familia. Ni el hombre ni su vehículo físico carecen de causa; provienen del poder creador directo del Logos; y en esto, como en otros casos, las cosas invisibles se perciben claramente por su analogía con las visibles; pues, verdaderamente, lo visible no es más que la imagen y reflejo de lo invisible. Sin continuidad en el plasma físico, no existirían medios para la evolución de las peculiaridades físicas; sin la continuidad de la inteligencia, no existirían medios para la

evolución de las cualidades mentales y morales. En ambos casos, sin continuidad, la evolución se detendría en su primera etapa, y el mundo sería un caos de comienzos infinitos y aislados, en lugar de un Cosmos en progreso constante.

No debemos pasar por alto la circunstancia de que, en aquellos primeros tiempos, el medio ambiente producía mucha variedad en el tipo y en la naturaleza del progreso individual. En último término, todas las almas tienen que desarrollar sus poderes por sí mismas; pero el orden en que se desarrollan estos poderes depende de las circunstancias en que se halla colocada el alma. El clima, la fertilidad o esterilidad de la naturaleza, la vida de la montaña o de la llanura, de los bosques interiores o de las costas oceánicas, y otras innumerables circunstancias despertarán a la actividad una serie u otra de energías mentales. Una vida de grandes trabajos, de lucha incesante con la naturaleza, desarrollará poderes muy diferentes de lo que ese desenvolverían en medio de la abundancia exuberante de una isla tropical; ambas series de poderes son necesarias, pues el alma tiene que conquistar todas las regiones de la naturaleza; pero de este modo pueden desarrollarse diferencias sorprendentes aun en las almas de la misma edad, pudiendo aparecer una más adelantada que otra, según que el observador aprecie más los poderes "prácticos" o los "contemplativos" del alma, las energías activas externas o las tranquilas facultades internas de meditación. El alma perfeccionada lo posee todos; pero el alma en progreso tiene que desarrollarlos sucesivamente, y esto da lugar a otra de las causas de la inmensa variedad que se encuentra en los seres humanos.

Y nuevamente debemos hacer presente que la evolución humana es individual. En un grupo animado por una sola alma monádica, se encontrarán los mismos instintos en todos los individuos que compongan dicho grupo, porque el receptáculo de las experiencias es su alma monádica, la cual vierte su vida en todas las formas que de ella dependen. Pero cada hombre tiene su vehículo físico propio, y sólo uno a la vez, siendo el receptáculo de todas las experiencias el cuerpo causal que vierte su vida en su vehículo físico único, y no puede afectar ningún otro, porque con ninguno está relacionado. De aquí que las diferencias individuales sean entre los hombres mayores que jamás lo hayan sido entre animales estrechamente relacionados, y de aquí también que la evolución de las cualidades no pueda estudiarse en al masa de los hombres, sino siempre en el individuo continuado. La imposibilidad de semejante estudio prohíbe a la ciencia explicar por qué algunos hombres gigantescamente intelectuales y morales, se hallan tan por encima de sus semejantes: sin que se pueda trazar la evolución intelectual de un Shankara o de un Pitágoras ni la evolución moral de un Gautama o de un Jesús.

Consideremos ahora los factores en la reencarnación, toda vez que es preciso un conocimiento claro de los mismos para explicar algunas dificultades, tales como la supuesta falta de memoria y otras con que tropiezan los que no están familiarizados con esta idea. El hombre, a su paso, después de la muerte, por Kamaloka y Devachán, pierde, uno después de otro, sus diversos cuerpos: el físico, el astral y el mental. Estos se desintegran todos, y sus partículas vuelven a mezclarse con los materiales de sus respectivos planos. La relación del hombre con el vehículo físico queda por completo destruida; pero los cuerpos astral y mental transmiten al hombre real, al Pensador, los gérmenes de las facultades y cualidades resultantes de las actividades de la vida terrestre, los cuales se almacenan en el cuerpo causal, como simiente de sus próximos cuerpos astral y mental. Así. Pues, sólo queda entonces el hombre real, el labrador que ha entrojado la cosecha para vivir de ella hasta su completa asimilación. Despunta el alba de una nueva vida, y tiene que partir de nuevo a su trabajo hasta el anochecer.

La nueva vida principia con la vivificación de los gérmenes mentales, los cuales atraen materiales de los planos mentales inferiores, hasta formar con ellos un cuerpo mental que representa exactamente el grado mental del hombre, expresando todas sus facultades mentales como órganos; las experiencias del pasado no existen como imágenes en este nuevo cuerpo, pues perecieron al perecer el antiguo cuerpo mental, y sólo permaneció la esencia, los efectos de aquéllas como facultades; eran el alimento de la mente, los materiales que ésta convertía en poderes, y en el nuevo cuerpo reaparecen como tales poderes, determinan sus materiales y forman sus órganos. Cuando el hombre, el Pensador, se ha revestido así de un nuevo cuerpo para su próxima vida en los planos mentales inferiores, vivifica los gérmenes astrales para proveerse de cuerpo astral que le sirva de vehículo en el plano astral. Este cuerpo representará exactamente su naturaleza de deseos, y reproducirá fielmente las cualidades que desenvolvió en el pasado, de la misma manera que la semilla reproduce el árbol padre. De este modo se encuentra el hombre completamente dispuesto para su próxima encarnación, y la única memoria de los sucesos de su pasado se encuentra en su cuerpo causal, su peculiar forma permanente, el único cuerpo que pasa de una vida a otra.

Mientras tanto, una acción independiente de él trabaja para proveerle de un cuerpo físico adecuado a la expresión de sus cualidades. Los lazos que formó y las deudas que contrajo con otros seres humanos en pasadas vidas, contribuirán a determinar el lugar de su nacimiento y su familia. ¿Fue origen de dicha o de desgracia para otros? ; Esto será un factor que determine las condiciones de su futura vida. ¿Su naturaleza de deseos estuvo disciplinada o irregular y sin freno?: esto se tendrá en cuenta para la herencia física del

nuevo cuerpo. ¿Cultivó ciertos poderes mentales, tales como el artístico?: en este punto también la herencia es un factor importante, pues requiere delicadeza en al organización nerviosa y en la sensibilidad táctil; y así sucesivamente en variedad sin fin. El hombre puede que tenga en sí, y tendrá seguramente, muchas cualidades características incongruentes, de modo que sólo algunas hallen expresión en un solo cuerpo, y así se elegirá una parte de sus poderes adecuada a una expresión simultánea. Todo esto lo hacen ciertas poderosas Inteligencias espirituales, llamadas generalmente los Señores del Karma, porque su función es inspeccionar los efectos de las causas que constantemente ponen en acción los pensamientos, deseos y actos. Tienen en sus manos los hilos del destino que cada hombre tejió, y guían al que ese reencarna hacia el ambiente determinado por su pasado, y que inconscientemente escogió en sus vidas anteriores.

Determinadas de este modo la raza, la nación y la familia, estos grandes Seres proporcionan lo que puede llamarse el molde del cuerpo físico—a propósito para la expresión de las cualidades del hombre y para la extinción de las causas que ha puesto en acción—y el nuevo doble etéreo, copia de aquél, queda formado en el claustro materno por obra de un elemental cuyo poder estimulante es el pensamiento de los Señores del Karma. El cuerpo denso está construido sobre el doble etéreo, molécula por molécula, copiándolo exactamente; y aquí la herencia física domina por completo dentro de los materiales provistos. Además, los pensamientos y pasiones de la gente que le rodea, especialmente de los padres, influyen en la tarea del elemental constructor, y de este modo los individuos con quienes el hombre formó lazos en el pasado, afectan las condiciones físicas, en desarrollo, para su nueva vida en la tierra. Desde los primeros momentos, en nuevo cuerpo astral se pone en relación con el nuevo doble etéreo, ejerciendo gran influencia en su formación; y por su medio, el cuerpo mental obra sobre el sistema nervioso, preparándolo para ser un instrumento útil a su expresión en lo futuro. Esta influencia, comenzada en una vida prenatal—de modo que cuando nace el niño, la formación de su cerebro revela la extensión y equilibrio de sus cualidades mentales y morales—, continúa después del nacimiento, y esta construcción del cerebro y de los nervios, y su correlación con los cuerpos astral y mental, prosigue hasta el séptimo año de la infancia, edad en que se completa la relación entre el hombre y su vehículo físico; y en adelante puede decirse que trabaja más por medio de él que en él. Hasta esta edad, la conciencia del Pensador más bien se halla en el plano astral que en el plano físico, y esto lo prueban muchas veces las facultades psíquicas que suelen observarse en niños pequeños. Ven camaradas invisibles y paisajes preciosos; oyen voces imperceptibles para sus padres, y perciben encantadoras y

delicadas fantasías del mundo astral. Estos fenómenos desaparecen generalmente así que el Pensador principia a funcionar de un modo efectivo por medio del vehículo físico, y el niño soñador se convierte en el muchacho o muchacha vulgar, lo cual mucha s veces sucede con gran satisfacción de sus alarmados padres, ignorantes de las causas de estas “rarezas” de su hijo. La mayor parte de los niños tienen por lo menos algunas de estas “rarezas”; pero pronto aprenden a ocultar sus fantasías y visiones a sus padres, temerosos de que los reprendan por decir “mentiras”, o por lo que aun temen más; por el ridículo. Si lo padres pudiesen ver el cerebro de sus hijos vibrando bajo una intrincada mezcla de estímulos físicos y astrales que los niños son incapaces de diferenciar, y recibiendo a veces alguna vibración (tan plásticos son) hasta de regiones superiores, que les produce visión de belleza etérea o de acción heroica, tendrían más paciencia y simpatía por la charla confusa de los pequeños, al tratar de traducir con palabras que no les son familiares, los choques ilusorios de que tienen conciencia y que tratan de recibir y retener. Si fuese general la creencia en la reencarnación y la comprendiera el común de las gentes, libertaría la vida infantil de su aspecto más patético, el de la in-auxiliada lucha del alma para obtener dominio sobre sus nuevos vehículos y para relacionarse por completo con su cuerpo más denso, sin perder el poder de impresionar los más sutiles, de modo que les permitiese aportar a aquél sus propias vibraciones.

Los grados ascendentes de conciencia, a través de los cuales pasa el Pensador conforme va reencarnando durante el largo ciclo de sus vidas en los tres mundos inferiores, están claramente determinados; y la necesidad de muchas existencias para hacer experiencia de ellos, si ha de desarrollarse por completo, convencerá a las personas reflexivas de la verdad de la reencarnación.

En el primer grado, todas las experiencias son sensaciones; el trabajo de la mente sólo consiste en reconocer que el contacto con ciertos objetos va seguido de una sensación de placer, mientras que al contacto con otros sigue una sensación de dolor. Estos objetos forman imágenes mentales, que bien pronto comienzan a obrar como estímulos que impulsan a la búsqueda de cosas con el placer asociadas, cuando no se tienen delante, apareciendo así los gérmenes de la memoria y de las iniciativas mentales. A esta tosca división primera del mundo externo, síguese la más compleja idea de la significación de la cantidad en materia de placer y de dolor, conforme se ha expuesto.

En este punto de la evolución, la memoria es poco duradera, o en otros términos, las imágenes mentales son muy transitorias. Aún no ha surgido en la mente del Pensador la idea de deducir del pasado el porvenir, ni siquiera de un modo rudimentario, y sus acciones van guiadas por las influencias del mundo

externo, o a lo sumo, por el incentivo de sus apetitos y pasiones que ansían satisfacción, de suerte que por esto lo rechazará todo, por conveniente que sea para su futuro bienestar; la exigencia del momento prevalece sobre toda otra consideración. En los libros de viajes se encuentran ejemplos numerosos de almas humanas en esta situación embrionaria; y en tal concepto, quienes se detengan a considerar las condiciones mentales de los pueblos más salvajes, y las comparen con las de la masa media de las naciones civilizadas, no podrán menos de convencerse de la necesidad de las múltiples existencias

No hay para qué decir que las aptitudes morales no están más desarrolladas que las mentales; aun no se ha concebido la idea de bien y del mal. No es posible introducir ni la más elemental noción de estos conceptos en un entendimiento falto de todo desarrollo. El bien y el placer son para él términos sinónimos, según aparece en el notable caso del salvaje australiano, mencionado por Carlos Darwin. Acosado aquél por el hombre, dio muerte al ser viviente que más a mano tenía, para servirle de alimento, recayendo la suerte en su propia mujer. Un europeo le echó en cara lo perverso de su acción, mas no le produjo impresión alguna; pues de la censura de que era una mala cosa el comerse a su mujer, sólo dedujo que el extranjero creía que era un alimento nauseabundo o indigesto; y en su consecuencia, rectificó a su interpelante, sonriéndose tranquilamente, y diciendo con satisfacción que “estaba muy buena”. Mídase con el pensamiento la distancia moral que separa a este hombre de San Francisco de Asís, y se concluirá que ha de haber una evolución para las almas como la hay para los cuerpos; y que de no ser así, tendríamos en al esfera del espíritu milagros absurdos y creaciones dislocadas.

Dos caminos hay por donde el hombre puede salir gradualmente de esta situación mental embrionaria. Uno, que le dirijan y dominen hombres mucho más desarrollados; y otro, el crecer lentamente sin ayuda. Este último implicaría el transcurso de milenios sin cuento; pues sin ejemplo y sin disciplina, abandonado el hombre a los mudables choques de los objetos externos y al contacto con otros hombres, como él faltos de desarrollo, sólo con gran lentitud podrían despertarse las energías internas. Ya hemos visto que cuando la masa de la humanidad, considerada en su tipo medio, recibió la chista que dio el ser al Pensador, encarnaron como Maestros algunos de los más grandes Hijos de la Mente, y que también tomaron carne otros muchos Hijos menores de la Mente, que se hallaban en diversos grados de la evolución, los cuales constituyeron la ola más elevada de la progresiva corriente humana. Estos gobernaron a los menos desarrollados, bajo la benéfica autoridad de los grandes maestros; y la impuesta obediencia a reglas elementales de buen vivir (al principio muy elementales ciertamente) apresuró

en gran manera el desarrollo de las facultades intelectuales y morales de las almas embrionarias. Prescindiendo de todo otro testimonio, los restos de civilizaciones gigantescas que hace mucho tiempo desaparecieron y que muestran habilidades y concepciones intelectuales muy por encima de lo que era posible a la masa de la humanidad, entonces en la infancia, bastan para aprobar que existían en al tierra a cabo grandes empresas.

Continuemos estudiando la primera etapa de la evolución de la conciencia. La sensación era dueña absoluta de la mente; los primeros esfuerzos mentales estaban estimulados por el deseo. Y así lentamente llevado, hizo el hombre sus primeros y toscos ensayos de previsión y de planes para lo futuro. Empezó a reconocer la asociación de ciertas imágenes mentales, y a la aparición de una espera la de otra, que invariablemente le había seguido en su paso. Comenzó, pues, a hacer deducciones y aun a determinarse a obrar bajo la fe de estas deducciones: gran adelanto fue éste. También comenzó a dudar, en ocasiones, si seguiría las vehementes sugestiones del deseo, visto que una y otra vez se asociaban en su pensamiento las satisfacciones por aquél exigidas, con sufrimientos sucesivos. Este efecto fue vivificado por la imposición verbal de ciertas leyes: fuere prohibido darse determinadas satisfacciones, advirtiéndosele que el sufrimiento seguiría a la desobediencia. Así, pues, cuando después de alcanzado el objeto que provocara su deleite, experimentaba el dolor que al placer seguía, el cumplimiento de la prevención que se le había hecho impresionaba su alma mucho más que lo hubiera verificado el mismo suceso no predicho e inesperado, y por lo tanto para él fortuito. De este modo surgían continuos conflictos entre la memoria y el deseo, que hacían más activa la mente, impulsándola a funcionar con más viveza. Estos conflictos determinaban, en realidad, la transición a la segunda gran etapa del progreso. Entonces empezó a manifestarse el germen de la voluntad. El deseo y la voluntad guían las acciones de los hombres, y aun se ha definido la voluntad como el deseo de que triunfen en la lucha de deseos. Más éste es un concepto superficial e imperfecto, que nada explica. El deseo es la energía del Pensador, provocada por el incentivo de los objetos externos, mientras que la voluntad es la mima energía determinada por las deducciones que la razón saca de las experiencias pasadas, o por la intuición directa del Pensador. En otros términos: el deseo actúa de fuera d dentro, la voluntad de dentro a fuera.

Al principio de la evolución humana, el deseo es dueño absoluto del hombre y le acosa por todas partes; en el punto medio de la evolución, el deseo y la voluntad chocan de continuo en alternadas victorias; al terminar la evolución, el deseo ha muerto, y la voluntad domina sin oposición ni rivalidades. Mientras el Pensador no está lo bastante desarrollado para ver directamente,

guía a la voluntad por medio de la razón; mas como ésta sólo puede deducir sus conclusiones del acopio de imágenes mentales que constituyen su experiencia, y como quiera que este acopio sea limitado, la voluntad ordena constantemente acciones erróneas. Los sufrimientos que de estos errores proceden, aumentan el caudal de las imágenes mentales, suministrando así a la razón mayor copia de materiales de donde sacar sus conclusiones. Así se realiza el progreso; así se origina la sabiduría. Más de tal manera el deseo se mezcla frecuentemente con la voluntad, que lo que aparece determinado desde dentro, lo sugieren en realidad anhelos de la naturaleza inferior, excitada por objetos que le brindan satisfacciones. En vez de un conflicto declarado entre las dos, la inferior se introduce de modo sutil en la corriente de la más elevada y desvía su curso. Si los deseos de la personalidad quedan derrotados en campo abierto, conspiran arteramente contra su vencedor, y a menudo consiguen por astucia lo que no pueden por fuerza. Durante esta segunda etapa, en que las facultades de la mente inferior se hallan en proceso de evolución, la lucha es condición normal: es la batalla que se libra entre el predominio de las sensaciones y el predominio de la razón.

El problema consiste en resolver el conflicto conservando la voluntad libre; determinar la voluntad a lo mejor, siendo lo mejor objeto de elección. Debe escogerse lo mejor, pero por un acto de volición autonómica, que dimane rectamente de una necesidad ordenada de antemano. La certeza de una ley impulsiva ha de obtenerse de voluntades innumerables, cada una de las cuales sea libre de determinar su propio curso. La solución de este problema es sencilla una vez conocido, por más que la contradicción parezca irreductible a primera vista. Que el hombre sea libre de determinar sus propios actos, pero que cada uno de éstos produzca un resultado inevitable; que el hombre discurra libremente entre todos los objetos del deseo y escoja el que quiera, pero que sufra las consecuencias de su elección, agradables o penosas, y al cabo rechazará espontáneamente los objetos cuya posesión trae aparejado el dolor, no apeteciéndolos ciertamente desde el punto y hora en que haya adquirido la completa experiencia de que su posesión acaba en quebranto. Luchando por lograr el placer y evitar la pena, procurará que no le aplasten las tablas de la ley; y la lección se repetirá el número de veces que sea necesario, a cuyo fin proporcionarán las reencarnaciones tantas vidas como requiera el más perezoso discípulo. Poco a poco desaparecerá el deseo de los objetos que producen al cabo sufrimiento, y aunque la cosa se presente envuelta en todo su tentador espejismo, la rechazará no por impulsión externa, sino por libre elección. Ha dejado ya de ser apetecible; ha perdido su poder.

Así sucederá con cada cosa después de otra. La elección de los objetos marcha más y más en armonía con la ley, conforme el tiempo avanza.

“Muchos son los senderos del error; el de la verdad es uno”; recorridos los primeros y visto que todos terminan en sufrimiento, no cabe perplejidad en escoger el camino de la verdad, trazado por el conocimiento. Los reinos inferiores trabajan armoniosamente a impulsos de la ley; el reino humano es un caos de voluntades en pugna, en rebelión y en lucha contra la ley; pero llega el momento en que se desenvuelve dentro de él una unidad más noble, una elección armoniosa de voluntaria obediencia, que, por estar fundada en el conocimiento y en el recuerdo de los resultados de la desobediencia, es estable, sin que haya tentación capaz de quebrantarla. El hombre ignorante y falto de lecciones está siempre en peligro de caer; más, conocido el bien y el mal por propia experiencia, al escoger el bien está eternamente por encima de toda posibilidad de cambio.

En la esfera de la moral se denomina generalmente conciencia a la voluntad, y está sujeta a las mismas dificultades que en los demás campos de su actividad. Mientras las acciones recaen sobre asuntos muchas veces repetidos, y cuyas consecuencias son tan familiares a la razón como al Pensador mismo, la conciencia se expresa con prontitud y firmeza. Pero cuando se presentan problemas nuevos, sobre cuya solución guarda silencio la experiencia, no puede la conciencia expresares con certeza; su respuesta será vacilante, porque solo podrá deducir consecuencias dudosas, y el Pensador es incapaz de expresarse, porque su experiencia nunca se aplicó a las circunstancias que por primera vez se le ofrecen. De aquí que la conciencia resuelva a menudo erróneamente; esto es, que la voluntad, falta de dirección segura, ya por parte de la razón, ya de la intuición, guíe las acciones por mal camino. Y no podemos omitir las influencias externas que afectan a la mente: formas de pensamientos de los demás, ya sean amigos, individuos de la familia o conciudadanos. Todos estos rodean y compenetran la mente con su propia atmósfera, falseando el aspecto de todas las cosas, desfigurando sus verdaderas proporciones. Así influida la razón, se ve privada con frecuencia del reposo necesario para juzgar ni aun conforme a los dados de su experiencia propia, y acaba por deducir conclusiones falsas, engañada por el instrumento falaz de que se ha servido para el estudio de asunto.

La evolución de las facultades morales está estimulada por las afecciones, aun animales y egoístas, de la infancia del Pensador. Las leyes de la moral están establecidas por la razón iluminada, que discierne las en cuya conformidad la Naturaleza se mueve, e induce al hombre a proceder en armonía con la voluntad divina. Pero cuando no interviene fuerza alguna exterior, el impulso a al obediencia de estas leyes radica en el amor en esa deidad oculta en el hombre, que procura difundirse y entregarse a los demás. La moralidad comienza para el Pensador niño, cuando por primera vez se

siente movido por el amor hacia la esposa, el hijo o el amigo, cuando se siente inclinado a hacer algo en provecho del ser querido, sin idea alguna de provecho personal. Esta es su primera victoria sobre la Naturaleza inferior, en cuya completa sumisión consiste la perfección moral. De aquí la importancia de no destruir las afecciones ni empeñarse jamas en debilitarlas, según practican muchas bajas especies de ocultismo. Por groseros en impuros que sean los efectos, ofrecen siempre posibilidades de evolución moral, la cual se impiden a sí mismos los fríos de corazón y los que se aíslan dentro de sí propios. Es más fácil tarea purificar el amor que crearlo. Por esto dijeron los grandes Maestro, que más cerca están del reino de los cielos los pecadores que los fariseos y los escribas.

La tercera gran etapa de la conciencia comprende el desarrollo de los más elevados poderes intelectuales. Ya no sólo se alimenta el pensamiento de las imágenes mentales suministradas por las sensaciones, ya no especula únicamente sobre los objetos concretos ni se limita a los atributos que diferencian unos de otros, sino que habiendo aprendido a distinguirlos con claridad por la apreciación de sus desemejanzas, comienza a agruparlos por razón de algún atributo especial que es común a objetos diversos y constituye su lazo de unión. Así deduce este común atributo y lo extrae, colocando todos los objetos que lo poseen aparte de los que carecen de él, y de este modo desarrolla la facultad de reconocer la identidad en al diversidad: primer paso hacia el reconocimiento futuro de lo Uno como fundamento de lo múltiple. Así va clasificando el Pensador cuanto le rodea, desarrollando, en consecuencia, la facultad de sintetizar, aprendiendo a construir al mismo tiempo que a analizar. Da entonces un paso más, y concibe la propiedad común como idea separada de todos los objetos en que aparece; formando así imágenes mentales de especie superior a las de los objetos concretos: imágenes de ideas que no tienen existencia fenomenal en el mundo de las formas, sino que existen en los niveles mas elevados de plano mental y ofrecen materia en que el mismo Pensador ejerce su actividad. La mente inferior almacena la idea abstracta mediante la razón, y al hacerlo, tiende raudo el vuelo hasta tocar los límites del mundo sin forma, desee donde confusamente vislumbra lo que hay más allá. El Pensador considera estas ideas y vive habitualmente en medio de ellas; y ejercitado y desarrollado ya el poder de razonar sobre lo abstracto, el Pensador comienza a encontrarse realmente en su propio mundo, comienza la vida de activo funcionamiento en su propia esfera. Los hombres que esto alcanzan, se cuidan poco de los sentidos, de la observación externa, de la aplicación del pensamiento a las imágenes de los objetos exteriores; sus poderes se dirigen hacia dentro, sin buscar fuera sus satisfacciones. Reposan tranquilos en sí mismos, creciendo

en el estudio de los problemas filosóficos, en la inspección más profunda del pensamiento y de la vida, antes procurando desentrañar las causas que desvariar en al acumulación de efectos, y acercándose día tras día al reconocimiento de Uno, que se oculta tras las infinitas variedades de la Naturaleza visible.

En la cuarta etapa de la conciencia se ve el Uno; y al franquear las barreras levantad por el intelecto, la conciencia abarca el mundo y ve todas las cosas en sí misma y como partes de sí mima, se ve a sí mima como un rayo del Logos, y por lo tanto, como una con El. ¿Qué es el Pensador entonces? Ha llegado a ser Conciencia; y en tanto que el alma espiritual puede usar a voluntad cualquiera de sus vehículos, no esta aquél forzado a usarlos ni siquiera los necesita para su plena y consciente vida. Ya han concluido las reencarnaciones forzosas; el hombre ha vencido a la muerte: ha alcanzado la inmortalidad. Desde entonces es “una columna del templo de Dios, de donde no saldrá jamás”.

Para completar esta parte de nuestro estudio, se requiere comprender la vivificación sucesiva de los diferentes vehículos de la conciencia, y su ingreso, uno después de otro, en la esfera de la vida activa, como instrumentos armoniosos del alma humana.

Hemos visto que el Pensador, desde los comienzos de su vida separada, ha tenido vestiduras de materia mental, astral etérea y física densa. Por estos medios su vida trasciende al exterior como puente de la conciencia, a lo largo del cual todos los impulsos del Pensador llegan hasta el cuerpo físico denso, y todas las impresiones del mundo externo le alcanzan a él. Pero este uno general de los cuerpos sucesivos, como partes de un todo encadenado es cosa muy diferente de la vivificación de cada uno de ellos para servir alternativamente de vehículo a la conciencia, con independencia de los inferiores. Esta vivificación de los vehículos es lo que vamos a considerar.

El que primero debe reducirse a orden armonioso de actividad, es el vehículo inferior; el cuerpo físico denso. Es preciso afinar el cerebro y el sistema nervioso, y hacerlos delicadamente sensibles a todas las impresiones que caen dentro de al escala de su poder vibratorio. En los albores de la especie humana, cuando este cuerpo físico se componía de la más grosera clase de materia, la gama era muy limitada: el órgano físico de la mente sólo podía responder a las más lentas vibraciones. Como era natural, respondía con mucha mayor prontitud a las impresiones del mundo externo causadas por objetos semejantes a él por su materia.

Su vivificación como vehículo de la conciencia, consiste en que se le haga sensible a las vibraciones que parten del interior; y la rapidez de esta vivificación depende de que la naturaleza inferior ayude en su obra a la más

elevada, de que se someta lealmente a servir a su misterioso director. Cuando después de muchas y muchas vidas, la naturaleza inferior comienza a columbrar que existe sólo por el alma, que todo ese valor consiste en la ayuda que pueda proporcionarle y que sólo puede conquistar la inmortalidad fundiéndose en ella, proseguirá su evolución a pasos de gigante. Antes de esto la evolución ha sido inconsciente; al principio el único objeto de la vida era la satisfacción de la naturaleza inferior, y mientras esto fue preliminar necesario para despertar las energías del Pensador, nada propendió directamente a convertir el cuerpo en vehículo de conciencia. Su acción directa sobre ésta comienza cuando la vida del hombre establece su centro en el cuerpo mental, cuando el pensamiento comienza a dominar la sensación. Los poderes mentales en ejercicio actúan sobre le cerebro y el sistema nervioso, por cuya virtud se expele gradualmente la materia más grosera de que se compone este organismo, para dar sitio a materiales más finos que sean capaces de vibrar al unísono con las vibraciones del pensamiento que tratan de influirlo. El cerebro llega a ser así de constitución más delicada, aumentando, en circunvoluciones más y más complicadas la superficie total que ha de responder a las vibraciones mentales. El sistema nervioso, a su vez, adquiere más sutil equilibrio, se hace más vivo y sensible a las influencias de la actividad mental, y cuando llega la hora del reconocimiento de sus funciones como instrumento del alma, de que antes se ha hablado, coopera activamente la desempeño de estas funciones.

Entonces comienza la personalidad a someterse deliberadamente a disciplina y a posponer sus pasajeras satisfacciones a los intereses permanentes de la individualidad inmortal. Emplea en el desarrollo de las facultades mentales el tiempo que podía malgastar en la consecución de groseros placeres; todos los días destina algunas horas a estudios serios; el cerebro se entrega gustoso a las impresiones que proceden del interior, en vez de las que recibe del exterior; se siente arrastrado a responder a un orden consecutivo de pensamientos, y aprende a refrenarse en la libre emisión de sus propias imágenes, inútiles e inconexas, fruto de pasadas impresiones aprende a permanecer en reposo cuando no es requerido por su maestro, para corresponder a vibraciones, no para iniciarlas. Con el tiempo empezará a discernir los alimentos que mejor pueden suministrar al cerebro la substancia y proscribirá el uno de los más groseros, tales como la carne, la sangre, y el alcohol, formándose un cuerpo puro con alimentos puros. Y así, poco a poco, las vibraciones de orden inferior dejarán de encontrar materia dispuesta a responder a su acción, y en consecuencia, llegará a ser el cuerpo físico un vehículo idóneo de la conciencia, reflector delicado de las impresiones del pensamiento, sutilmente sensible a las vibraciones producidas por el Pensador.

El doble etéreo se conforma tan estrictamente a la constitución del cuerpo denso, que no precisa estudiar por separado su purificación y vivificación. Normalmente no sirve de vehículo separado de la conciencia, sino que actúa simultáneamente con su compañero más denso, y cuando se halla apartado de él por accidente o por muerte, responde muy débilmente a las vibraciones que parten del interior. Sus funciones no son, en realidad, de vehículo de Prana, de la fuerza vital individualizada, y su desencajamiento del cuerpo denso, al cual lleva las corrientes de vida, es, por tanto, perturbador y dañino.

El segundo vehículo de conciencia que debe vivificarse es el cuerpo astral. Cuando durante el sueño abandona al cuerpo físico y flota en el mundo astral, alcanzada ya su completa organización, la conciencia que hasta entonces ha actuado dentro de él, comienza, no sólo a recibir por su medio las impresiones de los objetos astrales que constituyen la llamada conciencia del sueño, sino también a percibir, mediante sus sentidos, objetos de aquel plano: esto es, comienza a relacionar las impresiones que recibe con los objetos que las producen. Estas percepciones son confusas al principio, como en las primeras percepciones que la mente recibe cuando le sirve de instrumento el cuerpo físico de un niño, las cuales deben corregirse en uno y otro caso por la experiencia. El Pensador tiene que descubrir paso a paso las nuevas facultades de que puede hacer uso mediante este vehículo más sutil, con el cual será capaz de dominar los elementos astrales y defenderse de los peligros de aquel plano. Y no queda abandonado a sus propias fuerzas en este nuevo mundo, sino que seres experimentados en las vicisitudes de la vida astral le instruyen, ayudan y aun protegen hasta que es capaz de valerse por sí mismo. Y así de un modo gradual, llega a adquirir completo predominio sobre el nuevo vehículo de la conciencia, hasta el punto de serle tan familiar la vida en este plano como en el físico.

El tercer vehículo de conciencia, el cuerpo mental, es rarísima vez vivificado para actuar independientemente, sin la instrucción directa de un maestro, y su funcionamiento pertenece entonces a la vida del discípulo, en el estado actual de al evolución humana. Según ya hemos visto, se recombina para funcionar separadamente en el plano mental, y esto requiere también experiencia y educación a fin de que se halle por completo bajo el dominio de su dueño. Es un hecho común a estos tres vehículos de conciencia, pero que en los sutiles induce más fácilmente a error que en el denso, que estos vehículos están sujetos a evolución, y que a medida que progresan, aumenta su capacidad para recibir y responder a las vibraciones. ¿Cuántos tonos no percibe el oído amaestrado, que le pasan inadvertidos al que no lo está, el cual oye sólo la nota fundamental? A medida que se aguzan los sentidos físicos, el mundo aparece más y más lleno; y en donde el campesino sólo ve el surco y el arado,

la mente cultivada se fija en la flor del arbusto y del álamo temblón, en al arrebatadora melodía de la alondra y en el zumbido de alas diminutas en el vecino bosque; en los conejos que corren a través de los entrelazados helechos, y en las ardillas que juguetean en las ramas de las hayas; en los graciosos movimientos de las cosas silvestres; en los fragantes aromas del campo y de la selva; en los espléndidos cambiantes del cielo matizado de nubes y en las luces y sombras fugaces de las colinas. Tanto el campesino como el hombre culto tienen ojos, ambos tienen cerebro; pero ¡cuán diferentes sus poderes de observación, cuán distintas sus facultades para recibir impresiones! Lo mismo sucede en otros mundos. Cuando los cuerpos astral y mental principian a funcionar como vehículos separados de conciencia, se encuentran, por decirlo así, en el grado de percepción del campesino, y sólo llegan a su conciencia fragmentos del mundo astral y mental con extraños y engañadores fenómenos; pero rápidamente se desarrollan abarcando mayor radio y aportando a la conciencia un reflejo cada vez más exacto de lo que les rodea. Aquí, como en otras partes, debemos tener presente que nuestro conocimiento no es el límite de los poderes de la Naturaleza, y que en el mundo astral y mental, lo mismo que en el físico, somos aún niños que nos ocupamos en recoger conchas arrojadas por las olas, mientras quedan inexplorados los tesoros ocultos del Océano.

El desarrollo del cuerpo causal como vehículo de conciencia, sigue en tiempo oportuno el desarrollo del cuerpo mental, y presenta al hombre un estado de conciencia aun más maravilloso; retrocede hacia el pasado sin límites, y avanza hasta penetrar las eventualidades del porvenir. Entonces el Pensador no sólo adquiere la memoria de su pasado, pudiendo rastrear el propio desarrollo a través de la larga sucesión de vidas encarnadas y desencarnadas, sino que también es capaz de recorrer su pasado en la tierra, y aprender las grandes lecciones de la experiencia del mundo, estudiando las leyes ocultas que rigen la evolución y los profundos secretos de la ida, escondidos en el seno de la Naturaleza. En este elevado vehículo de conciencia, puede acercarse a la velada Isis, levantar una punta del tupido velo y fijarse en sus ojos sin peligro de cegar ante sus miradas resplandecientes; y puede también ver en la luz que irradia, las causas del sufrimiento humano y su término, sintiendo piedad en el corazón, más ya no las torturas del dolor sin consuelo. La fuerza, la serenidad y la sabiduría descienden sobre aquellos que usan el cuerpo causal como vehículo de conciencia, y contemplan con ojos abiertos la gloria de la Buena Ley.

Cuando se desarrolla el cuerpo búdico como vehículo de conciencia, el hombre entra en la dicha de la unión y conoce con certidumbre completa, con realidad vívida, su unidad con todo lo que es. Así como en el cuerpo causal, el

elemento predominante de la conciencia es el conocimiento y por último la sabiduría, así la felicidad y el amor son los elementos predominantes de la conciencia en el cuerpo búdico. La serenidad de la sabiduría determina principalmente al primero, al paso que la compasión más tierna fluye de modo inextinguible del segundo; cuando a esto se añade la fuerza divina y reposada que caracteriza el funcionamiento de Atma, entonces la Humanidad se corona con la divinidad, y el Dios-hombre se manifiesta en plenitud de poder, sabiduría y amor.

Al desarrollo apresurado sucesivo de los vehículos superiores, no sigue inmediatamente la facultad de aportar a los inferiores toda la parte de conciencia de aquellos que éstos pueden percibir. En este punto difieren grandemente los individuos, según sus circunstancias y según obren, pues este apresuramiento en el desarrollo de los vehículos ocurre rara vez hasta que se alcanza el discipulado probatorio, y entonces los deberes por cumplir dependen de las exigencias del tiempo. Al discípulo y aun al aspirante al discipulado se le enseña a poner sus facultades al servicio del mundo; y la participación de la conciencia inferior en el conocimiento de la superior se determinan principalmente por las necesidades de la obra en que el discípulo está ocupado. Es necesario que el discípulo pueda usar por completo de sus vehículos de conciencia en los planos superiores, en tanto que su obra haya de efectuarse tan sólo en ellos; pero el aportar el conocimiento de esta obra al vehículo físico, que no interviene para nada en ella, es asunto sin importancia, y el que pueda o no hacerlo, se determina generalmente por el efecto que una y otra circunstancia deba tener en la eficacia de su trabajo en el plano físico. En el estado presente de la evolución, la violencia que se hace al cuerpo físico cuando la conciencia superior le obliga a vibrar en consonancia con ella, a menos que las circunstancias externas sean muy favorables, puede ocasionar desarreglos nerviosos y sensibilidad histérica con todas sus nocivas consecuencias. De aquí que la mayor parte de los que poseen desarrollados los vehículos superiores de conciencia, y que al mismo tiempo deben efectuar sus trabajos más importantes fuera del cuerpo, permanezcan apartados de los centros de población, para traer a la conciencia física el conocimiento que emplean en los planos superiores, preservando de este modo al vehículo físico sensitivo del uso grosero y del bullicio de la vida ordinaria.

Las preparaciones principalmente necesarias para recibir en el vehículo físico las vibraciones de la conciencia superior son: su purificación de los materiales groseros por medio de alimento puro y vida pura; el dominio completo de las pasiones y la formación de carácter y mente equilibrados, que no se afecten por el tumulto y las vicisitudes de la vida externa; la costumbre de la meditación tranquila sobre asuntos elevados, apartando el pensamiento

de los objetos de los sentidos y de las imágenes mentales que provocan, y fijándolo en cosas superiores; el abandono de toda precipitación, especialmente de aquella, desasosegada y excitable de la mente, que mantiene al cerebro en constante trabajo, pasando de un asunto a otro; un amor real de las cosas del mundo superior, por cuya virtud se nos presenten con más atractivo que los objetos del bajo mundo, haciendo que la mente descanse satisfecha en su compañía, como en la del amigo predilecto. En resumen, las preparaciones son muy semejantes a las requeridas para la separación consciente de "alma" y "cuerpo", las cuales he expuesto en otra parte y aquí repito para aleccionamiento del estudiante como sigue:

"Debe comenzar por extrema sobriedad en todas las cosas, cultivando un estado mental uniforme y sereno; su vida debe ser pulcra y sus pensamientos puros, manteniendo su cuerpo estrictamente sujeto al alma, y acostumbrando a su mente a ocuparse en temas nobles y elevados; debe practicar habitualmente la compasión. La simpatía, el auxilio, mirando con indiferencia las penas y placeres propios, y cultivando el valor, la firmeza y la devoción. En una palabra: debe observar la vida religiosa y ética que la mayor parte de la gente sólo tiene en los labios. Una vez que por asidua práctica haya aprendido a dominar su mente harta cierto punto, de modo que pueda mantenerla fija en una dirección determinada de pensamientos, debe empezar una educación más rígida de la misma por el ejercicio diario de concentración en algún asunto difícil o abstracto, o en algún objeto elevado de devoción; esta concentración consiste en fijar la mente con firmeza en un solo punto, sin vagar ni dejarse distraer por los objetos externos ni por la actividad de los sentidos ni por la de la mente misma. Hay que sujetar a ésta de modo que se mantenga invariable y fija, hasta que aprenda por grados a apartar su atención del mundo externo y del cuerpo, de manera que los sentidos permanezcan sosegados e inactivos, mientras ella esté en plena actividad, con todas sus energías replegadas al interior, para convertirlas a un solo punto, el mas elevado que pueda alcanzar el pensamiento. Cuando se sostenga en esta situación con facilidad relativa, estará en aptitud de dar un paso más, y por un esfuerzo de la voluntad, potente, pero reposado, será dueña de trascender el más elevado pensamiento de que sea capaz con el instrumento del cerebro físico, con lo que se elevará y unirá con la conciencia superior, viéndose libre del cuerpo. Cuando se llega a esto, no hay sensación alguna de sueño ni de ensueño ni pérdida alguna de conciencia; el hombre se encuentra fuera del cuerpo, como si hubiera arrojado de sí un pesado estorbo, y no como si hubiese perdido una parte de sí mismo; no está realmente "desencarnado", sino que se ha elevado por encima de la encarnación y del cuerpo grosero, "en un cuerpo de luz", que obedece a sus más ligeros pensamientos y le sirve de hermosísimo instrumento, perfecto e

idóneo para ejecutar su voluntad. En este cuerpo se encuentra libre en los mundos sutiles; pero necesita ejercitar sus facultades por largo tiempo y con parsimonia, hasta ser apto para verificar un trabajo útil en las nuevas condiciones.

"La libertad fuera del cuerpo puede obtenerse de otras maneras: por un arrobamiento intenso de devoción, o por sistemas especiales empleados por un gran maestro con sus discípulos. Cualquiera que sea el medio, el fin es el mismo: la liberación del alma en completa conciencia, pudiendo examinar su nuevo medio ambiente en regiones fuera del círculo de acción de la carne. A voluntad podrá volver al cuerpo; y en estas circunstancias le será dado imprimir en la mente cerebral, y retener así en la conciencia física, la memoria de las experiencias por que ha pasado".

Los que hayan comprendido bien las principales ideas bosquejadas en las anteriores páginas, verán que tales ideas son de por sí la mayor prueba de que la reencarnación es un hecho en la Naturaleza. Es necesaria a fin de que la vasta evolución que implica la frase "evolución del alma", pueda llevarse a efecto. La única alternativa oponible –dejando a un lado por un momento la idea materialista de que el alma es sólo el conjunto de vibraciones de una clase particular de materia física—es que cada alma sea una creación nueva hecha cuando nace el niño, e impresa con tendencias virtuosas o viciosas, con habilidad o con estupidez, impuestas por el capricho del poder creador.

Como diría un mahometano, su destino pende desde el instante de su nacimiento; pues el destino del hombre depende de su carácter y del medio en que vive, y cada nueva alma lanzada al mundo, tiene que ser condenada al sufrimiento o a la dicha con arreglo a las circunstancias que la rodean y al carácter impreso en ella. La predestinación en su forma más repulsiva, es la única alternativa de la reencarnación. En vez de considerar a los hombres evolucionando lentamente, de modo que el salvaje brutal de hoy haya de lograr con el tiempo las nobles cualidades del santo y del héroe, apreciando de este modo al mundo como manifestación de un proceso de desenvolvimiento sabiamente concebido y dirigido, nos veríamos obligados a ver en todo ello un caos de seres sencientes tratados con la mayor injusticia, sentenciados a la dicha o a la miseria, al conocimiento o a la ignorancia, a la virtud o al vicio, a la riqueza o a la pobreza, al genio o a la idiotez, por una voluntad externa, arbitraria, no inspirada en al justicia ni en la misericordia: sería todo un verdadero pandemónium irracional y sin sentido. Y este caos se supone ser al parte superior del cosmos, en cuyas regiones inferiores se manifiestan todas las hermosísimas y ordenadas obras de una ley que siempre desenvuelve formas más complejas y elevadas de las más ínfimas y sencillas, de una ley quede modo conspicuo "tiende siempre a la justicia", a la armonía y a la

belleza.

Si se admite que el Alma del salvaje está destinada a vivir y a desarrollarse, y no condenada por toda la eternidad a su presente estado infantil, sino que su evolución se verificara después de la muerte y en otros mundos, entonces se admite el principio de la evolución del Alma, y sólo queda la cuestión del sitio donde tiene lugar. Si todas las Almas estuviesen en la tierra en el mismo grado de progreso, mucho pudiera decirse sobre la necesidad de otros mundos para la evolución de las Almas en los grados superiores al estado infantil. Pero nos vemos rodeados de Almas muy avanzadas y nacidas con nobles cualidades mentales y morales. Por paridad de razonamiento, tenemos que suponer que han evolucionado en otros mundos antes de su único nacimiento en éste, y entonces habría de sorprendernos el que un mundo que presenta condiciones a propósito, así para las Almas que se encuentran en la infancia, como para las más avanzadas, sólo esté destinado a una sola visita pasajera de aquéllas durante el período inmenso de su desarrollo, y que todo el resto de la evolución haya de verificarse en mundos semejantes a éste, e igualmente aptos para proporcionarles la diversidad de condiciones necesarias para su progreso en sus diferentes etapas, tal como las vemos cuando nacen aquí. La Antigua Sabiduría enseña, a la verdad, que el Alma progresa a través de muchos mundos; pero también enseña que nace en cada uno de ellos una y otra y otra vez, hasta que ha completado toda la evolución posible en aquel mundo. Los mundos mismos, según sus enseñanzas, forman una cadena evolutiva, y cada uno tiene su papel propio, como campo adecuado de determinado desarrollo. Nuestro mismo mundo ofrece campo propio para la evolución de los reinos mineral, vegetal, animal y humano, y por tanto, tiene lugar en él la reencarnación colectiva o individual en todos estos reinos. Ciertamente, una evolución más vasta nos espera en otros mundos; pero conforme al orden divino, no se abrirá ante nuestra mirada hasta que hayamos aprendido y dominado las lecciones que nuestro propio mundo ha de enseñarnos.

Al estudiar el mundo que nos rodea, observamos que podemos encaminar nuestros pensamientos por diversas vías que nos llevan a la misma meta de la reencarnación. Ya hemos determinado las inmensas diferencias que separan al hombre del hombre, las cuales implican un pasado evolucionario detrás de cada alma; y hemos llamado la atención sobre tales diferencias en cuanto distinguen entre la reencarnación individual del hombre (el cual constituye una sola especie), y la reencarnación de las almas en grupos monádicos, que corresponden a los reinos inferiores. Las diferencias relativamente pequeñas que separan los cuerpos físicos de los hombres, reconocibles todos externamente como tales hombres, deben compararse con las diferencias inmensas que al salvaje inferior separan del tipo humano más noble en

capacidad intelectual y moral. Muchas veces vemos salvajes de un desarrollo físico espléndido y con grandes masas cerebrales; pero ¡cuanto difieren en mentalidad de un filósofo o de un santo!

Si las cualidades mentales y morales se consideran como acumulación de los resultados de la vida civilizada, entonces nos vemos frente al hecho de que a los hombres de más talento del presente, sobrepujan los gigantes intelectuales del pasado, y de que ningún hombre de nuestra época alcanza la altura moral de algunos santos históricos. Por otra parte, tenemos que considerar que el genio no tiene padre ni hijos; que aparece repentinamente y no como la meta de una familia que haya venido desarrollándose gradualmente, y que por regla general es estéril, o bien que si tiene un hijo, es un hijo del cuerpo y no de la mente. Más significativo aún es el hecho de que la mayoría de las veces un genio músico nace en una familia música, porque esta forma del genio necesita de una organización nerviosa de clase especial para manifestarse, y el organismo nervioso cae bajo la ley de la herencia. Pero ¿cuantas veces sucede que la misión de tales familias acaba tan luego como ha proporcionado un cuerpo para un genio, y que luego degenera y desaparece, al cabo de una cuantas generaciones, en al obscuridad y la insignificancia de la masa general humana?. ¿Acaso han sido los descendientes de Bach, de Beethoven o de Mozart iguales a sus padres? Verdaderamente, el genio no se transmite de padres a hijos, como sucede en los tipos físicos de familia de los Estuardos y Borbones.

¿De qué modo, si no por la reencarnación, pueden explicarse los “niños prodigio”? Consideremos, por ejemplo, el caso del doctor Young, el descubridor de la teoría ondulatoria de la luz, un hombre cuyos méritos no han sido aún reconocidos en toda su magnitud. A los dos años, sabía leer “con mucha soltura”; y antes de los cuatro había llegado a leer por dos veces toda la Biblia; a los siete principió la aritmética y dominó el Tutors Assistant (Ayuda del Maestro) de Walkingham, antes de llegar a la mitad del mismo bajo la dirección de un preceptor; y unos cuantos años más tarde, aún en el colegio, posee el latín, el griego, las matemáticas, la teneduría de libros, el francés, el italiano, el manejo y la fabricación del telescopio, y muestra gran afición hacia la literatura oriental. Destinado a los catorce años, en compañía de otro muchacho año y medio mas joven que él, a estudiar bajo la dirección de determinado maestro, que no llegó a tomarse a su cargo. Young enseñó al otro muchacho.

Sir William Rowan Hamilton demostró facultades aun más precoces. Principió a aprender el hebreo cuando apenas tenía tres años, y a los siete, según declaró uno de los catedráticos del Trinity College de Dublín, había demostrado mayor conocimiento de esta lengua que muchos aspirantes a

cátedra. A los trece años sabía trece idiomas, entre los cuales, además de las lenguas clásicas y europeas modernas, se contaba el persa, árabe, sánscrito y malayo. A los catorce años dirigió una carta de bienvenida al embajador persa en una visita de éste a Dublín, el cual declaró "que no había creído que hubiera en Inglaterra un hombre capaz de escribir en su lengua". Un pariente suyo escribe lo siguiente: "Me acuerdo que cuando tenía seis años contestaba a cualquier pregunta difícil de matemáticas, y luego corría alegremente a jugar con un carrito. A los doce años luchó con Colburn, el muchacho calculista americano, que entonces se exhibía como una curiosidad en Dublín, y no siempre llevaba lo peor de la contienda". A los dieciocho años el doctor Brinkley (Astrónomo Real de Irlanda) dijo de él en 1823: "Este joven no diré que será, sino que es el primer matemático de su siglo." En el colegio su carrera no tuvo precedentes, pues, entre muchos competidores de más que ordinario mérito, fue siempre el primero en todas las materias y en todos los exámenes.

Compare el hombre reflexivo estos muchachos con algunos medio idiotas y aun con la generalidad de los chicos; observe cómo principiando con tales ventajas llegan a ser directores del pensamiento, y pregúntese luego si tales Almas no tienen pasado alguno tras sí.

El parecido de familia se explica generalmente por la "ley de la herencia", pero las diferencias en el carácter mental y moral que constantemente se ven en una misma familia, se dejan sin explicación. La reencarnación explica el parecido por el hecho que por medio de la herencia física puede proveerla de un cuerpo a propósito para expresar sus características; y explica las diferencias atribuyendo el carácter mental y moral al individuo mismo, al paso que demuestra que los lazos forjados en el pasado le han conducido a encarnarse en relación con algún otro individuo de la familia. Un "hecho significativo es el de los hermanos gemelos, los cuales durante la infancia son muchas veces indistinguibles el uno de loro, aun para la vista penetrante de la madre o de la nodriza, al paso que más adelante, en el transcurso de la vida, el Manas obra en su envoltura física y la modifica de tal modo, que disminuye la semejanza física, y las diferencias de carácter se estampan en las mudables facciones". La semejanza física unida a las diferencias mental y moral, parece implicar la unión de dos series distintas de causas.

La diferencia sorprendente que, para la asimilación de cierta clase especial de conocimientos, se nota entre personas de facultades intelectuales casi iguales, es otra "huella" de la reencarnación. Tal reconoce enseguida una verdad, mientras que otro no llega a verla ni aun después de mucho estudio y observación; y sin embargo, puede suceder precisamente lo contrario respecto de otra verdad que se asimile el segundo y no llegue a comprender el primero.

“Dos personas muestran afición a la Teosofía y principian a estudiarla; al cabo de un año, una se ha familiarizado con sus conceptos principales y puede aplicarlos, al paso que la otra se encuentra perpleja. A una le es familiar cada concepto desde que se le presenta; para la otra es cosa nueva, extraña, incomprensible. El creyente en la reencarnación, infiere de esto que la enseñanza es antigua para la una y nueva para la otra; aquélla aprende pronto porque se acuerda, no hace más que recobrar un conocimiento del pasado; ésta aprende lentamente, porque su experiencia no encierra estas verdades de la naturaleza, y las empieza a adquirir trabajosamente por vez primera”. Del mismo, la intuición es “meramente el reconocimiento de un hecho familiar en una vida interior, aunque encontrado por primera vez en el presente”: otra huella del camino por el cual ha viajado el individuo en el pasado.

La principal dificultad que muchos tienen para admitir la doctrina de la reencarnación, es la falta de memoria respecto del pasado. Sin embargo, cada día confirman el hecho de haber olvidado mucho de la vida presente, pues los primeros días de la niñez están borrosos, y los de la infancia en vacío completo. Deben advertir también que los sucesos pasados y por completo desaparecidos de su conciencia normal, se encuentran, sin embargo, escondidos en obscuras cavernas de la memoria, y pueden presentarse vívidamente en ciertas enfermedades o bajo la influencia del magnetismo. Hay ejemplo de un moribundo que habló una lengua sólo conocida en su infancia, y que le había sido desconocida durante su larga vida; en el delirio, sucesos largo tiempo olvidado, se han presentado de un modo vívido a la consciencia. Nada se olvida realmente; pero mucho se halla oculto a la vista limitada de nuestra conciencia ordinaria, la cual es la forma más restringida de nuestra conciencia general, por más que sea la única conciencia reconocida por la gran mayoría.

Del mismo modo que el recuerdo de una parte de la vida presente se halla fuera de los límites de la conciencia ordinaria y sólo se muestra de nuevo cuando hallándose el cerebro en estado súper-sensitivo, puede responder a vibraciones que ordinariamente no es capaz de percibir, así también el recuerdo de las vidas pasadas se halla almacenado fuera del alcance de la conciencia física. Se halla todo en el Pensador, que es el único que persiste vida tras vida y tiene el libro de memorias a su alcance, pues es el único “yo” que ha pasado por todas las experiencias que en él se registran. Por otra parte, puede imprimir el recuerdo del pasado en su vehículo físico, así que lo haya purificado de modo que responda a sus fugaces y sutiles vibraciones, y entonces el hombre de carne puede compartir el acumulado conocimiento del pasado. La dificultad de la memoria no consiste en el olvido, pues el vehículo inferior, o sea el cuerpo físico, no ha pasado nunca por las vidas anteriores de

su dueño; consiste en la absorción del cuerpo actual en su medio ambiente presente, en su grosera insensibilidad para responder a las delicadas vibraciones, únicas por las cuales puede hablar el alma. Los que quieran recordar el pasado, no deben tener concentrado todo su interés en el presente, sino que deben purificar y refinar el cuerpo hasta que pueda recibir las impresiones de las esferas más sutiles.

Sin embargo, la memoria de las vidas pasadas la posee un considerable número de personas que han llegado a adquirir la sensibilidad necesaria del organismo físico, no siendo ya para ellas la reencarnación mera teoría, sino asunto de conocimiento personal. Así saben cuánto más rica es la vida presente con el recuerdo de las pasadas, viendo que los amigos de este breve día son los mismos de hace mucho tiempo con lo que los recuerdos antiguos fortalecen los lazos del pasajero presente. La vida gana en seguridad y en dignidad cuando se la ve con una extensa perspectiva tras sí, y cuando los amores de antaño reaparecen en los amores de hoy. La muerte se reduce a su propia insignificancia, como un simple incidente de la vida, el cambio de un escenario por otro, como un viaje que separa los cuerpos, pero que no puede separar al amigo del amigo. Se ve que los lazos del presente no son más que eslabones de una cadena de oro que se extiende en el pasado, pudiendo afrontarse el porvenir con la alegre confianza que proporciona la idea de que estos lazos subsistirán, y que forman parte de aquella cadena no interrumpida.

De vez en cuando vemos niños que han aportado recuerdos de su inmediato pasado, las más veces cuando han muerto en la niñez y vuelven a nacer casi inmediatamente. En Occidente son estos casos más raros que en Oriente, porque en Occidente las primeras palabras de tal niño serían escogidas con incredulidad, y pronto perder la confianza en sus propios recuerdos. En Oriente, donde la creencia en la reencarnación es casi universal, se escuchan los recuerdos del niño para comprobarlos a su debida oportunidad.

Hay otra consideración respecto de la memoria, que merece estudiarse. La de los sucesos pasados, permanece como hemos dicho, únicamente en el Pensador; pero los resultados de estos sucesos, convertidos en facultades, se hallan al servicio del hombre encarnado. Si el total de estos sucesos pasados se lanza dentro del cerebro físico, como una vasta masa de experiencias sin orden ni arreglo, el hombre no podría guiarse por al manifestación del pasado ni utilizarlo para su ayuda presente. Obligado a escoger entre dos tendencias de acción, tendría que elegir sucesos similares en carácter, entre los desordenados hechos de su pasado, ver cuáles fueron sus resultados, y después de un estudio largo y penoso, llegar a alguna conclusión que probablemente sería viciosa por no haber tenido en cuenta algún factor importante que se recordó tiempo después de haber pasado el momento de la decisión. Todos los

sucesos, triviales o importantes de algunos cientos de vidas, formarían más bien una masa caótica de referencia que no fuera posible manejar en el momento en que se requiriese una pronta decisión. El plan mucho más eficaz de la Naturaleza, deja al Pensador la memoria de los sucesos, provee un largo período de existencia desencarnada para el cuerpo mental, durante el cual todos los sucesos pueden compararse sinópticamente y clasificar sus resultados. Luego estos resultados se cambian en facultades, y éstas forman el cuerpo metal siguiente del Pensador. De esta suerte, las facultades acrecentadas y mejorada, se hallan dispuestas para le empleo inmediato, y existiendo en ellas los resultados del pasado, puede llegarse a una decisión inmediata de acuerdo con tales resultados. El golpe de vista claro y rápido y el pronto juicio no son más que la expresión de la experiencia pasada, moldeada en una forma efectiva de empleo; son, seguramente, instrumentos mucho más útiles que lo fuera una masa de experiencias no asimiladas, de entre las cuales tendrían que elegirse y compararse las más salientes, y de la que habrían de hacerse deducciones cada vez que se necesitase tomar una resolución.

Sin embargo, desde estos puntos de vista, la mente vuelve a apoyarse en la necesidad fundamental de la reencarnación, para explicar la vida y no ver en ella al hombre como mero juguete de la injusticia y la crueldad. Con la reencarnación, el hombre se ve a sí mismo digno e inmortal, evolucionando hacia un fin divino y glorioso; sin ella es una arista que flota a merced de la corriente de circunstancias casuales, irresponsable de su carácter, de sus acciones y de su destino. Con ella puede mirar hacia adelante con esperanza, libre de temores, por bajo que se encuentre hoy en la escala de la evolución, porque se halla en la que conduce a la divinidad, y el llegar a su cúspide es sólo cuestión de tiempo; sin ella no tiene fundamento racional de seguridad acerca del progreso en el porvenir, ni siquiera respecto a la realidad de porvenir alguno; porque (que porvenir habría de aguardar una criatura sin pasado? Puede ser una mera burbuja en el océano del tiempo. Lanzando al mundo desde el no ser, con cualidades buenas o malas que posee sin razón ni merecimiento, ¿por qué habría de luchar para mejorarlas? ¿No será su futuro, si es que tiene alguno, tan aislado, tan sin causa y tan falto de relación como su presente? El mundo moderno, al desechar de sus creencias la reencarnación, ha privado a Dios de Su justicia y al hombre de su seguridad; puede ser “afortunado” o “desgraciado”; pero carece de la fuerza y la dignidad que inspira la confianza en una ley inmutable, y se le abandona a merced del insurcable océano de la vida.

EL KARMA

Una vez seguida la evolución del alma humana a través de vidas sucesivas, podemos estudiar la gran ley de causalidad que preside los renacimientos y que se llama Karma.
Karma es un término sánscrito que significa literalmente “acción”.
Supuesto es que toda acción es efecto de causas anteriores, y que cada efecto viene a ser a su vez la causa de otros, esta noción de causa y efecto es elemento esencial en la vida de acción.
Por esto el término acción o Karma se usa en el sentido de “casualidad” y designa la serie ininterrumpida, el encadenamiento de causas y efectos de que se compone toda actividad humana.
De ahí la frase que se emplea a veces al hablar de un acontecimiento: “es mi Karma”; es decir, “este hecho es efecto de una causa puesta en juego por mí en el pasado.”
Ninguna existencia está aislada; cada vida es el fruto de cuantas la han precedido y el germen de todas las que siguen en el agregado total de vidas de que se compone la existencia continua de la individualidad humana.
No hay “suerte” ni hay “accidente”.
Cada suceso está ligado a las causas antecedentes y a los efectos consiguientes, pensamientos, acciones y circunstancias producen del pasado e influyen en el porvenir.
Como nuestra ignorancia nos vela igualmente lo pasado y lo futuro, nos parece que los sucesos surgen de repente del hado, que son accidentales; pero esta apariencia es ilusoria y proviene exclusivamente de nuestro escaso saber.
De la misma manera que el salvaje, ignorante de las leyes físicas del universo, considera los sucesos como carecientes de causa y como milagros las operaciones de las leyes físicas, un gran número de hombres, desconocedores de las leyes mentales y morales, consideran los acontecimientos mentales y morales como sin causa y los miran cual resultado de las leyes desconocidas o como buena o mala “suerte”

Cuando surge por primera vez en el horizonte del pensamiento humano la idea de una ley intransgredible e inmutable, en el reino hasta entonces vagamente atribuido al azar, aparece en tal instante un sentimiento de impotencia, como de parálisis mental y moral.
El hombre se siente sujeto por la férrea mano de un destino inflexible y el “kismet” del resignado musulmán parece ser la única forma filosófica posible.
Lo mismo puede sentir el salvaje cuando su admirada inteligencia concibe por primera vez la idea de una ley física, al ver que cada movimiento de su cuerpo y cada movimiento de la naturaleza exterior se efectúan por medio de

leyes inmutables.
Poco a poco llega a saber que esas leyes fijan las condiciones indispensables de toda acción, sin prescribir por ello la acción misma; de suerte que el hombre permanece siempre libre, aunque limitado en sus actividades externas por las condiciones del plano en que obra.
Aprende además que estas condiciones le subyugan y frustran sus más vigorosos esfuerzos cuando las ignora o cuando conociéndolas se opone a ellas; pero que las hace sus esclavas y auxiliares cuando las comprende, conoce su dirección y calcula su fuerza.

En verdad, la ciencia es únicamente posible en el plano físico, porque las leyes de éste son inviolables e inmutables.
Sin leyes naturales no podría haber ciencia alguna.
Un investigador realiza cierto número de experimentos para conocer cómo opera la naturaleza; y una vez adquirido este conocimiento, puede adoptar las disposiciones necesarias para llegar a determinado resultado.
Si fracasa, sabe que ha olvidado seguramente una condición imprescindible, o que su conocimiento de las leyes no es completo todavía, o que se equivocado en los cálculos.
Vuelve al estudio, rectifica el método y repasa serenamente las operaciones, convencido de que a todo problema bien planteado debe responder la naturaleza con exactitud matemática.
El hidrógeno y el oxígeno no le darán agua hoy y ácido prúsico mañana; el fuego que le quema no le helara mañana.
Si el agua puede ser hoy líquida y sólida mañana, es porque han cambiado las condiciones circunstanciales, y el regreso a las condiciones primitivas restablecerá el resultado originario.
Cada nueva información respecto de las leyes de la naturaleza engendra un nuevo poder, porque todas las energías de la naturaleza se convierten en fuerzas utilizables en manos del hombre, a medida, que las comprende.
Aquí tiene aplicación el proverbio: “Saber es poder”; pues el uso que puede hacerse de las fuerzas depende del conocimiento que de ellas se tenga.
Escogiendo aquellas de que quiere servirse, equilibrándolas entre sí y neutralizando las energías que se oponen a sus designios.
El sabio puede determinar de antemano el resultado y provocar la realización de los cálculos.
Comprendiendo y manipulando causas puede producir efectos; y así la rigidez de la naturaleza, que al principio parece paralizar la acción humana, puede emplearse por el hombre para producir infinita variedad de resultados.
La perfecta rigidez de cada fuerza considerándola aisladamente determina la perfecta flexibilidad de sus combinaciones; pues habiendo fuerzas de toda

especie, que se mueven en todas direcciones y están todas sujetas a cálculo, se puede operar una selección combinando las fuerzas elegidas de manera que produzcan el resultado apetecido, es preciso el conocimiento, pues el ignorante camina de tropiezo en tropiezo contra las leyes inmutables, viendo fracasar todos sus esfuerzos, mientras que el sabio sigue un orden metódico, y prevé, provoca o impide cuanto se relaciona con el anhelado objeto, que al fin logra no por azar, sino porque conoce las leyes.
El uno es juguete y esclavo de la naturaleza; el otro es el dueño que utiliza las energías cósmicas, dirigiéndolas en el sentido que su voluntad escoge.

Lo que es verdad en los dominios físicos de la ley, también lo es en los mundos moral y mental que igualmente son dominios de la ley.
También en ellos el ignorante es esclavo y el sabio dueño.
También la inviolabilidad y la inmutabilidad consideradas primeramente como paralizadoras de todo esfuerzo, se reconocen luego como condiciones indispensables de seguro progreso y de previsora dirección del porvenir.
El hombre puede llegar a ser dueño de su destino tan sólo porque este destino yace en los dominios de la ley, en donde el conocimiento puede edificar una ciencia del alma y poner en manos del hombre la facultad de gobernar su porvenir y escoger igualmente su carácter y circunstancias futuras.
El conocimiento del Karma que parecía paralizar todo esfuerzo, se convierte en fuerza inspirante, en sostén y elevadora fuerza.

El Karma es. Por tanto, la ley de causalidad, la ley de causa y efecto.
Formalmente la anunció el iniciado cristiano San Pablo: “No os engañéis. Nadie se burla de Dios; porque lo que quiera que el hombre siembre, aquello también recogerá.”
El hombre admite constantemente fuerza en los planos donde funciona.
Estas fuerzas que cualitativamente son efectos de sus actividades pasadas, resultan al mismo tiempo causas de él emanadas en cada uno de los mundos que habita.
Producen determinados efectos tanto en él mismo como en los demás; y a medida que esas Causas, emanadas de él como de un foco, irradian por todo el campo de su acción, es responsable de los efectos que engendran.
Así como el imán tiene su campo magnético, el ambiente en que todas sus fuerzas, mayores o menores, actúan según su potencia, cada hombre posee también un campo de acción en donde obran las fuerzas que emite.
Estas fuerzas se trasmiten en líneas curvas que regresan al punto de partida, al foco del cual emanaron.

Como el asunto es muy complicado, lo subdividiremos, y estudiaremos las subdivisiones una por una.

En su vida ordinaria, el hombre emite tres clases de energías, que

pertenecen a los tres mundos que habita.
En el plano mental, las energías mentales originan las causas que llamamos pensamientos; el plano astral, las energías astrales producen lo que llamamos deseos; y, en fin, en el plano físico, las energías físicas suscitadas por las dos anteriores se designan con el nombre de acciones.
Convendrá estudiar sucesivamente en sus operaciones estas tres clases de energía para comprender las tres clases de efectos que respectivamente producen, si queremos cargo del papel que cada una de esas categorías de fuerzas desempeña en las complejas combinaciones que ponemos en juego, y cuyo conjunto podemos llamar “nuestro Karma”.
Cuando el hombre, adelantándose a sus semejantes, logra más elevados, llega a ser un centro de elevadas fuerzas; pero por ahora podemos prescindir de estas fuerzas de orden espiritual y limitarnos a la humanidad vulgar que efectúa su ciclo de reencarnación en los tres mundos.

Al estudiar las tres clases de energía que hemos enumerado, debemos distinguir entre su efecto en el hombre que las emite y los que se encuentran en su esfera de acción; porque cualquier error en este punto podría sumir al estudiante en insuperables dificultades.

Hemos de recordar, por lo tanto, que cada fuerza obra en su propio plano y reacciona sobre el plano inferior proporcionalmente a su intensidad.
El plano en que se engendra le da su especial característica y al relacionar en los planos inferiores determina vibraciones de la materia sutil o grosera de dichos planos, de conformidad con su originaria naturaleza.
El motivo generador de la actividad determina el plano a que pertenece la fuerza.

Es necesario ahora distinguir entre: 1º Él Karma, pronto a manifestarse en la vida presente bajo la forma de sucesos inevitables; 2º. , El Karma de carácter, que se manifiesta por las tendencias provinentes de la experiencia acumulada y susceptibles de modificarse en la vida presente (el Ego) que las creó en el pasado; y 3º. , Él Karma en vías de formación, destinado a influir, y Kriyamâna (en formación.)

Además hemos de tener en cuenta que sobre el carácter y los sucesos futuros. (El estudiante conoce estas divisiones con el nombre de Prarabdha (comenzado), Sanchita (acumulado), manifestándose en parte en las tendencias del individuo al formar su Karma individual, el hombre se relaciona con los demás seres, pues entra en la composición de grupos diversos como la raza, nación y familia, participando del Karma colectivo de cada uno de estos grupos.

Se comprende desde luego que el estudio del Karma es sumamente complejo.

A pesas de ello, los principios fundamentales de su operación, antes expuestos, bastan para dar una idea coherente de su alcance general, pudiendo estudiarse los pormenores según se nos ofrezcan ocasiones para ello.
Lo esencial es no olvidar que el hombre engendra su propio Karma, que crea paralelamente sus facultades y sus limitaciones, y que, trabajando siempre mediante las facultades que ha creado y bajo el peso de las limitaciones que se ha impuesto, permanece siempre el mismo, la viviente alma capaz de acrecentar o de reducir sus limitaciones.

El mismo ha forjado las cadenas que le sujetan, y puede limarlas hasta romperlas o remacharlas más fuertemente.
El mismo ha construido también la casa que habita, y puede a su antojo embellecerla, derruirla o reedificarla.
Sin cesar trabajamos en la plática arcilla que podemos modelar a nuestro gusto; pero la arcilla se endurece y llega a ser como el hierro, conservando la forma que le hemos dado.
Un proverbio del Hitopadesa dice:

“Mirad: la arcilla se ha endurecido como hierro;
Pero el alfarero moldea la arcilla. El destino es
Hoy el dueño. El hombre lo fue ayer.”

Así todos somos dueños de nuestro porvenir, cualesquiera que sean los obstáculos que tengamos en el presente como consecuencia del pasado.

Vamos ahora a seguir, en el orden indicado, las divisiones establecidas anteriormente para facilitar el estudio del Karma.

Tres clases de causas ejercen sus efectos sobre su creador y en todo lo que éste influye.
La primera de estas causas está constituida por nuestros pensamientos.
El pensamiento es el factor más poderoso en la creación del Karma humano, porque manifiesta la operación de las energías del Yo en la materia mental, materias cuyas modalidades más sutiles forman el vehículo mismo de la individualidad y cuyas especies más densas responden todavía con prontitud a las menores vibraciones de la conciencia.
Las vibraciones que designamos con el nombre de pensamiento, consecuencia directa de la actividad del Pensador, originan forma de substancia mental o imágenes mentales que, según hemos visto, modelan el cuerpo mental del Pensador.
Cada pensamiento modifica este cuerpo, y las facultades mentales innatas de cada vida son el resultado del funcionamiento del pensamiento en las vibraciones anteriores.

No hay poder razonador ni mental que no haya sido creado por el hombre mismo con el auxilio de pensamientos pacientemente repetidos.
Además, ni una sola de las imágenes mentales así creadas se pierde; todas ellas contribuyen a la formación de las facultades, y la suma de un cuerpo cualquiera de imágenes mentales sirve para construir una facultad correspondiente, que se acrecienta por cada pensamiento adicional, es decir, cada vez que se crea una imagen mental del mismo orden.
Conociendo esta ley el hombre puede gradualmente construir el carácter mental que desee poseer, pudiendo efectuar con precisión semejante a la del albañil que levanta una pared.
La muerte no interrumpe su obra; al contrario, librándole de las trabas del cuerpo, facilita el proceso de asimilización de las imágenes mentales en el órgano definido que denominamos facultad.
El hombre trae consigo esta facultad cuando vuelve al plano físico, presto a renacer, y una parte del cerebro de su nuevo cuerpo se adapta para servir de órgano a esa facultad, del modo que se verá más adelante.
El conjunto de esas facultades constituye el cuerpo mental con el que comienza su nueva vida sobre la tierra; y su cerebro y su sistema nervioso se conforman dé manera que suministran al cuerpo mental los necesarios medios de expresión en el plano físico.
Así, las imágenes mentales creadas en una vida aparecen como características y tendencias mentales en la siguiente.
Por eso dice uno de los Upanishads:
“El hombre es un ser de reflexión; lo que refleja en esta vida llega ser en la siguiente”
Tal es la ley que pone en mano la construcción de nuestro carácter mental.
Si construimos bien, la ventaja y el honor serán nuestro premio; y si hacemos mal, nos acarrearemos pérdida y disgusto.
El carácter mental es, pues, un sorprendente ejemplo del Karma individual en su acción sobre el individuo que lo crea.

Además, este mismo individuo que estudiamos, influye sobre los otros con su pensamiento, pues las imágenes que construyen su propio cuerpo mental, originan en el espacio vibraciones del mismo orden y se reproducen en formas secundarias,
Los pensamientos se encuentran, por lo general, mezclados con algún deseo, y sus formas contienen además cierta porción de materia astral, por lo se designa aquí a esas formas de pensamientos secundarios con el nombre de imágenes astro-mentales.
Semejantes formas destácanse del ser que las crea para vivir independientemente, en cierto modo, permaneciendo, sin embargo, en relación

con él por un lazo magnético.
Se ponen así en contacto con los demás individuos a que afectan y establezcan lazos kármicos entre ellos y él, influyendo además en cierta medida sobre el ambiente futuro del individuo considerado.
Atase así los lazos que, en vidas ulteriores, han de agrupar a ciertas personas para el bien o para el mal, los lazos que nos rodean de parientes, amigos y enemigos, poniendo en nuestro camino a los que están destinados a ayudarnos o a combatirnos, a los que han de favorecernos y a los que han de perjudicarnos.
He aquí por qué unos nos aman sin que hayamos hecho en esta vida nada para ello, mientras que otros nos odian aunque tampoco hayamos hecho nada para merecer su odio.
El estudio de estos resultados nos permite formular un principio fundamental: al mismo tiempo que nuestros pensamientos obran sobre nosotros, creando nuestro carácter mental y moral, determinan, por su acción sobre el prójimo, nuestros futuros asociados humanos.

La segunda clase de energías se compone de nuestros deseos, de nuestro apetito respecto a los objetos que nos atraen desde el mundo exterior.
Como quiera que en los deseos del hombre haya siempre un elemento mental, podemos extender el término “imágenes mentales” para incluir en él las que se manifiestan en gran parte en la materia astral.
Los deseos, al obrar sobre el que los crea, construyen y modelan su cuerpo de deseo o cuerpo astral, y labran su destino en el Kamaloka tras la muerte, determinando, en fin, la naturaleza del cuerpo astral de su próxima encarnación.
Cuando los deseos son bestiales, intemperantes, crueles o asquerosos, son causa fecunda de enfermedades congénitas, de cerebros débiles y enfermos que engendran la epilepsia la catalepsia, y desórdenes nerviosos de toda suerte.
De ahí proceden también las deformidades y deformaciones físicas, y en los casos extremos las monstruosidades.
Los apetitos bestiales de naturaleza anormal pueden establecer en el mundo astral lazos que retengan por algún tiempo al Ego, en un cuerpo astral formado por dichos apetitos, en sujeción al cuerpo astral de los animales en quienes sean peculiares dichos apetitos, retardando así su reencarnación.
Cuando el individuo no sufre esta pena, su cuerpo astral, en forma de bestia, imprime a veces la huella de sus características en el cuerpo físico en formación durante el período prenatal.
Tal es el origen de los monstruos semi-humanos que aparecen de cuando en cuando.

Siendo los deseos fuerzas de exteriorización que se apegan a los objetos externos, impelen siempre al hombre hacia el medio en que pueda satisfacerlos.
El deseo de las cosas terrestres sujeta al alma al mundo exterior y la arrastra hacia el lugar donde los objetos deseados pueden obtenerse más fácilmente.
Por eso se dice que el hombre nace según sus deseos.
Los deseos son, pues, una de las causas determinantes del lugar de la reencarnación.

Las imágenes astro-mentales producidas por los deseos ejercen sobre nuestros semejantes una acción análoga a la de las imágenes de igual naturaleza producidas por los pensamientos.
Los deseos, por consecuencia, nos ligan también a los demás hombres.
Nos ligan comúnmente por los poderosos lazos del amor y del odio, pues en el grado actual de evolución, los deseos de un hombre vulgar son, por lo general, más fuertes y sostenidos que sus pensamientos.
Desempeñan, pues, un gran papel en la determinación del ambiente social de las vidas futuras y pueden ponerle en contacto con algunas personas y someterle a ciertas influencias, sin que pueda sospechar las relaciones, que hay entre ellas y él.
Supongamos que un hombre que, emitiendo un pensamiento de odio terrible y vengativo, haya contribuido a provocar en otro el impulso del crimen.
El creador de semejante pensamiento está unido por su Karma al autor del crimen, aunque jamás se hayan encontrado ambos en el plano físico; y él bajo la forma de un perjuicio causado por el criminal.
Con frecuencia, una desgracia imprevista, inesperada y en apariencia totalmente inmerecida, es efecto de causa semejante; y mientras la conciencia inferior se revuelve bajo un sentimiento de injusticia, el alma aprende una lección que no olvidará jamás.
Nada inmerecido hiere al hombre, pero su falta de memoria no cohonesta la trasgresión de la ley.
Vemos, pues, que nuestros deseos, en su acción sobre nosotros mismos, forman nuestra naturaleza astral e influyen en gran manera, a través de ella, sobre el cuerpo físico de nuestra próxima reencarnación; que desempeñan un importante papel en la determinación de nuestro lugar de nacimiento; y finalmente, que por su acción sobre los demás, ayudan a atraernos, en cualquier vida futura, a los seres humanos a que nos asociaremos.

La tercera clase de energías se manifiesta en el plano físico bajo forma de acciones y engendra Karma por su efecto sobre los demás, pero no afecta sino muy poco al hombre interior.
Las acciones son efectos de los pensamientos y deseos del pasado, y el Karma

que representan está en su mayor parte agotado por el mismo hecho que efectúan.
Pueden, sin embargo, afectar al hombre indirectamente, en cuanto suscitan en él nuevos pensamientos, deseos y emociones; pero en los deseos y no en las acciones mismas reside la fuerza generadora.
Es igualmente cierto que las acciones frecuentemente repetidas producen en el cuerpo físico un hábito que tiene por efecto limitar la expresión del Ego en el mundo exterior; pero este acto no sobrevive al cuerpo, y el Karma de la acción, en lo que respecta a su efecto sobre el alma, se contrae a una sola encarnación.
Otra cosa sucede cuando estudiamos el efecto de nuestras acciones sobre los demás, la dicha o la desgracia que causan, y la influencia que ejercen como ejemplos.
Nos ligan así a nuestros semejantes, gracias a esa influencia, y constituyen, por lo tanto, un tercer factor en la futura determinación de la que ha de rodearnos.
Son también el factor esencial en la determinación de lo que podría llamarse nuestro medio ambiente no humano.

Generalmente hablando, el ambiente material, favorable o desfavorable, en el que venimos al mundo, depende del efecto ejercido por nuestras acciones pasadas al derramar la felicidad o la miseria entre los demás.
Los efectos físicos producidos sobre el prójimo por nuestros actos físicos, se neutralizan en la operación del Karma, al rodearnos de condiciones buenas o malas para una existencia futura.
Si hemos de procurado a los hombres dicha material a costa de nuestros esfuerzos, esa acción revierte sobre nosotros en forma de circunstancias felices que tienden a nuestra vida material; y si hemos sido causantes de la miseria física para nuestro prójimo, recogeremos entonces el Karma de circunstancias físicas deplorables que llevan al sufrimiento físico.
En ambos casos, las consecuencias del acto físico son independientes del motivo del acto, lo que nos lleva a considerar la segunda gran Ley:

CADA FUERZA OPERA EN SU PROPIO PLANO-

Si un hombre siembra la dicha para los demás en el plano físico, cosechará condiciones que propendan a su propia felicidad en el mismo plano; y el motivo que presidió a la acción no intervendrá para nada en el resultado.
Un hombre puede sembrar trigo con intento de arruinar a su vecino, pero la perversión de su propósito no hará que en vez de trigo nazca cizaña.
El motivo es una fuerza mental o astral, según se proceda de la voluntad o del

deseo, y reacciona, en consecuencia, sobre el carácter mental o moral o sobre la naturaleza astral.
La producción de la dicha física por la acción es una fuerza física que actúa en el plano físico.
“Por sus acciones afecta el hombre a sus semejantes en el plano físico; extiende en torno a sí la dicha o la desgracia, acrecentando o disminuyendo el bienestar humano que puede proceder de motivos muy diversos, buenos, malos o mixtos.
Un hombre puede ejecutar una acción que difunda el bien, por simple benevolencia o por ardiente deseo de favorecer a sus semejantes.
Supongamos que por tal motivo ceda un parque a una ciudad para esparcimiento de los habitantes.
Otro hacer parecida acción por vanidad, para obtener, por ejemplo un titulo nobiliario.
Otro, en fin, lo hará por un motivo mixto, desinteresado en parte y en parte egoísta.
Los motivos afectarán respectivamente a los caracteres de estos tres hombres en sus encarnaciones futuras, en bien, en mal, o de una manera mixta.
Pero el efecto que la acción produce al proporcionar solaz a gran número de seres, no depende del motivo del donante.
Cualquiera que sea la causa del don, el efecto es el mismo y la gente goza por igual del parque; y el gozo debido a la acción del donante, da a éste un crédito kármico cuya deuda se le pagará escrupulosamente.
Nacemos en un medio confortable y hasta lujoso, según la alegría difundida por él, y su sacrificio de bienes físicos le dará la recompensa debida y el fruto kármico de su acción.
Esta en su derecho; pero el uso que haga de su posición, la dicha que encuentre en sus riquezas, dependerá esencialmente de su carácter; aquí también alcanza la recompensa debida, porque cada semilla fructifica según su especie.
Verdaderamente los caminos del Karma son iguales.
No rehúsa el malvado la justa reversión de una acción benéfica; pero le da también el carácter que mereció por su intención aviesa, de suerte que en medio de sus riquezas es pobre y queda descontento y taciturno.
El hombre bueno no escapará al sufrimiento físico si extiende la miseria física por acciones erróneas debidas a un buen motivo.
La miseria que ocasione, le proporcionará miseria en su futuro ambiente físico; pero la intención pura ennoblecerá su carácter, haciendo manar de él una fuente de dicha eterna, de suerte que estará tranquilo y satisfecho en el seno de su turbación.

Muchos enigmas podrían resolverse por la aplicación de esos principios a los hechos que observamos en torno a nosotros.

La diferencia entre el efecto del motivo y el de la acción material se debe a que cada fuerza posee las condiciones del plano en que se ha engendrado.
Cuanto más elevado y poderoso sea éste, más poderosa será la fuerza.
El motivo es, pues, mucho más importante que la acción, y una mala acción hecha con buen propósito allega al agente mucho más bien que una acción determinada por malas intenciones.
Al reaccionar el motivo sobre el carácter crea a la larga una serie de efectos, porque las acciones futuras, determinadas por dicho carácter, quedarán influidas por el mejoramiento o perversidad del mismo carácter.
La acción, por el contrario, al allegar a su autor la dicha o la desgracia física según su efecto sobre el prójimo, no entraña ninguna fuerza generadora, y se agota por su mismo esfuerzo.
Cuando un conflicto de deberes aparentes dificulta reconocer el sendero de la justicia, el hombre que reconoce el Karma esfuérzase en escoger el mejor camino, sacando el mejor partido posible de su razón y su juicio.
Es absolutamente escrupuloso en cuanto al motivo, prescindiendo de toda consideración egoísta, purifica su corazón, obra sin temor, y si yerra, acepta voluntariamente el sufrimiento que resulta de ello, como una lección que dará su fruto algún día.
Su elevada intención ennoblece su carácter en lo futuro.

Este principio general de que la fuerza pertenece al plano en que se engendra, tiene un alcance inmenzo.
Si la fuerza emitida está determinada por el anhelo de objetos materiales, obra en el plano físico y atrae al actor a este plano.
Si aspira a objetos celestes, actúa en el plano devachánico y lleva al actor a este plano; y si la fuerza no tiene otro móvil que el divino servicio, se engendra en el plano espiritual y en nada puede sujetar al individuo puesto que nada ansía.

Las tres claves del Karma.—El Karma en sazón es el que está a punto de cosecharse, siendo, por consiguiente, inevitables.
De todo el Karma del pasad tan sólo, una porción puede agotarse en el curso de una misma existencia, pues ciertas clases de Karma son de tal modo incompatibles, que no pueden cumplirse en un sólo cuerpo, sino que necesitan para su realización muchos cuerpos de tipo diferente.
Hay deudas contraídas con las demás almas, y todas esa almas no se encontrarán simultáneamente encarnada.
Hay así Karma que debe efectuarse en determinado país o posición social, aunque el mismo individuo tenga otro Karma que necesite ambiente

enteramente distinto.
En consecuencia, el hombre no podrá pagar, en una encarnación, sino parte de su Karma total.
Los grandes Señores del Karma escogen esta parte, según diremos más adelante, y el alma va a donde ha de encarnar en familia, país, situación y cuerpo apropiados para agotar la acumulación de causas escogidas, destinadas a producir sus correspondientes efectos.
Estas causas determinan el período de la encarnación, dando al cuerpo sus características, poderes y limitaciones, relacionando con el individuo las almas encarnadas en la época en que contrajo obligaciones con ellas, rodeándola de parientes, amigos y enemigos.
Estas causa determinan, además, las condiciones sociales en que el individuo nace con las ventajas e inconvenientes que de ello resultan; fijan los límites de las energías mentales que podrá manifestar, modificando la organización cerebral y nerviosa que le servirá de instrumento; combinan, en fin, todo lo que es, en su Karma, puede proporcionar penas y alegrías compatibles entre sí en el curso de la existencia presente.
Todo esto es el Karma en sazón y puede formularse en el horóscopo echo por un astrólogo competente.
En todo esto el hombre no tiene facultad de elección, porque ya está hecha y fijada desde el pasado.
No le queda más remedio que satisfacer sus deudas hasta el último denario.

Los cuerpos físicos, astral y mental de que el alma se reviste para el nuevo período de su existencia terrestre, son, como hemos visto, resultado directo de su pasado y constituyen una parte muy importante del Karma en sazón.
Limitan por todas lados el alma del hombre, y su pasado se presenta ante él para juzgarle, señalando los límites que se ha impuesto a sí mismo.
El sabio reconoce que no puede sustraerse a estas condiciones y las acepta gozosamente, tal como son, esforzándose en aminorarlas de un modo gradual.

Hay otra clase de Karma en sazón que es de gran importancia: el de las acciones inevitables.
Toda acción es el término final de una serie de pensamientos; tomando de ejemplo la química, podemos referirnos al caso de las soluciones saturadas y considerar que añadiendo pensamiento a pensamiento de la misma especie, resulta al fin que un sólo pensamiento nuevo, o un simple impulso o una vibración de fuera, basta para producir la cristalización, es decir, el acto expresivo del pensamiento.
Si reiteramos con persistencia pensamientos del mismo género, de venganza por ejemplo, alcanzaremos por fin el punto de saturación, y el menor impulso les hará cristalizar en crimen.

O bien podemos almacenar persistentemente pensamientos de auxilio al prójimo hasta el punto de saturación, y cuando llegue la oportunidad de estímulo cristalizará en acto de heroísmo.
Un hombre puede traer al nacer un Karma en sazón de este género, y la primera vibración que se ponga en contacto con este conjunto de pensamientos dispuestos a actuar, bastará para precipitarle inconscientemente y sin voluntad preconcebida en el hecho.
No tiene tiempo de pensar, se halla en un estado en que la menor vibración del mental provoca la acción, en una situación de equilibrio inestable en que el menor choque determina la caída.
En semejantes circunstancias se sorprenderá comúnmente el hombre de haber podido cometer un crimen tal o cual, o un acto de sublime abnegación.
“Lo he hecho sin pensar”, exclama ignorando que la frecuencia de sus pensamientos hizo el acto inevitable.
Cuando un hombre ha querido varias veces ejecutar una acción, su voluntad acaba por fijarse irrevocablemente en esta, y el momento de la realización es tan solo cuestión de circunstancia.
Mientras piensa, es libre de elección, puede oponer a un pensamiento otro nuevo y destruir de un modo gradual la tendencia primitiva por la reiteración de pensamientos contrarios; pero si el inmediato estremecimiento del alma responde al estímulo de realizar el hecho, entonces se extingue la facultad de elección.
Esto entraña la solución del viejo problema de la fatalidad y el libre albedrío.
Por el ejercicio de su libre albedrío se crea el hombre gradualmente fatalidades para sí mismo, y entre estos dos extremos se interponen todas las condiciones de libertad y de fatalidad de donde resultan las internas luchas de que tenemos conciencia.
Continuamente creamos hábitos por la repetición de las acciones deliberadamente efectuadas por la voluntad, y llegando a ser un hábito una limitación, ejecutamos automáticamente las acciones.
Tal vez deduciendo que el hábito en cuestión es malo, nos propongamos laboriosamente extirparlo mediante pensamientos de naturaleza opuesta; y tras muchas e inevitables recaídas, la nueva corriente de pensamientos toma su curso y recobramos por entero nuestra libertad, de la que nos aprovechamos para forjar enseguida nuevas ligaduras.
Así es como los pensamientos-formas de otro tiempo persisten y vuelven a limitar nuestra capacidad mental, mostrándose en forma de prejuicios individuales y nacionales.
Las mayorías de las gentes no conocen que están limitadas de este modo, y permanecen serenamente atadas a sus cadenas, ignorantes de su esclavitud;

pero los que aprendan la verdad acerca de su propia naturaleza, se libertan.

La constitución de nuestro cerebro y de nuestro sistema nervioso es una de las más señaladas fatalidades en la vida.

Los tenemos inevitablemente así por efecto de nuestros pensamientos pasados y se nos presentan como un obstáculo contra el cual nos sublevamos.

Dichos órganos pueden mejorarse lenta y gradualmente, aminorándose con ello las limitaciones; pero es imposible destruirlas de repente.

Otra forma de Karma en sazón se presenta cuando los malos pensamiento del pasado han formado alrededor del hombre una corteza de malas acciones que le aprisionan y contraen a una vida perversa.

Semejantes acciones son, como hemos dicho, inevitables consecuencias de su pasado, y algunas veces pueden quedar en suspenso durante muchas vidas en que no han tenido ocasión de manifestarse, mientras el alma ha progresado y se ha desarrollado.

Llega una existencia en que la corteza de maldad pretérita encuentra ocasión de manifestarse, y a causa de ello el alma es impotente para que prevalezcan de pronto las cualidades adquiridas después.

Como un polluelo pronto a nacer, esta oculta en el cascarón que la envuelve y que solo es visible al ojo exterior.

Al cabo de tiempo se acaba este Karma y cualquier suceso aparente debido al azar, la palabra de un gran Maestro, un libro, una conferencia, rompe el cascarón de donde el alma surge súbitamente libre.

Tale son las conversiones prodigiosas, al mismo tiempo súbitas y perseverantes, los milagros de la gracia divina de que oímos hablar en ocasiones, de cosas todas completamente comprensibles para quien conoce el Karma y lo ajusta al dominio de la Ley

El Karma acumulado que se manifiesta por el carácter, esta contrariamente al Karma en sazón sujeto siempre a modificaciones.

Puede decirse que consiste en tendencias vigorosas o débiles, según la fuerza mental que ha contribuido a su formación.

Estas tendencias pueden reforzarse o debilitarse por nuevas corrientes de fuerza mental dirigidas en el mismo sentido o en el contrario.

Si encontramos en nosotros tendencias deplorables, podemos aplicarnos a la obra de eliminarlas.

Comúnmente, arrastrados por la ola impetuosa del deseo, somos impotentes para vencer la tentación; pero cuando más tiempo resistamos, más seguros estaremos de la victoria.

Cada acontecimiento de esta naturaleza es un paso hacia el éxito, pues la resistencia que oponemos destruye parte de la energía y disminuye, en consecuencia la suma disponible para lo porvenir.

El Karma en vías de formación lo hemos estudiado ya.

El Karma colectivo.—Consideremos la acción del Karma sobre un grupo de personas.

Las fuerzas kármicas que obran sobre cada individuo en su calidad de miembro del grupo, introducen un factor nuevo en su Karma individual.

Sabemos que cuando cierto número de fuerzas obran sobre un sistema o grupo de puntos materiales relacionados entre sí, cada punto, además de su movimiento peculiar, participa del movimiento total del sistema, que se efectúa en la dirección resultante de la combinación de todas las fuerzas.

Del mismo modo, el Karma de un grupo humano es la resultante de las fuerzas kármicas de los individuos que constituyen el grupo, y todas siguen la dirección de la resultante.

Un Ego es atraído por su Karma individual hacia determinada familia, a consecuencia de los lazos contraídos en las vidas anteriores, que le sujetan estrechamente a algunos Egos que componen esa familia.

La familia, por ejemplo, es rica por herencia, que se presenta a reclamar un descendiente del hermano mayor del abuelo, hermano a quien se suponía fallecido sin hijos, la fortuna se escurre de las manos del padre de familia y le deja abrumado de deudas.

Es muy posible que nuestro Ego no hay tenido jamás la menor relación con ese heredero, con quien el padre de familia ha contraído en el pasado ciertas obligaciones que han provocado la catástrofe.

A pesar de eso, está amenazado de sufrirla porque se encuentra comprometido en el Karma de familia.

Si hay en su pasado individual alguna falta susceptible de borrarse por el sufrimiento que ocasiona el Karma de familia queda obligado a él; a menos que lo solvente alguna “circunstancia imprevista”, quizá por un extraño benévolo que se siente inclinado a adoptarlo.

Ese hombre desde luego ha sido su deudor en el pasado.

Este hecho resalta con más claridad todavía las catástrofes colectivas, como los accidentes ferroviarios, naufragios, inundaciones, ciclones, terremotos aéreos, etc.

Un tren choca con otro a causa, por ejemplo, de que los maquinistas, conductores y empleados de la línea, creyéndose mal remunerados, enfocan contra la compañía en bloque sus pensamientos o disgustos o de odio.

Aquellos que tengan en su Karma acumulado (aunque no necesariamente en su Karma en sazón) la deuda de una vida bruscamente segada, morirán en la catástrofe a fin de pagar su deuda; pero quienes no tengan tal deuda en su pasado, llegarán providencialmente tarde para tomar el tren o resultarán milagrosamente ilesos.

El Karma colectivo puede englobar a un individuo en las desgracias resultantes de una guerra encendida por un país.
También en este caso, puede pagar ciertas deudas de su pasado que no estén necesariamente comprendidas en Karma en sazón de su vida presente.
En ningún caso puede sufrir el hombre lo que no ha merecido; pero si surge una ocasión imprevista para satisfacer una deuda del pasado, bueno es que la solvente.

"Los Señores del Karma" son las grandes inteligencias espirituales que llevan las cuentas del Karma y efectúan las complejas operaciones de la ley kármica.
H. P. Blavatsky menciónalos en La Doctrina Secreta, distinguiendo de una parte los Lipikas o registradores del Karma y de otra los Mahârâjas (Los Mâhâdevas o Chaturdevas (los cuatro grandes dioses) de los INDOS.) que son con sus cohortes los "agentes del Karma en la tierra".
Los Lipikas ajustan las cuentas kármicas de todos los seres humanos; con una sabiduría a la que nada escapa, escogen y combinan una parte de esa cuenta para trazar el plan de una existencia terrestre determinada.
Suministran la idea del cuerpo físico que será la vestidura del alma encarnada, de modo que sirva a la expresión de sus capacidades y limitaciones.
Esta idea, recogida por los Mahârâjas, sirve de base a un modelo al pormenor, que después de elaborado transmiten a uno de sus agentes inferiores.
Esto último lo reproduce exactamente en el doble etéreo, como matriz del cuerpo denso; y los materiales de uno y de otro se forman de la madre, sujetos a la herencia física.
La raza, el país, los padres se escogen según su aptitud para suministrar al cuerpo físico del Ego reencarnado los materiales apetecidos y el ambiente que le conviene en su primera edad.
La herencia física de las familias produce ciertos tipos de fisonomía y sirve para proporcionar ciertas combinaciones materiales especiales.
Las enfermedades hereditarias y la sensibilidad del aparato nervioso implican combinaciones determinadas de materia física, susceptibles de transmisión.
El Ego que ha desarrollado en sus cuerpos mental y astral ciertas peculiaridades, necesita, para su expresión en el plano físico, peculiaridades especiales del cuerpo físico, y tendrá de sus padres cuya herencia física responda a las condiciones requeridas.
Así un Ego dotado de facultades musicales de orden elevado, encarnará en una familia de músicos, donde los materiales que sirven para la construcción del doble etéreo y del cuerpo denso habrán sido elaborados de antemano y podrán prestarse a sus necesidades; además el tipo hereditario del sistema nervioso le suministrará el aparato delicado necesario para la expresión de sus facultades.

Un Ego de carácter perverso nacerá en una familia grosera y viciosa, donde los cuerpos contengan las combinaciones más viles, capaces de responder a los impulsos de su naturaleza mental y astral.
Y un Ego que se haya dejado arrastrar hasta el exceso por sus cuerpos astral y mental inferior, que se haya abandonado, por ejemplo, a la embriaguez, encarnará en una familia donde el sistema nervioso esté sumamente debilitado, y los padres ebrios le suministrarán para su desarrollo físico materiales malsanos.
Así es como la dirección de los Señores del Karma adecuan los medios a los fines y asegura el cumplimiento de la justicia.
El Ego trae consigo sus tesoros kármicos, sus facultades y sus deseos, y recibe el cuerpo físico más conveniente a la expresión de sus características individuales.

Una vez indicado que el alma debe volver a la tierra hasta que haya satisfecho todas sus deudas y agotado su Karma individual; y que por otra parte, en cada existencia, sus pensamientos y sus deseos engendran nuevo Karma, y se presenta el problema siguiente:
"¿Cómo romper definitivamente estas ligaduras constantemente renovadas?
"¿Cómo puede conseguir el alma su liberación?"
Esto nos lleva a la "cesación del Karma y al estudio de las condiciones necesarias para la liberación.

Ante todo es preciso comprender con claridad cuál es, en el Karma, el elemento que nos sujeta.
Dirigiendo el alma sus energías hacia lo exterior, se sujeta hacia cualquier objeto, y por este lazo se encuentra un día sujeta al lugar donde su deseo pueda realizarse por la unión con el objeto cualquiera, tendrá que volver al lugar en donde pueda gozar de ese objeto.
El buen Karma sujeta al alma tanto como el malo, porque todo deseo, ya tenga por objeto las cosas de aquí abajo, ya las alegrías celestes, debe atraer al alma hacia el lugar de su satisfacción.

La acción está movida por el deseo; y un acto se efectúa no por él mismo, sino por algún objeto deseado, con el fin de conseguir los resultados, o en términos técnicos, a fin de "gozar del fruto de la acción".
Los hombres trabajan, no porque quieran arar, construir o tejer, sino porque desean los frutos del cultivo, de la construcción o del tejido, bajo forma de dinero o de bienes.
El abogado defiende, no porque quiera exponer los áridos detalles de un negocio, sino porque está ávido de riquezas, de renombre y de distinciones.
En todas partes, alrededor de nosotros, las gentes trabajan por algo, y el agujón de su actividad está en el fruto que consiguen y no en el trabajo mismo.

El deseo del fruto les impele a la acción y el goce de este fruto viene naturalmente a recompensar su esfuerzo.

El deseo es, por lo tanto, el elemento que nos liga al karma, y cuando el alma no desea ningún objeto ni en la tierra ni en los cielos, ha roto el lazo que la sujetaba a los lazos que la sujetaba a la rueda de la reencarnación, ha cumplido sus revoluciones a través de los tres mundos.

La acción por sí misma no tiene ningún poder sobre el alma, porque una vez efectuada se desliza en el pasado; pero el deseo del fruto, renovado sin cesar, suscita de nuevo la actividad del alma, forjando a cada momento nuevas cadenas.

Haríamos muy mal, pues, en experimentar disgusto viendo a los hombres constantemente impelidos a la acción por el látigo del deseo, porque el deseo sirve para despertar la inteligencia, sobreponerse a la pereza y a la inercia. (El estudiante recordará que estos vicios indican la preponderancia de la cualidad Tâmasica, y que mientras este predominio subsiste, el hombre no puede salir del primero de los tres peldaños de su evolución), y porque incita al hombre a la actividad que le procura experiencia.

Ved al salvaje que sueña tendido perezosamente sobre la hierba; estimula su actividad por el deseo de alimentarse, a fin de satisfacerlo ha de cultivar la tierra con paciencia, habilidad y constancia.

Así es cómo desenvuelve sus cualidades mentales.

Saciada el hambre, cae en el estado bruto satisfecho.

Concíbese, pues, el papel preponderante que el agujón del deseo ha debido desempeñar en la evolución de las cualidades mentales, y que servicios han prestado a la humanidad los deseos de fama y gloria póstumas.

Hasta para aproximarse a la divinidad, el hombre necesita de las excitaciones del deseo; y sus deseos se hacen más puros y menos egoístas a medida que se eleva.

Pese a ello, sujétanle siempre a la rueda del nacimiento y para librarse debe destruirlos.

Cuando el hombre comienza a aspirar a la liberación, se le enseña la práctica de la “renuncia a los frutos de la acción”, aprendiendo con ello a suprimir gradualmente el deseo de posesión.

Primero se priva deliberada y voluntariamente de un objeto, adquiriendo así el hábito de prescindir de él sin violencia alguna.

Tras cierto tiempo no hecha de menos el objeto y se da cuenta de que el deseo desaparece de su espíritu.

Al llegar a este grado no ha de descuidar sus deberes, sino al contrario, cumplirlos todos con cuidadosa atención, permaneciendo completamente indiferente al fruto que pudiera allegarle.

Una vez conseguida la perfección en esto, cuando no tenga ni deseo ni repugnancia por ningún objeto, no engendrará más Karma
Al cesar de pedir cualquier cosa de la tierra o del cielo, ya no le llamarán ni una ni otro
No desea nada de lo que le puedan dar, y rompe así todo lazo común entre ellos y él.
Tal es la cesación del Karma individual, al menos en lo que respecta a la producción de nuevo Karma.

Pero el alma no únicamente ha de cesar de forjarse nuevas cadenas, sino que debe desembarazarse de las viejas, ya permitiendo que se desgasten gradualmente, ya quebrantándolas de un modo sistemático.
Para romper las cadenas es necesario un conocimiento capaz de mirar hacia el pasado, a fin de ver las causas puestas en juego que producen sus efectos en el presente.
Supongamos que una persona, mirando a través de sus vidas anteriores, encuentra algunas causas destinadas a producir todavía un suceso en lo futuro; y supongamos, también, que semejantes causas sean pensamientos de odio hacia quién le ha hecho mal, y que, dentro de un año, deben ocasionar, en la tierra, un tormento al autor del daño.
La persona en cuestión podrá introducir una nueva causa para combinarla con las causas del pasado cuya acción quiere modificar; y podrá, por ejemplo, equilibrarlas por esfuerzos de pensamientos de amor y benevolencia que las neutralicen, impidiendo así el suceso, sin ello inevitable, que habría engendrado a su vez nuevos disgustos kármicos.
Así el hombre que sabe, puede neutralizar las fuerzas procedentes del pasado, oponiendo fuerzas iguales y contrarias, y puede en este camino “quemar su Karma por el conocimiento”.
Y de esta manera análoga poner fin al Karma engendrado en esta vida y destinado a producir sus efectos en existencias futuras.

El hombre que trata de libertarse puede todavía estar sujeto por obligaciones contraídas con las demás almas en el pasado, por los perjuicios que les haya ocasionado y por los deberes que le liguen a ellas.
Utilizando su conocimiento puede encontrar a esas almas, ya estén en este mundo o en los otros dos, y buscar la ocasión de serles útil.
Un alma con la que tenga alguna deuda kármica, puede estar encarnada al mismo tiempo que él; puede pues, unirse a ella y pagar su deuda, desatando así un lazo que, abandonado al curso de los sucesos, hubiera podido necesitar de nueva reencarnación o embarazarle en una nueva futura.
Esto permite explicar la extraña y enigmática línea de conducta que a veces adopta un ocultista.

Si, por ejemplo, el hombre sabio se une estrechamente a una persona considerada por los espectadores ignorantes como absolutamente indigna de su compañía, es que aquél está ocupado por completo de pagar una deuda kármica que sin extinguirla hubiera impedido o retardado su progreso.

Los que no tienen conocimientos adecuados para revisar sus vidas anteriores pueden, sin embargo, agotar numerosa causas que han puesto en juego en su existencia presente.

Pueden examinar con cuidado cuanto les ocurre y anotar todas las circunstancias en que hayan ocasionado o recibido perjuicios; neutralizarán las causa de la primera categoría prodigando pensamientos de amor y de auxilio, realizando también en el plano físico actos de socorro hacia la persona perjudicada siempre que sea posible; y las de las segunda categoría podrán neutralizarse por pensamientos de perdón y benevolencia.

Así es como todos pueden aligerar su deuda kármica y acelerar el día de la liberación.

Las gentes pías que devuelven bien por mal, según el precepto de todos los grandes Fundadores religiosos, agotan de un modo inconsciente el Karma engendrado en el presente y destinado, si no, a producir sus efectos en el porvenir.

Nadie puede tejer con ellos un lienzo de odio, si rehúsan, suministrar al tejido, hilos de odio y si persisten en neutralizar cada pensamiento de odio con un pensamiento de amor.

Si un alma irradia en todos sentidos la compasión y el amor, los pensamientos de odio no hallarán sitio en donde atacarla.

“El Príncipe de este mundo llega y nada encuentra en mí.”

Todos los Grandes Instructores conocieron la ley y basaron sus enseñanzas en ella; y aquellos que por veneración y por devoción hacia ellos obedecen sus preceptos, se benefician de la aplicación de la Ley aunque no conozcan como opera.

El ignorante que siga las instrucciones de un sabio obtendrá resultados sirviéndose de las leyes de la naturaleza, aunque no las conozca.

El mismo principio rige en los mundos súper-físicos.

Muchos hombres que no tienen tiempo de estudiar, y que no pueden sino aceptar por autoridad de los expertos las reglas que deben guiar su conducta diaria, satisfacen inconscientemente sus deudas kármicas.

En los países donde el rústico y el labrador admiten la reencarnación y el Karma, estas creencias extienden una aceptación tranquila de los males inevitables, y contribuyen a asegurar en la vida cotidiana la tranquilidad y el contento.

El hombre agobiado por el infortunio no se rebela contra Dios ni contra sus

semejantes, pues considera sus desdichas como resultado de pasados yerros.
Los aceptan con resignación sacando de ellas el mejor partido posible, evitando las inquietudes y cuidados que el ignorante agrava su situación, ya penosa de por sí.
Comprende que sus existencias futuras dependen de sus propios esfuerzos, y que la ley que le proporciona sufrimiento le dará igualmente la dicha si siembra la semilla del bien.
De aquí una gran paciencia y una concepción filosófica de la existencia que tienden directamente a asegurar la estabilidad social y el general contento.
El pobre y el ignorante no estudian metafísica sutil y profunda, pero comprenden a fondo sus sencillísimos principios: que cada hombre renace sobre la tierra repetidas veces, y que cada vida siguiente se modela sobre las que le han precedido.
Para ellos el renacimiento es tan cierto e inevitable como el amanecer y el ocaso del Sol; forma parte del orden natural de las cosas contra el que es inútil sublevarse.
Cuando la Teosofía coloque estas viejas verdades en el lugar en que el pensamiento occidental les pertenece, harán poco a poco su camino en el cristianismo, se infiltrarán gradualmente en todas las clases sociales y extenderán por todas partes la comprensión de la vida y la aceptación de los resultados del pasado.
Entonces desaparecerá la inquietud que procede de la impaciencia y desesperación del hombre que ve la vida como incomprensible e injusta, sin poder sacar de ella provecho alguno; este disgusto dejará lugar a la calma y a la paciencia, fruto de una inteligencia esclarecida por el conocimiento de la Ley, fuerza que caracteriza a la actividad razonable y equilibrada de los que sienten que están formados para la eternidad.

LA LEY DEL SACRIFICIO
SABIDURÍA ANTIGUA

El estudio de la ley del Sacrificio sigue, naturalmente, al estudio de la ley kármica; y como observaba un Maestro, es igualmente necesario para el mundo conocer una y otra.
Por un acto de sacrificio espontáneo se manifestó el Logos para emanar el Universo; por el sacrificio alcanza el hombre la perfección. (1)
(1) El indo recordará las primeras palabras del Brihadâranyakopanishad, proclamando que el Alma universal nace del sacrificio; el discípulo de Zoroastro, recordará que Ahura—Mazda produce también de un acto de

sacrificio; el cristiano, en fin, recordará el Cordero (símbolo del Logos) inmolado desde el origen del mundo.)
Síguese de aquí, que toda religión procedente de la Sabiduría Antigua tiene como enseñanza fundamental el sacrificio, y que en la ley del sacrificio radican algunas de las más profundas verdades del ocultismo.

Tratando de comprender, aunque imperfectamente, cual es la naturaleza del sacrificio del Logos, podeos evitar el general error de considerar el sacrificio como algo esencialmente penoso, ya que por esencia es una efusión espontánea y gozosa de la vida a fin de que otros puedan participar de ella.
No sobreviene el dolor, a menos que en el ser que sacrifica haya desacuerdo entre la naturaleza superior, cuyo gozo consiste en dar, y la inferior cuya satisfacción es recibir y guardar.
Sólo este desacuerdo introduce el elemento dolor; y en la perfección suprema, en el Logos, no puede haber desacuerdo.
El Único es el acorde perfecto del Ser, síntesis de infinitos acordes melodiosos, donde la vida, la sabiduría y la belleza se funden en la tónica una de la existencia.

Al objeto de manifestarse, se impone el Logos un límite a su vida infinita.
Esto es lo que se llama un sacrificio.
Simbólicamente en el océano de la luz infinita cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna, surge una esfera inmensa, llena de luz viva, un Logos; y la superficie de esta esfera es la voluntad que ha de limitarse a sí misma a fin de producir su manifestación; es el velo en que se envuelve a fin que en el interior pueda tener forma el universo.
(Esto es, el poder de auto—limitación por el cual se crean todas las formas. Su vida aparece como Espíritu, su Mâyâ como Materia, siendo ambos inseparables mientras dura la manifestación.)
Este universo, por el que se efectúa el sacrificio, no existe aún; su futuro SER yace en la “MENTE” del Logos.
A él debe su concepción y deberá su vida múltiple.

LA DIVERSIDAD NO PUEDE SURGIR EN EL “INDIVISIBLE BRAHMANA”
SINO POR EL SACRIFICIO VOLUNTARIO DEL SER DIVINO
AL IMPONERSE FORMA A FIN DE EMANAR MIRÍADAS DE ELLAS DOTADAS CADA UNA DE UNA CHISPA DE SU VIDA Y SUSCEPTIBLE POR ELLO DE EVOLUCIONAR HASTA SU IMAGEN PERFECTA”.
Se ha dicho:
“El sacrificio primordial de que procede el nacimiento de los seres se llama (Karma)”.

Y este paso a la actividad fuera del reposo perfecto, de la existencia en sí, se ha reconocido siempre como sacrificio del Logos.
Este sacrificio se perpetúa a través de la duración del Universo, porque la vida del Logos es el único sostén de cada vida separada.
El mismo circunscribe su vida en cada una de las formas infinitas que engendra, soportando todas las restricciones y limitaciones que implica cada una.
De cualquiera de ellas puede resurgir, no importa en que momento, el señor infinito, llenando con su gloria el Universo; pero sólo por una sublime paciencia, por una expansión lenta y gradual, puede desarrollarse cada forma hasta ser, como Él, un centro independiente de ilimitado poder.
Por esto se encierra en formas, y soporta toda imperfección hasta que su criatura alcanza la perfección y es semejante a Él, y una con Él, conservando intacto el hilo de su memoria individual.
Esta efusión de la vida del Logos en las formas, constituye parte del sacrificio original y entraña la dicha del Padre Eterno al enviar sus hijos al mundo en forma de vidas separadas, a fin de que cada una pueda envolver una identidad imperecedera y acordar su nota en armonía con las demás para entonar el himno eterno de felicidad, inteligencia y vida.
Esto indica la naturaleza esencial del sacrificio, cualesquiera que sean los elementos que se entremezclen en esta noción fundamental.
El sacrificio es la efusión espontánea de la vida divina, a fin de hacer de ella partícipes a los demás seres, de traer otros a la existencia y de mantenerlos hasta que puedan subsistir por sí mismos, y esto es expresión de la alegría divina.
Porque siempre es gozoso el ejercicio de la actividad como expresión de la potencia del operante.
El pájaro goza entonando sus gorjeos, y vibra entusiasmado por su canto.
El pintor se regocija en las creaciones de su obra, en el plasmo de su idea.
La actividad esencial de la vida divina no puede ejercerse sino en don, puesto nada hay que pueda recibir. Si necesita ser activa (y toda vida manifestada es movimiento activo) debe necesariamente efundirse. De aquí que el signo del espíritu sea el don, porque el espíritu es la vida divina activa en todas las formas.

Pero la actividad esencial de la materia consiste, por otra parte, en recibir; y al recibir las influencias vitales e organiza en formas mantenidas por la continuidad de dichas influencias que al cesar las disgregan. Toda la actividad de la materia tiene este carácter receptivo, y sólo por recibir subsiste como forma; por esto siempre toma, sujeta y retiene. La persistencia de la forma depende de su poder de abarque y contención. Así atraerá hacia ella todo

cuanto pueda, cediendo de mal grado lo que haya de dejar. Tener y retener es su única alegría, y el dar es muerte para ella.

Fácilmente podemos ahora ver cómo surge la idea de que el sacrificio fue sufrimiento. Mientras la vida divina se deleita en el ejercicio de su actividad con la donación, aun cuado incorporada en una forma no cuida de si esta forma perece por el don y preocúpase únicamente de que es una expresión pasajera y un medio de su individual crecimiento. Por el contrario, la forma que siempre escapársele las fuerzas vitales clama angustiada y ejerce su actividad en retener la vida, resistiendo a la corriente de difusión. El sacrificio disminuye las energías vitales que la forma reclama como suyas, agotándolas totalmente, deja que la forma perezca. En el mundo inferior, éste es el único aspecto cognoscible del sacrificio; y la forma, al verse próxima al suplicio, grita temerosa de su agonía. ¿Qué hay de sorprendente, pues, en que los hombres, cegados por la forma, hayan identificado el sacrificio con la agonizante forma en vez de con la vida libre que se entrega exclamando alegremente: “Heme aquí, ¡OH Dios!, a tu voluntad sometido y por ello gozoso”? ¿Qué hay, además de sorprendente en que los hombres, conscientes de sus naturalezas superior e inferior e identificándose sin embargo con ésta más que con aquélla, hayan sentido las angustias de la naturaleza inferior, de la forma, con angustias propias, sintiendo que ellos aceptan el sufrimiento al resignarse a una voluntad más alta, y consideren el sacrificio como la aceptación devota y resignada del dolor? Mientras el hombre, en vez de identificarse con su vida, se confunda con la forma, no podrá eliminar del sacrificio el elemento dolor. Pero el dolor no puede subsistir en un ser perfectamente armonizado, porque la forma es entonces el vehículo perfecto de la vida que con igual complacencia recibe o abandona. El dolor cesa al cesar la lucha, porque el sufrimiento procede de traqueteos, frotaciones y movimientos antagónicos, y cuando la naturaleza opera en perfecta armonía no existen las condiciones de que el dolor dimana.

Siendo así la ley del sacrificio la evolución de la vida en el universo, vemos que cada peldaño de la escala se franquea por el sacrificio. Así la vida se efunde para renacer en una forma más elevada, mientras muere la forma que la contiene. Aquellos cuya mirada se detiene en las formas perecederas no ven en la naturaleza sino un gran osario; pero quienes ven que el alma inmortal escapa para animar formas nuevas y más elevadas, escuchan en todo instante el gozoso himno de la renaciente vida. En el reino mineral, la Mónada evoluciona por la ruptura de sus formas para la producción y mantenimiento de las plantas. Los minerales se disgregan a fin de que sus materiales puedan reconstruir las formas vegetales. La planta sacas del suelo sus elementos nutritivos, disociándolos y asimilándolos a sus propias substancias. Así las

formas minerales perecen a fin de que los vegetales crezcan; y esta ley de sacrificio esculpida en el reino mineral, es la ley de la evolución de toda vida y toda forma. La vida pasa y la Mónada evoluciona para producir el reino vegetal, siendo el perecimiento de las formas inferiores condición indispensable para la aparición y mantenimiento de las superiores.

El proceso se repite en el reino vegetal, cuyas formas quedan a su vez sacrificadas para que puedan producirse y crecer las formas animales. En todas partes, hierbas, semillas y árboles perecen para que el mantenimiento de los cuerpos animales; sus tejidos se disgregan a fin de que el animal pueda asimilarse los materiales que los componen para edificar su cuerpo. De nuevo la ley del sacrificio rige en el mundo y esta vez en el reino vegetal. La vida subsiste y las formas perecen. La Mónada evoluciona para producir el reino animal, y los vegetales se sacrifican a fin de que las formas animales puedan engendrarse y mantenerse.

Hacia aquí la idea del sufrimiento apenas se asocia a la del sacrificio, pues como visto en el curso de nuestro estudio, los cuerpos astrales de las plantas no están suficientemente organizados para las sensaciones agudas de placer o de dolor. Pero cuando consideramos la ley del sacrificio en el reino animal, no podemos por menos de reconocer que el dolor se asocia a la ruptura de las formas. Puede decirse que la suma de dolor ocasionado cuando, en “el estado de naturaleza”, un animal hace a otro presa suya, es comparativamente insignificante en cada caso particular, habiendo, sin embargo, dolor; y en verdad se puede decir también, que en el papel que desempeña ayudando a la evolución de los animales, acrecienta el hombre considerablemente ese dolor vigorizando los instintos depredatorios de los animales carnívoros en vez de debilitarlos. Sin embargo, no es {el quien ha infundido estos instintos en el animal, aunque los haya puesto a su propio servicio para sus propósitos; y en innumerables variedades de animales carniceros en cuya evolución no ha ejercido el hombre influencia directa, las formas se sacrifican para el mantenimiento de otras como en el reino mineral y vegetal. La lucha por la existencia siguió su curso desde mucho antes que el hombre apareciese sobre la escena y acelerase la evolución de la vida y de las formas, mientras el dolor inherente a la destrucción de las formas comenzaba su larga tarea; hacer sentir a la Mónada evolutiva el carácter transitorio de todas las formas que perecen y la vida que subsiste.

La naturaleza inferior del hombre ha evolucionado según la misma ley de sacrificio que rige en los bajos reinos. Pero con la efusión de la vida divina que da la Mónada humana, sobreviene un cambio en la manera de operar la ley del sacrificio como ley de vida. En el hombre, es preciso desenvolver la volunta, la energía automotora, la iniciativa. El impulso que fuerza en los

reinos inferiores el curso de la elevación, no puede emplearse aquí sin paralizar el crecimiento de ese poder nuevo y esencial. No se pide al mineral, ni a la planta ni al animal la aceptación de la ley del sacrificio como ley de vida escogida voluntariamente. Se le impone desde el exterior e impele a su desarrollo por necesidad ineludible. Pero el hombre debe tener la libertad de escoger, indispensable para su desarrollo de una inteligencia dotada de conciencia y discernimiento. Entonces surge el siguiente problema: "¿Cómo esta criatura libre en escoger, ha de aprender, sin embargo, a escoger la ley de sacrificio, cuando se halla aún en estado de organismo sensible, temiendo al dolor, que es inevitable en la ruptura de las formas?

La experiencia de muchas eternidades, analizada por una criatura de inteligencia continuamente creciente, habría podido, sin duda, llevar al hombre a descubrir que el sacrificio es la ley fundamental de la vida. Pero en esto, como en tantas otras cosas, no quedó sin ayuda y abandonado a sus propios esfuerzos. Los divinos Instructores estaban allí, al lado del hombre, en su infancia. Proclamaron con autoridad la ley del sacrificio, y en forma rudimentaria fue incorporada a las religiones en que se sirvieron educar a la naciente inteligencia de los hombres. Inútil era exigir de aquellas almas infantiles un abandono espontáneo de los objetos que les parecían más apetecibles; objetos cuya posesión garantizaba su existencia formal. Había que conducirlos por un camino destinado a elevarlos seguramente, pero por grados, hasta las alturas sublimes del sacrificio voluntario. A tal fin se les enseñó que no eran unidades aisladas, sino que como parte de un conjunto mayor, su vida estaba ligada a otras vidas así inferiores como superiores; pero su vida física estaba mantenida por las vidas inferiores, por la tierra y por las plantas, cuyo consumo constituía para la naturaleza un crédito que tenían que saldar. Viviendo del sacrifico de los demás seres, necesitaban sacrificar en cambio algo que pudiera mantener otras vidas. Nutridos, debían nutrir. Y puesto que cosechaban los frutos producidos por la actividad de las entidades astrales presidentes en la naturaleza física, tenían que compensar con ofrendas adecuadas, las fuerzas gastadas en su provecho. De aquí todos los sacrificios ofrecidos e esas fuerzas, como les llama la ciencia, o según la constante enseñanza de las religiones, a esas inteligencias directoras de la naturaleza física. El fuego disgrega rápidamente la materia física y densa y restituye al éter las partículas etéras de la ofrenda consumida. Las partículas astrales quedan, pues, fácilmente libertadas para que se las asimilen las entidades astrales encargadas de sostener la fertilidad de la tierra y asegfurar el crecimiento de las plantas. Así se mantiene el movimiento cíclico de la producción y el hombre aprende que está constantemente incurso en deuda con la naturaleza y que debe constantemente satisfacerla. El sentimiento de la

obligación queda así implantado y nutrido por el espíritu y el pensamiento humano recibe la estigma del deber hacia todo, hacia la naturaleza nutridota. Este sentimiento de obligación alíase estrechamente con la idea de que el cumplimiento del sacrificio es necesario al bienestar del hombre; y el deseo de prosperidad continua le lleva pagar su deuda. No es todavía sino un alma infantil, que aprende las primeras lecciones, y esta lección de interdependencia de las vidas, de la vida de cada ser dependiente del sacrificio de los demás, tiene capital importancia para su desarrollo. No puede todavía experimentar la divina dicha de dar; es preciso que antes venza la repugnancia de la forma a dejar todo lo que la alimenta. El sacrificio se identifica, pues, en el hombre primitivo, con el abandono de una cosa estimada; abandono provocado por el sentimiento de la obligación, por una parte, y por otra, por el deseo de continua prosperidad.

La lección siguiente traslada la recompensa del sacrificio a una región más allá del mundo físico. Primeramente el sacrificio de los bienes materiales debe asegurar el bienestar material; luego el sacrificio de esos mismos bienes materiales ha de proporcionar dicha en el cielo más allá de la muerte. La recompensa ofrecida al sacrifico es naturaleza más elevada, y el hombre aprende que un bien relativamente permanente puede adquirirse por el sacrificio de un bien relativamente transitorio: lección importante que conduce al discernimiento. La sujeción de la forma a los objetos físicos se trueca en apego a las dichas celestes. En todas las religiones exotéricas vemos empleados por los sabios este procedimiento de educación. Demasiados sabios para esperar de las almas jóvenes el heroísmo sin recompensa, se contentan con sublime paciencia a animar dulcemente en la espinosa vía de la naturaleza inferior a los niños indisciplinados confiados a su custodia.

Gradualmente los hombres se ven inducidos a subyugar su cuerpo, a dominar su inercia por el cumplimiento metódico de cotidianos ritos religiosos, de carácter frecuentemente áspero; y sus actividades se reglamentan y canalizan en direcciones útiles. Se ven impelidos a vencer la forma y a mantenerla sumisa a la vida, y el cuerpo adquiere el hábito de prestarse a obras caritativas y benévolas, obedeciendo a las exigencias de la voluntad aun cuando esta no se halle estimulada todavía sino por el deseo de recompensa en el cielo. Podemos ver entre los indios, persas y chinos, como los hombres aprenden a reconocer sus múltiples obligaciones, a ofrecer por el cuerpo su sacrificio de obediencia y de veneración hacia los antepasados, los padres y los ancianos; a ser caritativos con delicadeza y buenos con todo el mundo. Poco a poco los hombres se ven obligados a desenvolver en el más alto grado el heroísmo y la abnegación, como atestiguan los mártires que entregan con gozo sus cuerpos a las torturas del potro antes que apostatar de sus creencias y traicionar su fe.

Esperan, en verdad, una “corona de gloria” en el cielo en recompensa del sacrificio de su forma física; pero ¿no es ya bastante haber vencido el apego a la forma física y haber hecho el mundo invisible de tan modo real que se le puede tomar por el visible?

La siguiente etapa se franquea cuando el sentimiento del deber está claramente establecido; cuando el sacrifico de lo inferior a los superior se considera como bueno en sí, independientemente de todo estímulo de recompensa en otro mundo; cuando se reconoce la obligación de la parte hacia el todo; y en fin, cuando el hombre siente que la forma que existe para el servicio de los demás, debe en completa justicia a servir a su vez sin derecho alguno de recompensa. El hombre comienza entonces a comprender la ley de sacrificio como ley de la vida y a asociarse voluntariamente con ella. Comienza igualmente a distinguirse él mismo con su pensamiento de la forma que habita, para identificarse con loa vida evolucionante. Esto le lleva por grados a experimentar cierta indiferencia por todas las actividades de la forma, menos por las consistentes en deberes que cumplir, y acaba por considerarlas a todas como simples instrumentos para la utilización de energías vitales debidas al mundo y no como acciones cuyo móvil sea el logro de un resultado. El hombre se eleva así hasta el punto antes ya señalado en este estudio, punto en donde cesa de engendrar el Karma que le sujeta a los tres mundos, y en donde se unce a la rueda de la existencia porque es preciso que gire, pero no a causa de los objetos deseables que su revolución le pueda procurar.

Más el pleno reconocimiento de la ley del sacrificio eleva al hombre más allá del plano mental donde el deber se considera como deber, como “lo que debe hacerse porque es debido”; y le transporta al plano más elevado de Buddhi, donde se siente la unidad de todos los “yos” y todas las energía se despliegan en provecho de todos y no de un yo separado. Únicamente en este plano se siente la ley de sacrifico como delicioso privilegio, en vez de reconocerse sólo por la inteligencia como verdadera y justa. En el plano búdico el hombre ve claramente que la vida es una, que el Logos deriva perpetuamente en libre efusión de amor, y que la existencia aislada no puede ser sino mezquina y pobre, sin hablar de la ingratitud que apareja. Allí, el corazón se lanza completamente hacia el Logos en potente impulso de amor y de adoración, y se entrega en gozosa renuncia a fin de ser una de las vías por donde su vida descienda e irradie sobre el mundo para ser portador de su Luz, un mensajero de su compasión, un operario de su reino, como única vida digna de vivirse para acelerar la evolución humana, servir a la Buena Ley, y aliviar un poco la carga del Seño mismo.

Únicamente en este plano puede obrar el hombre como uno de los Salvadores del mundo, porque allí es uno con los “yos” de todos. Identificado

con la humanidad una, su fuerza, su amor y su vida pueden dirigirse hacia cualquiera de los “yos” separados o hacia todos. Se ha convertido en fuerza espiritual y acrecienta la energía espiritual disponible en el sistema del mundo al añadir su propia vida. Las fuerzas que antes empleara en los mundos físico, astral y mental en busca de satisfacciones para su yo separado, se reúnen para un acto de sacrificio, y transformas así en energía espiritual, se difunden por todo el mundo como oleada de vida espiritual. Esta transformación se efectúa según el motivo que determina el plano en el cual se descarga la energía. Si el hombre tiene por motivo el logro de objetos físicos, la energía descargada opera sólo en el plano físico; si desea objetos astrales, descarga la energía en el plano astral; y si busca goces mentales, su energía funciona en el plano mental. Pero si se sacrifica para ser un canal de vida del Logos, descarga la energía en el plano espiritual, y esta energía opera en todos los lugares con potencia y sutilidad de fuerza espiritual. Para un hombre semejante, la acción y la inacción vienen a ser lo mismo. Ocupa con gozo el lugar que se le ofrece, porque el Logos es idéntico en todo lugar y en toda acción. Puede dirigirse hacia toda forma y en toda acción. Puede dirigirse hacia toda forma y obrar en todo sentido porque no conoce ni escoge ni diferencia. Por el sacrificio se ha hecho su vida una con la del Logos y ve a Dios en todo y todo en Dios. ¿Qué le importan los lugares o la forma, si el mismo es la vida consciente? “Nada tiene, y posee todas las cosas”; nada pide y el universo entra en él. Su vida es dichosa, porque es uno con su Señor bienaventurado; al utilizar la forma para el servicio sin sujetarse a ella, “pone fin al dolor”

Los que comienzan a comprender las maravillosas posibilidades ofrecidas al que se asocia voluntariamente a la ley del sacrificio, experimentarán sin duda el deseo de comenzar esta asociación voluntaria antes de poder elevarse a las alturas cuya vaga descripción acabamos de hacer. Como toda verdad espiritual profunda, el sacrifico es eminentemente práctico en su aplicación a la vida cotidiana, y quien comprende su belleza puede efectuarlo sin vacilar. Una vez tomada la resolución de comenzar la práctica del sacrificio, el hombre debe señalar con un acto de sacrificio el comienzo de cada jornada. Antes de que comience la labor del día, él mismo será la ofrenda hecha a Aquél a quien consagro su vida. Así que despierte, su primer pensamiento será la consagración de toda su fuerza a su Señor. Luego ofrecerá en servicio todos los pensamientos, palabras y acciones de la vida diaria, efectuándolo no por el fruto que reporte, ni como un deber, sino por ser en aquel instante la mejor manera de servir a Dios. Todo lo que ocurra lo aceptará como expresión de su voluntad. Gozo, pena, inquietud, éxito, derrota, toda cosa debe bien recibirla como indicadora del camino de su servicio. Recibe con gozo las cosas que le llegan y las ofrece en sacrificio; las que se van, las pierde con gozo; puesto

que se van, es que el Señor las necesita. Todas las potencias de que el ser dispone se consagran con gozo al servicio; cuando le faltan, acepta la privación con ecuanimidad dichosa; puesto que han dejado de ser disponibles; no tendrá ya que emplearlas. Igualmente el sufrimiento inevitable, fruto de un pasado no redimido aún, puede transformarse por la aceptación en sacrificio voluntario. El hombre que voluntariamente acepta este sufrimiento puede ofrecerlo en don, y transformarlo así en fuerza espiritual. Cada vida humana depara ocasiones innumeras de realizar la ley del sacrificio y cada vida se convierte en una potencia a medida que las ocasiones surgen y se utilizan. Sin ninguna expansión de su conciencia en estado de vigilia, el hombre puede llegar a ser un trabajador en los planos espirituales, porque descarga en ellos energía que desde allí se esparcen profusamente en los mundos inferiores. Su renunciamiento aquí abajo, en su conciencia inferior, aprisionada en el cuerpo, despierta responsivos estremecimientos de vida en el aspecto búdico de la Mónada, que es su verdadero Yo y acelera la época en que esta Mónada será el Ego espiritual que, por su propia iniciativa, gobierne y rija todos los vehículos, empleándolos a voluntad según la obra que quiera cumplir. Ningún otro método asegura un progreso tan rápido ni tan pronta manifestación de todas las potencias latentes en la Mónada, como la comprensión y práctica de la ley del sacrificio. Por esto ha sido llamada por un Maestro “La Ley de la Evolución del Hombre”. Tiene, en verdad, aspectos más profundos y más místicos que todos los que se han estudiado aquí; pero estos se revelarán, sin palabras, al corazón tranquilo y amante cuya vida es por completo una ofrenda y sacrificio. Pertenece al orden de cosas que nos sino oídas en la calma interior; una de estas enseñanzas que sólo la “Voz del Silencio” puede exponer. Entre estas enseñanzas también se encuentran las profundísimas verdades que tienen raíz en la Ley del Sacrificio.

LA ASCENCION DEL HOMBRE
SABIDURÍA ANTIGUA

Tan imponente es la cuesta escalada por algunos y que otros tratan de escalar, que al contemplarla por un esfuerzo de imaginación, se rinde extenuado el pensamiento ante la sola idea de tan interminable viaje. Desde el alma embrionaria del ínfimo salvaje hasta el alma espiritualmente perfecta, libre y triunfante del hombre divino, prosigue el largo proceso, y apenas puede concebirse que una contenga en germen todo lo que manifiesta otra, y que la diferencia entre ambas sólo sea de evolución, porque una está todavía en el comienzo de la “ascensión del hombre” que la otra concluye. Pero al pensar

que por debajo del salvaje se extienden largas series de razas infrahumanas, animales, vegetales, minerales y esencias elementales, y que por encima del hombre perfecto se elevan en gradaciones infinitas las jerarquías superhumanas de Choans, Manús, Budas, Constructores y Lipikas, las poderosas cohortes que ningún mortal puede contar ni enumerar, entonces la evolución humana con sus grados tan diversos, se reduce a proporciones muy modestas, considerada como simple peldaño de una larguísima escala; y la ascensión humana es uno de los grados en la evolución de las vidas que, como no interrumpida cadena, se extienden, desde la esencia elemental hasta el esplendor del Dios manifestado.

Hemos seguido ya la ascensión del hombre desde el nacimiento del alma embrionaria hasta la efloración de la espiritualidad; hemos estudiado los peldaños franqueados por la conciencia a medida que, desenvolviéndose, pasa de la vida de sensación a la del pensamiento; hemos visto al hombre recorrer incesantemente el ciclo de nacimientos y muertes en los res mundos, recogiendo en cada uno cosecha apropiada y hallando también en cada uno muchas ocasiones de progreso. Vamos a seguirle ahora a través de los estados que finalizan su evolución y a los que está aún por llegar la mayoría de la humanidad, pero que sus hijos primogénitos han ya franqueado y que un reducido número de hombres y de mujeres tratan actualmente de escalar. Esto estados se han subdividido en dos categorías: 1ª "El Sendero probatorio"; 2ª "El Sendero" propiamente dicho, o el "Sendero del discípulo". Los estudiaremos por orden.

A medida que se desenvuelve la naturaleza intelectual, moral y espiritual del hombre y que llega a tener conciencia del objeto de la vida, experimenta el anhelo de asegurar en su propia persona la realización de este objeto. La repetida sed de goces materiales, seguida de su completa posesión y de al inevitable laxitud que la acompaña, le hacen sentir gradualmente la naturaleza efímera y engañosa de los mejores dones de la tierra. Tantas veces se ha esforzado en el éxito y en el goce, seguidos del desengaño y del hastío, que enojado se resuelve contra cuanto la tierra puede ofrecerle, exclamando con el alma dolorida: "¿Para qué esto? Todo es vanidad y turbación. Miles y miles de veces lo poseí para sentir luego desconsuelo en la posesión misma. Estas alegrías son ilusiones semejantes a las burbujas que vagan en la superficie del agua; burbujas de colores hechiceros y tonos irisados que se deshacen al menor contacto. Estoy harto de sombras, necesito realidades; anhelante y angustioso busco lo eterno y lo verdadero; quiero libertarme de las cadenas que me sujetan y retienen prisionero en este mundo de cambiantes apariencias."

Concebid la tierra tan bella como la han soñado los poetas, suprimid todos

los males, aumentado todos los goces, dad a toda belleza un nuevo brillo, elevadlo todo a la perfección y, sin embargo, el alma se hastiará apartándose, vacía de todo deseo, de este paraíso terrestre. He aquí el sentimiento íntimo que despierta en el fondo del alma esta primera llamada a la liberación. Si la tierra es una prisión, ¿para qué adornarla? Lo que el alma quiere es el espacio libre sin límites que se extiende más allá de los muros de su calabozo. El cielo mismo no le atrae tanto más que la tierra. Los goces celestes han perdido su atractivo, y ni las alegrías intelectuales y sentimentales del paraíso pueden satisfacerle. Son "pasajeros, efímeros, limitados, fugaces", y como los contactos sensuales, no proporcionan satisfacción definitiva. El alma abandona todo lo que cambia; en su laxitud clama por la libertad.

Muchas veces este concepto de la vanidad de las cosas terrenas y celestes ilumina un instante, a modo de relámpago fugaz, la conciencia del hombre. Luego los mundos exteriores afirman nuevamente su imperio, y la caricia engaladora de sus goces ilusorios mece al alma contentándola por un momento. Muchas vidas han de pasarse llenas de nobles trabajos, de desinteresadas empresas, de puros pensamientos, de acciones sublimes, antes de que el sentimiento de aniquilación de toda cosa fenomenal llegue a ser la actitud permanente del alma. Pero, tarde o temprano, renuncia al cielo y a la tierra, considerándolos incapaces de satisfacer sus necesidades; y ese instante en que se aparta una vez para siempre de lo pasajero, en que afirma claramente su voluntad de no atender sino a lo eterno señala su entrada en el Sendero probatorio. El alma abandona desde entonces el camino llano y sencillo de la evolución normal, para afrontar la escabrosa pendiente que conduce a la cumbre del monte, decidida a sustraerse de la servidumbre de las vidas terrenas y celestes y alcanzar el libre ambiente de la altura.

La tarea que se le impone al hombre en el Sendero probatorio es completamente mental y moral. Debe prepararse gradualmente para "encontrarse con su Maestro frente a frente". Pero expliquemos antes lo que significa la frase "su Maestro".

Hay seres elevados pertenecientes a nuestra raza, seres que han concluido su evolución humana, y a los que hemos aludido ya como miembros de una Fraternidad cuyo papel consiste en activar y guiar la evolución humana. Estos grandes seres, los Maestros, continúan encarnando voluntariamente en los cuerpos humanos a fin de constituir el lazo de unión entre nuestra humanidad y los seres sobrehumanos. Ellos permiten que, mediante ciertas condiciones, cualquiera sea su discípulo con objeto de apresurar su evolución y ser apto de entrar a su vez en la gran fraternidad cooperando en el glorioso y bienhechor trabajo a favor del hombre.

Los Maestros velan siempre por la raza y se fijan en todos los que por la

práctica de la virtud, el trabajo desinteresado, el esfuerzo intelectual consagrado al servicio de los hombres, la devoción sincera, la piedad y la pureza, destacan de la masa de sus semejantes y son capaces de recibir más especial asistencia que la concedida a la humanidad en masa.

Antes de recibir socorro especial, el individuo debe dar prueba de receptividad también especial, pues los Maestros presiden la distribución de las energías espirituales que deben activar la evolución global de la humanidad, y la utilización de estas energías para el pronto crecimiento de una sola alma no se permite sino en tanto que esta alma sea realmente capaz de un progreso rápido y pueda enseguida ser a su vez uno de los servidores de la raza y dar a sus semejantes los socorros que haya recibido. Así, cuando un hombre, utilizando completamente el auxilio obtenido por medio de la religión y de la filosofía, ha llegado por sus propios esfuerzos a la cresta de la ola humana y demostrado una naturaleza amante, desinteresada y auxiliadora, es objeto de atención particularísima por parte de los celosos Guardianes de la raza. Se les suscitan además en su camino ocasiones especiales de probar su fuerza y provocar el despierte de su intuición. Tanto más aprovecha estas ocasiones, tanto mostrarle de un modo cada vez más claro la naturaleza engañadora e irreal de la existencia terrestre. De aquí esa laxitud, ya indicada, que no deja al hombre otro deseo que el de la liberación y le lleva a la entrada del Sendero probatorio.

La entrada en este sendero le convierte en un discípulo (chela) en expectación de prueba. Uno de los Maestros le acoge bajo su guarda, reconociéndole como hombre que se aparte del camino ordinario de la evolución para buscar al Instructor destinado a guiar sus pasos a lo largo del áspero y angosto sendero. El Instructor le espera en la entrada y, sin embargo, el neófito no conoce a su Maestro; pero este conoce sus esfuerzos, guía sus pasos, le coloca en las condiciones más adecuadas para favorecer su progreso y vela por él con la tierna solicitud de una madre, con la prudencia que nace de la perfecta intuición. El camino puede parecer solitario y sombrío, pero “un amigo más íntimo que el mejor de los hermanos” está siempre allí, y el alma recibe directamente los socorros que los sentidos no perciben.

Hay cuatro cualidades morales, perfectamente determinadas, que debe adquirir el chela en expectación de prueba. Tal es la condición impuesta por la sabiduría de la Gran Fraternidad a quien quiere ser un discípulo propiamente dicho. No es necesario, con todo, que estas cualidades se desenvuelvan en toda su perfección; pero el discípulo debe esforzarse en adquirirlas y poseerlas en parte antes de la iniciación.

La primera de estas cualidades es el discernimiento entre lo real y lo irreal; cualidad que ya ha despuntado en el alma del discípulo, puesto que es la que le

condujo a la entrada del sendero que seguirá en adelante. La distinción se acentúa entonces cada vez con más claridad en su espíritu, y llega gradualmente a liberarte en gran parte de las trabas que le sujetan; pues la segunda cualidad, la indiferencia por las cosas exteriores, es consecuencia natural del discernimiento que con toda claridad evidencia su poca valía. El neófito aprende, que la laxitud que roba a su existencia todo su sabor, se debía a las decepciones constantemente procedentes de buscar su satisfacción en lo irreal, cuando únicamente lo real puede satisfacer el alma. Aprende que todas las formas son ilusorias, que están desprovistas de estabilidad, que se transforman incesantemente bajo el impulso de la vida, y que nada hay de real en el mundo son la vida Una, inconscientemente buscada y amada bajo los múltiples velos que la ocultan a nuestra vista. Al discernimiento estimulan de un modo enérgico las múltiples vicisitudes, el torrente de circunstancias bruscamente variables, en medio de las cuales se encuentra envuelto ordinariamente el discípulo, al objeto de hacerle sentir con más intensidad la instabilidad de las cosas externas.

Las existencias sucesivas de un discípulo son ordinariamente tempestuosas y atormentadas, pues las mismas cualidades que en el hombre ordinario se desenvolverán tras una larga sucesión de vidas en los tres mundos, deben desplegarse sin retardo en el discípulo dirigiéndose a la perfección por un rápido crecimiento. A fuerza de pasar bruscamente de la alegría a la tristeza, de la calma a la tormenta, del reposo al trabajo, el discípulo llega a ver en esas vicisitudes formas ilusorias, y a sentir, a través de todas ellas, una continua e invariable corriente de vida. Llega a serle indiferente el poseer o no las cosas, y su vista s fija cada vez más en la inconmovible y perpetuamente presente realidad.

Al adquirir esta suerte de intuición y de estabilidad, el neófito trabaja en el desarrollo de la tercera de las cualidades requeridas, cuyo conjunto de ser atributos mentales se les exige antes de permitirle a seguir el Sendero propiamente dicho. No está obligado a poseerlos todos con perfección; pero todos ellos deben haberlos adquirido, cuando menos parcialmente, antes de que se le permita ir más adelante.

En primer lugar, el neófito debe adquirir imperio sobre los pensamientos que crea sin cesar en su inteligencia, agitada y turbulenta, “tan difícil de subyugar como el viento”. La práctica sostenida y cotidiana de la meditación y de la concentración, háyase ya establecida, desde antes de la entrada en el Sendero probatorio, y pone en orden a la mentalidad rebelde; y así, con concentrada energía trabaja el discípulo para completar su obra, porque sabe que el inmenso acrecentamiento de potencia central que acompañe a su rápido crecimiento, constituirá un peligro para sus semejantes y para él mismo, a

menos que no subyugue por completo la fuerza agigantada. Valdría tanto entregar dinamita a un niño para que jugase, como el confiar los poderes creadores el pensamiento en manos de un egoísta o de un ambicioso.

En segundo lugar, el chela novicio debe añadir la posesión exterior a la dominación interior; Debe regular sus palabras y sus acciones tan rigurosamente como sus pensamientos. La naturaleza inferior debe obedecer a la inteligencia, como ésta debe obedecer al alma. Los servicios que el discípulo puede prestar en el mundo externo dependen del puro y noble ejemplo que su conducta ofrezca a los hombres, lo mismo que lo que puede hacer en el mundo interno depende de la estabilidad de sus pensamientos. El descuido respecto a esas regiones inferiores de la actividad basta muchas veces para estropear una buena obra. El aspirante deberá esforzarse en ir hacia un ideal perfecto bajo todos conceptos, a fin de que más tarde, cuando huelle el sendero, no tropiece y con ello excite los improperios del enemigo. Ahora bien, como ha hemos dicho, semejante grado de perfección no se exige todavía en ningún punto, pero si el aspirante se conduce con prudencia va siempre hacia la perfección, pues sabe que aun haciéndolo lo mejor quedará siempre por debajo de su ideal.

En tercer lugar, el candidato a la iniciación debe edificar en su interior la sublime y amplia virtud de tolerancia: la aceptación pacífica de todo hombre, de todo ser, tal como es, sin tratar de hacerle otro, sin querer que se pliegue a las exigencias de su gusto particular. El aspirante comienza a comprender que la Vida Una reviste apariencias innumeras, todas ellas buenas en tiempo y en lugar, y acepta cada manifestación determinada de esta vida sin querer transformarla en otra distinta. Aprende a venerar la Sabiduría que ha concebido el plan de este universo cuya ejecución dirige, y considera serenamente los fragmentos, aún imperfectos, que desarrollan con lentitud la trama de su existencia parcial. El beodo en camino de deletrear el alfabeto de los sufrimientos que produce la supremacía de la naturaleza inferior hace en su etapa una obra tan útil como el santo que acaba de aprender las más elevadas lecciones que la tierra pueda dar, y será injusto exigir del uno o del otro más de lo que pueden cumplir. El uno está en la escuela de párvulos asimilándose, gracias a las lecciones de cosas, una instrucción todavía rudimentaria; el otro, pronto a salir de la Universidad, está en el doctorado. Ambos obran como conviene a su edad y a su situación, y nos debemos poner a su nivel para proporcionarles ayuda. He aquí una de las lecciones que enseña lo que en ocultismo se llama “tolerancia”.

En cuarto lugar, el aspirante debe fortalecerse, cultivar la paciencia que lo soporta todo, sin debilitarse jamás y perseguir rectamente el fin de su camino sin interrumpirla. Nada ocurre sino por la Ley, y él sabe que la Ley es buena.

Comprende que el pedregoso sendero conduce directamente a la cumbre, y sube los espinosos atajos que no pueden seguirse con tanta comodidad como el camino amplio y frecuentado que como interminable meandro rodea los flancos del monte. Comprende que ha de satisfacer en brevísimas existencias todas las obligaciones Kármicas acumuladas en su pasado, y que la cuantía de los pagos acrece en proporción a la premura del vencimiento.

Las continuas luchas en cuyo seno el aspirante se halla envuelto, desarrollan gradualmente en él la quinta cualidad atributiva: la fe. La fe en su Maestro y la fe en sí mismo, una confianza serena y firme que nada pueden conmover. Aprende a confiar en al sabiduría, en el amor y en el poder de su Maestro, y comienza a sentir –no ya sólo a afirmar verbalmente—al Dios que reside en su corazón y que debe extender poco a poco su imperio sobre todas las cosas.

La última cualidad mental, el equilibrio, se desenvuelve en cierta medida, sin necesidad de esfuerzo consciente, mientras el aspirante trabaja en la adquisición de las cinco anteriores. El mero hecho de querer seguir el sendero indica que la naturaleza superior comienza a desplegarse y que el mundo externo definitivamente se relega a segundo término. Después, los sostenidos esfuerzos ejecutados para dirigir la vida más conveniente al discípulo, viene a desatar poco a poco el alma de todos los lazos que la atan todavía a la vida de los sentidos. A medida que el alma aparta su atención de los objetos inferiores, disminuye la atracción que éstos ejercen sobre ella. “Cuando es austero el morador del cuerpo, los objetos de los sentidos se desvanecen” y pierden enseguida todo el poder de producir el desequilibrio. Aprende, pues, el discípulo a moverse, serenamente impasible, entre los objetos de los sentidos, no teniendo ni deseo ni aversión por ellos. —Los disturbios intelectuales de toda suerte, las alternativas de alegría y sufrimiento mental por medio de las bruscas alteraciones introducidas en su vida por los cuidados siempre vigilantes de su Maestro, todas estas vicisitudes contribuyen a la fortificación de la preciosa virtud del equilibrio en el aspirante.

Una vez adquiridos estos seis atributos mentales en suficiente medida, el chela probacionario sólo necesita la cuarta cualidad: el intenso y profundo deseo de liberación, la sed ardiente del alma que quiere unirse a Dios, deseo que lleva consigo la promesa de su propia realización. He aquí al aspirante pronto a entrar en el estado de verdadero discípulo, pues, una vez afirmado claramente este deseo, jamás podrá destruirse. El alma que lo ha experimentado ya no podrá apagar su sed en las fuentes terrenales cuyas aguas le parecerán insípidas, y más sediento aún se alejará de ellas hacia la senda vivificante de la Vida real. Al llegar a este grado, queda “el hombre apto para recibir la iniciación”, presto para “entrar en la corriente” que le separará pro siempre de los intereses de la vida terrenal, salvo en lo que en ella pueda servir

a su Maestro y ayudar a la evolución de la raza. Para él no existe en adelante la separación; su vida debe ofrecerse en el altar de la humanidad, y gozoso sacrificio todo lo que es, a fin de utilizarlo a favor del bien común *.

Durante los años empleados en adquirir las cuatro cualidades fundamentales, el chela probacionario habrá realizado considerables progresos en otros sentidos. Habrá recibido de su Maestro muchas enseñanzas dadas generalmente durante el sueño profundo del cuerpo. El alma revestida de su cuerpo astral bien organizado, se acostumbrará a utilizarlo como vehículo de su conciencia e irá frecuentemente hacia su Maestro para recibir de él instrucción e iluminación espiritual. Estará acostumbrado a meditar, y esta práctica efectiva fuera del cuerpo físico vivificará y dirigirá más de un poder superior al estado de función activa. Durante las horas de meditación en el plano astral, la conciencia llegará a las cimas más elevadas del ser, conociendo mejor la vida del plano mental. El neófito aprenderá a emplear en servicio del hombre sus grandísimos poderes, y gran parte de las horas de libertad que le proporciones el sueño del cuerpo las empleará en socorrer a las almas llevadas al mundo astral por la muerte, en auxiliar a las víctimas de los accidentes, en instruir a los hermanos menos avanzados que él, y en ayudar en gran manera a cuantos necesiten ayuda. Así el alma colabora, según sus humildes medios, en el trabajo bienhechor de los Maestros, y se asocia, en la medida de su esfuerzo, a la obra de la Sublime Fraternidad.

Mientras prosigue el Sendero de la prueba, o más tarde, se le ofrece al chela el privilegio de cumplir uno de esos actos de renunciación que señalan el más rápido ascenso del hombre. Se le permite “renunciar al Devachán”, es decir, renunciar a la gloriosa existencia que le aguarda en las regiones celestes, después de cruzar por el mundo físico, existencia que en su mayor parte hubiera pasado en la región media del mundo “arupa” en compañía de los Maestros y entre los puros y sublimes goces de la sabiduría y del amor. Si el chela renuncia a esta recompensa de una vida noble y devota, las fuerzas espirituales que hubiese empleado en el Devachán pueden aplicarse al servicio del mundo, permaneciendo el chela en el plano astral en espera de un casi inmediato renacimiento en la tierra. En este caso su Maestro escoge el lugar a donde ha de volver y preside su reencarnación. El chela es conducido así al medio adecuado para asegurar su utilidad en el mundo, entre las condiciones más favorables para su progreso y para el trabajo que en él le aguarda. Y consigue en este punto que todos sus intereses individuales se subordinen a la obra divina, y que su voluntad se fije inmutablemente en el servicio sin inquietarse del lugar donde lo presta ni del género de trabajo que le incumbe. Abandonase también gozosamente en manos de quien le inspira confianza, aceptando de buen grado el lugar en que pueda prestar al mundo los mejores

servicios y desempeñar su papel en la obra gloriosa de Aquellos que ayudan a la evolución humana. Bendita es la familia en que nace un niño con un alma semejante, pues trae consigo la bendición del Maestro que le vela, le guía constantemente y le presta todo su concurso, ayudándole para adquirir inmediato imperio sobre sus vehículos inferiores.

Ocurre a veces, si bien muy raramente, que un chela reencarna en un cuerpo que ha atravesado ya la infancia y la primera juventud como tabernáculo de un "Ego" menos desarrollado. Y cuando un alma viene a la tierra para un período brevísimo, para quince o veinte años, por ejemplo, se ve obligada a dejar su cuerpo al llegar a la adolescencia, después de haber surgido todo el trabajo de primera formación y de hallarse en vías de llegar a ser muy pronto un vehículo verdaderamente útil para la inteligencia. Si un cuerpo tal es bonísimo y puede convertir a cualquier chela presto a reencarnar, será objeto de especial cuidado durante la vida del primer ocupante, en vista de una utilización posible cuando aquél no tenga necesidad de él. Al acabar el "Ego" su período vital, desencarna para pasar al Kamaloka, y entonces el chela en expectativa de reencarnación entra en la envoltura abandonada, y el cuerpo aparentemente muerto revive bajo la acción del nuevo ocupante. Semejantes casos, aunque muy raros, no son desconocidos de los ocultistas, y en las obras ocultas se pueden encontrar pasajes referentes a ello.

El progreso del alma del chela continúa, prescindiendo de que su reencarnación sea normal o anormal; y según ya se ha visto, llega el momento en que el hombre "está dispuesto a recibir la iniciación". Por esta puerta de la iniciación entra en el Sendero propiamente dicho, como chela ya definitivamente aceptado.

El Sendero está constituido por cuatro etapas o grados distintos, y la entrada de cada una está velada por una iniciación. Cada iniciación va acompañada de una expansión de la conciencia individual y da así la "clave del saber", pertenece al grado correspondiente. Al mismo tiempo da también la clave del poder, porque en todos los reinos de la naturaleza saber y poder marchan a la par.

Una vez en el Sendero, el chela viene a ser el hombre sin hogar, porque o considera la tierra como su morada. No tiene tampoco residencia especial, y su única patria es el sitio donde pueda servir a su Maestro. Mientras franquea este primer grado del Sendero debe evitar tres obstáculos llamados técnicamente "trabas" o "ligaduras", pues como ahora se dirige a grandes pasos hacia la perfección, trata de eliminar radicalmente los defectos de carácter, llevando hasta el extremo las tareas que se ha impuesto.

Las tres trabas de que debe librarse el discípulo antes de ser admitido a la segunda iniciación, son: la ilusión del "yo" personal, la duda y la superstición.

El yo personal debe conscientemente sentirse como una ilusión perdiendo para siempre la facultad de imponerse al alma como realidad. El discípulo debe sentirse uno con los demás; todos los seres deben vivir y alentar en él como él vive y alienta en ellos. La duda debe desaparecer de su corazón, desvanecida por el conocimiento y no por ciega repulsión. Debe conocer la reencarnación, el Karma y la existencia de los Maestros como hechos no sólo intelectualmente necesarios, sino como realidades de la naturaleza, comprobadas por él mismo, de suerte que en estos puntos no pueda en adelante turbar su espíritu duda alguna. La superstición, por último, se desvanece por sí misma a medida que el hombre progresa en el conocimiento de las realidades y a medida que comprende el papel desempeñado en la economía de la naturaleza por los ritos y las ceremonias. También aprenden entonces a utilizar estos diversos medios sin que ninguno le ligue.

Quebrantadas estas tres ligaduras –tarea que necesita a veces una labor de muchas encarnaciones, pero que puede reducirse para algunos a los límites de una sola vida –ve el chela abrirse ante él la segunda iniciación con nueva "clave del saber" y más amplios horizontes. Ve disminuir rápidamente el período de existencia obligatoria que aún le espera sobre la tierra; porque al llegar a este punto franqueará la tercera y la cuarta iniciación en su encarnación actual o en la inmediata (El chela en el segundo grado del Sendero es para el indo el Kutichaka: El hombre que construye una cabaña y alcanza un lugar de paz. El budista lo denomina Sakridâgamin: el que sólo renacerá una vez más.)

En este grado el discípulo debe desarrollar y hacer mas activas las facultades internas, aquellas que pertenecen a los cuerpos sutiles, porque en adelante necesitará de ellas para su servicio en las regiones más elevadas del universo. Si las hubiese desenvuelto anteriormente, este estado podrá ser entonces brevísimo. No obstante, el alma puede verse obligada a franquear una vez más las puertas de la muerte antes de pasar al siguiente grado.

La tercera iniciación hace del discípulo el "Cisne", el ser que remonta su vuelo al Empíreo, la maravillosa Ave de Vida, sobre la que existen tantas leyendas (En términos indos, el Hamsa, el que concibe el "yo soy aquel". Para los budistas el Anâgâmin: el que ya no renacerá más.)

En este tercer grado del Sendero el hombre debe quebrantar aún dos trabas, la cuarta y la quinta: el deseo y la aversión. Ve en todos el Yo único, y no puede cegarle el velo externo, por agradable que sea. Ve del mismo modo todos los seres, y el germen precioso de la tolerancia, ya cultivado en el Sendero probatorio, se desparrama ahora en amor universal, cuya ternura irradia sobre todo lo existente. Es el "amigo de todas las criaturas", y "ama todo cuanto tiene vida" en un mundo donde todo vive.

Encarnación viva del amor divino, franquea en seguida la puerta de la cuarta iniciación que le admite al cuarto grado del Sendero. Entonces es el Santo, el Venerable, el que está "más allá de la individualidad" (Paramahamsa en indo: el que está más allá del Yo. El budista lo llama Arhat: venerable.) En este grado el discípulo permanece, tanto tiempo como desee, limando los últimos eslabones que le atan aún a las regiones inferiores y le interceptan con su red sutilísima el camino de la liberación final. Rechaza toda sujeción hacia la existencia "formal", y toda sujeción hacia la vida "sin forma". Por sutiles que puedan parecer, estas sujeciones constituyen graves obstáculos, y el hombre debe ser enteramente libre. Debe moverse a través de los tres mundos sin que nada pueda detenerle. Los esplendores del "mundo sin forma" deben ser tan impotentes para seducirle como las bellezas concretas de los mundos de la forma.

Después el Arhat rechaza –la tarea más difícil de todas—el último lazo de la separatividad, la facultad que crea el "Yo" (Ahamkara, más generalmente Mana, orgullo, porque el orgullo es al más sutil manifestación del Yo individual como distinto de los demás), tendencia perteneciente a la naturaleza del alma individual, y por la que el individuo se considera instintivamente como un ser aparte y distinto de los demás. Deben desaparecer las últimas sombras de esta tendencia, porque, en adelante, la conciencia del hombre reside siempre, aun en el estado de vigilia, en el plano búdico, donde siente y conoce como Uno el Yo de todos. Esta tendencia (Ahamkara), nacida con el alma, es la esencia misma de la individualidad, y persiste hasta el día en que es absorbido por la Mónada todo lo que en el alma individual tiene algún valor. En el umbral de la liberación debe abandonarse la separatividad, dejando a la Mónada su resultado inestimable, aquel sentimiento de identidad individual tan puro y sutil, que ya no más oculta en el Ser la conciencia de la Unidad. Entonces desaparecen fácilmente todos los elementos susceptibles de responder a los contactos irritantes del exterior, y el chela queda revestido del glorioso vestido de inmutable paz que nada puede conturbar. En fin, la completa destrucción de la separatividad ha barrido del campo de la visión espiritual las últimas sombras capaces de velar su penetrante intuición, y al contemplar la Unidad, desaparece por siempre la ignorancia (Avidya, el primer Nidâna, la primera y última de las ilusiones por que aparecen separados los mundos. Se desvanece al conseguir la liberación) o sea la limitación que da origen a la separatividad. El hombre es perfecto; ha conquistado la libertad.

Entonces llega al fin del Sendero, al dintel del Nirvana. Ya durante la última etapa del Sendero había logrado el chela pasar a este maravilloso estado de conciencia normal, porque el Nirvana es la morada del ser liberado

(Jivanmukta, “vida libertada” de los indos; el Asekha: “El que nada tiene que aprender” de los budistas). Ha terminado la ascensión humana y toca el límite de la humanidad. Sobre él se extienden las cohortes de poderosos seres sobrehumanos. Ha concluido la crucifixión en la carne, ha sonado la hora de la liberación, y el triunfante grito: “¡Todo se ha consumado!” resuena en los labios del vencedor. ¡Ved!. Ha franqueado el umbral, ha desaparecido en el resplandor de la luz nirvánica. No sabemos que misterios vela esa luz; vagamente sentimos que allí se halla el Yo supremo y que el amador es uno con el Amado. Concluyó el prolongado anhelo, se apagó para siempre la sed del corazón, y el hombre se sumió en la alegría de su Señor.

Pero ¿ha perdido la tierra su criatura? ¿La humanidad queda privada de su hijo triunfante? No. Vedle que surge del seno de su divino resplandor. Reaparece en el umbral del Nirvana como encarnación viviente de la suprema luz, vestido de gloria indecible, Hijo de Dios manifiesto. Pero Su rostro está vuelto hacia la tierra, Sus ojos irradian compasión infinita sobre los hijos de los hombres, Sus hermanos en la carne. No puede dejarles sin consuelo, dispersos como ovejas sin pastor. Revestido de la majestad de renunciación sublime, glorioso con la fuerza de la perfecta sabiduría y el “poder de vida eterna”, vuelve a al tierra a bendecir y guiar a la humanidad como Maestro de Sabiduría, Instructor real y Hombre divino.

Vuelto a la tierra, el Maestro se consagra al servicio de la humanidad con mayores fuerzas disponibles que cuando erraba por el Sendero de la iniciación. Se dedica al auxilio de los hombres, y emplea todas sus potencias en activar la evolución del mundo. Satisface con los que se aproximan al Sendero la deuda contraída en el discipulado, guiándolos, confortándolos e instruyéndolos como a El le guiaron, confortaron e instruyeron.

Tales son las etapas, los peldaños de la ascensión humana. Desde el ínfimo de los salvajes hasta el Hombre Divino se extiende la escala y llega la meta a que propende la raza toda, hasta la gloria sin límites que todos alcanzaremos algún día.

*- El estudiante querrá sin duda conocer los nombres técnicos que designan en sánscrito y en pali los grados del Sendero de prueba. Esto le permitirá hallarlos en las obras especiales. –Véase al efecto la obra “Protectores Invisibles”, de C. W. Leadbeater. Biblioteca Orientalista. –Traducción de Federico Climent Terrer.

LA CONSTRUCCIÓN DE UN COSMOS
SABIDURÍA ANTIGUA

En nuestro presente estado de evolución, tan sólo podemos indicar sumariamente algunos puntos en el vasto examen del bosquejo cósmico, en el que nuestro globo desempeña insignificante papel. Entendemos por "cosmos", un sistema que, según nuestro punto de vista, parece formar un todo completo, procedente de un Logos único y mantenido por Su Vida. Tal es nuestro sistema solar, y así el sol físico puede considerarse como la última manifestación del Logos al actuar en el centro de Su cosmos. En realidad, cada forma es una de Sus manifestaciones concretas; pero el sol es su última manifestación como poder central, fuente de vida y de fuerza que penetra, dirige, regula y coordina todas las cosas en su sistema.

Un comentario oculto dice: "Surya (el sol)..., en su reflejo visible, exhibe el último estado del séptimo, el estado superior de la PRESENCIA universal, lo puro de lo puro, el primer Hálito manifestado del Siempre Inmanifestado SAT (Seidad). Todos los soles centrales físicos y objetivos son, en su substancia, el estado último del primer Principio del Hálito" (La Doctrina Secreta, I, pág. 268, edición primera española).

Más claro: cada sol es el último aspecto del "cuerpo físico" del Logos correspondiente.

Todas las fuerzas y energías físicas son transformaciones de la vida emitida por el sol, Señor y fuente de toda vida en el sistema. De aquí que en muchas religiones antiguas el sol fuese símbolo del Dios Supremo; símbolo que, en

verdad, estaba menos expuesto a las falsas interpretaciones del ignorante.

Mr. Sinnett dice con razón:

"El sistema solar es indudablemente en la Naturaleza un área cuyo contenido nadie, excepto los más elevados seres que nuestra humanidad pueda concebir, se halla en situación de investigar. Teóricamente podemos creernos seguros – como lo vemos en el cielo durante la noche— de que el sistema solar no es más que una simple gota de agua en el océano del gran Kosmos ("Cosmos" con C se refiere a un solo sistema solar, y "Kosmos" con K al Kosmos universal, o conjunto de todos los sistemas solares existentes en el incomprensible e infinito Espacio.—N.del E.); pero gota que a su vez es un océano desde el punto de vista de la conciencia de seres tan poco desarrollados como nosotros, y, por lo tanto, sólo podemos esperar al presente adquirir nociones vagas e imperfectas acerca de su origen y constitución. Sin embargo, por imperfectas que sean, nos permiten señalar el orden de las series planetarias a que nuestra evolución pertenece, su lugar especial en el sistema del cual forma parte, y, sobre todo, nos dan amplia idea de la relativa magnitud de todo el sistema, de nuestra cadena planetaria, del mundo en que al presente evolucionamos y de los respectivos períodos de evolución en que como seres humanos estamos interesados.

Porque, en verdad, no podremos concebir intelectualmente nuestra posición sin tener alguna idea, por vaga que sea, de nuestra relación con el conjunto. Mientras algunos estudiantes se contentan con trabajar en la esfera de su deber, y dejan a un lado más amplios horizontes para el día en que hayan de trabajar en ellos, otros necesitan darse cuenta de que ocupan un puesto en un sistema más vasto, y experimentan un placer intelectual en elevarse muy alto para obtener la vista general de todo el campo de la evolución. Semejante necesidad ha sido reconocida por los guardianes espirituales de la humanidad en la magnificente delineación del cosmos trazada desde el punto de vista ocultista por su discípulo y mensajero H.P.Blavatsky, quien ha dado un magnífico esbozo del cosmos en La Doctrina Secreta, en cuya obra, los estudiantes de la sabiduría antigua, descubrirán cada vez más luminosas enseñanzas a medida que exploren y dominen las regiones inferiores de nuestro mundo en evolución.

Se nos ha dicho que la aparición del Logos es el anuncio del nacimiento de nuestro cosmos.

"Cuando aparece, todo aparece después de El; por su manifestación, todo se manifiesta"

Lleva consigo los resultados de un cosmos pasado, es decir, las inteligencias más espirituales que han de ser sus agentes auxiliares en la construcción del nuevo universo. Las cosas elevadas entre ellas son "Los Siete", a que

también se da con frecuencia el nombre de Logos, porque cada una tiene su lugar en el centro de una región distinta del cosmos, como el Logos es el centro del conjunto. El comentario oculto, que ya hemos citado antes, dice:

"Los Siete Seres en el Sol son los Siete Santos nacidos por sí mismos del poder inherente a la Matriz de la Substancia Madre. Ellos envían las siete Fuerzas principales, llamadas Rayos, que al principio del Pralaya se encontrarán en siete nuevos Soles para el próximo manvántara. A la energía de la cual rotarán a la existencia consciente en cada Sol llaman algunos Vishnú, o sea el Aliento de lo Absoluto. Nosotros la llamamos la Vida única manifestada. Es un reflejo de lo Absoluto" (La Doctrina Secreta, I, pág. 269, edición primera española).

Esta Vida única manifestada es el Logos, el Dios manifiesto.

De esta división primordial toma nuestro Cosmos un carácter septenario, y de todas las divisiones siguientes, en su orden descendente, reproducen esta escala de siete claves. Bajo cada uno de los siete Logos secundarios se agrupa una séptuple Jerarquía descendente de Inteligencias que forman el cuerpo gobernante de su reino. Entre ellas están: los Lipikas, que son los cronistas del Karma del reino y de todas las entidades que contiene; los Maharajas o Devarajas, que presiden el cumplimiento de la ley Kármica; y el gran ejército de los Constructores, que modelan y ejecutan todas las formas según las ideas contenidas en el tesoro del Logos, en al Inteligencia Universal, y que de El se transmiten a los Siete, cada uno de los cuales traza el plan de su propio reino, bajo la dirección suprema de El y con el auxilio de las fuerzas de esa Vida omninspiradora, dándole al propio tiempo su propia coloración individual.

H.P.Blavatsky llama a los Siete Reinos constitutivos del sistema solar, los siete centros de Laya. Y dice así:

"Los Siete Centros de Laya son los siete puntos cero, empleando la palabra cero en el mismo sentido que los químicos para indicar el punto en que en esoterismo comienza la escala de diferenciación. Desde estos Centros –más allá de los cuales nos permite la filosofía esotérica percibir los vagos contornos metafísicos de los "Siete Hijos" de Vida y de Luz, los Siete Logos de los filósofos—comienza la diferenciación de los elementos que entran en la constitución de nuestro sistema solar" (La Doctrina Secreta, I, pág. 141, edición primera española.)

Cada uno de estos siete reinos planetarios forma un prodigioso sistema de evolución, teatro grandioso en el que se desarrollan los estados de una vida de la cual un planeta físico, como Venus, sólo es encarnación pasajera. A fin de evitar confusiones, llamaremos Logos planetario al ser que gobierna y dirige la evolución de cada reino. La meteria del sistema solar, producida por la actividad del Logos central, suministra al mismo Logos planetario los

materiales brutos que necesita y que elabora por medio de sus propias energías vitales. Además, cada Logos planetario especializa para su reino la materia común. Como el estado atómico en cada uno de los siete planos de Su reino es idéntico a la materia de un subplano del sistema entero, establece la continuad a través del conjunto. Así H. P. Blavatsky observa que los átomos cambian "sus equivalentes de combinación en cada planeta", quedando idénticos los átomos, pero formando combinaciones diferentes. Y enseguida dice:

"Así, no solamente los elementos de nuestro planeta, son aun los de todos sus hermanos en el sistema solar, difieren tanto unos de otros en sus combinaciones como de los elementos cósmicos de más allá de nuestros límites solares.... se nos enseña que cada átomo tiene siete planos de ser o de existencia". (La Doctrina Secreta, I, págs. 144-150, edición primera española.

Estos son los subplanos de cada gran plano, como los hemos llamado antes.

En los tres planos inferiores de Su reino de evolución, el Logos planetario establece siete globos o mundos. Para mayor comodidad, y según la nomenclatura aceptada los llamaremos A, B, C, D, E, F y G. Son, las "Siete Ruedas giratorias que nacen una de otra", según dice la VI estancia del Libro de Dzyan.

"Los construye a semejanza de viejas Ruedas, colocándolas en los Centros Imperecederos."

Imperecederos, porque cada rueda no sólo da nacimiento a la siguiente, sino que, aunque no lo veamos, se reencarna en el mismo centro.

Se pueden representar estos globos dispuestos en tres pares sobre un arco de elipse con el globo central en el punto extremo.

En general, los globos A y G, el primero y el séptimo, están en los niveles arúpicos del plano mental; los globos B y F, segundo y sexto, en los niveles rúpicos; los globos C y E, tercero y quinto, en el plano astral; y el globo D, cuarto, en el plano físico. H.P.Blavatsky dice de estos globos "que constituyen una gradación en los cuatro planos inferiores del mundo de formación", es decir, en los planos físico y astral y en las dos subdivisiones rúpica y arúpica del plano mental.

Esto puede representarse por el esquema siguiente (Es de notar que aquí el mundo arquetípico no es el mundo tal como existe en el pensamiento del Logos, sino sencillamente el primer modelo construido):

Arupa	**A**	**G**	**Arquetípico**

Rupa intelectual	**B**	**F**	**Creador o**
Astral	**C**	**E**	**Formador**
Físico	**D**		**Físico**

Tal es el orden típico, pero se modifica en ciertos períodos de la evolución. Estos siete globos forman una cadena planetaria (Para más detalles sobre el estudio de cadenas y Rondas planetarias, Razas, etc., etc., (Véase la notable obra de la misma autora Genealogía del Hombre. —Biblioteca Orientalista. – Traducción de D. Federico Climent Terrer.), que considerada como un todo, como una entidad o una vida individual planetaria, pasa en su evolución por siente períodos distintos. Los siente globos en conjunto forman un cuerpo planetario que se disgrega y reúne siete veces en el curso de la vida planetaria. Esta cadena planetaria tiene, pues, siete encarnaciones, y los resultados de cada una se transmiten a la siguiente:

"Cada una de tales cadenas de mundos es la progenie y la creación de otra anterior y ya muerta; es su reencarnación por decirlo así" (La Doctrina Secreta, I, pág. 152, edic. primera española.)

Estas siete encarnaciones (manvántaras) constituyen la evolución planetaria, el campo de acción de un Logos planetario. Como hay siete de estas evoluciones planetarias (Mr. Sinnett las llama "siete esquemas de evolución") distintas las unas a las otras, constituyen el sistema solar. Esta emanación de los siete Logos procedentes del Uno, y de las siete cadenas sucesivas de siete globos cada una, está indicada como sigue en un comentario oculto:

"De una luz, siete luces; de cada una de las siete, siete veces siete" (La Doctrina Secreta, I, pág. 140).

Se enseña que las encarnaciones o manvántaras de una misma cadena se subdividen también en siete períodos. Una oleada de vida procedente del Logos planetario recorre la cadena por completo, y siete de estas grandes oleadas de vida sucesivas –siete rondas, como se las llama técnicamente – constituyen un manvántara. Así, durante un manvántara, cada globo tiene siete períodos de actividad, en los que cada uno de ellos, a su vez, cumple la evolución.

Si consideramos ahora un globo solo, veremos que durante cada período de actividad, evolucionan en él siete razas –raíces de una humanidad, al mismo tiempo que seis reinos no humanos, en mutua dependencia unos de otros.

Estos siete reinos comprenden las normas en todos los grados de la evolución, y ante todos ellos se extiende la perspectiva de un desenvolvimiento superior. Así, cuando el período de actividad del primer globo llega a su fin, las formas evolutivas pasan al globo siguiente para continuar su desarrollo. Yendo, pues, de globo en globo hasta que termina la ronda, y siguen su curso de ronda en ronda hasta el término de los siete manvántaras. Continúan, empero, ascendiendo de manvántara en manvántara hasta el fin de las reencarnaciones de la cadena planetaria, cuando ya los resultados de la evolución planetaria están definitivamente reunidos por el Logos planetario. Es inútil decir que no sabemos casi nada de semejante evolución. Los Maestros nos han indicado tan sólo los puntos más salientes de este prodigioso conjunto.

Tampoco conocemos el proceso evolutivo durante los dos primeros manvántaras de los siete globos de la cadena planetaria de que forma parte nuestro globo. En cuanto al tercer manvántara, sólo sabemos que nuestra luna fue el globo D de la cadena. Este hecho puede ayudarnos a comprobar lo que significan las reencarnaciones sucesivas de las cadenas planetarias. Los siete globos que constituyeron la cadena lunar terminaron su séptuple evolución cíclica. La oleada de vida, el Soplo del Logos planetario, dio siete vueltas a la cadena, despertando, a su vez, cada globo a la vida, como si el Logos, al guiar su reino, dirigiese su atención primeramente al globo A, haciendo sucesivamente surgir a la existencia las innúmeras formas cuyo conjunto constituye un mundo. Cuando la evolución en el globo A llega a cierto punto, dirige su atención al globo B, y el globo A se sume lentamente en pacífico sueño. La oleada de vida va así de globo en globo hasta terminar la ronda. Una vez terminada la evolución en el globo G sigue un periodo de reposo (Pralaya), durante el que cesa la actividad evolutiva exterior. Al fin de este período vuelve a manifestares la actividad, empezando la segunda ronda por el globo A. Este proceso se repite seis veces; pero en la séptima o última ronda sufre una modificación, pues habiendo cumplido el globo A su séptimo período de vida, se disgrega gradualmente, y sobreviene el estado de centro laya imperecedero. Al despuntar la aurora del manvántara siguiente, se desenvuelve un nuevo globo A (tal como un cuerpo nuevo), en el que vuelven a habitar los “principios” del anterior. Pero decimos esto tan sólo para dar idea de la realización entre el globo A del primer manvántara y el globo A del segundo, porque la naturaleza de esta relación permanece oculta.

Menos conocemos aún la que hay ente el globo D del manvantara lunar (nuestra Luna) y el globo D del manvantara terrestre (nuestra tierra). Mr. Sinnett, en su conferencia acerca de El sistema al cual pertenecemos (Folleto publicado en español por la Biblioteca Orientalista), ha dado un buen resumen de los escasos datos que poseemos sobre el particular. Dice así:

“La nueva nebulosa terrestre se desarrolló alrededor de un centro que poco más o menos conservaba la misma relación con el moribundo planeta que los centros de la Tierra y de la Luna conservan actualmente entre sí. Pero esta agregación de materia ocupaba en su condición nebulosa un volumen inmensamente mayor que el que ahora ocupa la materia sólida de la Tierra. Se extendía en todas direcciones lo suficiente para abarcar dentro de su ígneo perímetro al viejo planeta. La temperatura de una nueva nebulosa parece ser mucho más elevada que cualquiera de las que nos son conocidas, y debido a esta circunstancia el viejo planeta recibió nuevamente de un modo superficial un grado de calor de naturaleza tal, que toda la atmósfera, agua y materia volatilizable que contenía, se convirtió en gases, y de esta suerte fue supeditado a la influencia del nuevo centro de atracción establecido en el punto central de la nueva nebulosa. De este modo la atmósfera y mares del viejo planeta pasaron a formar parte de la constitución del nuevo, por cuya razón la Luna es al presente una masa árida, estéril y sin nubes, inhabitable para toda clase de seres físicos. Cuando el presente manvantara toque a su término en la séptima ronda, la Luna se desintegrará completamente, y la materia que todavía en ella se conserva unida, se convertirá en polvo meteórico”. (A. P. Sinnett. Obra citada, traducción española de J. Granés, Págs. 28 y 29)

En el tercer volumen de La Doctrina Secreta, donde se han reunido algunas enseñanzas orales que H. P. Blavatsky dio a algunos de sus más adelantados discípulos, se dice:

“En el comienzo de la evolución de nuestro globo, la Luna estaba más cerca de la tierra y era mayor que ahora. Se ha alejado de nosotros y sus dimensiones se han reducido bastante. (La Luna dio todos sus principios a la Tierra...). Durante la séptima ronda aparecerá una nueva Luna, y la nuestra se disgregará hasta desaparecer” (La Doctrina Secreta. III, Pág. 562).

La evolución durante el manvantara lunar produjo siete clases de seres, llamados en términos técnicos Pitris (Antepasados), porque engendraron los seres del manvantara terrestre. Se les menciona en La Doctrina Secreta con el nombre de Pitris Lunares. Más avanzados que éstos se encuentran además (con los diversos nombres de Pitris Solares, Hombres y Dhyânis inferiores) otras dos categorías de seres, demasiado adelantados para entrar en las primeras etapas del manvantara terrestre, aunque necesitaban para su desarrollo futuro del auxilio de condiciones físicas ulteriores. La más elevada de estas dos categorías está formada por seres individualizados, exteriormente parecidos a los animales, y tienen alma embrionaria, es decir, que han alcanzado el desarrollo del cuerpo causal. La segunda categoría está próxima a la formación de este cuerpo. En cuanto a los Pitris Lunares, su primera clase

está en el comienzo del período preparatorio para la formación del cuerpo causal; pero sin embargo manifiesta ya la mentalidad, mientras que las clases segunda y tercera sólo han desenvuelto el principio Kámico. Las siete clases de Pitris Lunares son producto de la cadena lunar que se enlaza con el desarrollo ulterior de la terrena o sea la cuarta reencarnación de la cadena planetaria. Como mónadas –con el principio Kámico desenvuelto en la segunda y tercera, en germen en la cuarta, inicial en la quinta e imperceptible finalmente en la sexta y séptima—, estas entidades entran en la cadena terrestre para dar alma a la esencia elemental y a las formas modeladas por los Constructores. (H. P. Blavatsky, en La Doctrina Secreta, no coloca a los Pitris de las dos primeras clases en la "jerarquía de las mónadas procedentes de la cadena lunar". Los considera aparte, como hombres, como Dhyânis Chohans.)

En este nombre de "Constructores" se incluyen las in-numeras Inteligencias jerárquicas cuyo poder y estado consciente varían a lo infinito, según su grado de desenvolvimiento. Estos son los seres que en cada plano realizan la construcción efectiva de las formas. Los más elevados dirigen y vigilan, mientras los inferiores labran los materiales, según los modelos que se les dan. Ahora se comprende claramente el papel de los globos sucesivos de la cadena planetaria. El globo A es el mundo arquetípico, en el que se construyen los modelos de las formas que habrán de elaborarse durante la ronda. Los Constructores más elevados toman del Pensamiento del Logos planetario las ideas arquetipos y dirigen el trabajo de los Constructores que en los niveles arrúpicos elaboran las formas arquetipos para la ronda. En el globo B, estas formas se reproducen de diversas maneras en materia mental por los Constructores de categoría inferior, y evolucionan lentamente en distintas modalidades, hasta que están prontas a recibir la infiltración de materia más densa. Entones los Constructores en materia astral ejecutan en el globo C las formas astrales, cuyos detalles de construcción se efectúan con mayor detenimiento. Cuando las formas han evolucionado tanto como las condiciones del mundo astral lo permiten, los Constructores del globo D emprenden el trabajo de modelar las formas en el plano físico. Las últimas modalidades de la materia se ejecutan así en tipos apropiados, y las formas alcanzan su más densa y completa condición.

A partir de este punto medio, la naturaleza de la evolución cambia en cierto modo. Hasta aquí la atención se ha dirigido, sobre todo, hacia la construcción de las formas; pero al ascender en el arco se dirige esencialmente hacia la utilidad de la forma como vehículo de la vida evolutiva. Durante la segunda mitad de al evolución en el globo D, y luego en los E y F, la conciencia se manifiesta, primero, en el plano físico, y después en los planos astral y mental

inferior por medio de los equivalentes de las formas elaboradas en el arco descendente. En el arco descendente obra la mónada en la medida de su fuerza en las formas evolucionantes, y su influencia se manifiesta de un modo vago bajo la forma de impresiones, intuiciones, etc. En el arco ascendente, la mónada se manifiesta a través de las formas como su principio director interno. En el globo G se alcanza la perfección de la ronda, y la mónada reside en las formas arquetipos del globo A y de ellas se vale como de vehículos.

Durante estos diversos estados, los Pitris Lunares actúan como almas de las formas, cobijándolas primero para luego habitarlas. A estos Pitris de la primera clase incumbe la más ruda tarea durante las tres primeras rondas. Los Pitris de la segunda y tercera clase no tienen más que infundirse en las formas elaboradas por los anteriores. Estos preparan las formas animándolas durante cierto tiempo; después pasan ellos a otras y abandonan esas formas para el uso de la segunda y tercera categoría. A la conclusión de la primera ronda, todas las formas arquetipos del mundo universal se han colocado en los planos inferiores y sólo resta elaborarlas a través de las rondas sucesivas, hasta que alcancen su máximum de densidad en la cuarta ronda. El "Fuego" es el "elemento" de la primera ronda.

En la segunda ronda, los Pitris de la primera clase prosiguen su evolución humana, apuntando tan sólo los estados inferiores, como el feto los apunta hoy todavía. Al fin de esta ronda, los de la segunda clase han alcanzado ya el estado de humanidad rudimentaria.

La gran tarea de esta ronda consiste en el descenso de los arquetipos de la vida vegetal, que alcanzarán su perfección en la quinta ronda. El "aire" es el "elemento" de la segunda ronda.

En la tercera ronda, la primera clase de Pitris adquiere definida forma humana. Aunque su cuerpo sea gelatinoso y gigantesco, se vuelve, sin embargo, en el globo D bastante compacto para comenzar a mantenerse en posición vertical; su aspecto es simiesco y están cubiertos de cerdas. Los Pitris de la tercera categoría alcanzan el comienzo del estado humano. En esta ronda, los Pitris solares de la segunda categoría aparecen en el globo D y van a la cabeza de la evolución humana. Las formas arquetipos de los animales descienden para ser elaboradas y alcanzan su perfección al fin de la sexta ronda. "El "agua" es el "elemento" característico de la tercera ronda".

La cuarta ronda, ronda central o intermedia de las siete que constituyen el manvantara terrestre, es muy distintamente humana, como sus precursoras fueron respectivamente animales, vegetales y minerales. Está caracterizada por apartar al globo A las formas arquetipos de la humanidad. Todas las posibilidades de la forma humana se manifiestan en los arquetipos de la cuarta

ronda; pero su realización completa se efectuará en la séptima. La “Tierra” es el “elemento” de esta cuarta ronda, la más densa y material. Puede decirse que los Pitris solares de la primera categoría se ponen, en cierto modo, alrededor del globo D durante sus periodos primitivos de actividad en esta ronda, pero no encarnan definitivamente antes de la tercera gran efusión de vida del Logos planetario, que acaece en medio de la tercera raza. A partir de ese momento se encarnan poco a poco, pero cada vez más, a medida que progresa la raza; la generalidad llega al comienzo de la cuarta raza.

La evolución de la humanidad en el globo D, nuestra Tierra, ofrece de manera muy señalada esta constante diferencia septenaria de que tan frecuentemente hemos hablado. Siete razas de hombres se habían ya mostrado en la tercera ronda, y en la cuarta, estas divisiones fundamentales llegaron a ser clarísimas en el globo C, donde evolucionaron siete razas, con sus sub-razas. En el globo D, la humanidad comienza por una Primera Raza –ordinariamente llamada Raza-Raíz—, que apareció en siete puntos diferentes: “Eran siete, cada uno en su lote”. (La Doctrina Secreta, Vol. II. —Libro de Dzyan, 13). Estos siete tipos, que aparecen simultáneamente y no sucesivamente, constituyeron la primer raza raíz, y cada raza raíz tienen a su vez siete subdivisiones o sub-razas. De la primera raza raíz (criaturas gelatinosas amorfas), evolucionó la segunda raza madre, cuyas formas tuvieron consistencia más definida; de ésta procedió la tercera, formada por criaturas simiescas que luego fueron hombres de formas pesadas y gigantescas. Hacia el promedio de la evolución de esta tercer raza raíz (llamada lemuriana), vinieron a la tierra Seres pertenecientes a otra cadena planetaria, la de Venus, mucho más avanzada en su evolución.

Estos miembros de una humanidad altamente evolucionada, Seres gloriosos a quienes su aspecto radiante les valió el título de “Hijos del Fuego”, constituyen una orden sublime entre los Hijos de la Mente. (Mânasaputra; esta vasta jerarquía de inteligencias semiconscientes, comprende gran número de órdenes). Habitaron en la tierra como Instructores divinos de la joven humanidad. Algunos de ellos obraron como vehículos de la tercera efusión de vida y proyectaron en el hombre animal la chispa de vida monádica que dio nacimiento al cuerpo causal. Así se individualizaron los Pitris Lunares de las tres primeras clases que forman la gran masa de nuestra humanidad. Las dos clases de Pitris Solares ya individualizados (la primera antes de dejar la cadena lunar y la segunda más tarde) forman dos órdenes inferiores de Hijos de la Mente. La segunda se encarna hacia el promedio de la tercera raza; la primera, más tarde y por la mayor parte, en al cuarta raza o de los Atlantes.

La quinta raza, la aria, que actualmente está guiando la evolución humana, fue seleccionada en la quinta sub-raza atlante, segregando de ella, en el Asia

Central, las familias más escogidas, y el nuevo tipo de raza evolucionó bajo la dirección inmediata de un gran Ser que, en términos técnicos, se llama un Manú. Al salir del Asia Central la primera sub-raza, se estableció en la India al Sur de los Himalayas, y con sus cuatro castas de instructores, guerreros, comerciantes y obreros (Brahmanes, Kshattryas, Vaishyas y Shudras) llegó a ser la raza dominante en la gran península India, después de haber sojuzgado las naciones de la tercera y de la cuarta raza que la poblaron en época remota.

Al fin de la séptima raza de la séptima ronda, es decir, al concluir el manvantara, la cadena terrestre estará en disposición de transmitir a la que ha de sucederle los frutos de su vida. Estos frutos serán, por una parte, hombres perfectos y divinos, los Budas, Manús, Chohans y Maestros, prontos a emprender la tarea de guiar la evolución bajo las órdenes del Logos planetario; y por otra parte, multitud de entidades menos evolucionadas en sus respectivos estados de conciencia, que tendrán aun necesidad de experiencias físicas para actualizar sus posibilidades divinas. Después de nuestro manvantara, que es el cuarto, vendrán el quinto, sexto y séptimo, que aun se hallan envueltos en el misterio de lo porvenir. Después, el Logos planetario reunirá en sí todos los frutos de su evolución y entrará con sus hijos en un período de reposo y de felicidad. Nada podemos decir de este sublime estado. ¿Cómo podríamos, en la actual etapa de evolución, soñar siquiera su gloria inimaginable? Tan sólo sabemos, vagamente, que nuestros espíritus felices “entrarán en la alegría del Señor”, y al reposar en Él veremos extenderse ante nosotros infinitos horizontes de vida y de amor sublime, cumbres y abismos de poder y de goce, ilimitados como la Existencia Una, inagotables como el Único que Es.

Este archivo fue descargado desde:
www.tibetano.miarroba.com
www.tibetano.narod.ru
kazinsky206@hotmail.com
2003